



EN CASA, AL
AMANECER

ALEXIS HARRINGTON



Alexis Harrington

En casa, al amanecer

ePUB v1.0

SMAGX01.12.15

más libros en epubgratis.org

Título original: *Home by morning*

Publicado originalmente por Montlake Romance, Estados Unidos, 2010

Edición en español publicada por:

AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl

5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg

Diciembre, 2015

Copyright © Edición original 2010 por Alexis Harrington

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2015 traducida por Atona Víctor Igual, S.L. (Irene Oliva Luque)

Diseño de cubierta por Run, Barcelona

ISBN: 9781503953451

www.apub.com

Para los chicos

CAPÍTULO UNO

Octubre de 1918 - Powell Springs, Oregón

Mientras el tren de las 9:10 h entraba resoplando en la estación de Powell Springs, Jessica Clayton se esforzaba por conseguir ver algo a través de aquella ventanilla llena de manchas.

Su hogar. Aquí había nacido, pero juró que jamás regresaría.

Cuando el tren se detuvo, el volumen de los vítores aumentó. Jessica observó a través del sucio cristal una multitud de personas inquietas que bullía bajo el sol de la mañana. Los sábados, el pueblo siempre hervía de actividad, pero ese día pasaba algo distinto.

Había banderas que ondeaban en las manos, en los mástiles y en las fachadas de los edificios, también carteles con un Tío Sam de aire severo mirando fijamente por encima de la alegre muchedumbre. Algunos llevaban pancartas caseras con eslóganes como «¡VENCED A LOS TEUTONES!».

Los niños reían. Las mujeres sonreían y saludaban con el pañuelo, mientras los caballos, las carretas y el gentío se apretujaban para conseguir una buena panorámica del espectáculo que se aproximaba calle abajo.

Aferrando su bolso de cuero negro, Jess descendió hasta el andén de la estación al tiempo que la banda de música local comenzaba a interpretar una versión desacompañada aunque a todo volumen del himno estadounidense, lo que hizo que estuviese a punto de volver disparada al tren.

A pesar de los sentimientos encontrados por el regreso a un entorno que le era tan familiar, después de haber pasado una semana encerrada en coches cama cargados de aire viciado, el corazón se le inundó de una nostalgia que no había previsto, exacerbada por aquel perfume de otoño que se respiraba en el ambiente y aquella fragancia de brisa fresca y limpia.

Se suponía que su hermana iba a ir a buscarla, pero en el telegrama que le envió no había mencionado ningún desfile y Jessica, de Amy, no veía ni rastro.

Pagó a un viejo mozo de equipaje para que se encargase de llevar sus maletas hasta el hotel y después se las ingenió para pasar entre los espectadores, que empujaban y chocaban entre sí como gallinas dentro de un gallinero abarrotado. Jess alzó la vista justo en el momento en que pasaba su hermana, saludando con la mano y sonriendo a todo el mundo como si fuese una reina en un palanquín, en lugar de una ciudadana de a pie sobre un sólido y resistente carro de granja. Junto a ella, en el carro, iban sentadas otras personas que Jessica no conocía. Estupefacta, Jess se vio de repente devolviendo el saludo, aunque estaba segura de que Amy no la veía. El recorrido del desfile pasó por la estación, rodeando el abrevadero de los caballos, donde se exponía una tosca réplica de la Estatua de la Libertad, y después giró a la izquierda hacia la calle principal.

Se asomó y le preguntó a la mujer que había a su lado.

—¿De qué va todo esto?

Cuando la mujer se volvió, Jess reconoció a Susannah Braddock, cuyo rostro mostraba una sonrisa radiante de alegría.

—¡Jessica!

Junto a ella había un hombre alto y delgado de unos treinta años y dos niños.

—Susannah, estás fantástica.

Jess, en realidad, la vio demasiado delgada y sus ojos le parecieron algo cansados. Seguía luciendo su larga y brillante cabellera negra y rizada, suelta aunque adornada por dos o tres peinetas de carey. El pelo y los ojos oscuros le daban un aire un tanto exótico.

—Cuánto me alegro de verte —dijo Susannah, y después señaló a la calle—. Es un desfile para promover los bonos Liberty y recaudar fondos para la guerra. El hijo del alcalde Cookson, Eddie, ya está en el Ejército y es el invitado de honor.

—¿En serio? —¿El pequeño Eddie Cookson ya tenía edad para ser soldado?

Susannah estrechó con fuerza la mano enguantada de Jess.

—Aunque solo sea por unos días, me alegro de que hayas vuelto. Hoy, la verdad, no teníamos previsto acercarnos al pueblo, pero llevaba ya semanas sin venir y sienta bien salir de la granja de vez en cuando. Además, los chicos querían ver el desfile. —Señaló con la cabeza a los dos muchachos, que se habían colado hasta la primera fila del grupo para contemplar el espectáculo que estaba pasando. Después se volvió hacia el hombre que la acompañaba—. Jess, te presento a Tanner Grenfell. Hace un par de años que sus dos sobrinos y él empezaron a trabajar para nosotros.

Tanner, un hombre enjuto de constitución mediana y pelo rubio rojizo la saludó tirando ligeramente del ala de su sombrero.

—Señora.

—Ahora que Riley está luchando en el frente, no sé qué haríamos sin él. A Tanner los caballos se le dan de maravilla. Lo dice hasta Cole, y ya sabes lo quisquilloso que puede llegar a ser.

Jess lo sabía quizá más de lo que Susannah creía.

—Por favor, señorita Susannah... —A Tanner se le subieron los colores, pero Jess no pasó por alto que se regodeaba en los elogios de Susannah. De hecho, la miraba con auténtica devoción, algo que tampoco se le escapó a Jessica.

Al son patriótico de *Over There*, los escolares pasaban cantando y pedaleando en sus bicicletas con banderines de crepé enganchados en los radios de las ruedas. Encabezaban el resto de las carrozas, entre ellas una con un piano y una mujer que interpretaba con viveza la marcha *You're a Grand Old Flag* en la parte trasera de un carro, además de dispares jinetes a caballo y un carro cubierto Conestoga lleno de mujeres sufragistas. Toda la música desentonaba, pero, a lo lejos, donde continuaba la fila de espectadores, Jessica oyó una oleada de ovaciones que ahogaba las notas discordantes y casi todos los demás sonidos.

—¡Ahí viene Eddie!

—¡Ya lo veo! ¡Un magnífico soldado!

Poco a poco apareció rodando la carroza con la decoración más recargada de todas, revestida de banderines y banderas estadounidenses. Clavados a los lados de la carroza aparecían más carteles de bonos Liberty. Alrededor de Jess, los aplausos y los gritos arreciaron. Jamás habría reconocido al hijo del alcalde Cookson, un muchacho vergonzoso y espigado de unos dieciocho años, de aspecto tímido y aniñado a pesar de su recio uniforme del Ejército. Iba de pie junto a varios hombres más que habían tenido el honor de compartir el a todas luces apoteósico final del desfile. La gente se apresuraba a acercarse para estrecharle la mano y desearle suerte en Europa. Él tocaba todas las manos que le tendían. Los aplausos y el jaleo hicieron que se le pusieran rojas hasta las orejas. Debía de estar pasando calor con aquel traje verde militar, porque incluso desde donde estaba Jess, se distinguía el brillo del sudor en sus facciones. Las muchachas que chillaban desde la acera, sin el menor decoro, le lanzaban flores de papel y las últimas rosas de la temporada, recogidas de sus patios. Él sonreía avergonzado.

El *sheriff* Whit Gannon, a caballo, marcaba el final del desfile y el público se dispersaba desde las aceras hacia la calzada para seguir a la comitiva y continuar con las celebraciones. Tanner y Susannah empezaron a avanzar hacia la carroza de Eddie, detrás de Josh y Wade. Susannah se volvió para decir:

—¡Jessica, tienes que venir a cenar un día a casa antes de marcharte!

Después, Tanner y ella se perdieron entre la muchedumbre. Jess fue pasando entre varias personas que la pararon para saludarla y darle la bienvenida al pueblo con palabras de afecto, al tiempo que le expresaban su deseo de que hubiese vuelto para quedarse. Tanto entusiasmo la pilló desprevenida y no tuvo la oportunidad o el ánimo de decirles que solo pasaría allí unos días, de camino a Seattle.

Entonces, desde el otro lado de la calle, llegó hasta Jessica una ola de voces llenas de alarma y preocupación. El extremo final del desfile fue dando trompicones hasta detenerse y el *sheriff* Gannon se abrió camino a caballo a través de la multitud confundida de espectadores, hasta llegar al lugar de los hechos. Aprovechando la senda que había dejado abierta, Jess fue tras él, al intuir la urgencia en los tonos de las voces que se alzaban: había alguien herido o enfermo.

—¡Abuela Mae! ¡Que alguien traiga a la abuela Mae! —ordenó una voz autoritaria, y Jessica tragó con fuerza para liberarse del nudo que se le había hecho en la garganta al reconocer el timbre de aquella voz: se trataba de Cole Braddock. Ya había pensado que antes o después tendría que verlo, pero pensaba que estaría más preparada para ese momento.

—Es Eddie —añadió otra persona—. Se ha desplomado de la carroza, ha debido de desmayarse o algo así.

Jessica empujó a alguien que se interpuso en su camino a tiempo de ver a Cole levantar a Eddie y echárselo al hombro, para llevarlo al café de la abuela Mae, al otro lado de la calle. Ella los siguió de cerca, sin dejar de agarrar con fuerza el bolso negro.

Al entrar por la puerta, la familiar fragancia de especias y aromas intensos envolvió los sentidos de Jess. Se adelantó entre el gentío que abarrotaba el diminuto restaurante y alcanzó a ver a Eddie, ya de pie pero inestable.

Luego, su mirada se posó en Cole. En ese momento, todo a su alrededor se desdibujó en una imagen borrosa y los recuerdos se desbocaron en su mente, como un río a punto de desbordarse. Fijó su atención en él: el pelo, que todavía llevaba largo hasta la barbilla, la nariz recta y la boca firme, la postura de los hombros.

—¡Mae! —gritó Cole—. ¿Dónde leches está Mae? Eddie Cookson se ha desmayado y se ha desplomado de la carroza delante de mi taller.

Eddie, pálido y aturdido, tenía un corte en la frente provocado por la caída. Automáticamente, la atención de Jess pasó al paciente.

—Déjame que lo vea.

Los ojos de Cole se posaron sobre ella y un escalofrío la atravesó en un instante. Su mirada fría se endureció hasta convertirse en la de un extraño mientras la examinaba de los pies a la cabeza antes de desviar su atención.

—¿Me ha llamado alguien? —Una mujer curtida y arqueada surgió de la cocina del almacén. Tenía el pelo gris recogido en un moño enmarañado en lo alto de la cabeza y la cara, alargada, más arrugada que una pasa. Llevaba un trozo de ternera cruda pinchada en un gran tenedor de cocina—. ¿Se puede saber qué demonios hacen aquí todos ustedes? —Como si nada, se limpió la mano en el talle del delantal salpicado de sangre.

Cole le dio la espalda a Jess y obligó a Eddie a volverse con él.

—Le han fallado las piernas, Mae. Se ha doblado como si fuera de trapo.

—Puede que solo me haya tropezado, nada más —dijo Eddie, con poca convicción.

La anciana le echó un rápido vistazo al joven soldado.

—Traedlo dentro para que pueda examinarlo mejor. —Y entonces, sin ninguna consideración por su privacidad o su dignidad, añadió a voz en grito—: Es probable que lo único que necesite sea una buena dosis de sales de Epsom que lo limpien de arriba abajo. Es increíble la cantidad de problemas que acarrea un atasco intestinal.

Mae, Eddie y Cole se dirigieron a la cocina.

—Cielo santo, no puede hablar en serio —murmuró Jess, y haciendo caso omiso del cartelito de «Prohibido entrar» lleno de moscas pegadas que había junto a la entrada de la cocina, se abrió paso empujando la puerta de vaivén.

Junto a la ventana, mientras Cole lo sujetaba, Mae le dio un repaso rápido a Eddie Cookson y después mezcló dos cucharadas bien colmadas de sales blancas en un vaso de agua.

—No sabe bien, pero si te lo bebes todo de un...

—¡Eddie Cookson, ni se te ocurra hacerlo! —interrumpió Jess, acercándose al trío de una zancada. Así de cerca, a pesar de su parafernalia militar, parecía incluso más joven que antes. Alargando la mano, inclinó la barbilla de Eddie hacia ella y vio lo que la vieja señora obviamente no había visto: ojos vidriosos, palidez y sudor frío, pelo húmedo. No podía darse por sentado que se tratase solo de un atasco intestinal, parecía algo más grave. De la herida de la frente caía un hilito de sangre que le recorría un lado de la cara y al tocarlo notó la piel extrañamente sudorosa—. ¿Cómo te sientes? —le preguntó Jess.

—Pues salvo por el dolor de cabeza que no me ha dejado en todo el día, cuando me desperté esta mañana estaba bien, señora. Y luego, después del desfile, lo siguiente que recuerdo es verme de repente con la cara en el suelo. Lo único que siento es... malestar general.

—¡Para eso sirven las sales! ¡Para el malestar general! —Mae siguió removiendo las sales en el agua, ahora con mayor agitación.

Jess se contuvo para no apretar los dientes demasiado fuerte.

—No, no sirven para eso. No se trata de un problema digestivo, lo que necesita es atención médica, Mae. —Sabía que muchos médicos cualificados también defendían la práctica indiscriminada de purgas, pero ella se oponía a la idea. Señaló la lata de sales de Epsom—. Lo único que harán es debilitarlo.

Mae se volvió, con los orificios nasales bien abiertos, lo que acentuaba su desdén.

—Ah, sandeces, *doctora* Layton. Yo ya recetaba y atendía a la gente antes de que tú ni siquiera hubieses nacido.

—Lo cual no justifica que lo tenga que seguir haciendo. —Volvió a sujetar a Eddie por la barbilla e hizo que mirase a la anciana—. Necesita un reconocimiento más a fondo, por no hablar de un vendaje para ese tajo.

Mae resopló con fuerza.

—No me achanté ante tu padre, señorita, y no voy a permitir que vengas tú ahora a decirme qué puedo o no puedo hacer. ¿No has visto ese cartel en la puerta? Los clientes no pueden entrar en la cocina.

—¿Pero el perro sí? —Jess señaló a un chucho plagado de pulgas y cubierto de manchas que roía un hueso tumbado en un remanso de sol. El animal se sentó y se rascó con ganas detrás de una oreja, soltando un aluvión de pelos—. ¿En el lugar donde se prepara la comida? —añadió con una mueca de repugnancia.

La abuela Mae le dirigió una mirada de desprecio y le entregó bruscamente el vaso a Eddie.

—Bébetelo. Ahora mismo.

Con absoluta frustración, Jessica se dirigió a Cole.

—Por el amor de Dios, Cole, no estarás de acuerdo con ella, ¿verdad?

Después de horas en su forja de herrero, olía a humo de madera, a caballos y a metal bruñido, tal como ella lo recordaba.

Eddie esperaba una resolución.

—Noto la garganta como si me la estuvieran raspando con una lima y la cabeza...

La expresión de dureza de Cole se relajó y finalmente negó con la cabeza.

—No. Tú deberías ocuparte de él, Jessica —dijo de mala gana.

La abuela Mae, enfurruñada e insultada, se irguió. Jess habría jurado que oyó cómo crujían sus viejas articulaciones, como una carretilla oxidada y desgastada por la intemperie.

—Pues no será en mi cocina. Ya os podéis llevar todo esto a otro sitio ¡y rápido! —dijo arrebatándole a Eddie el vaso de la mano.

—Maldita sea, Mae...

—Déjalo estar, Cole. —Jessica volvió a mirar al perro y la carne cruda sobre la mesa—. De todas formas, este lugar no es en absoluto higiénico.

Mae levantó la nariz y emitió un ruido de enfado e irritación. Los tres volvieron a pasar por el café, entre las miradas curiosas de los clientes. Había llegado Amy y estaba de pie junto a una mesa con las manos unidas en un único y tenso puño. Sin mucho más tiempo que el necesario para un beso rápido a su hermana, Jessica se puso manos a la obra: los pacientes eran lo primero.

—Amy, ¿se te ocurre algún lugar que pueda utilizar para atender a este joven?

—Puede que la señora Donaldson nos deje usar su cocina. Se ha portado muy bien conmigo todo el tiempo que me he alojado allí.

Cole se acercó hasta ellas.

—No. Tengo la llave de la consulta del médico, entre la herrería y el banco. Lleva tiempo ahí, vacía, a la espera de que la ocupe el nuevo médico. —Rebuscó en el bolsillo delantero de sus ajustados pantalones y sacó una llave de latón.

—Eso nos irá de perlas —dijo Jess, consciente de la tirantez que había entre ellos—. Gracias, Cole.

Su mirada hosca la atravesó, después se suavizó un poco y asintió.

—Venga, espabila, muchacho —le dijo a Eddie—. ¿Crees que puedes volver caminando?

—Sí. No quería causar tantas molestias. No sé qué me ha pasado.

Cole interrumpió sus quejas con un gesto de la mano y lo condujo hasta la calle.

Una visión que Jessica no deseaba contemplar desfiló ante su mente: Cole, de pie junto a su fragua al rojo vivo, con el torso desnudo y vestido solo con un pesado mandil de cuero, empuñando un martillo. Con cada martillazo saltan chispas, cual luciérnagas diminutas, del metal caliente al que da forma en el yunque. Tan poderoso y primario como su ocupación, ella lo contempla como una bella encarnación del cálido y cojo Hefesto, dios del fuego y la metalurgia y armero de los inmortales del Olimpo. Oh, sí. Rubio, musculoso, tosco... ese era Cole Braddock. Desleal... ese también era Cole. ¿Conseguiría algún día quitárselo de la cabeza?

Se volvió y recogió su bolso, luego le dijo a su hermana:

—Amy, después de atender a Eddie, me iré al hotel. ¿Nos vemos allí para almorzar? —Sonrió—.

Tenemos muchas cosas que contarnos. —Salió a prisa detrás de Eddie, a quien Cole estaba ayudando a cruzar la calle. Amy fue corriendo junto a ella.

—Qué fantástica idea —contestó Amy—. Invitaré también a Cole. El comedor del hotel es un sitio muy agradable. —Se volvió y lanzó una mirada al café de la abuela Mae—. Además, será mejor que no nos acerquemos a Mae durante un tiempo. No parecía demasiado contenta cuando nos fuimos.



Fuera, en la calle principal, la mayoría de la gente había vuelto a sus quehaceres cotidianos y el tráfico peatonal había disminuido.

—Siento mucho tener que molestarla, doctora Layton —se disculpó Eddie una vez más, mientras se sentaba tambaleándose ligeramente en la primera silla que encontró al entrar, como si se le hubiese agotado la esencia misma de su fortaleza—. Si no llega a estar usted en el café, habría hecho lo que dijo la abuela Mae.

Solo Dios sabía qué más le habría prescrito Mae, pensó Jess mientras le daba toquecitos en la frente. Le habría atado rodajas de cebolla en las orejas y lo habría hecho contemplar la luna mientras aparecía por encima del monte Hood. Se sentó en una silla frente a él, con el bolso a sus pies. Él hizo un gesto de dolor mientras le aplicaba un antiséptico que le escoció, aunque una vez limpia, la herida no era tan grave como ella había pensado.

—Me alegro de haber estado allí, Eddie.

—Supongo que no debe de ser más que un resfriado, pero... —Se puso las manos a ambos lados del cráneo, como para evitar que se le abriese por la mitad. Sonrió débilmente y Jess se

dio cuenta de que todavía estaba pálido y tenía los ojos enrojecidos; también notaba que tenía la nariz y el pecho congestionados, lo que hacía que sus palabras sonasen como si tuviese la cabeza metida en un balde. De pronto, un acceso de tos se apoderó de él, un ataque tan violento que Jess casi creía que acabaría expulsando los pulmones en el suelo de la sala de espera.

—Esa tos que tienes suena muy fea —afirmó frunciendo el ceño.

—Sí, señora —asintió jadeando—. Me ha venido de repente. Se lo juro, me duele todo, cada músculo del cuerpo. Y me estoy congelando de frío. Me iré a casa a descansar, pero ¿podría darme algo para estos dolores?

Jess se inclinó hacia atrás y lo examinó. Podía tratarse de algo tan leve como un mal resfriado, pero también de algo peor. Amy, que se había ido corriendo a una reunión del comité de bonos Liberty, había dicho que en la parte de atrás había medicamentos, pero no había tenido tiempo de investigar. Sabía que llevaba aspirinas en el bolso.

—De acuerdo, empezaremos con un tratamiento sencillo. —Abrió el cierre del bolso y extrajo un frasco con un tapón de cristal. Rebuscando en un bolsillo lateral, sacó también un sobre vacío y las contó—. Aquí tienes diez pastillas, tómate dos cada cuatro a seis horas.

Eddie tomó el paquetito de la mano que ella le tendió y engulló dos comprimidos antes de que a ella le diese tiempo ni siquiera a traerle un vaso de agua.

—Gracias, señora. Digo, doctora.

—¿Puede venir tu padre a recogerte?

—Está ocupado en el despacho.

—De acuerdo —asintió ella—. Entonces a ver si te buscamos un sitio mejor para que lo esperes. —Recorrió el corto pasillo que llevaba a una sala de reconocimiento y un despacho. En este último encontró un sofá de crin en condiciones aceptables que le resultaría más cómodo que la silla de madera de respaldo recto de la entrada.

—Eddie —lo llamó—, ven y ponte cómodo aquí.

—Solo unos minutos... —Le costó levantarse—. En la instrucción militar en Camp Lewis nos hacían marchar todo el tiempo, podré regresar a pie a casa en cuanto la aspirina empiece a hacer efecto.

Ella no creía que aquello fuese una buena idea, pero no se molestó en discutir con él.

—De todas formas me encargaré de que tu padre se entere cuanto antes. Tengo que hacer unos recados, pero me ocuparé de que te lleven a casa.

Jess lo dejó desplomado en el sofá y, si bien una preocupación constante no dejó de atosigarla ni un instante, se decía a sí misma: es joven y fuerte, está en la flor de la vida, pero resultaba extraño que reaccionase con tanta rapidez a un resfriado. No tenía sentido.

Avanzando en zigzag entre la gente que había en la acera, vio cómo el alcalde venía a su encuentro a grandes zancadas y con mucha determinación.

—¡Jessica! Digo, señorita... doctora Layton. Justo a usted la estaba buscando.

Horace Cookson era un hombre corpulento en el ecuador de los cuarenta, un ganadero lechero de profesión, de porte sencillo y desaliñado. Llevaba la camisa remangada hasta los codos, la corbata torcida y le faltaba el último botón del chaleco. Tenía el aspecto de un hombre que iba siempre un paso por delante o por detrás de sí mismo. Los días entre semana se levantaba al amanecer, ordeñaba las vacas, se ponía su ropa de vestir y se iba al pueblo.

—Si se trata de Eddie...

—Ya me han hablado de su trifulca con la abuela Mae por él. Se pondrá bien, ¿verdad?

—Está descansando en la consulta del médico, necesitará que alguien lo lleve a casa. Dijo que iría caminando, pero no creo que pueda hacerlo.

El alcalde asintió, aquello no le preocupaba en absoluto.

—Es joven y fuerte, se pondrá bien. Me ocuparé de que alguien vaya a buscarlo... Su madre estará pendiente de él, pero lo que me interesa ahora mismo es hablar con usted. Si le parece —añadió señalando en dirección al diminuto ayuntamiento de Powell Springs, al final de la calle—, ¿me acompañaría por favor a mi despacho para charlar sobre un asunto?

—¿Sobre qué asunto? —Jessica frunció ligeramente el ceño—. Espero que el condado no siga insistiendo en que les debo impuestos por las propiedades...

—No, no, no —intervino descartando la posibilidad—, le aseguro que no se trata de eso y, en cualquier caso, yo no tengo nada que ver con la recaudación de impuestos. No, tenemos otro asunto que discutir.

—¿Ah, sí?

—Por favor... acompáñeme, la reunión será breve —insistió Cookson, tendiéndole la mano en un gesto amable.

Jessica miró a su alrededor, desconcertada y buscando una escapatoria, pero no la había.

—Bueno, de acuerdo.

Lo acompañó, esquivando a una mujer que tiraba de dos niños que empuñaban sendas banderitas estadounidenses. En la calle se respiraba un ambiente festivo y vital. Cuando llegaron al ayuntamiento, Cookson se acercó a toda prisa a su secretaria.

—Que no nos molesten, Birdeen —ordenó a la mujer de pelo oscuro que estaba sentada frente a la centralita, junto a la entrada de su despacho. Birdeen Lyons estaba pluriempleada, pues trabajaba como recepcionista del alcalde y como telefonista de Powell Springs, aunque por lo que sabía Jess, los teléfonos aquí no eran algo tan común como en otros lugares. Powell Springs seguía siendo una pequeña población y solo tenían teléfono una o dos casas por manzana.

—Por supuesto, Horace.

El alcalde entró con gesto despreocupado en su desordenado despacho y quitó una montaña de papeles de encima de la silla que había junto a su escritorio de roble. A continuación, le indicó a Jessica con un gesto que se sentase.

—Aquí no tenemos ni té ni café, pero podría pedir que nos lo trajesen de la cafetería. Solo sería un segundo.

—Gracias, no. —Echó un vistazo alrededor. Sobre la pared que se elevaba detrás de la mesa del alcalde, vio el mismo cartel de bonos para la guerra que había en los escaparates de casi todas las tiendas del pueblo. Al lado, estaba colgada una pequeña fotografía enmarcada de Eddie, vestido con su uniforme militar y con aire serio y orgulloso.

El alcalde se sentó en su silla y se volvió hacia ella.

—Discúlpeme por asaltarla en la calle de esa manera. Y créame, no lo habría hecho si no fuese por algo tan urgente.

Jessica asintió y esperó unas palabras que explicasen qué podía ser más urgente que tener que llevar a su hijo enfermo a la granja familiar. Su cara redonda, a pesar de su aspecto bastante amable, no revelaba nada.

—Esta mañana, cuando oí que había llegado al pueblo y que después había atendido a mi hijo, convoqué una sesión extraordinaria del consejo municipal.

Se sentó recta en la silla, en guardia. ¿Cómo se había corrido la voz tan rápido desde su llegada? En ese momento, sus cejas se encontraron por encima del puente de la nariz, al tiempo que la asaltaba una idea.

—Por el amor de Dios, ¿de verdad que la abuela Mae ha venido a quejarse por lo ocurrido? ¿Es esa la razón por la que me ha traído hasta aquí?

—Tranquila, tranquila, no permita que Mae la altere. Es una buena mujer y un elemento fundamental de esta comunidad. Lleva aquí desde los tiempos de Matusalén, preparando pócimas y trayendo niños al mundo.

«Tranquila, tranquila, ya está, ya está...» Otro ejemplo de la típica actitud condescendiente que había tenido que soportar desde que decidió seguir adelante con su carrera en la medicina.

—Alcalde Cookson, no me altero...

—Mae es una buena mujer —la interrumpió— y cocina un guiso de pollo que dejaría en mal lugar al de mi madre, que en paz descansa, pero creo que ambos coincidimos al considerar que no es una médico profesional.

La boca de Jess, que había abierto para proseguir su defensa, se cerró de golpe. Después continuó con precaución.

—Pues no, no lo es. Por eso intervine.

—Y me alegro de que lo hiciera. Necesitamos un médico de verdad y no tenemos ninguno desde que al doctor Vandermeer se lo llevó la gripe la primavera pasada.

—Creí que ya habían encontrado uno. —Eso había mencionado Amy en su última carta.

—Sí, Frederick Pearson. Un joven y respetable licenciado, por lo que puedo deducir de sus cartas. —Revolvió entre otros montones de papeles sobre su escritorio—. Bueno, ahora mismo no las encuentro. La cuestión es que, respetable o no, todavía no sé con certeza cuándo llegará. Llevamos mucho tiempo esperándolo. Con la guerra, la mayoría de médicos y enfermeras se han marchado fuera del país.

De eso estaba bien informada. De hecho, no estaba segura de cuán respetable sería el tal Pearson, puesto que el Ejército había reclutado a todos los médicos que fuesen simplemente medio competentes. Los únicos que quedaban eran matasanos sin título y un puñado de mujeres como ella que no interesaban al Ejército.

—¿Dónde entro yo en todo esto, señor Cookson?

—Fue una reunión breve. —Unió sus manos sobre el cartapacio de su escritorio—. Después de la discu..., digo, de la charla, el pleno votó y decidió que le pidiese que se quede en Powell Springs hasta que llegue el doctor Pearson.

—Estoy segura de que no fue una decisión unánime. —Jessica lo miró fijamente.

—Bueno, no exactamente. —Se movió en su silla—. Si le soy sincero, hubo ciertas reticencias por el hecho de que usted sea, bueno... —Hizo una pausa—. Bueno, mujer. —Jess levantó ligeramente las cejas y notó cómo le subía el calor por las mejillas—. Pero su padre era un hombre recto, ya sabe, muy bien considerado. Y la mayoría de los habitantes del pueblo la conocen desde hace muchísimo tiempo. —En este punto se animó—. Adam Jacobsen salió en su favor de forma bastante entusiasta. Como es obvio, la opinión favorable del pastor de Powell Springs, un hombre tan activo en la Liga Protectora Americana, pues se impuso a los demás.

La Liga Protectora Americana... era justo lo que se podía esperar de Adam. Jess lo recordaba como un niño llorica y mequetrefe que se chivaba de todo a su padre, el pastor anterior. La LPA, resultado de la ley de sedición de Woodrow Wilson, contaba con unos doscientos mil miembros voluntarios que se encargaban motu proprio de espiar a sus vecinos, denunciar a los hombres que considerasen desertores, meter las narices en los asuntos de todo el mundo, acusar de traición aunque no fuese cierto y hostigar a las personas que no comprasen bonos Liberty. Podían hacer que arrestasen a quienes expresaban una opinión crítica de la guerra y sospechaban de todo el mundo, de manera que el apoyo de Adam era algo inesperado y probablemente inoportuno.

—Pero es que yo he venido para quedarme poco más de una semana, solo para ver a mi hermana. Me espera un puesto como investigadora en Seattle.

—Mmm... Sí, eso podría ser un problema, ya que no sabemos cuándo llegará Pearson.

—No «podría ser». Es un problema. Me esperan en Washington y tengo que ir. Ya no me dedico a la medicina clínica.

El alcalde se inclinó hacia delante, su expresión era franca y sincera.

—Doctora Layton... Jessica... Sé que esto es pedirle muchísimo, pero supo controlar muy bien la situación con Ed. La cuestión es que la abuela Mae no está cualificada para tratar problemas médicos. Me ha ayudado a traer al mundo algún que otro ternero en todos estos años y supongo que se las puede ingeniar con cosas sin importancia, pero hay personas que han empezado a preocuparse por qué sucederá la próxima vez que se presente una verdadera emergencia. El pobre Elvin Fowler se pasa el día sentado en su porche sin hacer nada desde que se rompió la pierna y no recibió ningún verdadero tratamiento médico. Es mi deber como alcalde ocuparme de que los ciudadanos de Powell Springs estén bien atendidos. —Captó su mirada y la mantuvo con determinación—. Y creo que sería el deseo de su padre que usted ayudase a su pueblo natal en un momento de necesidad.

—Pero... —Jessica tensó la mandíbula, sintiéndose culpable y a la vez superada con aquel astuto comentario. Sí, por supuesto, su padre querría que ella colaborase. De hecho, sabía que se lo exigiría. No quería quedarse en Powell Springs ni poner en peligro su nuevo trabajo en el Hospital General de Seattle. Aun así, el hábil alcalde había sabido elegir las palabras exactas para doblegar su voluntad—. Bueno, yo... —comenzó, derrumbándose bajo el peso de la obligación—. Supongo... me han dado seis semanas para el traslado, supongo que me puedo quedar un mes. —Después, con más energía, añadió—: Pero aparezca o no aparezca el doctor Pearson, en los próximos treinta días, yo me marcharé.

Cookson se recostó en la silla y en su cara curtida se reflejó un destello de alivio o de satisfacción.

—Claro, por supuesto, lo comprendo.

—Dado que ya no se puede contar con la casa de mi padre, podría hacer uso de la consulta vacía que utilicé esta mañana.

Si detectó la nota de amargura que Jessica había sido incapaz de ocultar en su tono, el alcalde no dejó que trasluciera.

—¡Es justo el sitio en el que había pensado! Claro que ya hemos colocado allí la placa de Pearson, pero eso no supondrá ningún problema. Haremos que se instale inmediatamente, no se preocupe de lo más mínimo. No quisiera haberle dado la impresión de que estará muy ocupada... después de todo, ha venido a visitar a Amy. Pagaremos para que se aloje en el apartamento que habíamos preparado para Pearson. De hecho, correremos con todos los gastos. —Se levantó y le tendió la mano desde el otro lado del escritorio—. Me alegro de que haya vuelto, doctora.

Ella le estrechó la mano, poco convencida de la decisión que había tomado.

—Pero solo durante un tiempo, señor Cookson. Solo durante un tiempo. —Se levantó—. ¿Y se ocupará usted de Ed? Lo dejé en el consultorio.

—Claro, claro, en cuanto haya solucionado algunos de estos asuntos. —Dio un empujoncito a los montones de papeles. Jessica jamás habría imaginado que podría costar tanto administrar una población tan pequeña.

CAPÍTULO DOS

Cole Braddock sujetaba entre las rodillas la pezuña de la yegua mientras le clavaba la herradura. Jeremy, el muchacho que trabajaba para él cuando salía del colegio, había comenzado la tarea, pero Cole lo rehizo. Al fin y al cabo, el chico aún estaba aprendiendo, había que contar con que cometiese errores propios de un aprendiz. Le habría dicho al chico que lo arreglase él, pero lo había enviado a cuidar de su madre, que estaba enferma.

En las vigas, una hilera de gorriones comunes piaba y aleteaba. *Roscoe*, el perro pastor blanco y negro de Cole, daba ladriditos y se revolcaba sobre el lomo para observar lo que sucedía.

Amy le había pedido a Cole que aceptase la invitación al almuerzo y, maldita sea, no se le había ocurrido ninguna buena excusa para librarse de aquello. Lo había mirado con aquellos ojos verdes de largas pestañas y con aquella expresión que le hacía sentir como si dependiera de cada una de sus palabras, de manera que no le había quedado otra que acceder. Almorzar con ella y con Jess era lo último que quería hacer. ¿Por qué había vuelto Jess Layton? Cada martillazo sobre cada clavo remachaba la pregunta: ¿por qué? Sí había imaginado que alguna vez querría visitar a su hermana, pero maldita sea...

Volver a ver a Jess lo hacía perderse en un laberinto de sentimientos, pero el que predominaba era la ira. Seguía siendo lo bastante guapa como para hacer que un hombre se diese la vuelta para mirarla, pero parecía más frágil de como la recordaba, quizá algo cansada. Por un instante se preguntó cómo habría estado todo ese tiempo. Después pensó en todo lo que había pasado entre ellos, y la ira lo invadió de nuevo. Golpeó el clavo hasta que la yegua emitió un gruñido de dolor y volvió la cabeza hacia un lado para fulminarlo con la mirada.

Se quedó mirando fijamente a aquel ojo equino marrón y respiró hondo. Se estaba portando como un idiota.

—Perdona, *Molly* —farfulló entre los clavos que sujetaba con la boca.

Era un hombre con suerte: pronto se comprometería con Amy, una mujer maravillosa, una mujer que poseía todas las cualidades que un hombre podría desear en una esposa. Guapa, de carácter dulce y encanto inocente, buena cocinera, ansiosa por ser madre.

Todos querían a Amy.

No lo cuestionaba ni ponía a prueba su paciencia, hasta el límite, para luego zafarse de él, como había hecho Jess. Casarse con ella era sin duda una idea inteligente. Después de la boda, tendría todas las cosas buenas de la vida que tenía Riley... bueno, excepto estar en el Ejército. Ese tema había dividido a los dos hermanos. Cole se había querido alistar tan pronto como el Congreso aprobó la declaración de guerra: quería ir a Francia y ayudar a derrocar al emperador Guillermo II, pero Riley, que era dos años mayor y siempre conseguía todo lo que quería, se alistó primero.

Y anda que no le encantaba a su padre alardear de que tenía un hijo soldado.

Cole se sacó otro clavo de la boca y lo colocó en la herradura de *Molly*. Podía oír la voz ronca de su padre, contando una y otra vez las hazañas de Riley, la mayoría fruto de sus propias ensoñaciones, pero los veteranos que frecuentaban la tienda de refrescos de Tilly no sabían que aquellas hazañas no eran más que fruto de su imaginación, o tal vez no les importaba, y los días en que sus heladas articulaciones entraban lo bastante en calor como para permitirle ensillar un caballo y subirse a él, su padre cabalgaba hasta allí para beber *whisky* servido en vaso de refresco y contar a los muchachos las aventuras del cabo Riley Braddock. Dos años después de que se aprobase la prohibición en Oregón, las ventas de alcohol no habían disminuido mucho, solo había cambiado la forma en la que se servía.

La provisión de caballos a los Aliados y al Ejército de Estados Unidos no era un trabajo lo bastante espectacular como para que lo invitasen a beber gratis en el local de Tilly, pero sí que requería mucho esfuerzo y Cole sabía que su cuñada no debería tener que afrontarlo ella sola. Cuando Estados Unidos entró en el conflicto, 182.000 caballos viajaron como parte de sus

fuerzas armadas. Aunque los kilómetros de alambre de púas hacían poco práctico un cuerpo de caballería, los caballos eran necesarios para transportar los equipos y los víveres. Los animales eran tan vulnerables como los hombres al gas mostaza y a las ametralladoras y sus sustitutos tenían que ser expedidos al extranjero. Se le revolvía el estómago cada vez que pensaba en el destino al que abocaban a aquellos pobres animales. Un hombre era consciente del peligro al que se exponía como soldado, un caballo no.

Concentrado como estaba en el trabajo, dando vueltas a sus pensamientos, no oyó que se aproximaban otro caballo y un jinete hasta que *Roscoe* ladró un breve saludo y salió danzando para recibirlos. Cole alzó la vista y vio a su padre a lomos de *Muley*, un caballo castrado de orejas largas y casi tan viejo como su jinete.

Su padre desmontó del caballo con rigidez, con una rodilla casi completamente impedida. Tenía el pelo corto y color gris ceniza y en su cara ajada llevaba escrita la historia de todos los días de tormenta y sol abrasador que el anciano había vivido.

—Así que ha vuelto, ¿eh?

—¿Quién? —respondió Cole, soltando la pezuña de *Molly* e irguiéndose, inmediatamente en guardia.

—¿Que quién? La doctorcita de Ben Layton, quién si no. La que estuvo a punto de echarle el lazo. No se raja de otra cosa en el local de Tilly. He oído que le robó un paciente a la abuela Mae y que tú la ayudaste.

Cole gruñó para sus adentros. Aquel montón de pesados vejstorios eran peores que una panda de mujeres parroquianas con sus chismes y encima dejaban que su padre viniese corriendo hasta aquí para hablar del tema.

—Sí, Jess se ocupó de Ed Cookson. Ha pillado un mal resfriado o algo así... se cayó de bruces en la calle. Pero no le ha robado ningún paciente a Mae. Mae no es médico.

Aunque Cole le sacaba una cabeza a su padre, con la mirada fulminante de aquellos ojos que parecían granos de café, el viejo se empeñaba en intentar hacerle sentir como un niño de diez años.

—Ahora tienes a la mujer perfecta, una buena mujer, así que ni se te ocurra pensar en esa doctorcita.

—Por Dios, papá. —Cole no pudo ocultar su enfado—. Ha venido de visita y ya está. Lo que quiera que hubiese entre Jess y yo se acabó hace mucho tiempo. Además, Amy me contó que le había escrito algo sobre un trabajo en Seattle.

El viejo ató a *Muley* a un poste con sus manos nudosas y fue renqueando hasta un taburete situado junto a un balde de clavos. Se acomodó en el asiento con un fuerte gruñido y prosiguió.

—Bueno, yo aún recuerdo cómo ibas por ahí amargado, como un ternero buscando a su mamá, cuando te dijo que regresaba a Nueva York.

—Eso fue hace muchísimo tiempo.

Con su don para insistir en un tema hasta la saciedad, su padre continuó como si Cole no hubiese dicho nada.

—Por Dios santo, entre la mujer de Riley, enfurruñada porque se marchaba, y tú, como un alma en pena, la casa pareció un maldito velatorio durante meses. Así que deja que la doctorcita de Ben siga su camino. Está bien para mirarla de lejos, pero es más lista de lo que le conviene. Siempre ha sido demasiado lista, tanto tiempo rodeada de libros. No es nada bueno para una mujer ser demasiado inteligente. —Y así continuó un buen rato, dando su opinión sobre todo y todos, ya fuese sobre las mujeres, los caballos o cualquier otro tema.

Cole ahogó un suspiro.

—¿Papá, no es la hora de tu medicina? Sabes que a Susannah le gusta que la tomes todos los días a la misma hora.

—Bah, ¡la medicina! —exclamó con un gesto de fastidio—. Esa porquería sabe a rayos y no sirve para nada. Sigo igual de tieso que una mojama. —Pero con gran esfuerzo se levantó del taburete y fue arrastrando los pies hasta *Muley*—. Volveré dando un paseo hasta el local de Tilly. La medicina que sirven allí funciona mejor.

Cole observó a su padre, débil y testarudo, montar a lomos de su caballo. No le era difícil imaginárselo tomando unas cuantas copas de más y cayéndose de bruces desde lo alto de la silla de montar.

—Cuidado con el *whisky*, papá. Aún es temprano para empezar a darle. No sería mala idea que me dejases llevarte a casa cuando acabes.

—De eso ni hablar. Ya montaba a caballo antes de aprender a andar y no voy a dejar de hacerlo a estas alturas. Pero si quieres, pásate más tarde y tómate una conmigo y con los muchachos. Esos charlatanes se reunirán en el parque de enfrente. Seguro que lo pasamos bien.

—Aún me queda trabajo por hacer.

—Como tú veas. —Dio media vuelta con *Muley* y atravesó las grandes puertas abiertas de la herrería.

Cole dejó escapar un suspiro reprimido y siguió herrando a *Molly*. Al colocar el último clavo, soltó la pezuña de la yegua y le dio una palmadita en el costado.

—Ya está, bonita. Intenta no volver a lanzar la herradura, ¿entendido?

Molly contestó con un relinche de satisfacción. La desató, la llevó al cercado que había fuera y la dejó suelta.

Estaba amontonando paja en un pesebre vacío cuando el rostro de Jessica se le apareció en la mente. Normalmente, el trabajo físico ahuyentaba los pensamientos perturbadores de su cabeza. Al menos durante un rato. El día que recibió el telegrama de Jessica movió probablemente unas cincuenta pacas de paja. Pero ahora no funcionaba, así que dejó la horca en una esquina. De todas formas, no le serviría de nada distraerse: había quedado con las dos hermanas para almorzar.

—*Roscoe*, te quedas tú a cargo —le dijo al perro pastor—. Vigila todo hasta que vuelva.



Jess abrazó a su hermana cuando por fin se volvieron a encontrar en el hotel. Amy seguía llevando el suave perfume a vainilla que ella recordaba y, en sus brazos, sus huesos pequeños y menudos le parecían los de un pajarillo. Eran iguales en muchos aspectos, las dos hermanas tenían el pelo color miel y los ojos verdes, y a la vez tan distintas como si se hubiesen criado en familias separadas.

En el comedor del hotel, se sentaron en una mesa cerca de la ventana y, mientras tomaban un té y esperaban a Cole, Amy dijo:

—Jess, he tenido una idea fantástica. Se me ocurrió después de verte atender a Eddie. No hace falta que pagues una habitación de hotel, te podrías quedar en el apartamento que hay encima de la consulta del médico, está totalmente amueblado. Tiene hasta una cocina Hoosier sin estrenar. —Amy alzó la barbilla—. Lo decoré yo misma. Seguro que no se puede comparar con Nueva York, pero tiene electricidad y agua corriente y está listo para entrar a vivir.

Después, con apenas un respiro para saludar a Cole, que llegó con aspecto de acabar de lavarse a conciencia, pero todavía con un leve olor a herrería, Amy continuó con su discurso.

—Le estaba diciendo a Jess que tiene que quedarse en el apartamento que hay encima de la consulta del médico. ¿No crees tú también que es una idea buenísima, Cole?

Cole miró primero a Amy, luego a Jessica.

—A ti te parece bien, ¿verdad, Cole? —volvió a preguntar Amy—. Tú mismo dijiste que sigue ahí, vacío.

—De verdad, no es neces... —empezó a decir Jess.

—Bueno, sí, supongo que si es solo unos días... —dijo Cole acomodándose en una silla.

—Bien, pues está decidido —sentenció Amy sonriendo, antes de que a Jess le diese tiempo a contarles que había aceptado quedarse un mes—. Así puedo vigilaros a los dos, las dos personas más importantes de mi vida. —Su voz tenía cierto tono de burla, pero a lo que Jess se quedó dándole vueltas fue a su gesto ladino—. Jess, haremos que trasladen tu equipaje. Supongo que... Cole, ¿puedes hablar con alguien para que lleve sus baúles y sus cosas?

Se acercó un empleado para atenderlos, pidieron y, cuando se marchó, Amy continuó como si no hubiese habido ninguna interrupción.

—Puedes encargarte de que se lleven sus cosas justo después de comer, ¿verdad, Cole?

—Puedo hacerlo yo —intervino Jess a toda prisa.

—¿Tú sola? —preguntó Cole, con tono neutro—. ¿Vas a cargar con todo echándotelo a la espalda?

—Claro que no. Pagaré a alguien para que lo haga, igual que hice para que me los llevaran al hotel. De todas formas, hará falta más de una persona —contestó resentida. No quería deberle lo más mínimo a Cole Braddock—. Llevo ya bastante tiempo arreglándomelas yo sola.

—Tranquila, Jessica —dijo Amy—, no hace falta que pagues a nadie. Al fin y al cabo, Cole es prácticamente de la familia.

—Ya me encargo yo. —Aquel tono reticente se había vuelto a instalar en la voz de Cole.

Amy les dedicó a ambos una mirada de satisfacción. Por no herir a su hermana, Jess se mordió la lengua para no hacer un comentario cortante y consiguió esbozar una tensa sonrisa. Nunca se le había dado bien mentir. Ante la presión, decidió rendirse.

—Gracias, Cole. Te agradezco la ayuda. Y será para algo más que solo unos días: el alcalde Cookson me ha pedido que me quede hasta que llegue el doctor Pearson. Aún tengo algunas semanas antes de tener que incorporarme a mi puesto en Seattle, así que he aceptado quedarme un mes, pero quizá el doctor Pearson llegue antes.

—¡Ah! Ay, Jess, ¡qué bien! —dijo Amy, y volviéndose a Cole—: ¿Verdad, Cole?

—Sí, genial —contestó Cole mientras removía la comida en el plato con el filo del cuchillo.

—Estaba segura de que aceptarías. —Amy se enganchó al brazo de Cole y le dio un efímero abrazo; le lanzó a Jessica otra sonrisa ladina y prosiguió, mirando a Cole a los ojos—. Dios mío, si el doctor Pearson no viene, ya sabes, si decide no venir, es posible que el señor Cookson le pida a Jess que ocupe su puesto. Seguro que al alcalde le parece una idea buenísima.

A Cole no le parecía en absoluto una buena idea. Contrariado y aún resentido después de meses con el orgullo herido, añadió:

—No creo que debamos impedir a Jessica que aproveche su oportunidad. Es eso lo que desea. No le resultaba nada fácil estar allí en compañía de las dos mujeres; con una había estado prácticamente comprometido y con la otra tenía ahora la intención de casarse... algún día. Amy brillaba como el rocío sobre la hierba en primavera y Jessica... bueno, Jess era como un rubí: intensa, misteriosamente brillante y compleja. Esas eran las cualidades que lo habían atraído hacia ella hacía años y que, en última instancia, ella había utilizado para alejarlo de su vida. Levantó la vista y vio cómo lo miraban los ojos fríos de Jessica. Esos ojos, siempre se había sentido como si ella pudiese ver dentro de su corazón y fuese la única capaz de hacerlo. Ese pensamiento no hizo más que aumentar la tensión en la mesa, pero Amy siguió charlando, aparentemente feliz de volver a tener a su hermana junto a ella. Cole no podía negarle aquello, cuando era pedir tan poco.

—¡Pero Jess! Que te quedases aquí, tal y como planeaste hace tiempo, sería perfecto —dijo Amy.

—Amy, ya sabes que eso no va a pasar —protestó Jessica—. No habría accedido a esto si el alcalde no hubiese sacado a relucir el nombre de papá. Cookson por poco no invoca su espíritu para convencerme de que aceptara.

—No me sorprende. Cuando éramos pequeñas, los dos pasabais tanto tiempo juntos, delante de aquellos libros de ciencias y aquellos especímenes que ni siquiera se daba cuenta de que yo existía.

—¿Qué...? —Jessica inclinó levemente la cabeza y sonrió, desconcertada por el comentario.

—Y seguirás trabajando en el espacio donde atendiste a Eddie.

—Bueno, sí, el señor Cookson comentó que el ayuntamiento correrá con todos los gastos durante el tiempo que esté aquí.

Cole levantó la cabeza. Dios, qué diría su padre cuando se enterase de esto. Si no se había enterado ya; el local de Tilly era un centro de intercambio de noticias más eficaz que los periódicos. A pesar de que Amy siempre estaba yendo y viniendo al rancho, él no tenía nada que objetar respecto a eso, tendría que soportar al viejo repitiéndole de día y de noche que no se juntase con la «doctorcita de Ben Layton», pero ahora Jess estaría puerta con puerta con su forja todos los días hasta que se marchase y eso no ocurriría hasta dentro de un mes.

—Claro, aunque no sea tan lujoso como a lo que estás acostumbrada, el plan es perfecto —dijo Amy, y añadió para Cole—: y así tú tendrás una inquilina que pague el alquiler.

Jessica se quedó mirando a su hermana, sorprendida por este detalle que el alcalde había olvidado mencionarle. ¿Cole era el propietario de aquel edificio? Ella creía que simplemente tenía la llave porque era el vecino del negocio vecino.

Si por lo menos no siguiese siendo tan atractivo, pensó irritada. Se había peinado hacia atrás el pelo trigueño y largo hasta la barbilla, pero aun así, en comparación con los hombres con perfectos cortes de pelo que veía habitualmente, Cole parecía totalmente salvaje. No podía imaginárselo sentado en medio de un ceremonioso salón. Era un hombre que había pasado la vida al aire libre, intentando someter los elementos de la naturaleza a su voluntad. A menudo lo había logrado, también con ella. Jessica bebió un sorbo de agua, con la esperanza de deshacer el doloroso nudo de ira y arrepentimiento acumulados que se le había formado en la garganta. En un intento por alejar sus pensamientos de aquellas dudas suyas cada vez mayores, dijo:

—Amy, puede que Nueva York tenga casas preciosas y elegantes vecindarios, pero ya sabes que yo vivía en una pensión. Seguro que aquí tendré más privacidad de la que tenía allí. Y está claro que tener una consulta será mejor que tratar a los pacientes en el hotel. En cualquier caso, el alcalde Cookson no cree que vaya a tener mucho trabajo.

—Creo que tendrás más trabajo del que esperas. Ya ha habido un par de personas que han venido a preguntarme si podrías verlas mientras estuvieses por aquí. Y eso fue antes de que el alcalde hablase contigo.

Jessica quería evitar aquel tema y sus pensamientos volvieron a Eddie Cookson.

—Supongo que tienes razón.

—Me pasaré a ayudarte a organizar todo. Ay, no, espera, tengo clase de vendajes en el comedor de la escuela, la da la Cruz Roja. Y el comité de bonos Liberty tiene ese jaleo en el parque. ¡Caray! Todo eso me va a llevar el resto del día.

Amy era una fuente de buenas obras. Siguió charlando, poniendo a Jess al día de quién se había casado, quién había muerto, quién había caído en la guerra. Mientras hablaban, pasó un hombre de estatura media y pelo oscuro que se detuvo para observarlas a través de los visillos de encaje. Amy lo saludó con la mano, pero la mirada de él se posó en Jess. Sonrió y siguió su camino apresuradamente.

—¿Quién era ese? —preguntó Jessica. Su cara le resultaba familiar, pero no conseguía ubicarlo.

—¿Te acuerdas de Adam Jacobsen? —apuntó Cole, lanzándole una breve mirada a los ojos—. Faltando su padre, él es el nuevo pastor.

—Sí, ¿te acuerdas, Jess? —preguntó Amy—. Te conté en una carta que el reverendo Jacobsen murió la primavera pasada.

—Ah, sí, creo que sí. —Así que ese era el aspecto actual de Adam.

—He estado trabajando con él en el comité de bonos Liberty —se apresuró a decir Amy—. He de decir que tenemos una gran responsabilidad. Se necesita tantísimo ese dinero. Adam lo está haciendo de maravilla, doy fe de que sería capaz de sacar dinero de una piedra. Se las ingenia para que prácticamente todo el mundo compre bonos.

Jess no quería hablar de Adam Jacobsen.

—Vi un par de desfiles de bonos Liberty en el este. Atraían a multitudes numerosísimas, a decenas de miles de personas —añadió Jess—. Incluso vi a Mary Pickford participando en uno de ellos.

—¿En serio? —dijo Cole levantando las cejas—. Aquí no contamos con Mary Pickford, pero tenemos al soldado Eddie Cookson.

—Que está enfermo —agregó Jessica frunciendo el ceño—. Espero que su padre pasara a buscarlo por la consulta y lo llevara a casa. Tengo entendido que se está adiestrando en Camp Lewis.

—Exacto —dijo Amy—. Llegó ayer por la mañana porque tenía unos días de permiso. Su padre movió un montón de hilos para poder traerle hasta aquí. Eddie ha ido de puerta en puerta, hablando con todos, uno por uno, para recaudar fondos. Adam lo ha acompañado. Creo que no queda ni una sola casa o negocio que no hayan visitado. Pobre Eddie. Puede que tanta emoción lo haya superado. En la vida me habría imaginado que se iba a desmayar de esa manera, pero espero que su padre no se lo haya llevado a casa. Esta tarde está previsto que participe en el *picnic* multitudinario en el parque. Irá todo el mundo y es el plato fuerte de nuestro programa.

—Yo pienso que debería quedarse en casa, guardando cama.

—Pero... pero... ¡no puede! Tenemos planes muy importantes, planes para los que es necesaria su participación. —Amy miró al cielo azul a través de la ventana—. Hasta el tiempo está cooperando: hace sol y eso no ocurre con mucha frecuencia en esta época del año. Llevo toda la semana preocupada por el tiempo. Ya sabes lo lluvioso que puede ser octubre por aquí. Necesitamos a Eddie.

Cole se acabó el último bocado de la trucha que había pedido. Le cayó como una piedra en el estómago.

—Adam Jacobsen se las arreglará sin Ed —sentenció Cole.

Amy se echó hacia atrás y cruzó las manos.

—Yo no hago más que pensar en Riley y sé que tenemos que hacer todo lo que esté en nuestras manos. Estamos muy preocupados por él, luchando en Francia, ¿verdad, Cole?

—Me sorprende que tu hermano fuese llamado a filas —intervino Jessica—. Pensaba que el contrato de los Braddock para suministrar caballos al frente lo mantendría en casa.

—Así habría sido —dijo Cole, con un gesto de dureza—, si no se hubiese alistado.

—¿Y ha dejado sola a su mujer para sacar adelante la granja? Me imagino que fue idea de tu padre —apuntó Jessica, que nunca le había tenido aprecio al padre de Cole, a quien consideraba un fanfarrón.

—No, Riley tenía muchas ganas de ir.

—Y sé que tú también. —Amy le dio una palmadita en la mano a Cole y le dijo a Jessica—: Pero, claro, no se podían marchar los dos. De todas formas, Susannah adora al señor Braddock e intenta impedirle que vaya por ahí zascandileando por el campo. Es algo gruñón y seco, pero, si bien muy en el fondo, es un encanto. Además, Susannah tiene a Tanner Grenfell para que le eche una mano. Y Cole está haciendo trabajo extra. —Al sonreír a Cole, los ojos de Amy se iluminaron de orgullo y de una satisfacción que Jess jamás había visto en ella.

Cole, rechazando el café y el postre, se despidió de las dos mujeres con un frío «buenas tardes» y volvió a la forja, alegando una sobrecarga de trabajo. Después, Amy tomó la mano de su hermana y la apretó.

—Estoy muy contenta de que hayas vuelto, Jess. Tenía miedo de que no vinieras. Imagino que esto te debe de resultar incómodo, Cole y yo juntos.

La incomodidad no se parecía ni de lejos a lo que Jessica sentía.

Una tarde de hacía más de un año, se había hecho una promesa a sí misma. Aquel día nefasto, con el telegrama todavía temblándole entre las manos nerviosas, había jurado que no volvería, que tan siquiera ir de visita a Powell Springs le rompería de nuevo el corazón. Y a pesar de todo, aquí estaba.

La cuestión era que excepto por su querida, aunque chiflada, tía abuela Rhea de Nebraska, que les enviaba cartas desternillantes, sin que esa fuese su intención, sobre extrañas luces que sobrevolaban su granja y hombrecillos grises que le robaban las gallinas, Jess y Amy solo se tenían la una a la otra en este mundo. Y Jessica se había dado cuenta de que los lazos familiares eran mucho más profundos de lo que habría pensado.

Se obligó a sí misma a apretar la mano de Amy para tranquilizarla, igual como ella se había obligado a regresar.

—Ya no hay vuelta atrás. Si él y yo hubiésemos estado destinados a... él... nosotros... no habríamos roto nuestro «entendimiento». —¿De qué otra forma podría llamarlo? No había habido ningún acuerdo formal entre ambos, ningún compromiso. Si no llega a ser por aquel telegrama, eso habría ocurrido cuando ella regresase a casa.

Consiguió esbozar una sonrisa.

—Simplemente me alegro de haber podido venir a visitarte y de que Powell Springs esté lo bastante cerca de Portland como para permitirme parar de camino a Seattle.

Su hermana emitió una risita nerviosa.

—Sí, qué suerte, ¿verdad? Y tenerte a mi lado para que me hagas compañía nos da la oportunidad de ponernos al día. Cole ha estado muy ocupado con los caballos y la forja, pero, bueno, yo también he tenido trabajo con el comité de bonos. —Bajó la voz—. Estoy segura de que cualquier día me va a pedir que nos casemos y quiero un compromiso breve. Celebraremos la boda en la iglesia del reverendo Jacobsen con todos nuestros amigos y haré que me ajusten el vestido de novia de mamá. No, no tendremos tiempo para una auténtica luna de miel, pero más adelante, cuando todo se haya calmado, haremos un viaje. Después de la ceremonia, no tendremos más que una habitación en el hotel para nuestra noche de bodas. —Una sutil mancha rosa le coloreó las mejillas, y bajó la mirada al plato. Estaba claro que Amy tenía calculados todos y cada uno de los detalles en su imaginación.

Jessica no sabía qué responder. Los recuerdos se le aparecían de forma fugaz en la mente: los labios de Cole sobre los suyos, sus manos buscando las zonas sensibles del cuerpo de ella, tumbados entre las flores silvestres junto al arroyo Powell Creek, hacía tanto tiempo... Se las arreglaría para no estar presente cuando Cole se casara con Amy. Tragó con fuerza y se distrajo poniendo en el café más azúcar de la que quería.

Amy dio un sorbo al suyo y volvió a poner la taza en el platillo.

—¿De verdad estás contenta por ir a Washington?

—Sí —dijo Jess, aliviada por el cambio de tema—. Trabajaré en el laboratorio de investigación del Hospital General de Seattle. Es una oportunidad fantástica, sobre todo ahora, con tantos hombres médicos en Europa por la guerra.

—¿Quieres decir que no tendrás pacientes?

—No, ya no. —Jess levantó un poco la barbilla.

—Pero yo pensaba...

—Se está avanzando tanto en el tratamiento y la prevención de las enfermedades que he decidido que la investigación es el trabajo más importante al que me puedo dedicar. —Jess apretó con más fuerza su vaso de agua—. No hay más que pensar en cuánto hizo Edward Jenner por la humanidad con su vacuna para la viruela, o... Lister, con el empleo del fenol para

impedir las infecciones. Y el éter para la cirugía sin dolor. Alguien tuvo que descubrir todos esos adelantos.

—Ya... supongo. Es solo que creía que estabas interesada en la práctica de la medicina.

Un estremecimiento involuntario recorrió la columna de Jessica.

—Lo estaba. Antes.

—Pero trataste a Eddie.

Jess se encogió de hombros. Había sido una respuesta automática. Lo superaría con el tiempo.

—Era una emergencia. Tenía que intervenir.

—Al no regresar cuando acabaste los estudios, creía que te quedarías en Nueva York, pero supongo que ni Seattle no se parecerá en nada a la aburrida Powell Springs. Ya me entiendes, aquí la electricidad no ha llegado hasta hace unos meses y no somos muchos los que ya contamos con agua corriente. Creo que la casa de papá fue la primera en tener ambas.

Jess levantó la mirada hacia Amy.

—¿Cómo has llevado tener que vivir en casa de la señora Donaldson?

—Cole piensa que es una metomentodo, pero la verdad es que tiene muy buen corazón. Ha hecho que me sintiese como en casa, pero, naturalmente, echo de menos la nuestra.

—Amy, yo quería que nos quedásemos con la casa, pero no me podía imaginar la cantidad de deudas que había acumulado papá antes de morir. Ya sabes que siempre iba por ahí tratando a la mitad del condado sin cobrarles. Y ¡diantres!, de la otra mitad, pocos pacientes se pararon a pensar que había que pagarle. —Suspiró, recordando todo aquel jaleo—. El doctor Vandermeer no lo hizo mucho mejor. Cuando descubrí que no había hecho frente a los impuestos por las propiedades, no tuve otra opción más que dejar que el condado se quedase con la casa para poder pagar...

—No te preocupes, Jess. Cole me construirá una casa nueva preciosa en el terreno que linda con la granja de caballos. —Amy volvió a reír—. A la señora Donaldson se le saltan las lágrimas cada vez que hablamos de cuando me vaya. —Se inclinó hacia delante—. Claro, tú has estado fuera tanto tiempo y, por lo que leo en tus cartas, bueno, le contaba a Cole que debías de estar disfrutando de los teatros, las bibliotecas y todas esas cosas.

Jess hurgó en su memoria en busca de las cosas que podría haberle contado sobre su casi inexistente vida social. Puede que una o dos veces hubiese mencionado que había ido al teatro, pero el resto del tiempo...

—Esa no es la razón por la que me quedé allí sino... —Titubeó un instante, después se aclaró la garganta y sonrió.

—Ya sé, por tu trabajo —completó Amy—. Me imagino que papá estará revolcándose en la tumba. Al fin y al cabo, le prometiste que continuarías con su consulta.

Jess la miró fijamente. Aquello sería una pesadilla. Sí, en algún momento, esa había sido su idea. ¿Pero ahora? ¿Volver a Powell Springs y tener que cruzarse con Cole Braddock como marido de Amy y puede que hasta tener que tratarlo como paciente? ¿Después de todo lo que había ocurrido?

Jess quizá era capaz de ir de visita fingiendo que no pasaba nada, pero tendría que ser una santa para volver a Powell Springs y quedarse a vivir. Seguramente su padre entendería aquello desde donde quiera que la estuviese observando ahora.

—Creo que el pueblo se las puede arreglar sin mí. Y si Cole... te propone matrimonio, estarás muy ocupada planeando la boda.

—Seguro que sí. —Y en su cara se volvió a reflejar fugazmente aquella expresión levemente engreída.

CAPÍTULO TRES

El hombre se sentó en el borde del colchón fino y hundido de Emmaline y comenzó a vestirse. Ella lo observaba mientras introducía los brazos en el tejido delicado de las mangas. Se había quedado más que de costumbre y no dejaba de comprobar la hora en su reloj de bolsillo una y otra vez.

—¿Dónde cree tu mujer que estás, Frank? ¿Por ahí vendiendo tractores?

Le echó un vistazo por encima del hombro. Ella se incorporó apoyándose sobre un codo y volvió la mirada hacia las descuidadas dos hectáreas de tierra que se extendían al otro lado de la ventana. El terreno era agreste y estaba lleno de maleza, con rosales que crecían aquí y allí y un muro de zarzamoras que rodeaban aquella casucha.

—No estoy casado. Eso ya lo sabes, Em.

Ella rio, pero no había mucho humor detrás de aquella risa.

—No te preocupes. Aunque estés casado, no hay muchas posibilidades de que se entere de que existo. —Mirándolo a la cara, se pasó la mano por el pelo largo—. A no ser que se lo digas tú.

—No estoy casado —repitió—. Si lo estuviese, no... —Y dejó que la frase quedase inacabada.

—Sí, lo sé. No estarías aquí. No estés tan seguro de eso. Aquí no paran de venir hombres casados. No tienen por qué justificarse, pero algunos sí lo hacen. Otros no hacen más que quejarse. Y créeme, ya me las sé todas. —Encogió un hombro desnudo con indiferencia—. Me imagino que son las mismas quejas que mi marido le contó a otra mujer después de largarse y abandonarme sin ni siquiera un «hasta la vista, hermana».

De pie, se subió los pantalones y se abrochó los botones.

—¿Hace cuánto que se fue?

—Ahora hace cinco años —dijo ella con un leve suspiro.

—¿Y no has vuelto a saber nada de él?

—No, y no te imaginas cuánto me alegro.

—¿Pero sigues casada con él?

—Por lo que a mí respecta, no. Para el caso... No sabe ni dónde estoy. Por lo que yo sé, podría estar muerto. Y no me sorprendería. Era de esos tipos que van por ahí provocando a la gente.

Él se miró en el espejo desgastado que había sobre el tocador y se peinó con los dedos. Era un hombre joven, quizá algo más joven que ella, que tenía cuarenta.

—¿A qué sector de negocios se dedicaba?

—¿Lambert? —Su risa ahora era violenta y de incredulidad, y los muelles de la cama chirriaron debajo de ella—. La idea de Lambert sobre los negocios se basaba en conseguir dinero rápido, de la forma que fuera, legal o no. Estaba convencido de que su gran oportunidad lo esperaba justo a la vuelta de la esquina y de que yo lo estaba reteniendo. Así que se largó y yo me quedé tirada en Parkridge, cargando con dos niños y una maleta de cartón.

Él le dio la espalda al espejo y la miró fijamente con una leve mueca de terror.

—¿Tienes hijos? ¿Dónde están?

Maldita sea, no pretendía mencionar a los niños. Intentaba ni siquiera pensar en ellos, le dolía demasiado, pero le resultaba imposible no hacerlo. Se levantó y agarró una bata de los pies de la cama para envolverse en ella; de repente, se sintió desnuda.

—Tranquilo, no andan por aquí, si es eso lo que te preocupa.

—¿Pero los ves a veces?

—Hoy vienes con una pregunta detrás de otra, ¿eh? Son asuntos míos y no te importan a ti ni a nadie —dijo apretando los labios hasta convertirlos en una línea tensa.

Le hizo gracia ver cómo a Frank se le ponían rojas hasta las orejas. Había algo en él que no acababa de encajar. Sabía cómo se llamaba, Frank Meadows, y que vivía cerca, en Twelve Mile, donde vendía tractores John Deere. Al menos eso es lo que le había contado, pero no lo había visto ni una sola vez por la calle cuando, sobre el lomo hundido de su cansada yegua, había ido

al pueblo por provisiones. Twelve Mile era un lugar de tamaño considerable, pero no tan grande como para no cruzarse con él de vez en cuando.

Aun así, por el tipo de trabajo al que se había visto abocada, había aprendido a juzgar a los hombres con bastante acierto. En general, Frank era amable y educado, pero no podía imaginárselo en su trabajo, de cháchara con los granjeros sobre la cosecha, en el campo, hasta la rodilla de barro y estiércol, con su ropa elegante y oliendo a recién afeitado. Y era tan reservado que ella dedujo que estaba casado, dijese él lo que dijese.

—No quería meterme donde no me llaman, Em. —Metió la mano en el bolsillo, sacó cinco dólares y los dejó sobre el desvencijado tocador.

Era más de lo que le pedía, pero ni se le pasaba por la cabeza rechazarlo. A pesar de haber arreglado aquel lugar todo lo que podía, no dejaba de ser una choza diminuta de dos habitaciones y hecha a base de trastos viejos que había ido añadiendo sobre la marcha. No tenía techo y, por encima de las vigas abiertas, había tejas de madera a la intemperie, remendadas aquí y allá con papel de alquitrán manchado por la lluvia. Como cabía suponer, el musgo que cubría el tejado no servía para impedir las goteras. En invierno, este lugar era más frío que un témpano.

El dueño la dejaba que viviese ahí sin pagar ningún alquiler; había sido uno de sus clientes, un médico de Powell Springs que le había contado que cuando era joven lo usaba como cabaña de caza. Había hecho algunas mejoras, como comprarle un hornillo nuevo, y le había prometido que adecentaría el lugar. Después se enteró de que había muerto, pero no había aparecido nadie para reclamarlo o echarla de las tierras, así que entendía que ahora era suyo, aunque seguía siendo un lugar de mala muerte.

—No te preocupes, no pasa nada. —Se estiró, agarró el dinero con rapidez y se lo metió en el bolsillo.

Aún de pie junto a la cama, levantó la fina colcha y la ajada sábana para comprobar el estado del colchón. Decidió que podía soportar otro uso, alcanzó un pulverizador del alféizar y roció la burda y descolorida sábana bajera con agua de rosas del baratillo. Después hizo la cama para el próximo cliente que llamase a la puerta de su choza. Por mucho que necesitase el dinero, esperaba que no apareciese nadie más. Estaba cansada y le dolía la cabeza.

—Tengo en el fuego un estofado de conejo, por si quieres quedarte a comer —las palabras le salieron antes de darse cuenta de que las estaba pronunciando. Nunca invitaba a nadie a quedarse, pero a veces la carcomía la maldita y deprimente soledad de su existencia.

De nuevo, apareció en sus suaves facciones aquella mirada de asombro, esta vez más pronunciada.

—Ah, no, aún me quedan... muchas cosas por hacer hoy, visitas que hacer. Solo pasaba para... bueno, tengo que irme. —Agarró su abrigo y asió el pomo de la puerta.

—De acuerdo. Hasta la próxima, Frank. —Asintió y palpó el dinero en el bolsillo de la bata.

Él la miró en silencio un instante, como si estuviese a punto de decir algo más. En vez de eso, abrió la puerta y salió. Emmaline esperó hasta que oyó el caballo y la calesa alejarse por el largo sendero que ocultaba su casa del camino principal. Allí de pie, atisbó fugazmente su reflejo en el espejo empañado del tocador. No recordaba cuándo habían empezado a empolvar su cabello rojizo aquellas mechazas grises. Se desvaneció el sonido de las ruedas y se sentó a la diminuta mesita de la cocina a mirar el dinero que él le había dado, hasta que el sol avanzó entre la penumbra de los grandes árboles que rodeaban su humilde hogar en Butler Hill.

CAPÍTULO CUATRO

—Querido cabo Braddock, ¿tiene fuego?

Riley Braddock echó un vistazo a su izquierda, en la dirección de la que procedía aquella pregunta, pero aquel gesto no servía de nada. Con un cielo tan negro y nublado sobre sus cabezas, todo estaba tan terriblemente oscuro en esta triste y húmeda trinchera que dudaba que ni tan siquiera un gato pudiese ver algo. Estaba rodeado por los hombres de su batallón, pero reconoció esta voz por sus vocales líquidas.

—Whip, ¿eres tú?

—Sí —contestó Remy Whipperton Fournier III—. He conseguido liar un cigarrillo seco, pero no tengo fósforos.

—Voy a ver. —Riley palpó en sus bolsillos y hurgó en los de su cartuchera hasta que sus dedos agarraron una pequeña lata de metal. Abrió la tapa y extrajo un solo fósforo—. Aquí tienes.

—Gracias. —La mano de Whip buscó a tientas la suya en la oscuridad hasta que dio con lo que buscaba. El fósforo emitió un destello momentáneo y, en el resplandor, Riley pudo ver el rostro jovial de aquel hombre—. Maldita sea, cómo odio esto —se quejó lánguidamente—. No es precisamente lo que esperaba de mi gran gira por Europa. En cualquier momento los teutones te lanzan un obús y adiós a tu cabeza, que sale rodando por la trinchera como una pelota de *croquet*. O flotando, si está lloviendo.

—Por lo menos no es probable que ocurra de noche —apuntó Riley sonriendo—, pero admito que se estaba mejor en la granja de la que nos fuimos ayer. La comida estaba muchísimo más buena que esa carne de mono y ese salmón en lata que nos dan aquí.

Whip dio una calada al cigarrillo, creando un pequeño faro naranja que iluminaba su sonrisa, tan amplia como una rodaja de melón.

—Además, las vistas eran mucho mejores. Esa joven mujer del viejo... *oh là là!*

Whippy era un caballero del sur, de Baton Rouge, de acento marcado y sentido del humor socarrón. Gracias a su francés fluido, le resultaba más fácil comunicarse con los lugareños que a los demás muchachos, aunque Riley tenía la sensación de que la mayoría consideraba su particular dialecto ofensivo para sus oídos.

—¿No piensas nada más que en mujeres, Fournier? —preguntó otra voz desde la oscuridad.

—Claro que sí. También pienso en salvar el pellejo.

—¿Y qué dices del campo? ¿No te has fijado en ese bosquecillo de árboles vivos?

—Caballeros, coincido con vosotros en afirmar que el paisaje también era bonito, salvo por ese desafortunado adorno que todo aldeano francés parece tener en su jardín.

—¿Te refieres al montón de estiércol delante de la entrada?

—Sí, no logro acostumbrarme a eso —dijo Whip exhalando un profundo suspiro.

—Mejor así —profirió otra voz que parecía la de Steven Collier—. Si los franceses fuesen tan remilgados como los estadounidenses, no nos dejarían entrar con nuestros piojos. Por lo menos no les importan los bichos. Y no es que nosotros olamos mucho mejor que esos montones de boñigas.

—Vaya, maldita sea, teniente, supongo que el que no se conforma es porque no quiere —añadió Riley con un toque de humor en su risa entre dientes.

—Me imagino —continuó Fournier con su acento lento y perezoso y sin cambiar de tema de conversación— que si a mí me esperase en casa un bellezón tan despampanante como su señorita Susannah, preferiría pensar en ella y no en otra cosa. Qué criatura tan bella y angelical en este letal planeta de Dios. Déjenos ver su foto otra vez, Braddock. —Y volvió a dar una calada al cigarrillo.

—Métete en tus asuntos —respondió Riley, llevándose automáticamente la mano al bolsillo en el que guardaba la fotografía—. Además, es imposible ver nada en esta oscuridad.

—¿Y cómo habíais dicho que se llamaba este sitio?

—Por Dios, Whippy, no estás en lo que estás —le espetó Riley. Fournier era un buen tipo y hasta un buen soldado a la hora de la verdad, pero daba la impresión de no tener la cabeza donde tenía que estar. Había ido a la universidad y debería haber sido oficial, pero rechazó el nombramiento. Demasiada responsabilidad, había alegado. A veces Riley se asombraba de que se hubiese librado de que le arrancasen la cabeza, tal y como él mismo decía bromeando—. Esta batalla comenzó el 26 de septiembre pasado. Estamos cerca de Verdún, en algún lugar entre el río Mosa y el bosque de Argonne. Supongo. No es fácil saberlo en medio de esta oscuridad.

—Ah, claro, Argonne, donde se está librando toda la batalla. —Con una última calada, desapareció la colilla ardiendo de su cigarrillo. Riley oyó el sonido de una pisada en el barro que lo apagaba—. Bueno, voy a la letrina, muchachos —anunció Whippy—. No os olvidéis de venir a buscarme si aparecen los teutones. No quiero perderme nada.

Su batallón llevaba varias horas de caminata bajo la lluvia, serpenteando a través de trincheras de protección, carreteras devastadas y el tráfico paralizado de vehículos, caballos y hombres que parecían atrapados sin esperanza alguna. Habían llegado cargados de provisiones para reforzar a otro batallón de primera línea. Moverse por la noche los ayudaba a evitar a los francotiradores y a los vigías enemigos, pero, salvo para las ranas y las ratas que infestaban aquel agujero, aquel clima no era apto para ningún ser vivo.

Riley estaba sentado con la espalda contra el muro de la trinchera, que habían fortificado con sacos de arena y finas ramas de árbol. Su fusil reglamentario Springfield estaba de pie con la culata en el suelo y apoyado también contra el muro. Desde alguna posición de la línea llegaba una melodía suave, una bonita canción, una armonía de voces nostálgicas.

La noche hace muy larga la espera,
hasta que se cumplan mis sueños
hasta el día que vuelva a pasear
por esa larga senda a tu lado.

Riley tragó saliva para deshacerse del nudo que de repente se le había hecho en la garganta. Ojalá Whip no hubiese mencionado a Susannah; llevaba dieciséis meses sin verla. Dios, parecía una eternidad. La extrema soledad y el aislamiento que a menudo sentía, a pesar de estar rodeado por miles de hombres, eran problemas con los que no había contado cuando se marchó de casa. ¿Cómo podía una persona sentirse aislada en medio de una muchedumbre? Así se sentía él.

Cerró los ojos y se le apareció la larga cabellera, negra y rizada, de Susannah, su cutis suave, la dulce curva de su cadera bajo la combinación, la forma en que lo miraba con aquellos ojos chocolate oscuro cuando estaban a solas. Se la imaginó sumergida hasta los muslos entre la hierba alta del verano, le sonreía, y con el brillo de su mirada lo hacía ir a su encuentro, él enroscaba sus manos entre su pelo. Después lo atraería más y más hacia ella, hasta un lugar donde nadie pudiese encontrarlos.

Si se concentraba de verdad, aún podía recordar su perfume: corteza de cerezo y almendras. Se sorprendió a sí mismo olisqueando con un ímpetu tal que lo devolvió a sus circunstancias actuales.

Las trincheras olían a... la verdad es que no había forma de describir ese olor. Había tantas cosas que contribuían a ese hedor: miles de tumbas a poca profundidad, comida, letrinas rebosantes, cuerpos sin lavar, sacos de arena podridos, todo mezclado con el barro estancado. Sentado aquí en la oscuridad no había forma de ver las ratas pardas que él sabía que correteaban sin miedo entre las trincheras. Algunos de aquellos asquerosos roedores eran tan grandes como gatos domésticos, pues no les faltaba comida. Se atiborraban de los restos

humanos que había desparramados por los campos. Algunos veteranos de la campaña juraban que las ratas presentían el fuego inminente de la artillería alemana, por lo que desaparecían corriendo hasta que acababa.

Qué le había hecho pensar en un principio que la guerra sería una experiencia glamurosa y noble era algo que ahora se le escapaba. Nada de lo que había hecho cuando se encargaba de la granja de caballos lo había preparado para los kilómetros de alambres de púas, las ametralladoras capaces de reducir un pueblo a escombros en cuestión de minutos ni la brutalidad insoportablemente inhumana de la que había sido testigo. Si bien era cierto que aquellos hombres tampoco estaban preparados para lo que presenciaban. Diablos, pero al menos podía haber esperado a que lo reclutasen, como habían hecho otros.

A veces... solo por un instante... deseaba haber dejado que Cole ganase la discusión por ver quién debía irse y quién debía quedarse. Cole había querido ser quien estuviese aquí.

Claro que su padre había proclamado a los cuatro vientos e insistido en que sus dos hijos conquistarían el honor y la gloria para el apellido Braddock. Riley ni siquiera se había planteado la posibilidad de no alistarse, pero la insistencia del cascarrabias de su padre no había funcionado en Cole y Riley se alegraba de que así hubiera sido. Había habido resentimiento entre ellos, Riley y su hermano, por el desarrollo de los acontecimientos, pero alguien tenía que ayudar a Susannah con el trabajo y su padre ya no estaba para esos trotes.

Y aquellos días de eterno verano, dorados y de luz tenue, que él recordaba tan bien... eran el motivo por el que estaba aquí, en Francia. Eran la razón por la que él, junto a otros, estaban combatiendo contra un enemigo que quería aplastar su libertad y someterla bajo el cruel yugo de la tiranía. O al menos eso era lo que les habían contado. Aunque él ya no creía en aquello. Si muriese, ¿de qué le serviría la libertad?

Inclinó la cabeza hacia atrás y miró al cielo. No había mucho que ver, pero por lo menos había escampado.

CAPÍTULO CINCO

Después de comer, Jessica se acercó a la oficina de telégrafos para enviar un telegrama al doctor Martin, del hospital de Seattle, y explicarle su cambio de planes. Le entregó la nota a Leroy Fenton, el encargado de telégrafos de avanzada edad.

—¿Conque Seattle, eh? Me han llegado noticias de esos lares... Parece ser que se están dando muchos casos de gripe por ahí arriba.

—¿Ah, sí?

—Dicen que se podría haber iniciado en Camp Lewis —la informó después de ajustarse el elástico de la manga— y luego se habría contagiado a un grupo de civiles que fue hasta allí para presenciar una revista de la Guardia Nacional de Infantería. —Se encogió de hombros—. Los médicos de ahí arriba, no obstante, dicen que no hay nada de lo que preocuparse. Ha ocurrido también en otros campamentos, pero tienen la situación bajo control. Son tres dólares, señorita Jessica.

La propia Jess había oído hablar de algunos de esos brotes —una serie de médicos lo habían diagnosticado como neumonía—, pero también había oído hablar de las condiciones de hacinamiento en los campamentos militares provisionales. Las enfermedades lo tenían muy fácil en tales circunstancias. En cualquier caso, la mención de Camp Lewis volvió a desviar sus pensamientos hacia el muchacho de los Cookson.

—En la guerra mueren más hombres por enfermedades que por heridas —dijo mientras buscaba el dinero para pagar a Leroy en el monedero que llevaba colgado de una cinta.

—¿De verdad? —Volvió a mirar el mensaje, luego bajó la voz y miró a su alrededor, como si hubiese alguien más en la oficina, aparte de ellos. En esta época, ese no era un temor poco razonable. Cualquier comentario sin importancia podía meter a una persona en problemas —. Pues entonces me alegro de ser demasiado viejo para ir.

—Y yo también, Leroy —dijo sonriendo y dándole una palmadita en el brazo al anciano.

Después salió de la oficina y se quedó parada en la acera un instante, una sensación de premonición y temor la golpeaba en el pecho. Respiró profundamente y se puso en camino hacia el hotel.



Cole se detuvo delante de la habitación de hotel de Jessica y se quitó el guante de gamuza de la mano derecha; se quedó con los nudillos a pocos centímetros del panel de madera. Aunque era Amy la que lo había reclutado para la tarea, él se había volcado aún más, pero se había propuesto que el encuentro fuese lo más breve posible. Si Amy no se lo hubiese pedido, ahora estaría en la fragua o ayudando a Susannah y a Tanner con los caballos.

Otro huésped pasó por su lado en el pasillo. Cole no quería que lo viesen merodeando por aquí como una especie de lobo feroz. Golpeó bruscamente la puerta y oyó cómo se acercaban las pisadas de Jessica.

—¿Quién es, por favor?

—Soy Cole. —Ella abrió una rendija de la puerta para asegurarse y luego de par en par. — ¿Esperabas al coco?

Se había cambiado de ropa. Ahora llevaba un vestido beis, con el cuello tan amplio que le llegaba a los hombros y la falda con varias capas rematadas por un ribete negro en el borde. Realzaba tanto sus curvas que él se quedó mirándola.

—No, es solo que con los años me he vuelto más precavida. Aquí no hace falta cerrar la puerta con llave, pero no es lo mismo Powell Springs que Nueva York.

Tampoco hacía falta que se lo recordasen.

—Ya supongo. ¿Esto es todo? —Con un gesto señaló a los dos baúles y las maletas apiladas contra la pared que había en la habitación. Las mujeres nunca viajaban ligeras de equipaje,

pensó, y a pesar de ser una persona práctica, Jessica no parecía ser la excepción. Aunque también era cierto que iba camino de Seattle, donde... continuaría su carrera. Claro, llevaría consigo todas sus pertenencias.

Aun con la puerta totalmente abierta, Jess se mostraba inquieta, jugueteaba y se pasaba la mano desde el gran sombrero hasta los puños de la camisa y de ahí a la sencilla cadena de oro que le pendía del cuello.

—Sí, perdona que no haya podido hacer que me las bajaran antes de que vinieses, para que así no tuvieras que, bueno... —Su mirada se precipitó hacia la cama.

No era una habitación pequeña, pero la cama de hierro era el mueble que más destacaba entre aquellas cuatro paredes. Una noche de invierno, hacía ya más de dos años, Jessica y él habían yacido en una cama parecida a esta.

Aquella tarde había tenido lugar el funeral de su padre y ella se había comportado de manera estoica: había organizado la reunión posterior, saludado a los vecinos e intentado confortar a la desconsolada Amy, que no paraba de sollozar. Cuando todos por fin se hubieron marchado, había acostado a su hermana y le había dado un fuerte somnífero. Solo entonces se había quebrado la anestesiada serenidad de Jessica. Había llorado en brazos de Cole, había llorado tanto que Cole pensó que a Jess se le rompería el corazón y a él también. Habían pasado la noche tumbados en su cama, aún vestidos con la ropa del funeral, mientras un feroz viento de enero resoplaba por las esquinas de la casa y se filtraba por los marcos de las ventanas. Él tenía todo el pecho de la camisa mojado de lágrimas. Nunca antes habían estado tan cerca como en aquellas frías horas de oscuridad, ni siquiera durante los momentos de ávida pasión robados entre flores silvestres estivales. Aquella fue la última vez que la vio llorar; cayó en la cuenta de que también había sido la única.

—¿No has traído ayuda? —dijo mientras ponía el monedero en la cómoda y se colocaba algunos vestidos sobre el brazo.

—¿Ayuda? ¿Para qué? Si no me las puedo arreglar yo solo con esto, más me vale dejar todo y pasarme los restos con mi padre en el local de Tilly.

Ella levantó una ceja, pero no dijo nada más. Él llevó uno de los baúles por el pasillo y lo cargó en su Ford TT, que estaba aparcada en la entrada. Cuando la compró, el año anterior, aquella camioneta había causado un cisma en la casa. Riley había insistido en que no podían permitirselo, cuando Cole sabía de sobra que sí que podían. Su padre había prometido que dispararía a aquel trasto entre los faros delanteros antes que dejar que se acercase a los caballos. Todavía la observaba con recelo, aunque a regañadientes tuvo que admitir que resultaba bastante útil, sobre todo para el transporte de carga. Con la cantidad de trabajo que se llevaban entre manos, Cole le había sacado mucho partido al vehículo.

Jessica lo siguió con su bolso y los vestidos. Cuando volvieron por el segundo baúl, repitió:

—Te va a hacer falta ayuda para este. Es pesado.

—Si puedo con el caballo percherón de Bill Franklin —le dijo con un ademán de desdén—, creo que podré con esto. Ese caballo pesa más de una tonelada.

—¿De verdad? ¿Te lo cargas a la espalda? —le preguntó con dulzura.

Él torció el gesto y flexionó las rodillas para levantar el baúl. No se movió ni un centímetro. Volvió a intentarlo, con los músculos tensos y encendido por el esfuerzo. No consiguió nada más que el crujido de las articulaciones de sus hombros. Miró a Jess desde abajo, después se tiró de los bordes de los guantes y agarró el asa de uno de los extremos de aquella valija forrada de cuero. Tirando con mucha fuerza, apenas consiguió arrastrarla ni siquiera un metro.

—Dios mío, ¿qué hay aquí dentro? —preguntó sin resuello y con la sensación de que estaban a punto de explotarle todas las venas de la cabeza.

—Libros de medicina.

—¿Y por qué demonios no me lo has dicho antes? —Su ceño fruncido se convirtió en cara de enfado.

—Dijiste que podías arreglártelas sin problemas. Seguro que no pesa tanto como el percherón, ¿verdad?

—¿Cómo lo has subido hasta aquí? —Se levantó el sombrero y se lo volvió a poner aún con más firmeza.

—Hicieron falta tres hombres y un niño. Los contraté en la estación del tren. —Parecía muy satisfecha de sí misma.

Pero mira que era descarada, siempre lo había sido. ¿Cómo podía ser así una mujer con una mentalidad y una profesión tan serias? Aunque eso era parte de su encanto: una mezcla de opuestos dentro de la misma persona. Estudiosa y disciplinada, pero rebelde y atrevida, cómplice aunque inocente. Amy era idealista y sencilla. A pesar de conocer a Jessica desde hacía más tiempo, Cole nunca había sido capaz de entender su personalidad. Lo sacaba de quicio, pero aquello tenía su atractivo. Si se lo proponía, podía conseguir que un hombre hiciese lo que ella quisiera, tenerlo a sus pies.

—De acuerdo, buscaré a alguien que me ayude. Tú vuelve a la consulta.

—Pasaré primero por la lavandería de Wegner.

—Toma la llave. —Se la entregó tras rebuscar en su bolsillo trasero—. Te buscaré por allí cuando encuentre a otro hombre que... Más tarde. —No estaba del todo seguro, pero creía haber vislumbrado un destello malicioso de satisfacción en su mirada al marcharse.



—No se preocupe, señora, se los llevaremos esta tarde a casa planchados que parecerán sin estrenar. —Clarence Wegner recogió los vestidos arrugados de los brazos de Jessica. Después de llevarlos en la maleta varios días, estaban hechos un gurrño tal que era imposible ponérselos. Él siguió de cháchara con interés y cordialidad—. Me alegro de verla de nuevo después de tanto tiempo. Seguro que está contenta de volver a casa. Parece que uno de estos días veremos casarse a su hermana.

—Mmm... Sí, señor Wegner...

—Es una lástima que Riley Braddock esté en Francia, pero ojalá consiga venir para la boda. Mi hermano fue el padrino cuando me casé con la señora Wegner y...

Jessica se esforzaba por concentrarse en la conversación. Aunque el cielo estuviese despejado, hacía fresco, pero a pesar de estar la puerta abierta, el aire de la lavandería era sofocante y húmedo. Podía ver a través del hueco en las cortinas moradas que separaban la zona de trabajo de la parte delantera de la tienda. De las cubas de lavado salía un vapor que se combinaba con las planchas calientes y el escurridor de rodillos. Desde algún lugar llegaban flotando olores de cocina. Quizá llegara desde el café de Mae Rumstead al final de la calle, quizá de algo que hubiese puesto al fuego en la cocina de la planta superior. Jess sabía que Clarence Wegner y su mujer vivían en las habitaciones que había encima del negocio.

En su imaginación surgió de repente un recuerdo vívido del hedor a col hervida y a manteca de cerdo rancia atrapado en pasillos oscuros y sofocantes conectados por escaleras oscuras y sofocantes. Los niños lloraban desconsolados en el calor del verano y las madres se lamentaban en tonos estridentes o protestaban con desesperación. Una cacofonía de voces provocadas por la ira, el dolor o la impotencia resonaba a través de las finas paredes de los edificios. No importaba de cuál: en los vecindarios pobres de Nueva York, todos eran iguales. El infierno en la Tierra. En una habitación había una niña pequeña con un brazo roto, en la entrada una madre de pelo greñudo que acababa de dar a luz y con fiebre posparto luchando por sobrevivir y otra consumida y con los ojos hundidos con un tumor en un pecho del tamaño de un limón tumbada sobre un colchón desnudo y sin más que una colcha harapienta para taparse.

El calor.

Las ratas.

La pobreza.

La indefensión.

La obsesionaban en sus sueños, pero Jess no lo había vuelto a recordar con tanta nitidez desde que se había marchado de Nueva York para pasar un periodo sabático en Saratoga Springs.

—¿... bien, señorita Layton? Parece un poco paliducha.

De golpe regresó a la realidad, delante del mostrador de la lavandería de Wegner.

—Sí, lo siento. —Se presionó con la mano en la frente. Tenía el vestido pegado a la espalda y sentía que el corazón le latía tan fuerte como el bombo de la banda local. La invadió una asfixiante sensación de pánico y se esforzó por ocultarla—. Hace... hace mucho calor aquí dentro, ¿no cree?

—Ay, sí. Los veranos son durísimos en esta tienda, aunque ese nuevo ventilador eléctrico alivia algo. —La misma cara del señor Wegner relucía por los brillos del sudor mientras señalaba a las palas giratorias encerradas en su jaula de alambre—. Pero venga el mes que viene... de noviembre a marzo, estaremos bien calentitos.

Buscó dentro de su bolso y sacó un pañuelo.

—Bueno, tengo... tengo que marcharme ya. —Si no lograba salir de allí, temía acabar desmayándose. O algo peor.

—Está bien. Le enviaré a una muchacha cuando...

Pero Jess ya se había escabullido por la puerta y estaba en la acera. Se detuvo bajo el toldo de la tienda y se secó las sienes con el trozo de tela cuadrada que llevaba en la mano, hecho una bola. Se sintió aliviada por estar fuera, donde la temperatura era mucho más fresca, pero le preocupaba la sensación de pánico que la había invadido.

¿Cuándo la dejarían en paz aquellos recuerdos?, se preguntaba. ¿Se habían quedado tan profundamente grabados en su memoria que se repetirían una y otra vez como las escenas de una película? No, se dijo, no era posible. Se sentiría mejor cuando llegase a Seattle: allí podría empezar de cero y crear nuevos recuerdos que dejasen fuera a los viejos.

Exhalando un suspiro profundo y tranquilizador, se metió el pañuelo empapado en el bolsillo de la falda y emprendió el camino de vuelta por la calle principal. Cuando llegó a la consulta, comprobó que Eddie Cookson ya se había ido.

Bien. Por lo menos alguien había ido a buscarlo. Necesitaba mucho reposo y buenos cuidados médicos.

CAPÍTULO SEIS

—Niño, ¿en qué andas metido ahora? —Shaw Braddock tiró de las riendas de su caballo delante de la casa de Cole.

Maldita sea, pensó Cole, apretando con la mano el asa de la maleta. Tenía la esperanza de que la taberna y el ajeteo por los actos por los bonos Liberty mantendrían a su padre ocupado hasta que hubiese acabado de llevar los avíos de Jessica al nuevo espacio donde estaría la consulta. Puede que no se hubiese enterado de que el alcalde la había reclutado para sustituir a Pearson ni de que iba a vivir en la casa del médico, pero aquí estaba Cole, con los baúles de Jessica en el Ford y aparcado delante de la consulta. En la acera, junto a él, estaba Winks Lamont, a quien había contratado para que lo ayudase a mover el baúl atestado de libros. No le costaría mucho más que el precio de un par de cervezas; aquel viejo e ingenuo borrachín pasaba casi todo el tiempo gorroneando bebidas al final de la barra de Tilly. Y, la verdad, tampoco valía mucho más. Winks olía igual que un queso podrido dejado en un retrete al aire libre durante una ola de calor.

—Creía que andabas empinando el codo en la taberna.

—Eso ya lo he hecho. Voy de camino a casa. Pronto oscurecerá. —El viejo agitó una mano más o menos en dirección a su domicilio—. Hemos estado presionando a esos desertores entre el gentío, los que dicen que no pueden alistarse en el Ejército justo ahora. Todos salen con excusas baratas y quejicas: «Le hago falta a mi madre», «No veo bien», «Tengo que cuidar del ganado». Tu hermano no dijo ninguna de esas tonterías. Fue y punto, como tiene que hacer un hombre. No es cuestión de que te venga o no te venga bien. Es la guerra.

—Quizá esos hombres no se están inventando excusas —explicó Cole apretando la mandíbula—. Probablemente dicen la verdad.

—¡Bah! Da igual, todavía no me has contado qué haces con esta basura.

—Jessica se va a quedar un mes aquí.

—Ah, sí, ¿no? —El viejo lo miró desde el elevado lomo de *Muley*.

—Ajá —respondió Cole, levantando la maleta de la camioneta—. Horace le ha pedido que se quede una temporada y el ayuntamiento paga el alquiler. —Se encogió de hombros—. Es mejor eso a tenerlo vacío mientras esperamos al otro médico. —Se apoyó con una mano en la puerta de atrás y saltó dentro de la caja de la camioneta—. Vamos, Winks, agarra el otro extremo. Movamos este trasto y acabemos de una vez.

—Eso es lo malo de Horace Crookson —empezó a decir su padre—, siempre abre la boca antes de pensar. No nos hace falta esa doctorcita, se cree demasiado lista para...

—Shaw, cuánto me alegro de volver a verlo. —Jessica salió de la consulta. Llevaba una cesta y cruzó la acera—. ¿Le apetece una rosquilla? Las he comprado en la panadería. —Levantó la servilleta que cubría los pastelitos y alzó la cesta para que alcanzase.

Cole observaba desde la camioneta. El viejo parecía avergonzado de verdad. Siempre le habían podido los dulces.

—Una rosquilla... —Le habían echado por tierra sus quejas, y desvió su atención.

—¿Cómo sigue todo? —preguntó Jessica, señalando con la cabeza hacia los dedos deformados y llenos de nudos con los que aceptaba la invitación—. Parece que esa artritis sigue dándole la lata.

—Bueno, no mejora con los años, ¿no? —respondió bruscamente mientras daba un buen mordisco.

Ella sonrió, haciendo caso omiso de su mal humor.

—No, pero puede remitir... Me refiero a que a veces puede mejorar, sobre todo con el buen tiempo.

Su cara de pocos amigos se acentuó y tragó.

—¡No tiene gracia, muchachita! Eso ya lo sé yo. —Después añadió para Cole—: ¿Qué te dije? Los médicos no sirven de nada y los nuevos no tienen más idea que los viejos.

—Es una pena que no haga ejercicio y salga más a menudo —continuó ella—. Amy me contó que pasa mucho tiempo en el salón y que hace que Susannah se lo haga todo. La enfermedad empeora si el paciente se limita a estar sentado. —A Jess eso siempre se le había dado bien, poner al viejo en su sitio.

—¡Sentado! Habrase visto...

Las carcajadas de Winks gorgotearon con la flema. Cole se dio la vuelta para esconder su sonrisa de oreja a oreja. Su padre se metió el resto de la rosquilla en la boca, grande y rectangular, mientras se le subían los colores de su curtida cara.

—Eso es lo que les digo en casa, que estoy como siempre, pero pretenden que me quede clavado a la mecedora. —De su boca salieron volando migas y azúcar en polvo—. Dicen que estoy demasiado viejo y agarrotado para hacer otra cosa. Susannah quiere convertirme en un inválido con tantas atenciones y tantos mimos. ¡Ja! Todavía soy capaz de patearle el culo a cualquiera que se proponga ponerme a prueba. ¡Y eso también va por ti, jovenzuelo! —amenazó a Winks, que no era mucho más joven que él.

Le dio media vuelta a *Muley* y se marchó al trote hacia la granja, descuajaringando seguramente las articulaciones tanto del caballo como del jinete. Jessica se despidió con la mano al ver al viejo marcharse, divertida y aliviada por librarse de él. Sabía que nunca la había mirado con buenos ojos y, después de que se marchara de Powell Springs por primera vez, se había mostrado absolutamente grosero durante sus posteriores visitas. Pero a lo que no estaba dispuesta era a quedarse merodeando detrás de los visillos que cubrían la ventana en mirador de la consulta escuchando cómo la criticaba. Se volvió y descubrió a Cole sonriéndole. Una sonrisa familiar que le tocó la fibra sensible.

—No ha estado mal, Jess.

—Sigue siendo un hueso duro de roer, ¿verdad? —dijo observando cómo se levantaba el polvo alrededor de las pezuñas en retirada de *Muley*.

—Sí, bueno, digamos que no ha mejorado con los años. Nos trata como si tuviésemos diez años e intenta dominar el mundo.

—Lo que ahora me preocupa es que le haya hecho un flaco favor a la pobre Susannah y puede que también a Amy por chivarme.

—Que no te engañe el viejo —dijo agarrando su extremo del baúl y levantándolo, con la camisa pegada al torso—. Le gusta acaparar toda la atención. Y Amy con sus zalamerías consigue de él cualquier cosa. De él o de quien sea, es parte de su encanto.

Mientras observaba a Cole y a Winks ingeniárselas para pasar con el baúl por aquella estrecha puerta, su mirada fue a parar a la nuca de Cole, donde el pelo mojado por el sudor se le rizaba debajo del cuello de la camisa. De forma involuntaria, dejó que su exploración visual se deslizase por su espalda esbelta y ancha y luego descendiese hasta la parte posterior de sus vaqueros, justo antes de que él desapareciese en la oscuridad de la consulta. Alzó la mirada, negándose a caer en una trampa empujada por la falta de confianza en sí misma y las críticas a posteriori. El año y medio que había pasado había sido bastante duro.

—¿Quieres descargar estos libros? —oyó que Cole le decía desde la habitación de atrás.

Cruzó la ordenada sala de espera hasta la sala de reconocimiento, donde Cole aguardaba con Winks. Su expresión ya no era tan hostil como lo había sido antes, pero la sonrisa momentánea que había visto en la calle ya había desaparecido. Era como si una nube hubiese tapado el sol, dando paso al frío.

—No tiene sentido. No me voy a quedar, ya lo sabes.

—Sí, lo sé. —Sus ojos se detuvieron sobre ella antes de que se volviese hacia el baúl. Metió la mano en el bolsillo delantero de sus ajustados vaqueros y sacó un dólar plateado, que entregó a Winks—. Aquí tienes, viejo ladrón de caballos. No te lo gastes todo en el mismo sitio.

—Gracias, Cole. —Winks prácticamente se abalanzó sobre el dinero, mostrando su sonrisa estúpida y casi desdentada. Saludó con la cabeza a Jessica y los dejó allí de pie, a solas otra vez, incómodos.

—Seguramente ya va camino al local de Tilly a beberse ese dólar —apuntó Cole, con la camisa desabrochada hasta el centro del pecho, dejando entrever la bronceada uve que ella sabía que se aclararía durante el invierno pero nunca desaparecería del todo.

—Puede que si todos los que estén a su alrededor también beben, consigan anestesiar su sentido del olfato. He estado en autopsias de cuerpos sacados del río Hudson que eran menos... aromáticos.

Él volvió a soltar una carcajada. Después la escrudiñó con una mirada tensa e inquisitiva. Después de todo lo que había sucedido, ¿por qué daba la impresión de que nada había cambiado? Por un instante fugaz, ella esperó que él le abriese los brazos y, si lo hacía, se sentiría más que tentada a cruzar la estrecha franja que los separaba y fundirse en su abrazo. El sonido de unas pisadas retumbaba en algún lugar remoto de su consciencia, pero no podía romper el contacto visual con él. Hasta el aire parecía haberse condensado entre ellos.

—Ah, estáis aquí. —Amy apareció por la puerta trasera de la consulta—. Conseguí escaparme de los vendajes y... —Al mirarlos, su sonrisa se desvaneció—. ¿Va todo bien? ¿Ya te has mudado? —Eh... sí. Sin contratiempos. —Jessica consiguió decir finalmente—. Cole, te devolveré el dinero que le has pagado a Winks.

—Ni pensarlo. —Dio un paso atrás e hizo un gesto de negativa con la mano. Miró a las dos mujeres—. Tengo que volver al trabajo. —Se dio la vuelta y salió.

—Vaya, qué raro todo —apuntó Amy viéndolo marcharse.

Jess desvió la mirada, mientras inhalaba la mezcla combinada de la fragancia de vainilla de su hermana y el perfume igualmente familiar de Cole.



Aunque había concentrado toda su atención en instalarse, al oír música de nuevo, Jess salió a la acera para observar cómo todos caminaban hacia el parque. Allí de pie, tuvo la sensación de ser ella la observada. Se encogió ligeramente de hombros, como intentando zafarse de una mano invisible, pero aquella sensación perduraba.

Finalmente, echando un vistazo a su izquierda, se dio cuenta de que Cole estaba apoyado contra el marco de la puerta de su negocio, con los brazos cruzados, viendo pasar a la multitud. Su punto de enfoque se desplazó. La gente parecía difuminarse y hacerse borrosa, la música y el ruido sonaban cada vez más amortiguados... No había nada ni nadie más que Cole Braddock. No llevaba camisa, solo el pesado delantal de cuero que lo cubría desde el pecho hasta las rodillas. Tenía los hombros y los brazos ribeteados con músculos moldeados tras años de duro trabajo físico blandiendo el martillo. Su bello rostro estaba manchado y brillaba por el sudor, como si acabase de alejarse de su forja un instante.

La miró de lleno y ella sintió un rayo atravesar su cuerpo. Se obligó a apartar sus ojos de los de él, pero la sensación de ser observada perduraba. La miraban, la vigilaban.

Era el futuro prometido de Amy, se recordó a sí misma. Había traicionado a Jessica. Había demostrado ser inconstante y desleal...

—... me alegro de toparme contigo, Jessica. Esperaba verte.

Se sobresaltó al oír que pronunciaban su nombre y, al darse la vuelta, vio a Adam Jacobsen.

—¿Cómo? ¡Ah, Adam! Sí, ha pasado mucho tiempo.

Había crecido hasta convertirse en un hombre más alto de lo que ella habría esperado. Su frente amplia y su cara redonda se veían compensadas por unos ojos grandes y de pestañas oscuras. No obstante, aún percibía rastros del niño que había sido, sobre todo en torno a la mandíbula y la barbilla, y su nariz había adquirido la forma de una flecha que parecía apuntar a la boca. Vestido con su mejor ropa de domingo, llevaba una tablilla con sujetapapeles bajo el brazo. Se acercó un poco más para que lo oyese por encima de la muchedumbre que los rodeaba.

—Me alegro de que decidieses aceptar la oferta del alcalde Cookson y te quedes con nosotros un tiempo.

—Tengo entendido que tú tuviste algo que ver en el asunto —contestó, no del todo cómoda con ese hecho ni con él.

¿Por qué había tenido que ser él, de entre todas las personas del mundo, quien presionase para hacer que ella se quedase en Powell Springs? Al final de su adolescencia, Adam había sorprendido una vez a Jess y a Cole entre la hierba al lado del arroyo y había ido corriendo a soplárselo todo a su padre, que a su vez había informado a Ben Layton. Jacobsen padre había hilvanado todo un sermón dominical en torno al pecado de la lujuria y los peligros de dejar a los jóvenes libres y sin supervisión. Poco después, el padre de Jessica la había enviado a estudiar fuera con la intención de que ocupase su mente con algo más aparte de Cole Braddock.

—Eras simplemente la candidata perfecta para ocuparte de nuestros paisanos hasta que llegue el doctor Pearson.

—Creo que era la única candidata —puntualizó levantando una ceja y sonriendo ligeramente.

—Bueno, sí, eso es cierto. —Se sonrojó y cambió la tablilla de brazo—. Pero tú conoces a muchos de nuestros vecinos. Me pareció una buena idea.

Se dio cuenta de que en la hoja sobre la tablilla figuraba una lista de vecinos del lugar. Algunos de los que hacía un rato había visto pasar por la calle para presenciar el desfile tenían una señal al lado de su nombre, como si hubiese estado pasando lista. Señalando el folio con la cabeza, preguntó:

—¿Tomando notas?

—Ah... esto. —Giró la lista hacia dentro—. Estoy llevando el control... bueno, quiero asegurarme de que salga bien todo lo que hemos planeado. El comité, incluida tu hermana, ha trabajado mucho en esto.

Claro, pensó. El mismo soplón de siempre, pero ahora peor. Un chivato engreído para la Liga Protectora Americana. Se preguntó si su nombre también estaría escrito junto al resto.

Entonces alcanzó a ver a la abuela Mae, que la fulminó con la mirada antes de volver a meterse en su café, al otro lado de la calle principal.

—Bueno, pues nada, debo ir yéndome para el parque —se despidió Adam—. Eso nos tendrá ocupados el resto del día. —Se dio la vuelta y le dedicó una sonrisa sincera—. Me encantaría volver a verte, Jessica. Puede que incluso en la iglesia. Me alegro de que hayas vuelto.

Se marchó, cargado de intenciones. Cuando volvió a mirar a la puerta de la herrería, Cole ya no estaba.



Más tarde, mientras Jessica tomaba el café en la mesa de la cocina, oyó abrirse la puerta de la consulta en la planta de abajo. ¿Otro paciente?, se preguntó. Pues vaya con la predicción de Horace Cookson de un mes tranquilo.

—¡Telegrama para la doctora Layton!

Al oír esto, dejó la taza de café y salió corriendo escaleras abajo. En la sala de espera encontró a un muchacho al que no reconocía. Llevaba un gorro de lana y pantalones bombachos, con los faldones de la camisa por fuera.

—Yo soy la doctora Layton.

—Firme aquí, señora. El señor Fenton dijo que era una *mergencia*.

Le puso un lápiz y un libro de recibos en la mano. Jessica grabó sus iniciales en el espacio en blanco y le devolvió el libro al muchacho, que salió corriendo, se subió en su vieja bicicleta y se fue pedaleando calle abajo.

Jessica cerró la puerta y se quedó mirando el sobre de Western Union como si tuviese dentro una serpiente. Por su experiencia, los telegramas normalmente traían malas noticias. Sabía que tenía que leerlo y, no sin cierto temor, rasgó la solapa. Al sacar la nota doblada de prisas, comprobó que era de su futuro jefe.

Dra. Jessica Layton

Powell Springs, Oregón

URGENTE

Se precisa su ayuda de inmediato en el Hospital General de Seattle. Gripe causando estragos en la ciudad. Todos los recursos médicos al borde del colapso. Alta tasa de mortalidad. Por favor, acuda a la mayor brevedad.

Firmado, *Dr. Thomas Martin*

Se sentó en la silla más cercana y releyó el mensaje. Leroy Fenton había mencionado algo sobre un brote de alguna enfermedad en Camp Lewis. ¿Se había extendido de un grupo reducido de personas que habían pasado revista a las tropas hasta el punto de consumir a toda Seattle? Esto era grave, ella lo sabía. Aunque había prometido quedarse un mes en Powell Springs, estas noticias cambiaban todo. Tendría que subirse al próximo tren rumbo al norte, el sábado, y volver a dejar la salud del pueblo en manos de la abuela Mae. No tenía otra opción.



Adam Jacobsen estaba sentado delante de su escritorio, el mismo que había usado su padre antes que él. Lápiz en mano, miraba fijamente una hoja de papel en blanco. La luz del día se desvanecía y ya llevaba allí una hora sentado intentando confeccionar un sermón elocuente para el servicio religioso del domingo. Lo rodeaban bolas de papel arrugado, resultado de diversos inicios en falso y discursos aburridos.

Si bien había continuado la vocación de su padre, Adam se descubría a veces cuestionando la visión de su antecesor respecto a Dios y la religión. No estaba en absoluto convencido de que las exhortaciones llenas de ira, las amenazas de fuego y llamas y los sermones atronadores fuesen la forma de mantener a las personas en el buen camino. Lo habían educado para creer que así era; el reverendo Ephraim Jacobsen había gobernado las almas de Powell Springs, incluyendo a su hijo y a su esposa, con la inquebrantable determinación de arrancar el mal de raíz dondequiera que se ocultase.

«El enemigo es hábil y toma distintas formas —solía decir—, pero Dios no será burlado... ni desobedecido.» La madre de Adam había sobrellevado la rígida visión distanciándose cada vez más de él, primero de forma emocional y, por último, en sentido literal. Se había marchado a Colorado hacía cinco años para cuidar a su anciana madre y no había regresado ni siquiera para asistir al funeral de su marido el invierno anterior. Solo habían mantenido el contacto por carta. Adam había abrazado los preceptos de su padre acerca de una deidad que inspiraba terror y la certeza de que el cielo había designado a Ephraim Jacobsen como uno de sus soldados, junto con los documentos oficiales de iniciación —la Biblia— dictados por el Todopoderoso y anotados por uno de sus ángeles escribas. También había heredado el patriotismo inquebrantable de su padre y la creencia incuestionable de que las decisiones del presidente Wilson provenían directamente de Dios.

Ahora que su padre ya no estaba y sus responsabilidades habían recaído sobre él, Adam se debatía entre distintas formas de ejercer su labor como pastor, pero solo un poco, si bien

siempre que se paraba a pensar en su ligera desviación de las enseñanzas de su padre, un escalofrío de culpa y pánico lo atravesaba de arriba abajo.

Esta semana, el tema que había seleccionado para su sermón era el matrimonio. No había sido una elección al azar. Adam estaba más cerca de los treinta que de los veinte y aún no se había casado. Nettie Stark, la mujer robusta y directa que se encargaba de la casa, de su padre y de él desde hacía tres años, no dejaba de recordárselo cada cierto tiempo. Lo más curioso, no obstante, es que nada le había hecho pensar en su estado civil con más contundencia que ver a Jessica Layton junto a la ventana del hotel.

Sus caminos no se habían cruzado con frecuencia cuando eran más jóvenes; ella era exactamente el tipo de mujer del que su padre lo había advertido. Y había estado liada con Cole Braddock, que provenía de una familia de toscos rancheros domadores de caballos. Dominaban los caballos, los elementos y a las mujeres con igual facilidad, pero, durante años, Adam había estado pendiente de ella en todo momento. Siempre había hecho por verla en sus contadas visitas a casa y llevaba su imagen grabada en la memoria. Ahora que su noviazgo había acabado y que era probable que Cole se casase con Amy Layton, a Adam se le vino a la cabeza una cita concreta del libro del Génesis.

«No es bueno que el hombre esté solo.»

La verdad sea dicha, Amy, y no su hermana, encajaba mucho más con el perfil de mujer que él podría haber concebido como abnegada esposa. Aun así, una parte de él siempre había deseado a Jessica, incluso cuando denunció su libertinaje ante su padre. (Jamás había olvidado el momento en que se tropezó con ella y Braddock junto al arroyo. La imagen había quedado grabada en su memoria... sus manos apremiantes por todo el cuerpo del otro, las faldas de ella remangadas por encima de las rodillas, la camisa de él desabotonada, la propia excitación sexual de Adam y el miedo al darse la vuelta para huir corriendo.)

El corazón le había dictado que pasase por alto esa indiscreción adolescente y la perdonase. La profesión que ella había elegido la había redimido ante sus ojos y él admiraba esa elección aun sabiendo que Ephraim no lo habría hecho, pero igual que Adam había sido llamado para salvar almas, ella había sido llamada para salvar vidas. Ambos habían seguido los pasos de sus padres. Él veía en aquello una especie de compatibilidad, sobre todo por el hecho de que ella había desafiado los convencionalismos para dedicarse a los enfermos. Las mujeres médico eran toda una rareza, él jamás había oído siquiera hablar de otro caso además del de Jessica.

Olvidando por un instante la hoja en blanco extendida frente a él, dio una ojeada a la habitación y pensó que la casa cada día parecía más vacía. Era una tontería, suponía. Nada había cambiado tanto; antes de que su padre muriera, habían vivido aquí durante años, aferrados a sus rutinas. La casa del párroco estaba en frente de la iglesia, las separaba una extensión verde, una especie de parque. Era una casa modesta y cómoda, pero claramente pensada para una pequeña familia más que para un hombre solo.

Y también aquel asunto, aún más vergonzosamente apremiante.

«Mejor es casarse que quemarse.»

Y Adam se quemaba de verdad. Nunca había imaginado ni deseado una vida monacal. Por eso, entre otras razones, había instado a Horace Cookson a que le pidiese a Jessica que se quedara en Powell Springs. La deseaba. Si la suerte y Dios estaban de su parte, se convertiría en una estupenda esposa.



El teniente Steven Collier salió del cuartel de la sección, instalado en el jardín de entrada de una casa de labranza bombardeada.

—Volvemos a primera línea esta noche, muchachos. —Se dejó caer en la trinchera, al lado de Riley, y miró al resto de su sección.

—¿Qué? —protestó Riley—. Acabamos de llegar aquí y hemos tardado horas. No nos dieron el relevo hasta anoche. —Estaban en las trincheras de reserva, en las posiciones de combate más atrasadas. Desde algún lugar al fondo, se oía una armónica que silbaba *My Old Kentucky Home*. Whippy, sin inmutarse, como de costumbre, sostenía en equilibrio sobre el regazo los ingredientes para hacerse un cigarrillo.

—Pero señor, esperaba poder darme un baño —protestó Stoney.

—¿Aquí? —preguntó sorprendido Whip, sin apartar la vista del papel de liar—. En tus sueños, hijo. La única manera de darse un baño en este lugar es quedarse de pie en medio de una tormenta. —Levantó la vista hacia el cielo gris y cargado—. Parece que de un momento a otro vas a tener la oportunidad de hacerlo.

A continuación se oyó un murmullo de quejas generalizadas y palabras malsonantes.

—Que sí, que sí, lo sé —terció Collier—, pero esas son las instrucciones del cuartel de la sección. Avanzaremos al caer la tarde.

A medida que la guerra avanzaba inexorablemente y las bajas se contabilizaban por millones, los hombres pasaban cada vez más horas en primera línea.

—Mejor escribo ahora mismo esa carta a mi gente. —Stig Ostergard tenía la cabeza rubia y del tamaño de una calabaza; encontrar un casco que le quedase bien había supuesto todo un desafío. Era un buen muchacho de Wisconsin, prometido con una preciosa chica sueca que no hablaba ni una palabra de inglés.

—Ya está bien, se acabó hacer el vago por aquí. Tenemos una misión que cumplir, los bárbaros nos esperan.

—Ah, en mi familia tenemos un perro que se llama *Bárbaro*. A veces lo veo cuando salgo de patrulla —comentó Stoney.

Todos lo miraron. Era un chaval muy ingenuo de Ohio. Antes de este viaje cruzando el charco, jamás se había alejado más de veinticinco kilómetros de su casa. A Riley lo tenía preocupado últimamente, parecía que se le estaban aflojando los tornillos. En los últimos meses ya habían perdido a unos cuantos traumatizados por el combate. Las víctimas acababan como idiotas que solo balbuceaban o como zombis mudos como una piedra. O se pasaban el día meciéndose y llorando. Ni uno era capaz de obedecer órdenes o hacer otra cosa que acurrucarse en las trincheras o disparar contra todo lo que se moviera, incluyendo a los aliados. Un par de ellos incluso se las habían ingeniado para meterse el cañón del fusil en su propia boca.

—El enemigo de la libertad son los bárbaros, hijo —contestó Collier en un tono totalmente serio y sincero, prefiriendo obviar aquel extraño comentario—. Si luchamos en esta guerra, jamás tendremos que luchar en otra, ni nuestros hijos ni nietos. Esta guerra acabará con todas las demás. Esta guerra hará del mundo un lugar seguro para la democracia. Y depende de nosotros. El mundo depende de nosotros.

Se acallaron los murmullos de quejas.

—¿Sargento? —instó Collier a Riley.

—De acuerdo —dijo asintiendo—, ya habéis oído al teniente. Sacad vuestras raciones de agua y comida. Tenemos que estar listos para salir en un par de horas.

Whippy, una vez resuelta su tarea, se levantó con esfuerzo.

—Primero los británicos, después los yanquis y ahora esto. Es como si el destino de los Fournier fuese llevar un arma y defender el honor de su país generación tras generación.

—¿Qué país defendieron los Fournier contra los yanquis? —preguntó Kansas Pete.

—¡Cómo! Los Estados Confederados de América, sin duda. Sí que recuerdas la Guerra de Agresión del Norte, ¿no, Pete? Creo que todavía la enseñan en las escuelas.

—¿La qué?

—La Guerra entre los Estados.

—Vaya por Dios, Pete nunca pasó de tercer curso —apuntó Stig.

—¡Sí que pasé! Para tu información, llegué hasta séptimo, listillo.

—En cualquier caso, caballeros, aquí estamos —intervino Whippy, con el cigarrillo colgándole de un extremo de los labios—. *C'est la vie*. Espero.

Los hombres estaban agotados. Tal como estaban las cosas, nadie dormía mucho y no era ningún secreto que las bajas se habían disparado. Ambos bandos estaban perdiendo hombres a mansalva. Riley comenzaba a replantearse toda la retórica patriótica que les habían contado. ¿El mundo realmente sería un lugar mejor por el hecho de perder millones de vidas en este espantoso baño de sangre? Y eso sin contar a los hombres a los que les habían volado los brazos o las piernas o los brazos y las piernas. ¿Era cierto que ningún precio era demasiado alto, ningún sacrificio demasiado grande? ¿Quedarían hijos o nietos cuando acabase la guerra?

Riley era ahora sargento y las complejidades del orden mundial eran demasiado insondables para que él les diese respuesta, pero las preguntas, las dudas sobre su presencia en este conflicto y la naturaleza exacta de lo que realmente ganarían por su «sacrificio», zumbaban en lo más profundo de su mente como una conversación a media voz, con un tono demasiado bajo para que él lograra captarlo. Suspirando, levantó su fusil y fue en busca de un lugar donde sentarse un rato.

Los hombres aprovecharon las dos horas aproximadas que les habían dado para afeitarse, lavarse un poco y escribir cartas a casa. Riley se sentó en un refugio subterráneo tan lúgubre como una cueva y, salvo por la luz que desprendían un par de tenues bombillas desnudas, casi igual de oscuro. No tenía tiempo de escribir una nota a cada miembro de la familia, así que dirigió la suya a Susannah, para contarle todo lo que pudiera sobre su bienestar y para pedirle cosas de casa.

—¿No vas a escribirle a tu madre, Whippy?

Fournier estaba de pie delante de un espejito que colgaba de un alambre en un gancho clavado en la sucia pared. Tenía una palangana de agua sobre un taburete del campamento junto a la rodilla y se había quedado en camiseta interior.

—Sí, pero ofende mi dignidad tener tan mal aspecto. Ya le escribiré unas letras cuando acabe con esto. —Riley oyó el rasguño de la cuchilla y después una brusca inhalación—. Por Dios —murmuró—, de verdad que no sé cómo esperan que un hombre se afeite con esta luz.

Se limpió los restos de espuma de la barbilla con una toalla supuestamente limpia y se volvió hacia Riley. Una mancha de sangre revelaba el corte.

—Eh, soldado, ¿dónde está tu placa de identificación? Sabes que no nos la debemos quitar bajo ningún concepto.

—No iré a utilizar sus galones a estas alturas, ¿verdad, Braddock? Conocí a una preciosa *mademoiselle* gala que quiso quedarse con un recuerdo de nuestra encantadora cita vespertina.

—¿Le diste tu placa?

Whip volvió a hacer gala de aquella perezosa sonrisa, amplia como una rodaja de melón.

—También le di lo mejor de mí.

Riley se echó a reír. No podía evitarlo. Este excéntrico sureño era lo único que tenía gracia en medio de toda aquella triste guerra.

—Es increíble. Vas regalando por ahí bisutería barata y «lo mejor» de ti, y míranos aquí, a punto de que nos vuelen la tapa de los sesos.

—Exacto. No hay mejor motivo para hacerlo. —Se pasó un peine por su pelo color miel.

Riley meneaba la cabeza, todavía riendo.

—Espero que también le dieras un globito, no se vaya a quedar con un *souvenir* tuyo para toda la vida.

—¡Cómo! Prefiero creer que la semilla de mis entrañas llegará lejos y mejorará la estirpe que he visto por aquí. No obstante, un caballero siempre está preparado. —Se sacó del uniforme un paquetito envuelto y se lo mostró a Riley agitándolo con la mano—. Yo tampoco quería un

recuerdo para siempre. ¿Cómo es eso que sermonean los capellanes? Una noche con Venus y tres años con mercurio. No me apetece contraer una enfermedad venérea y el tratamiento suena aún peor.

Riley cambió de rodilla la tablilla sobre la que estaba escribiendo.

—Bueno, será mejor que consigas otra placa y no la pierdas. Los conductores de la ambulancia querrán ponerte un nombre cuando te tengan que recoger.

—Veré qué puedo hacer, señor —respondió Whippy con una elegante reverencia.

Riley acabó la carta para Susannah y la pasó al correo, después intentó echar una cabezada. Le pareció que no habían pasado ni cinco minutos cuando notó que una mano le tocaba el hombro; seguía sentado con la espalda apoyada en la pared del refugio.

—Es la hora, Braddock. —Riley alzó la vista y vio al teniente Collier de pie delante de él.

Se repartieron las raciones y, mientras menguaba la luz de aquel día del mes de octubre, los soldados de infantería ascendieron las escaleras del refugio y emprendieron el camino de vuelta hacia el frente. Pasaron al lado de hombres rebozados en barro que se afanaban pala en mano en el fondo de una trinchera, otros que trabajaban para reparar un cable de teléfono roto y un cadáver de olor nauseabundo con uniforme alemán tumbado bocabajo en un charco de aguas estancadas. Sobre sus cabezas, un avión teutón zumbaba surcando el cielo. Los ataques aéreos del enemigo habían sido particularmente brutales en esta última ofensiva; los alemanes trataban de hacerse con el control y mantenerlo.

Mientras marchaba fatigosamente, Riley no pudo evitar preguntarse qué aspecto tendría la campaña francesa antes de que empezase esta guerra. Debía de ser distinta. En kilómetros y kilómetros a la redonda, la tierra estaba marcada por cráteres de proyectiles que le recordaban a una fotografía de la luna que había visto en algún viejo periódico. Este lugar parecía igual de desolado. Los árboles estaban destrozados, sin hojas, sin vida. Por la noche, se los podía confundir con hombres. Si alguna vez había habido campos ondulantes de lavanda o tomates o uvas, cualquier vegetación real, ya no quedaba nada. En su memoria se dibujó una imagen de su tierra natal, verde, tranquila, salpicada de bellos caballos. Dios mío, si pudiese volver a verlo...

A lo lejos, un proyectil sacó volando a tres hombres de una trinchera.

Agachó la cabeza y siguió avanzando a duras penas. En este preciso instante, su principal objetivo era mantenerse a sí mismo y a sus hombres con vida para poder regresar al mundo que se suponía que estaba haciendo mejor.

CAPÍTULO SIETE

Jessica deshizo la maleta en el apartamento situado encima de la consulta y colgó su ropa recién planchada en el armario. Nada le apetecía más que darse un buen baño. Un cuarto de baño para ella sola sería como estar en el paraíso. En la pensión donde había vivido, el baño estaba al final del pasillo y cada huésped tenía asignado un tiempo estipulado para usarlo. Si se le pasaba su turno, como le solía ocurrir por culpa del trabajo, tenía que lavarse con una esponja en el lavabo que había en una esquina de su cuarto. Y la semana que acababa de pasar en el tren había sido aún más espartana, se había tenido que conformar con la limpieza más básica posible. Se sentó en la cama y miró a su alrededor. El apartamento era sencillo, con su colcha sobre la cama, limpio, tranquilo y acogedor, como todo Powell Springs. Amy había hecho un buen trabajo con la decoración.

Estaba cansada después del viaje y de aquel largo día, pero, más que nada, Jess sabía que estaba agotada por lo que había vivido en Nueva York. No quería pensar en eso, pero los recuerdos la inundaban cual olas envolventes de un océano Atlántico sacudido por el invierno. Se le aparecían cuando menos se lo esperaba o, como hoy, cuando Amy le preguntó por aquellos años. A menudo, en sus sueños, la angustiaban sonidos e imágenes tan vívidos que se despertaba con el corazón que parecía que se le salía del pecho esperando encontrarse de nuevo en medio de todo lo que había dejado atrás en el este. Ni siquiera había servido de nada el mes que había pasado descansando en Saratoga Springs. Un mes no era suficiente. Necesitaría más tiempo, se dijo a sí misma. Tiempo para recuperarse, tiempo para perdonarse a sí misma. Puede que nunca lo olvidase, pero conforme pasaran las semanas y los meses y se instalase en su nuevo trabajo en Seattle, seguro que aquellas imágenes se difuminarían. Se aferró a aquella esperanza como a un salvavidas. Si el telegrama de Seattle era una señal, tendría que enfrentarse a toda una nueva serie de experiencias.

Levantó los brazos para quitarse las horquillas cuando oyó que llamaban a la puerta. El sonido era tan débil que pensó que venía de otra habitación al final del pasillo, solo que aquí, en Powell Springs, no había ninguna otra habitación al final del pasillo, al menos ninguna con un inquilino.

No, volvió a oírlo, y se dio cuenta de que venía de la planta de abajo. Al ir hacia la puerta, distinguió la silueta de un hombre a través de los visillos en penumbra.

—¿Quién es, por favor?

—¿Doctora Layton? —La pregunta sonaba más bien como un graznido. Se asomó por detrás de un extremo de la cortina y descubrió a Eddie Cookson tambaleándose como un borracho en la entrada. De inmediato giró la llave y abrió la puerta.

—¡Eddie! Por el amor de Dios, ¿qué haces aquí? —Lo asió por el brazo, lo condujo hasta la sala de espera y lo dejó caer en la primera silla. Seguía vestido con su uniforme, pero tenía muchísimo peor aspecto que por la mañana—. ¡Creía que tu padre había venido a buscarte!

—Tenía que ordeñar las vacas. Le dije... que fuera a ordeñarlas... son solo tres kilómetros. Creía que podía ir caminando.

—Pero te fuiste de aquí. ¿Dónde has estado todas estas horas?

—Dando vueltas... la verdad es que no estoy seguro de dónde... —Le entró un ataque de tos y no pudo acabar la frase.

—Dios santo —murmuró Jessica.

Salió corriendo por el pasillo en busca del estetoscopio y el termómetro que estaban en su bolso, en la consulta. Después de meterle el tubito de cristal en la boca, hizo que se desabrochase la parte de arriba de la guerrera de lana para auscultarlo. Su corazón latía como el de un caballo exhausto. Entró y agarró el delantal blanco de la percha donde lo había colgado antes. Después, con la esperanza de encontrar los ingredientes que necesitaba, rebuscó entre los frascos tapados y las ampollas de las vitrinas. Se le hizo un nudo en la garganta al reconocer

la letra de su padre en la tinta marrón descolorida de algunas de las etiquetas. Otras mostraban los trazos de Cyrus Vandermeer.

Sulfato de atropina... sulfato de morfina... sulfato de quinina... alcanfor... goma tragacanto... Sí, afortunadamente, estaban todos. Hurgando entre otras repisas, descubrió una balanza de boticario, un almirez y su macillo, un pildorero y una farmacopea para determinar las dosis y lo amontonó todo sobre la mesa de trabajo. Llevaba tiempo sin tener que mezclar sus propias medicinas, pero, también afortunadamente, no había perdido la habilidad.

Mientras tanto, oía la tos perruna de Eddie en la otra habitación y la urgencia de su misión aumentaba. En pocos minutos había fabricado veinte píldoras y las había depositado en una cuartilla de papel antes de doblarla como si fuese un sobre. En una esquina del envoltorio escribió las instrucciones a toda prisa: «Tomar una píldora cada dos horas».

Volvió a la sala de espera y encontró a su paciente aún más desplomado sobre la silla, con el termómetro castañeteándole entre los dientes. Dios, parecía empeorar por segundos. Jessica ya había visto y experimentado un buen número de casos de gripe —la aparición súbita solía ser un rasgo distintivo—, pero no recordaba a nadie con una salud de hierro como la de Eddie que se viniese abajo con tanta rapidez. Le metió el paquete de pastillas en el puño. Al sacarle el termómetro de la boca, leyó 39,5.

Entonces recordó el telegrama que había recibido del Hospital General de Seattle y sintió un peso frío en el estómago.

—Ha habido gente enferma en Camp Lewis, ¿verdad?

—Algunas tropas vinieron en tren —dijo con un gesto débil—. Muchos estaban enfermos de algo. Estamos bastante hacinados en el campamento. Tenemos muchos más hombres que espacio. Estamos prácticamente apiñados. Pero el oficial médico del campamento dijo que no había nada de lo que preocuparse. No volví a pensar en... —Otro ataque de tos lo interrumpió.

Jessica no era tan optimista como aquel oficial médico. Cuando trabajaba en la sanidad pública, había estado bien informada sobre las epidemias que circulaban, pero desde que se marchó de Nueva York se había aislado intencionadamente de las distracciones del exterior. En Saratoga Springs no había leído el periódico, ni tan siquiera ojeado un titular. En aquel lugar verde y tranquilo, había querido dejar fuera la guerra y el mundo, olvidar. Ahora su aislamiento autoimpuesto volvía para atormentarla y hacerle saber que había cometido un enorme error.

Se levantó y le puso la mano en la frente. La fiebre lo estaba devorando y aumentó su preocupación.

—Toma estas pastillas que te he preparado. Deberían aliviarte la tos y los dolores. He escrito las instrucciones en el envoltorio. —Él asintió en señal de agradecimiento y las pocas fuerzas que le quedaban lo abandonaron visiblemente—. ¿Cómo vas a volver a casa? ¿Sigue tu padre en su despacho?

—No creo. Intenté volver a pie... —repitió.

Ocultando su enfado por la actitud indolente de Horace Cookson, dijo:

—Voy a buscar a alguien para que te lleve a casa. No serías capaz ni de cruzar la calle. —Esperó para comprobar si era consciente de lo que le había dicho—. Quédate aquí —añadió severamente antes de abrir la puerta.

El sol de color rojo dorado descansaba al oeste, sobre el horizonte, y la noche caería en breve. Como en la mayoría de pueblos pequeños a esta hora, la gente estaba en casa cenando y apenas había nada de tráfico. Hasta la abuela Mae había cerrado su restaurante por hoy.

La calle sin pavimentar estaba salpicada de los restos de las actividades del día: trozos de papel crepé y panfletos, un lazo o dos y unas cuantas banderas estadounidenses diminutas que se les habían escapado a los niños. Miró a su alrededor, con la esperanza de ver a alguien, a quien fuera, que pudiera llevar a Eddie, pero el único lugar en el que se respiraba alguna actividad era

la taberna de Tilly, al final de la calle principal. Vio un automóvil y unos cuantos caballos y carros en la puerta.

Se dirigió hacia allí, pasando por delante de los escaparates apagados de la ferretería y la tienda de ultramarinos de Bright. Su delantal blanco le ondeaba por encima de la falda. Tiró de la puerta mosquitera y entró. Había varios clientes de pie en la barra, unos cuantos con un pie descansando sobre la barra de metal inferior paralela al suelo. La asaltó una visión confusa de varias botellas alineadas detrás de la barra, intercaladas con cuernos empotrados y trofeos de cabezas de alces disecadas. Cuadros de las cercanas cataratas de Multnomah y del monte Hood, junto a una fotografía de Teddy Roosevelt, se mezclaban con señales que advertían «No se fía, ni preguntes» o «Prohibida la entrada de menores» y más carteles de bonos Liberty. Frente a una de las paredes, había una serie de mesas dispuestas en fila donde bebían *whisky* a sorbos algunos veteranos como Winks Lamont o Shaw Braddock. El murmullo de la conversación y el humo flotaban sobre la escena.

Estaba claro que no era Delmonico's, ese fue el primer pensamiento irónico que se le vino a la cabeza. Aquel elegante establecimiento de Nueva York había recibido a lumbreras de la talla de Mark Twain, Charles Dickens y un sinfín de presidentes estadounidenses y magnates de la industria. En el bar de Tilly, las escupideras se quedaban dondequiera que las hubiesen lanzado a patadas y el suelo estaba cubierto de serrín y cáscaras de cacahuets.

Desde su puesto detrás de la barra, un aturullado Virgil Tilly fue el primero en ver a Jess. Se quitó el paño que le colgaba por encima del hombro y se limpió las manos. Su mueca de leve terror habría resultado graciosa en circunstancias menos serias.

—Mmm..., señorita Layton, señora...

Al pronunciar su nombre, todos los ojos se volvieron hacia ella, abiertos como platos. Se hizo el silencio.

—No se lo tome a mal, pero este no es lugar para una dama...

—Necesito un hombre con un carro o un automóvil que pueda llevar a Eddie Cookson a su granja —lo interrumpió Jess, sin molestarse en chácharas preliminares—. Está en mi consulta y se encuentra demasiado enfermo como para caminar esa distancia.

—¿Qué le pasa? —preguntó Winks.

—Tiene la gripe.

Varios clientes intervinieron para sopesar la situación.

—¿La gripe? Estaba bien esta mañana cuando participó en el desfile.

—Sí, sonreía y estrechaba manos a diestro y siniestro. A mí no me parecía enfermo.

—Vaya, creo que he oído hablar de esto —apuntó otro misteriosamente—. Mi mujer recibió una carta de su madre la semana pasada. Vive en Philadelphia y contaba que la gripe está segando la vida de un montón de personas, como si fuese trigo bajo una tormenta de granizo. Un minuto están bien y al instante se desploman. Hay ataúdes amontonados en las aceras, no pueden enterrarlos todo lo rápido que se debería. Contaba que la gente que había muerto se había puesto azul antes de morir.

—¡Azul! ¡Válgame Dios!

—Sí, señor, azul como la tinta. Algunos tan oscuros como la noche cerrada. Dijo que se mueren jadeando asfixiados y balbuceando como quien se ahoga. Otros cayeron muertos en el tranvía o en la acera, así, sin más. —Chasqueó los dedos y después añadió en tono de sospecha—: Creen que vino de España.

Todos se lanzaron a hablar a la vez.

—He oído hablar de eso... ¡la peste negra! Asoló toda Europa.

—Dijeron que fue por las ratas.

—Esperen un momento —intentó intervenir Jess—. Eso fue hace cien años. Esto es solo la gripe, no la peste...

La conversación continuó como si ella no hubiese dicho nada.

—Lo he visto —dijo en voz alta un hombre sentado al final de la barra—. He visto a gente fuera de sí y ahogándose por no poder respirar.

—Oiga, ¿y de dónde ha dicho que era usted? —le preguntó Shaw Braddock.

—De ningún lado en particular. Pasé algún tiempo en Troutdale y Parkridge, hace unos años, pero luego he estado viajando. Después me entraron ganas de volver por estos lares y aquí estoy. —El vagabundo llevaba un sombrero bien calado, pero Jess recordaba bien lo poco que veía de su cara. Y no es que lo conociera, pero había visto muchísimos hombres así en el este: desaliñados, sin afeitarse y tan andrajosos como una tela de saco clavada a un poste y desgastada por el viento. Llevaba sus pocas pertenencias atadas en una mugrienta funda de almohada que estaba en el suelo, junto a sus pies.

—¿Tiene parientes por aquí? —preguntó Winks.

—Puede. No los he visto en siglos, pero espero dar con ellos.

—¿Y dice que ha visto esta gripe? —insistió Virgil, volviendo a llenar su vaso de *whisky*.

—Eso es —respondió dando las gracias con un movimiento de cabeza—. Compartí vagón de carga con un hombre que la tenía. Perdió sangre por la nariz como para llenar una botella de ginebra. —Se tragó la bebida de un golpe y se limpió la boca con el reverso de la mano.

—¡Por Dios!

—Suena feo. La peste... ¡Buenas noches, enfermera! Conmigo que no cuenten.

—Ni conmigo. Es contagioso.

Pero el público de aquel hombre se fue acercando un poco más, ansiosos todos por conocer más detalles macabros. Ni siquiera se les pasó por la cabeza la posibilidad de que él mismo pudiese ser contagioso, quizá no les importaba arriesgarse por escuchar la historia.

De entre todas las bolas exageradas que había oído en su vida, Jess creía que esta se llevaba el premio. Fulanito le contó en confidencia a menganito que habían operado a una prima lejana de apendicitis y, a la tercera o cuarta vez que se contó la historia, al apéndice le habían salido pelo y dientes y se había convertido en un gemelo sin desarrollar que la prima había llevado dentro durante treinta años. Los rumores infundados acababan siendo hechos concretos. Ahora los enfermos de gripe se ponían de color negro azulado, sufrían hemorragias y caían muertos. Había motivos para preocuparse, sí, pero el telegrama de Seattle no había informado de nada tan sensacionalista.

—No es la peste. Es solo la gripe —insistió Jess. Aunque habían planteado una cuestión con la que estaba de acuerdo—. Sí, puede ser contagiosa. Aun así, eso no asegura que quien lleve a Eddie a su casa la acabará pillando.

Nadie dio un salto para ofrecerse.

—De todas formas... Yo la tuve el invierno pasado y me tiré una semana en la cama —apuntó otro hombre. Jessica no lo reconoció, pero parecía bastante fuerte y saludable. Debía de haberse librado del servicio militar—. No puedo permitirme pasarla otra vez.

—Podrías estar inmunizado por haberla pasado ya —explicó Jess. No estaba segura de que fuese verdad, pero estaba desesperada.

—Por Dios, doctorcita, no lo está pintando precisamente como una proposición atractiva —observó Shaw de manera cortante—. Puede que enfermes y mueras o puede que no. —Partió un cacahuete, se metió los frutos en la boca y tiró las cáscaras al suelo—. Con que sea verdad la mitad de lo que este tipo, usted... ¿cómo se llama?

—Bert Bauer —respondió el hombre harapiento. Le hizo una señal a Tilly para que le volviese a llenar el vaso, quejándose—: Este maldito dolor de muelas no me deja vivir.

—Con que solo sea verdad la mitad de lo que cuenta Bert, me da a mí que estamos metidos en una buena, pero eso no quiere decir que tengamos que salir galopando a su encuentro.

Sorprendida y molesta por lo que consideraba falta de compasión, Jess entró aún más desde el lugar donde se había quedado, justo en la puerta. El serrín y la basura crujieron bajo sus zapatos. Habían montado toda una algarabía por Eddie vestido de uniforme como uno de los suyos, con todo su patriotismo de cara a la galería, pero ahora titubeaban delante de sus bebidas y murmuraban entre sí. Al echar un vistazo al cartel de bonos Liberty que había sobre la pared, se le ocurrió una idea.

—Este soldado ha venido desde Camp Lewis, donde ha estado adiestrándose para marcharse a Europa a luchar por Estados Unidos y, ahora que los necesita, ¿le van a dar la espalda? —Sabía que era algo hipócrita por su parte, dada su opinión sobre la guerra, pero también sabía cómo funcionaban las mentes de estos hombres. Y no era culpa de Eddie que lo hubiesen llamado a filas. Siguieron murmurando, nadie se atrevía a mirarla a los ojos, pero tampoco nadie se ofreció para ayudar.

—¿Qué le voy a decir cuando vuelva a la consulta? ¿Que sus amigos y vecinos ondean banderas por él pero luego lo abandonan a su suerte? Solo les estoy pidiendo que lo lleven a casa. Si tuviese los medios, lo haría yo misma. —Nadie abrió la boca, el silencio incendió su ira—. ¿Es que nadie va a ayudar a este muchacho?

—Lo haré yo. —Jess se dio la vuelta y vio a Cole detrás de ella, de pie al otro lado de la mosquitera. La abrió de un tirón e irrumpió en la taberna. Todo el lugar pareció echar chispas por su presencia y ella percibió una breve ráfaga de olor a cuero y paja que anulaba los característicos olores de la taberna.

—He venido a buscar al viejo —dijo, haciendo un gesto con la cabeza a su padre—, pero me imagino que podrá esperar hasta que nos ocupemos de Cookson. Tengo la camioneta fuera. Solo tengo que llevar a Amy a casa primero.

Al echar una ojeada por encima del hombro de Cole, Jess vio a su hermana sentada en el asiento delantero del Ford que había aparcado junto a la acera. Por mucho que desease evitarlo, Jess no podía rechazar su ayuda. Era el único que se había ofrecido.

—Gracias, Cole.

Pero él no la miraba a ella, tenía los ojos clavados con dureza en el grupo de clientes de Tilly.

—Nos vemos ahora en la consulta —dijo finalmente, se dio la vuelta y salió.

Antes de irse, ella también les dedicó una mirada de desaprobación.

—Todos y cada uno de vosotros me dais vergüenza.



Cole pisó a fondo el embrague, metió la primera y dio un giro de ciento ochenta grados para llevar a Amy a casa de la señora Donaldson.

—¿Era Jessica la que he visto salir hecha una furia del local de Tilly? —preguntó Amy escandalizada—. ¿Se puede saber qué hacía ahí dentro?

La carcajada de Cole sonó cruda.

—Hacer que esos tipos parezcan subnormales. Se acercó a pedir que alguien ayudase a Eddie Cookson. Está enfermo y necesita que alguien lo lleve a casa. Nadie se ha prestado a hacerlo.

—Enfermo... ¿de qué? —Amy se sujetó al borde del asiento cuanto atravesaron un socavón y se agarró el sombrero con la mano que le quedaba libre.

—Jess dice que es la gripe y ni uno de esos hombres quiso echar una mano.

—Por el amor de Dios, ¿por qué no?

Cole había estado en el porche de Tilly el tiempo suficiente para presenciar la parte principal del enfrentamiento.

—No quieren contagiarse.

—Pero eso... es antipatriótico.

Él le contó lo que había oído.

—¡La peste! Eso es imposible, ¿verdad?

—No lo sé... Eso es lo que ha dicho tu hermana. La cuestión es que mañana todo el pueblo estará al tanto de la historia. Ya sabes cómo les cunden los chismorreos a esos tipos. Son peor que un hatajo de viejas.

—¿Pero... cómo han podido negarse a ayudar? Eddie pertenece al Ejército de Estados Unidos, es un soldado de infantería. —Por el rabillo del ojo, Cole percibió su expresión de indignación—. Le hemos dedicado un desfile —añadió, como si eso lo explicara todo.

—Eso es básicamente lo que les dijo Jess, solo que ella fue más directa. Así es ella... altruista, indignada, franca. —Sí, así era su Jess. Después refrenó su pensamiento. Ya no era suya. Ella se había encargado de que así fuera.

—¿Qué va a pasar ahora? ¿Y tu padre?

—Mi padre puede quedarse esperando en la taberna hasta que se le bajen los humos. Le va a dar igual. Te llevaré primero a casa y luego volveré por Eddie.

—¿Lo ves, Cole? Tú eres un héroe. —Le rodeó el brazo e hizo que diese un volantazo a la derecha—. Si te hubieses marchado a Francia, ¿quién se habría quedado para hacer esta buena acción?

«Sí, un héroe...», reflexionó con amargura, enderezando el volante mientras avanzaban lentamente por la calle Russell, con sus hileras de casas ordenadas y jardines vallados. No se sentía precisamente un héroe.

Paró el motor delante de la coqueta casa de dos plantas de la señora Donaldson. A través de la ventana, vio a la mujer poniendo la mesa en el comedor.

—Parece que te he traído a casa justo a tiempo para la cena.

—Qué día más intenso. Voy a comer solo un poco y a poner los pies en alto.

Cole salió de un salto de la camioneta y fue hasta su lado para ayudarla a bajar. En la fresca penumbra, caminaron hasta el porche de la señora Donaldson. Vio a la anciana retirarse hacia el otro lado de la puerta principal. Estaba convencido de que estaba allí detrás con la oreja pegada a la puerta, escuchando.

—Nos está espiando otra vez —dijo Cole en voz baja.

—¡Chsss! Es solo que es una romántica —susurró Amy sonriendo—. Nunca ha superado realmente la pérdida del señor Donaldson.

—Pero si Donaldson murió hace veinte años. —Cole soltó una risotada de burla. Se inclinaba más a creer que la mujer era una fisgona entremetida, pero no lo dijo. Sabía que Amy le tenía cariño. Tomó las manos enguantadas de Amy entre las suyas y le dio un casto beso en la mejilla.

—Gracias por ayudar a Jessica.

Cole quiso decir que no estaba ayudándola a ella. Estaba ayudando a Eddie. Pero eso solo hubiese creado un momento tenso. Y tampoco estaba seguro de que fuese cierto. Se encogió de hombros.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Quiero pensar que alguien haría lo mismo por mí si estuviese demasiado enfermo como para poder caminar.

—Y por eso eres mi héroe. —Alzó la vista hacia él tímidamente.

Él sintió vergüenza ante la idea de ser el héroe de alguien. Ella le dirigió una mirada inquisitiva, su propia expresión era de incertidumbre.

—Cole, ¿va todo... bien? ¿Hay algo de lo que quieras hablar?

—¿Yo? No, ¿por qué?

—Me ha dado la sensación últimamente de que hay algo que te preocupa. Algo de lo que deberíamos hablar. —Lo escudriñó como si quisiera leerle el pensamiento. Al sentirse observado de aquella manera, se le cerró la garganta y miró hacia otro lado.

—Te preocupas demasiado —le dijo besándola en la mejilla. Suspiró y se frotó la nuca, intentado sofocar el sentimiento de vacío en lo más profundo de su alma—. Todo va bien. O al

menos todo lo bien que puede ir, teniendo en cuenta las circunstancias. Entra. Tengo que llevar a Eddie Cookson a casa. Hablamos mañana.

—Bueno, si estás seguro...

Él le hizo un gesto para ahuyentarla. Ella sonrió, aparentemente tranquilizada, y empujó la puerta de entrada. La señora Donaldson soltó un fuerte alarido y Cole alcanzó a verla tocándose la nariz.

—¡Señora Donaldson! —exclamó Amy—. Ay, pobre, ¿está usted bien? Tenga, tome mi pañuelo. Dejará de sangrar...

Él bajó saltando las escaleras de dos en dos y, con un autocontrol colosal, consiguió no reírse hasta que estuvo dentro de la camioneta.



Jessica estaba esperando a Cole en la acera cuando paró delante de la consulta. Él reconoció la expresión de preocupación en su cara, y también le pareció cansada.

—¿Está listo para que nos vayamos?

—No sé, Cole —le dijo moviendo la cabeza—. Empiezo a pensar que Eddie se debería quedar aquí, en una de las camas para los pacientes. Está muy mal. Tiene fiebre alta y empieza a delirar. Apagó el motor y salió del Ford.

—¿Puedes curarlo?

—No, no hay cura para la gripe. Es el propio cuerpo el que tiene que sanarse. —Dio unos cuantos pasos, de un lado para otro, con los brazos cruzados delante del pecho. Hablaba con Cole, pero parecía que también estuviese esbozando un plan de acción para sí misma—. Puedo asegurarme de que tome la medicación cada dos horas. Más allá de eso, no hay mucho más que pueda hacer, salvo proporcionarle todo el cuidado que necesite. Pero me gustaría vigilarlo. Si surge una emergencia, alguien tendrá que volver a traerlo al pueblo, es decir, si son capaces de reconocer la crisis. No creo que debamos llevarlo de arriba para abajo así sin más. —Le contó que Eddie había estado deambulando durante horas sin llegar a casa.

Justo en ese instante, se oyó un estrépito procedente de la sala de espera. Entraron corriendo y encontraron a Eddie Cookson desplomado en el suelo. Al caer, había volcado la silla y un perchero de hierro forjado, que había abierto un profundo corte en el suelo de roble.

—¡Dios mío! —exclamó Cole.

Eddie había cambiado tanto de aspecto que estaba casi irreconocible. No era el mismo joven soldado que sonreía y saludaba desde su carroza del desfile aquella misma mañana. Ni siquiera el muchacho que Cole había ayudado a traer un rato antes. Eddie parecía haber luchado ya en la guerra... y haberla perdido. Tenía los ojos inflamados, la cara del color de uno de los viejos pañuelos rojos de Shaw y tiritaba como un perro empapado y abandonado en la nieve. Jess le agarró la muñeca.

—El corazón le late a mil por hora.

Eddie alzó la vista hacia Jessica con la mirada nublada y perdida.

—¿Madre? ¿Puedes hacer que me paren los martillazos en la cabeza? Me... —Otro ataque de tos interrumpió sus desvaríos.

—Tenemos que llevarlo arriba y meterlo en la cama.

Cole asintió. La situación era simplemente terrible.

—Venga, Ed. Vamos a hacer que te pongas bien. —Cole levantó a Eddie y entre los dos prácticamente lo arrastraron por las escaleras hasta la habitación para pacientes, que estaba al otro lado del pasillo, frente al propio apartamento de Jess. Cole echó a Eddie sobre una de las estrechas camas de hierro mientras Jessica buscaba en el armario que había en una esquina.

—No sé si tengo batas o pijamas aquí. —Rebuscó entre las sábanas, la ropa de cama y otras prendas—. ¡Ajá! Aquí están. —Lograron sacarle por la fuerza el uniforme de lana al paciente y

ponerle un pijama blanco de algodón. Eddie no paraba de toser y farfullar en un desvarío inconexo, quejándose del dolor insoportable que se había apoderado de su cuerpo.

Cole jamás había visto nada parecido. A juzgar por la expresión en la cara de Jessica, dudaba de que ella tampoco hubiese visto algo así. Una vez lo hubieron metido en la cama, Jess obligó a Eddie a tragarse una pastilla. Se le había soltado el pelo de las horquillas y unos tirabuzones rubios le caían por la cara.

—La morfina debería aliviar la tos y los dolores.

—¿Qué más puedes hacer por él? —preguntó Cole antes de sentarse en la cama vacía de la habitación.

—Lo voy a examinar para averiguar qué sistemas están afectados. —Lo miró—. Me refiero a qué parte de su cuerpo se ha visto afectada. ¿Los Cookson tienen teléfono?

—No sé. En la granja sí que tenemos, porque estamos en un camino principal, pero Birdeen solo trabaja los días laborables, así que no hay nadie que pueda pasar la llamada. Se ha hablado de contratar a una operadora por la noche, pero aún no lo han hecho.

—De acuerdo —dijo quitándose el pelo que le tapaba la cara—. Si pudieras avisar a su familia de que está aquí, sería de gran ayuda. —Sus palabras se vieron entrecortadas por la tos áspera de Eddie. Lo observó y su cara palideció, una expresión de terror se cernió sobre ella.

—¿Qué?

—Ay, Dios mío... —miraba fijamente al hombre que tiritaba y murmuraba en la cama.

—¡¿Qué?! ¿Qué pasa?

Le contó la conversación con Leroy Fenton y el telegrama que había recibido.

—Iba a marcharme a Seattle en el tren del sábado. Imaginaba que Powell Springs sobreviviría hasta que llegase Pearson, pero si esta epidemia es tan contagiosa como parece... Cole, en los dos últimos días este muchacho probablemente ha hablado con casi todos los habitantes del pueblo. ¿Quién sabe cuántas personas han estado expuestas? ¿A cuántas les estrechó la mano? ¿Sobre cuántas respiró? Les atacará también a los niños y a los ancianos.

—Entonces, todos esos hombres en el local de Tilly que no quisieron ayudar...

—Sí, todos ellos podrían enfermar, muchos más también.

—¿Y nosotros?

—Sí. —Suspiró—. Aunque intentaremos hacer todo lo posible para que no suceda. Baja a la parte trasera de la consulta ahora mismo y lávate las manos con jabón y agua caliente y no te toques la cara hasta que lo hayas hecho. Tengo que ponerme en contacto con el hospital de Seattle y conseguir información. Puede que también con la Cruz Roja.

Él se puso de pie y los muelles de la cama chirriaron. No podía más que admirar su firmeza. La misma actitud resuelta y capaz de tomar las riendas que algunos hombres no podían soportar —y que lo había atraído hacia ella como una tenaz alma gemela— seguía más viva que nunca. Ella lo siguió por las escaleras y esperó a que se lavara; después, también ella se lavó las manos.

—¿Vas a necesitar ayuda para ocuparte de Cookson? ¿Voy a buscar a la abuela Mae?

—No, por Dios —murmuró Jess, secándose las manos en una toalla limpia.

—¿Puedes encargarte de esto tú sola?

Ella concentró la mirada en él.

—¿Qué crees que he estado haciendo todo este tiempo en Nueva York, Cole?

Nueva York, Nueva York, Nueva York. Frunció el ceño, harto de que le recordasen por qué todo había salido tan mal. La tensión en tiempos de guerra, agravada por su padre, agravada por tantas otras cosas, se reavivó en él. ¿Qué encontró Jess allí que le impidió volver a casa tal y como le había prometido? ¿Qué había sucedido para que decidiese romper su noviazgo? La pregunta, que Cole había conseguido relegar a lo más recóndito de su mente, había aparecido como un estruendo en sus pensamientos desde que ella había vuelto a Powell Springs.

—Eso es lo que llevo dos años preguntándome. ¿Qué has estado haciendo allí?

Cole se acercó a Jess. Su cara, que se había vuelto roja y reflejaba su enfado, estaba casi sobre la de ella. Por un instante, ella pensó que la zarandearía o que la besaría, pero, al parecer, esperaba una respuesta. La tensión entre ellos era como una corriente eléctrica, impetuosa y peligrosa. Desprevenida ante el repentino giro de la conversación o por la sensación de que le corría miel hirviendo por las venas, rehuyó de él, tremendamente molesta por haber sacado el tema en este momento. Se dio la vuelta y, con una energía nerviosa y crispada, se puso a limpiar la mesa que había utilizado para preparar las pastillas de Eddie.

—Tengo un paciente muy enfermo arriba y tú deberías ir a decirle a su familia dónde está. ¿Se puede saber por qué estamos hablando de esto ahora?

—No paras de sacar el tema, Jess. No paras de decirme lo sensacional que era todo en Nueva York. En tus cartas me contaste que tenías un trabajo demasiado importante como para marcharte. Solo quiero saber qué era tan especial como para que renunciases a todo lo que tenías aquí.

Ella se dio la vuelta para mirarlo.

—Nunca dije que fuese «sensacional», pero sí, el trabajo era importante. No te puedes hacer una idea... no sé explicar cuánto... la desesperación... —Se trastabilló hasta callarse y después prosiguió con su labor. El corazón parecía latirle tan rápido y tan fuerte como el de Eddie cuando lo había auscultado.

—Entonces, ¿por qué no te quedaste allí si era tan importante? ¿Por qué lo dejaste por otro trabajo?

—¿Y a ti qué más te da? —replicó ella—. Te casarás con Amy y tendrás un hogar feliz. ¿Qué importa todo ahora?

Por un momento, ella creyó que daría un puñetazo en la mesa, pero, en vez de eso, Cole levantó las manos y respiró profundamente. Su cara recobró la expresión desagradable y glacial a la que Jess se estaba acostumbrando.

—No cambia nada. Voy a hablar con Horace.

Salió de allí; los tacones de sus botas resonaron sobre el suelo de pino. A continuación vino el sonido de la puerta principal al cerrarse. Un instante después, oyó cómo arrancaba el motor y se marchaba en la camioneta.

CAPÍTULO OCHO

Jessica pasó una noche muy larga al cuidado de Eddie. Hizo que se tomara las pastillas cada dos horas, pero solo pudo tragar algunas. Si sirvieron de algo, fue de poco. Ella no se acostó, se quedó sentada en una silla, en su apartamento, con ambas puertas abiertas para poder oírlo. Aunque habría sido difícil no hacerlo: su tos era tan violenta que parecía que iba a levantar el tejado de la segunda planta. Durante esas horas, sentada en su cocinita, bebiendo café e intentando idear algún tratamiento, redactó los telegramas que enviaría al doctor Martin en el Hospital General de Seattle y a la oficina de la Cruz Roja que habían abierto hacía un año en Portland. A pesar de que tenía que explicarle al doctor Martin por qué no iría a Washington tan pronto como él le había pedido, aprovechó también para solicitarle información actualizada sobre la gripe que acechaba a las puertas de su pueblo natal.

Al menos le servía para pensar en otra cosa que no fuese Cole y el efecto que seguía causándole.

Bebió el café solo y amargo. La nata y el azúcar eran bienes de lujo difíciles de conseguir en esa época; de hecho, se consideraba un acto de nobleza pasar sin ellos y un motivo de vergüenza consumir cualquier cosa que debiera enviarse a las tropas. Le temblaban las manos por el cansancio y la cafeína mientras se esforzaba por contener la marea de reproches que seguía tratando de envolverla. ¿Cómo podía haberse aislado tan herméticamente hasta el punto de perder el contacto con los acontecimientos que sucedían a su alrededor? ¿Cómo era posible que no hubiese oído hablar de esta enfermedad que se estaba cebando con la población civil? Conocía la respuesta, pero ni le servía de consuelo ni era una excusa que estuviese dispuesta a aceptar.

Sí, los recuerdos de aquellas personas indefensas en aquellas casas de vecinos seguían atormentándola, pero hacía años que su destino había quedado decidido. Al hacerse médico, también había jurado aceptar lo malo de la profesión. Enfrentarse al sufrimiento humano era parte de la misma. No todas las vidas podían salvarse, y aquellas personas que sí podían salvarse no salían nada bien paradas, pero había tantas que ni siquiera la superaban...

En cualquier caso, tampoco servía de nada patalear. Tenía que retomar la vocación donde la había dejado y esforzarse por aprender todo lo que pudiera sobre esta epidemia.

Los pálidos rayos del alba parecían llegar tarde por el cargado cielo plomizo que amenazaba lluvia. Alrededor de las siete, Jess oyó que llamaban con fuerza a la puerta principal. Sin saber qué le esperaba, corrió escaleras abajo para contestar. Reconoció a Helen Cookson, la madre de Eddie, de pie, al otro lado del cristal. La cara angulosa de Helen tenía un aspecto demacrado y mustio. Llevaba el pelo, salpicado de canas plateadas, recogido en un moño; Jessica supuso que no había dormido mucho más que ella.

—He venido en cuanto he podido —dijo Helen con voz temblorosa. En la entrada, Horace Cookson estaba amarrando las riendas alrededor del freno de su carro—. ¿Cómo está mi niño? Jess se hizo a un lado y la dejó pasar.

—Tiene una fiebre más alta de lo que me gustaría y momentos de... confusión.

—¿Confusión?

—Delirio —admitió Jess—. Lo estoy medicando, pero no estoy segura de cuánto está sirviendo. Lo que necesita sobre todo es muchos cuidados y descanso.

—Cole dijo que tiene la gripe —el tono de Helen le dio gravedad a aquella palabra.

La gripe.

—Sí. —Al menos no había dicho la peste.

Horace, vestido de cualquier forma, en mono y camisa de faena de rayas azules, entró después. Este atuendo parecía más apropiado en él que la camisa de pechera rígida y la corbata torcida que llevaba para sus obligaciones de alcalde.

—Tuve que ordeñar a las vacas primero. Las vacas no esperan.

—¿Puedo verlo? —Helen le lanzó a su marido una mirada con los labios apretados.

—Sí, por supuesto. Eddie está arriba.

En cuanto Helen ya no les podía oír, Horace se dirigió a Jess y bajó la voz a un tono confidencial.

—Helen se ha puesto histérica con esto. Le agradezco de verdad que se haya encargado del muchacho por nosotros. Aunque sea una simple gripe, sabía que estaba en buenas manos con usted.

—Siento haber enviado a Cole Braddock a su casa anoche, pero creí conveniente que estuviesen informados de la situación.

—Bueno, solo es la gripe —reiteró—. No es algo tan malo, ¿verdad? No para un hombre joven como Ed. Todos la hemos pasado alguna que otra vez. Yo mismo la pasé la primavera pasada. De hecho, Cole también, ahora que lo pienso. Me acuerdo porque Susannah prácticamente tuvo que atarlo a la cama para evitar que fuese a trabajar. Ella decía que cuanto antes se pusiera bien él, mucho mejor estarían todos los demás. La mayoría nos pusimos bien. —Levantó las cejas bruscamente, y después añadió—: Todos menos el doctor Vandermeer y Eph Jacobsen, pero ya estaban bastante mayores.

—Es solo que esta vez puede ser peor que la enfermedad habitual.

—Bah, he oído que han tenido un brote de algún tipo de gripe en la Costa Este, pero es que allí viven todos hacinados con máquinas y fábricas llenas de humo y cosas por el estilo. Bueno, usted lo sabe mejor que todos nosotros. —Hizo un gesto impreciso con su mano grande de granjero—. En estas tierras de Dios lo que tenemos es aire puro, vida sencilla y espacios abiertos.

De la planta de arriba llegó el aullido de la tos espantosa y balbuceante de Eddie, un sonido desconcertante y desesperado. No le había parado en casi toda la noche, él tampoco había podido descansar mucho. Horace dirigió la mirada hacia lo alto de las escaleras y una sombra de preocupación se le reflejó en la cara.

—Ed es fuerte, se recuperará en menos de lo que canta un gallo. —Pero su tono había perdido convicción.

Jess se puso derecha, tanto para aliviar la tensión y el cansancio como para darle ánimo.

—Eso espero de verdad, señor Cookson. Estoy haciendo por él todo lo que está en mis manos.

—Helen ha preparado una cama en la parte trasera del carro para llevárnoslo a casa.

—Creo que lo mejor será que no lo movamos de aquí —intervino, haciendo uso del tono sereno que reservaba para dar noticias terribles—. Organicé todo para que Cole llevase a Eddie a casa anoche, pero después de desplomarse en la sala de espera... Bueno, creo que lo mejor para él sería que se quedase un tiempo aquí, por lo menos hasta que le baje la fiebre. Mientras tanto, supongo que querrá contactar con su acantonamiento en Camp Lewis para informarles de su paradero. —Tuvo la precaución de no añadir que creía que Eddie aún no había alcanzado el momento de crisis, pero tuvo la impresión de que Horace por fin había comprendido la gravedad de la enfermedad de su hijo.

—Yo... ah... Claro... —Titubeó con los ojos fijos en las escaleras—. Creo que voy a subir a verlo un momento. —Se fue arrastrando los pies hacia los escalones.

Jess asintió y se sentó en una silla cercana, con el peso del cansancio sobre los hombros. Sabía que Horace se llevaría una sorpresa desagradable. Eddie, tan vital y saludable el día anterior, presentaba ahora una tez azulada en la nariz, las orejas y los labios. Y esta mañana cabía la posibilidad de que no reconociese ni a su propio padre.



—Después, el año que viene podría plantar capuchinas y rosas trepadoras para que se enreden por las rejas del porche. —Amy iba de un lado para otro por el jardín que se extendía delante de la casa aún sin acabar de Cole, explicándole sus planes de jardinería. Ya le había hecho dar

una vuelta por el interior, mostrándole sus últimos retoques a la pintura, de la que ella se había ofrecido generosamente encargarse, a pesar de no existir aún ningún compromiso formal entre ellos. Se había encontrado paredes y suelos desnudos y los había transformado en un verdadero hogar. Había estado inacabada durante casi dos años, a la espera de que la dueña para la que estaba destinada originalmente la viese finiquitada—. Puedo pedirles los esquejes a las mujeres que están en mis comités. ¿No crees que quedará precioso?

—Ajá.

Mientras *Roscoe* iba dando saltos entre la maleza, Amy señalaba esto y aquello y pasaba rozando con su falda color lavanda la hierba amarilla, recogiendo semillas por el camino. Llevaba el cabello color miel recogido con un lazo flojo en lo alto de la cabeza y relucía como el de un caballo pura sangre. De vez en cuando, la brisa conseguía enganchar algún fino mechón, que se le escapaba de las horquillas. El sol, que se había ocultado detrás de un velo gris de nubes todo el día, había salido a última hora y proyectaba rayos de un oro refulgente sobre la casa color crema y verde salvia, orientada al oeste, y sobre Amy. Era una muchacha preciosa, con un corazón a la altura de su belleza.

No era la primera vez que Cole se preguntaba por qué nunca se había fijado en ella cuando Jessica aún vivía en Powell Springs. Amy siempre había estado ahí, una chica tímida cerca de su madre en todo momento. Cuando Lenore Layton murió, se aferró al ama de llaves de la familia. Cole no recordaba mucho de Amy, excepto que le gustaba jugar con sus muñecas, odiaba ensuciarse y se ponía roja como un tomate cada vez que él la miraba. A Jess, por su parte, le gustaba ir hurgando debajo de las rocas para ver quién vivía debajo o recoger bichos y agua del estanque para observarla en casa bajo el microscopio de su padre. Por mucho que fuese inteligente y culta, nunca había sido una creída marisabidilla. Jess había sido protectora con Amy, pero cuando se marchó la hermana mayor, la menor pareció florecer.

Cuando su hermana se fue y su padre murió, la muchacha trabó amistad con Susannah y a Cole se le empezó a hacer habitual llegar a casa tras una larga jornada de trabajo y encontrarse a Amy Layton, invitada a cenar en la mesa de los Braddock. Ella lo acosaba a preguntas sobre los caballos y la granja, y lo escuchaba, totalmente atenta a sus palabras. No podía negarse a sí mismo que se sentía halagado por su atención.

Todos querían a Amy.

¿Cómo podría él no quererla?

Ella volvió a su lado, con el rostro radiante de felicidad.

—Cole, esta casa es tan bonita. Es una pena dejarla vacía y cerrada ahora que está casi acabada. Había escogido un buen enclave para construir su casa de dos plantas. Tenía a la espalda una colina cubierta de árboles que la protegería de los gélidos vientos invernales y el sol estival bañaría su jardín. El ancho porche que la recorría de un extremo al otro sería el lugar perfecto para sentarse en las tardes templadas y ver la puesta de sol. Intentó olvidarse de que una vez había imaginado a Jessica sentada en este porche a su lado. Echó el brazo por encima de los estrechos hombros de Amy y le dedicó una sonrisa.

—Has hecho un trabajo estupendo organizándolo todo. En el fondo no soy más que un viejo vaquero. Si fuese por mí, me acostaría en un catre al lado del fuego, en la cocina.

—¡Qué cosas tienes! Estoy segura de que no tendrá por qué ser así—dijo entre risas—. Necesitarás comidas decentes y a alguien—dijo con picardía— que te cosa las camisas y mantenga la casa más limpia de lo que la tenía nuestra ama de llaves. Ya sabes, a la pobre Jessica nunca se le dieron bien esas cosas. Ah, ¿te he comentado que a la señora Donaldson se le escapó que me está haciendo una colcha totalmente nueva como regalo para mi ajuar?

—Hablando de regalos—contestó él—. Hoy en el pueblo he recogido un detallito para ti.—Se metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó una caja diminuta.

—¿Qué es?—preguntó, igual de contenta que una niña pequeña.

—Ábrelo y lo verás.

Le quitó la caja, la abrió y descubrió un par de pequeños pendientes camafeo. Los había visto en el escaparate de la joyería después de dejar a Jessica de camino a la oficina de correos para recoger la correspondencia del rancho.

—Qué bonitos que son —declaró con un tono extrañamente plano, mientras contemplaba los perfiles tallados sobre el terciopelo negro de la caja—. Pero... pero ¿por qué?

Él cayó en la cuenta de que al ver la cajita, ella se había esperado un anillo. Se encogió de hombros y sintió como lo sacudía una ola de desasosiego.

—Porque sí. Los vi y pensé que te gustarían.

—Oh, sí que me gustan —apuntó sonriendo—. Qué suerte tengo. ¿Qué mujer podría pedir más?

Él la abrazó contra su cuerpo, inhalando su perfume de vainilla. Era tan delicada, la sentía casi como si fuese una niña en sus brazos. Puede que si ya se hubiesen casado, este vacío pesado e inefable no le pesaría sobre el pecho, como una roca. De nuevo. Aún.

—La vida parece haber cambiado tanto desde que Estados Unidos entró en guerra —dijo después de echarse hacia atrás y mirarlo a los ojos—. Sé que tienes muchísimo trabajo ahora que Riley no está, pero nada ni nadie se interpone ya en nuestro camino.

Lo que quería decir era tan obvio que Cole casi pensó que iba a ser ella la que le propusiese matrimonio. ¿Por qué no era capaz de hacer lo que se esperaba de él? Tragó saliva, intentando acabar con el nudo que tenía en el pecho.

—Me parece bien. —Le dio un beso dulce, tierno y casto. Más allá de tomarse de la mano, ese era el único contacto físico que habían tenido hasta el momento. Más le habría parecido, bueno, algo así como la profanación de Amy. Su halo de pura virtud le impedía ir más allá. Ni siquiera era capaz de imaginárselo—. Creo que deberíamos irnos. Susannah nos espera para cenar. Además, después de pasarte el día poniendo vendajes y organizando el desfile, debes de estar derrotada.

La agarró por el brazo y la llevó de vuelta hacia la casa del rancho, a unos cuatrocientos metros al oeste, a través de la extensa pradera llana y verde. En los terrenos, bordeados por vallas de troncos de madera, había caballos sanos y elegantes con la cabeza inclinada, mordisqueando la hierba. El perro trotaba delante de ellos. Era una escena de paz y sosiego: el pálido y silencioso crepúsculo, el suave relinchar de la caballada, la casa a lo lejos.

Amy tenía razón: nada se interponía entre ellos ahora.

Nada. Ni siquiera la mano secreta en el corazón de Cole.

CAPÍTULO NUEVE

Para cuando todos estuvieron alrededor de la mesa, Cole se estaba muriendo de hambre. Era un grupo de tamaño considerable para el que tenía que cocinar Susannah: Cole, su padre, el capataz Tanner Grenfell, sus dos sobrinos Wade y Joshua y, esta noche, Amy. Antes del inicio de la guerra, cuando contaban con más trabajadores, tenían su propio cocinero en la barraca. Ahora había más trabajo que nunca y menos gente para hacerlo.

De alguna forma, Susannah se las arreglaba. Tenía la misma capacidad de acero que Jessica. Nadie se preguntaba siquiera cómo lo hacía. Simplemente hacía lo que había que hacer. Pero incluso Cole tenía que admitir que la presión comenzaba a mostrar sus efectos. Algunas mañanas aparecía en el desayuno con sombras moradas bajo los ojos o los largos rizos negros atados deprisa y corriendo con una cinta de cuero. Mucho después de que todos se hubiesen acostado, Cole la oía a menudo yendo de un lado a otro por el pasillo o haciendo esto o aquello en la cocina. No creía que hubiese dormido ni una noche entera desde que Riley se marchara. Un día pasó por delante de su dormitorio y le llamó la atención que hubiese movido el marco de plata con la fotografía de su boda desde el tocador hasta su mesita de noche, como si así pudiera acercarlo a ella.

Ya habían dado buena cuenta de una sabrosa cena a base de pollo frito cuando su padre bramó hacia el lado opuesto de la mesa.

—Bueno, señora Braddock, ¿qué se cuenta nuestro héroe de guerra en esa carta? —Entre la correspondencia que Cole había llevado a casa ese día había una carta de Riley para Susannah. Desde su sitio, Susannah recorrió con la vista la escritura apresurada y garabateada de Riley sobre el papel manchado por el agua.

—Dice que no para de llover desde hace días... que nunca se le seca la ropa y que en las trincheras el agua les llega hasta los tobillos... y peor aún... que duermen mojados. Dios santo, sigue diciendo que comen carne de mono, pero no puede ser verdad.

—Si un hombre está lo bastante hambriento, no exige mucho acerca de la procedencia de la carne. Recuerdo que una vez me comí una serpiente de cascabel porque no teníamos nada más a mano. Yo mismo le pegué un tiro y...

—Me han hablado de esa carne —interrumpió Cole—. No es realmente de mono. Es solo que las tropas la llaman así. Es una especie de comida enlatada francesa que sabe a rayos, la traen de Madagascar.

—Ya es sargento. Lo han ascendido.

—¡Ja! —exclamó Shaw, dando un puñetazo en la mesa—. ¡Sabía que lo conseguiría!

Las cejas de Susannah se unieron ligeramente mientras se paraba un instante para leer parte de la carta en silencio. Después continuó, con la voz algo temblona.

—Qui... quiere que le envíe calcetines limpios y jabón. Los alemanes los están atacando con gases tóxicos y muchos hombres se han quedado ciegos o han muerto. Oh... di... dice que al hombre que había a su lado le cayó un proyectil y... —No pudo continuar y volvió a doblar la carta para guardársela en el bolsillo del delantal.

Cole la vio tragar con fuerza, los ojos marrones le brillaban por las lágrimas. Obviamente había algo más en las palabras de Riley que o bien no podía, o bien no quería compartir.

—Maldita sea, otra vez con ese rollo de niñita llorica. ¿Qué dice de las batallas? ¿Qué hace él? ¿Les está dando su merecido a los teutones? Si fuese yo quien estuviera allí, les enseñaría lo que vale un peine, *oh là là!*, hombre ya —declaró el anciano.

—Papá, déjala tranquila —le advirtió Cole, irritado por la falta de tacto de su padre.

—Bien, los muchachos en el local de Tilly esperan que les lleve informes detallados.

Susannah le pasó un cuenco de puré de patatas a Amy, que parecía aún más afligida que su futura cuñada. La discordia era algo que no soportaba.

—Dormir empapado... ¡venga ya! Eso no es nada —prosiguió Shaw, ajeno a la tensión que reinaba a su alrededor—. Yo he conducido el ganado a través de inundaciones y tormentas de nieve en Montana en las que el viento soplaba tan fuerte que a las vacas se les quedaban tiesas las pezuñas. Cielo santo, una vez la nieve que caía era tan densa que las pobres bestias por poco no se caen por un acantilado. Y he dormido al raso con climas que ni los animales ni yo podíamos soportar, con nada más para calentarnos que una manta y una botella de *whisky*. Trashumar con vacas no es para nenazas. —Le dio un gran mordisco a un muslo y siguió hablando mientras comía—. Pero no lloriqueé, solo seguí...

Susannah dejó el tenedor en el plato y lo fulminó con la mirada.

—No creo que mientras arreaba el ganado se tuviese que preocupar por un obús que le hiciese volar por los aires y lo mandase al otro barrio ni por morir acuchillado por una bayoneta.

—Bueno —se atrevió a contestar después de quedarse callado con la boca medio abierta—, no tenía ni idea de cuándo podía toparme con un lobo o con un feroz león de montaña...

—Y en el caso de que apareciese uno, ¿llevaba gas tóxico para dispararle? —apuntó ella, cruzando las manos sobre la mesa con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos y las yemas de los dedos rojas.

—Gas...

—¿Echaba de menos a su familia cuando estaba por ahí sin saber si los volvería a ver?

—Ah, no, eso fue hace mucho. No tenía ni familia ni nada entonces, pero...

—Entonces creo que no hay punto de comparación, Shaw. Perdóname si no le puedo dar nada mejor para que les cuente a esos idiotas de Tilly. Quizá les interesen sus historias con el ganado. Discúlpenme. —Se levantó de la silla y salió de la habitación. Tanner la vio marcharse y luego le lanzó una mirada de odio al anciano. La oyeron correr escaleras arriba hasta el pasillo de la última planta. Justo después se oyó un portazo.

—¿De qué demonios iba todo eso? —refunfuñó Shaw, sin salir de su asombro.

—¿Estás ya contento? —le espetó Cole. Susannah había mimado a Shaw durante mucho tiempo, en opinión de Cole lo había malcriado, pero estaba claro que había llegado al límite y había explotado. Cole sabía no solo cuantísimo trabajo daba el rancho sino también que, a pesar de hacerse la valiente, Susannah estaba preocupada por Riley. Además, no había otro viejo cascarrabias sobre la faz de la tierra con tan malas pulgas como Shaw Braddock.

Amy se quedó sentada con las manos en el regazo, con la vista fija en el plato y las mejillas ruborizadas de vergüenza. Tanner fingió estar entretenido con su cena, pero no hacía más que remover la comida en el plato. Wade y Josh miraban a los adultos sin pestañear, hasta que Tanner les dio un codazo y señaló con la cabeza a sus platos.

—¿Pero qué he hecho yo? —preguntó Shaw—. Solo quiero saber cómo sigue la batalla y qué está haciendo Riley en Francia. No pensaba que se iba a poner hecha una furia. —Rebañó la salsa con un panecillo, pero él también estaba rojo hasta las orejas y no se atrevía a mirar a nadie a los ojos—. Bah, ese es el problema de las mujeres, montan un escándalo por nada.

—Es verdad, se molestan solo por tener al marido combatiendo en una guerra en otro país —apuntó Cole con tono cortante—. Por eso debí ser yo quien se alistara en vez de Riley. Él tiene todo que perder. Yo no tenía nada.

A su lado, Amy emitió un sonido despavorido, dio un salto de la silla y salió corriendo hasta la cocina. Desde el comedor se oía su llanto apagado.

—¡Mierda! —musitó Cole, y lanzó la servilleta sobre la mesa. Apuntó con un dedo en la dirección del anciano—. Si no fueses mi padre, ¡esta noche dormirías en el establo! —Se levantó y salió también del comedor, dejando solos a su padre y a los empleados en la mesa.



Le costó un buen rato, pero Cole consiguió por fin calmar a Amy y convencerla de lo que había querido decir con su comentario durante la cena. Que si se hubiese alistado no habría tenido nada que perder antes de empezar a cortejarla.

Iban en la camioneta de Cole, sin hablar. Solo el ruido de los muelles al saltar y de las juntas metálicas al chirriar rompía el silencio mientras atravesaban la carretera llena de surcos en dirección al pueblo. Era más fácil que conducir un carro por la noche. Los faros delanteros del vehículo iluminaban la carretera.

—Mi padre es un hijo de... un hijo de su madre con muy mala leche —dijo finalmente Cole—. A veces pienso que mi madre se murió solo para librarse de él.

Amy se tiró de la chaqueta para abrigarse. Por las noches empezaba a hacer bastante fresco, ahora que el verano iba quedando atrás.

—Puede que su muerte sea la razón por la que es como es. Hace mucho que murió, ¿verdad?

—Sí, yo tenía ocho años. Tu padre dijo que tenía algún problema de corazón, y que debía de ser de nacimiento. Un día se le paró mientras estaba en el jardín tendiendo la colada.

—Ah, entonces era muy joven.

—Sí, más joven de lo que yo soy ahora. Tenía veintisiete años.

—Y tu padre no volvió a casarse. Debe de añorarla muchísimo y eso ha debido de convertido en una persona amargada y poco sensible a los sentimientos de los demás. Puede que nos envidie, a nosotros, a Riley y Susannah, por tenernos el uno al otro.

Cole no creía en esta teoría, pero Amy siempre justificaba las acciones de los demás y buscaba lo bueno de la gente. Si no existía, lo fabricaba.

—Puede ser. En cualquier caso, lo siento por el jaleo durante la cena.

—Yo también lo siento. —Le tocó el codo durante un segundo—. Fue una tontería por mi parte... ¿Cómo lo llamó tu padre?... Ponerme hecha una furia. Me sentía fatal por Susannah y luego, cuando te imaginé a ti expuesto al peligro sin nada que perder, pues... —Se dio la vuelta para mirar a los campos que pasaban volando en el anochecer violeta—. Sé que no es patriótico decirlo, pero me alegro de que no te alistases. Me alegro de que te quedases en Powell Springs, aquí estás a salvo.

Cole no contestó. Había una palabra que no podía quitarse de la cabeza y no paró de repetírsela a sí mismo durante todo el trayecto hasta el pueblo. Desertor.



La predicción de Horace Cookson de que Jessica no tendría muchos pacientes resultó fallida. La noticia de su presencia y su ubicación se extendió con rapidez y quienes no se fiaban de la abuela Mae o no estaban contentos con su atención médica empezaron a llamar a la puerta de la consulta de Jessica el domingo por la mañana, después de la iglesia.

Trató una variada serie de achaques, la mayoría de poca importancia, lo que era algo positivo, entre otras cosas porque aún no había tenido tiempo de familiarizarse con la consulta y trabajaba principalmente echando mano de su maletín de médico. También había sido una suerte que Horace, al estar tan desesperado por encontrar un médico, había hecho más atractiva la invitación con la promesa de dotar a la consulta con un teléfono, equipamiento decente y otras mejoras. Se dio cuenta de que algunos provenían de la consulta de su padre. Además de seguir la evolución de Eddie Cookson, cuya madre parecía arreglárselas sola para dispensarle casi todos los cuidados que necesitaba, Jessica vendó un tobillo con un esguince, sajó un forúnculo y anunció un embarazo, todo antes de las dos de la tarde.

Eran casi las diez cuando, ya en camisón, pudo respirar el aroma de aquel aire suave y puro. En los intervalos entre los violentos ataques de tos de Eddie, la noche era silenciosa y olía a limpio, y una brisa ligera hacía ondular los visillos y traía los aromas del último heno de la temporada, segado de los campos que se extendían más allá de los confines del pueblo. Todo era mucho

más tranquilo en Powell Springs de lo que lo había sido en Nueva York. No había ruidos en la calle, ni el estrépito de los carros de bomberos, ni carretas y camionetas que circulaban a todas horas.

Después de cepillarse el pelo las cien veces necesarias, las cortinas que se agitaban con suavidad la atrajeron hasta la silla tapizada situada junto a la ventana. Apagó la luz eléctrica del techo y dejó que la luna proyectara sombras por todo el suelo. Mientras se hacía una trenza, miró hacia fuera, a la tranquila calle principal. Los escaparates de las tiendas estaban a oscuras y, escuchando con la suficiente atención, los esporádicos cambios del viento traían el sonido del lento discurrir de las aguas del arroyo Powell Creek. Puso los codos sobre el alféizar, apoyó la barbilla sobre las manos e inhaló profundamente para oler el frescor.

Era de noche en su pequeño pueblo. Su pueblo.

Parecía incluso más tranquilo de lo que ella había recordado en momentos de añoranza, aquello le tocaba la fibra sensible. El apartamento era la mar de agradable, pensó al mirar a su alrededor a las formas iluminadas por la luz tenue. Era efectivamente mucho más agradable de lo que esperaba. Pearson se sentiría muy cómodo aquí. Sabía que ella también estaría cómoda durante el breve periodo que se quedase.

Había tenido un día largo y ajetreado y sentía cómo el cansancio le pesaba en piernas y brazos, pero no era la sensación de completo agotamiento a la que había acabado por acostumbrarse. En Nueva York había pasado noches en las que apenas había podido arrastrarse escaleras arriba hasta la tercera planta de su habitación.

A pesar de la extenuación, había pasado muchas horas en vela, con un dolor en el pecho por el corazón roto de la humanidad, y se había prometido a sí misma esforzarse por arreglarlo aún más al día siguiente, pero, hiciera lo que hiciera, la humanidad seguía llorando.

Bostezando, atravesó la habitación hasta la cómoda y acogedora cama. El sueño la fue venciendo hasta envolverla en un suave abrazo.

Aquí, el único corazón roto era el suyo.

CAPÍTULO DIEZ

Como predijo Cole, la noticia de la gripe de Eddie Cookson no tardó mucho en llegar a todos los rincones de Powell Springs. El martes por la tarde, la gente ya había dejado flores y notas para él en la entrada y en la sala de espera de Jessica.

Después, los pacientes empezaron a aparecer uno detrás de otro, quejándose de un repentino dolor de garganta, de dolor de cabeza, de fiebre o de tos. Nadie llegaba ya tan enfermo como para encamarlo en el puesto libre que había quedado arriba, pero le preocupaba que fuese solo cuestión de tiempo. Casi todos recibieron las mismas instrucciones: irse a casa, meterse en la cama y no moverse de ahí. Hizo que el boticario preparase más pastillas contra la gripe para poder administrarlas a sus pacientes y recomendó la aplicación de Vicks VapoRub para la congestión en el pecho.

Los telegramas de Jessica a Seattle y Portland facilitaban información útil pero desalentadora.

La Cruz Roja recomendaba encarecidamente que todos los habitantes llevaran mascarillas de gasa para protegerse de toses y estornudos. Sus voluntarios las estaban fabricando y se las podían vender a Powell Springs a diez centavos la unidad. Hizo que el alcalde Cookson autorizase los fondos y encargó un pedido. También le contó el resto de noticias que le habían llegado. Había que cancelar o clausurar cualquier forma de aglomeración de personas: oficios religiosos, teatros, escuelas, asambleas y desfiles. Él accedió (convencido en parte por el preocupante estado de salud de su propio hijo, de eso estaba segura) y envió un bando al *Powell Springs Star*, el periódico local que se publicaba dos veces por semana. El editor consideró el anuncio lo bastante relevante como para imprimir una edición extra, algo que solo había ocurrido en otras dos ocasiones en los veinte años de historia de la publicación.

La Cruz Roja le preguntó a Jessica si necesitaba que le enviaran una enfermera para que la ayudara, pero declinó el ofrecimiento. Aún no había llegado a ese punto. El doctor Martin, del Hospital General de Seattle, hizo las mismas advertencias y también mencionó la futura posibilidad de emplear una eficaz vacuna en la que estaban trabajando, pero que aún no estaba disponible.

Helen Cookson se instaló en una habitación del hotel y se quedó en el pueblo para colaborar en el cuidado de su hijo, lo que Jessica le agradeció inmensamente. De esta forma se podía permitir dormir, asearse y cambiarse de ropa. Pronto la pequeña clínica empezó a oler a enfermedad, alcanfor y Vicks VapoRub.

Ahora que contaba con algo de ayuda, Jessica pudo escaparse un rato y quedar para almorzar con Amy en Brill's Confectionery. Era una pastelería con una carta muy limitada, la mayoría eran bebidas y alimentos azucarados, pero había llegado a oídos de ambas que la abuela Mae seguía refunfuñando por el episodio con Eddie, por lo que evitaban ir a su establecimiento.

Como de costumbre, Amy iba vestida impecable, con la ropa perfectamente planchada y los zapatos a juego con los guantes y el bolso. Llevaba su pelo rizado color miel recogido en un sombrero a la moda. Jess solo estaba segura de tener la cara limpia y de haberse peinado y lavado los dientes, pero, teniendo en cuenta sus últimas veinticuatro horas, se contentaba con eso.

Mientras comían sándwiches vegetales con huevo y bebían té helado, Amy señaló con el dedo índice al bando del periódico.

—¡El alcalde Cookson no sabe lo que dice! Si el comité de bonos no se puede reunir, ¿cómo vamos a recaudar fondos? —En una muestra de carácter muy poco propia de ella, dio un fuerte puñetazo sobre la mesita de mármol, lo que provocó el estrépito de los cubiertos de plata—. ¡No es justo! Aparte del pobre Eddie Cookson, que está prácticamente puesto en cuarentena en tu consulta, no hay nadie más enfermo de verdad. ¿Cómo se va a contagiar nadie más de la gripe?

La muchacha tras el mostrador se quedó mirándolas.

Asombrada por su arretrato, Jess dijo en voz baja:

—Chsss, ya hay gente que está enfermado. —Le reveló parte de la información que había recibido—. Fui yo quien le pidió al alcalde que prohibiese las grandes asambleas públicas, como los oficios religiosos, y cerrase las escuelas. Me imagino que lugares como este o el café de Mae serán los próximos.

—¡Lo hiciste tú! Jess, ¿cómo has podido? Sabes lo importante que es esto para mí.

—Por el amor de Dios, Amy, es frustrante, lo sé, pero...

Una expresión demacrada y desconfiada invadió el rostro de su hermana.

—No, no lo sabes. Llevo tanto tiempo esperando que Cole me lleve a cenar al hotel y me pida que... —Las lágrimas le asomaron por encima de los párpados inferiores y se las frotó rápidamente—. Llevo años soñando con el día de mi boda y, justo cuando creo que está a punto de pedírmelo, siempre ocurre algo. Su trabajo, el rancho, ahora esto. No te puedes imaginar lo más mínimo, no puedes hacerte una idea de lo frustrante que es.

Jess le clavó una mirada penetrante que duró varios segundos.

—Sé muy bien lo que se siente. Quizá recuerdes con quién esperaba casarme yo, antes que tú... —No acabó la frase, por miedo a decir algo de lo que pudiera arrepentirse.

Amy se quedó mirándola en un instante de comprensión llena de culpa y después bajó la mirada al sándwich, con las mejillas ardiendo por el rubor.

—Sí, claro —murmuró.

Siguieron comiendo en silencio hasta que Jessica logró dominar el feroz resentimiento que había estallado en su interior. Desde que había vuelto a Powell Springs, día tras día, se había esforzado por poner su mejor cara y mantener el rencor a raya. Amy era su hermana y su única familia, se decía a sí misma, la fuerza de la sangre era más importante que cualquier otra cosa, las cosas simplemente no habían funcionado entre Jess y Cole. Para superarlo, día tras día, había echado mano de todas las excusas y los tópicos trillados que se le ocurrían.

Pero la realidad sin adornos era que Amy, fuese o no su hermana, planeaba casarse con el hombre que en su momento Jess había esperado que se convirtiese en su propio marido. Un hombre que le había dicho que ya no seguiría esperándola. Y aunque probablemente fuesen imaginaciones suyas, Jess pensaba que Amy parecía insoportablemente petulante y triunfante con aquel desarrollo de los acontecimientos. Tragándose su resentimiento y haciendo de tripas corazón, por fin habló.

—Estoy segura de que la prohibición de reuniones públicas no durará mucho. Solo hasta que sepamos que Powell Springs está fuera de peligro de una epidemia real. Las cosas pintan muy mal en todos lados.

—Entonces —repuso Amy fríamente, tras recuperar la compostura—, rezaré por que Eddie no solo se recupere pronto sino por que sea el único caso grave de gripe.



Al día siguiente, bien entrada la tarde, Jessica acababa de enviar a la botica un nuevo encargo de pastillas para la gripe cuando oyó que alguien abría la puerta principal. Preocupada por qué podría ser ahora, se sorprendió al encontrar a Adam Jacobsen en la sala de espera con un ramo de lirios rosas y amarillos.

—¡Adam! Imagino que vienes a visitar a Eddie. —O eso suponía ella, ya que volvía a llevar el traje de los domingos y no tenía aspecto de estar enfermo.

—Sí, bueno, en parte —le dijo sonriendo.

—Y le has traído flores. Qué detalle.

Él se acercó y le entregó las flores. Por encima del olor a enfermería, percibió un ligero olor a tónico capilar. Sosteniéndole la mirada con sus ojos de pestañas negras, le dijo:

—El ramo es para ti, Jessica.

Aunque los capullos en sí no tenían ninguna fragancia, las flores y los tallos estaban mojados y olían a fresco y verde en sus manos. Anonadada, tartamudeó.

—Yo... Yo...

Él bajó la vista al suelo, parecía casi azorado.

—Las vi en el jardín y me recordaron a ti. Doradas y rojas.

Casi al instante, Jessica sintió el calor en sus mejillas. Llevaba años sin ponerse roja. Fue un momento incómodo, pero a la vez algo que de alguna forma le servía de bálsamo para su ego femenino. Nadie le había regalado flores en, vaya, ni siquiera recordaba cuánto tiempo, y ahora, de entre todas las personas del mundo, tenían que venir de parte de Adam Jacobsen. Apenas sabía cómo responder.

—Muy amable de tu parte. Gracias, Adam.

—Quería agradecerte una vez más que hayas aceptado cuidar de la salud de nuestros vecinos durante un tiempo. —No paraba de moverse, nervioso—. Y he venido a ver a Eddie, claro.

—La verdad, Adam, considero que no deberías verlo. Te arriesgas a contagiarte.

—Eso no te ha impedido ocuparte de él.

—Pero yo soy su médico.

—Y eso te honra, por tu generosidad.

—Nada de eso, qué exageración... —dijo riéndose y pensando que estaba de broma. Si había una persona generosa, esa era Amy, siempre involucrada de lleno en sus buenas obras. Pero por la cara de Adam, vio que lo decía en serio.

Él pasó por alto su objeción.

—Igual que tu vocación te exige que te enfrentes a situaciones difíciles, la mía a veces también. Estoy seguro de que a Eddie ahora mismo no le vendría mal un poco de consuelo espiritual. He oído que está bastante enfermo.

—Sí. —Su sonrisa se desvaneció—. Puede que ni siquiera se dé cuenta de que estás a su lado. Se pasa la mayor parte del tiempo delirando.

—No importa, Dios está con él. Eddie no está solo en su oscuridad. Solo quiero recordarle eso. A Jess no se le ocurrió ninguna respuesta para tal afirmación. Si Adam estaba decidido a visitar a su paciente, no sería ella quien lo detuviera. Hizo un gesto hacia las escaleras.

—Está arriba. Su madre está con él.

Él asintió y se marchó escaleras arriba. Jess fue a buscar un jarrón para los lirios, ligeramente desconcertada respecto a su opinión sobre Adam, que hasta entonces había sido más que rotunda.



La medianoche cayó sobre la clínica, una hora solitaria que, por la experiencia de Jessica, podía traer nuevas vidas o llevarse las que estaban demasiado cansadas para seguir viviendo. Eran las horas en que el resto del mundo soñaba mientras dormía o lloraba de soledad, de desesperación o de pena.

Helen Cookson había vuelto al hotel apenas hacía una hora y ahora Jess examinaba a Eddie con creciente preocupación. El aire que debería estar en sus pulmones parecía escapársele hasta los tejidos externos de su deteriorado organismo, inflándolo como un globo. Cada vez que se movía se oía una especie de crujido, como al arrugar un trozo de celofán. ¿De qué extraño tipo de gripe se trataba?, se preguntaba desesperadamente. La respiración se le hacía más fatigosa que nunca y la cianosis —aquella palidez azul que le teñía la cara— se había vuelto más oscura y pronunciada. Además, la débil luz de la lamparilla junto a la cama contribuía a empeorar su aspecto.

Pero había algo más, algo nuevo. El olor. No era el hedor de un cuerpo sin lavar; Jess había experimentado eso muchísimas veces. Y no era solo por la enfermedad. Era olor a putrefacción.

A Jessica se le cayó el alma a los pies.

Se inclinó para estirarle la sábana sobre el pecho y él abrió los ojos, brillantes por la fiebre.

—Me voy a morir —susurró con voz ronca. Era la primera vez en las cuarenta y seis horas desde que se desplomara en su consulta que parecía casi lúcido.

—¿Eso crees? —Jess le agarró la mano ardiendo que tenía encima de la manta.

Asintió de forma casi imperceptible y Jess entendió lo que iba a pasar casi tanto como él. Ya había visto antes a otras personas tan enfermas como él sentir que se les iba agotando la vida y saber que les había llegado la hora.

—Voy a buscar a tu madre...

—No —pronunció esforzándose por cada suspiro, por cada palabra. No le soltaba la mano—. Quédate... conmigo. No... quiero... quedarme a solas... con él.

—¿Con él?

—Ha venido... a llevarme. ¿Lo ves?

—No. —Jess sintió como se le erizaba la piel mientras recorría la habitación con los ojos.

—Ahí... sentado... —Levantó el pesado brazo unos centímetros y señaló—. ... A los pies de la cama... esperando... a que muera.

Ella volvió a mirar, aunque sabía que no encontraría nada. Jess tenía que ir en busca de su madre, el hotel estaba solo a un par de manzanas de allí, pero no quería dejar a Eddie. Si moría estando solo, jamás se lo perdonaría a sí misma. Pensó en el teléfono en la planta de abajo. En el hotel también había uno. Pero sin un operador que los conectara, no era más que un aparato inútil colgado en la pared, como un reloj parado al que no se le puede dar cuerda.

Soltándose con dificultad de la mano de Eddie, se asomó a la ventana en busca de algún alma viviente que pasara por la calle. Se acordó de lo que había ocurrido hacía dos noches, cuando había esperado encontrar a alguien que llevara a Eddie a casa. Entonces no había pasado nadie, y eso que eran las seis y media. Ahora, a medianoche, incluso la taberna de Tilly estaba a punto de cerrar.

Sintiéndose impotente e incomunicada, levantó la ventana y sacó la cabeza para mirar a un lado y al otro de la oscura calle. No había nadie. Solo una recia brisa nocturna cargada de olor a lluvia. Las primeras gotas le cayeron sobre la cara. El aire fresco aliviaba, pero no solucionaba su dilema. Entonces, justo cuando estaba a punto de bajar la ventana, vio que algo se movía, había alguien abajo, en la acera. Forzando la vista para ver en la oscuridad, esperó a que la figura entrara en el cuadrado de luz que se proyectaba desde su propia ventana.

Cole Braddock. A la vez que deseaba que hubiese sido otra persona, daba las gracias al cielo de que hubiese alguien. Y sabía que él reaccionaría y actuaría.

—¡Cole!

Miró hacia arriba, con los ojos ensombrecidos por su sombrero de vaquero.

—¿Jessica? ¿Qué ocurre?

—Por favor... ¿Podrías ir al hotel a buscar a la señora Cookson? ¡Es una emergencia! No puedo dejar solo a Eddie.

Él asintió rápidamente y salió corriendo. Lo vio alejarse, con sus largas piernas y su esbelto torso, mientras desaparecía en la oscuridad. Solo de pasada se preguntó qué hacía en el pueblo y en la calle a esa hora. Regresó a la cama y agarró de nuevo la mano de Eddie.

—Tu madre estará aquí en un minuto. —Pero ya se había vuelto a deslizar hasta el misterioso mundo que separa la vida de la muerte y esta vez no creía que fuese a salir de él de nuevo.

CAPÍTULO ONCE

El tiempo perdió su significado mientras Jess estuvo sentada junto a la cama de su paciente. Se le hizo eterno mientras esperaba a Helen, preocupada porque la mujer no tuviese la oportunidad de despedirse de su hijo. Pero el tiempo volaba si pensaba en los instantes que le quedaban a Eddie en la Tierra. Jess observaba cómo su pecho subía y bajaba imperceptiblemente, tras cada estertor. Su respiración se había hecho irregular, se detenía varios segundos de agonía antes de recomenzar con una boqueada de aire. Fuera, la lluvia empezaba a caer en forma de pesadas gotas que salpicaban contra el cristal.

—Aguanta, Eddie —le rogaba, estrujándole la mano—, aguanta. No nos puedes dejar todavía. Tienes que esperar a que llegue tu madre. Va a llegar de un momento a otro. —No podía saber si la oía o no.

Por fin, Jess oyó que abajo llamaban a la puerta desesperadamente y luego el ruido de las llaves en la cerradura. Salió corriendo al descansillo de las escaleras para asomarse por la barandilla y vio que Cole había dejado entrar a Helen con su propia llave. La pobre mujer estaba calada hasta los huesos. Se había vestido de prisa y corriendo, no se había puesto más que un vestido ligero y las zapatillas de estar por casa y no llevaba abrigo. Tenía el pelo pegado al cráneo y le caía en una trenza por la espalda.

—¿Está...? —Helen no fue capaz de acabar la frase.

—Aún está con nosotros. Suba.

Helen subió las escaleras dando saltos, con el dolor grabado ya en su rostro. Jess le dio una palmadita en el hombro y bajó a la clínica para que madre e hijo se quedasen a solas. En la sala de espera, Cole se había quedado al lado de la puerta, con su larga figura, ágil y serena. También estaba empapado y tenía la fina camisa marrón claro pegada al torso. Aunque seguía llevando el sombrero puesto, las puntas del cabello castaño rojizo se le rizaban por la humedad.

—¿Se está muriendo? —preguntó Cole en voz baja. Jess asintió. Cole no podía entender que alguien en la flor de la vida pudiese marcharse tan rápido—.

Solo ha estado enfermo dos días. —Lo sé —susurró Jess—. Da miedo. Quería asegurarme de que su madre lo pudiese ver por última vez, pero él no quería que lo dejase solo. —Se atusó algunos mechones de pelo suelto que le caían por la cara—. Di... dijo que había alguien sentado a los pies de la cama, esperando para llevárselo cuando muera.

—¿Viste...? —preguntó Cole mirándola fijamente.

Ella negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—Por eso no podía ir a buscarla. —Levantó la barbilla—. Te agradezco tu ayuda, pero ¿qué andabas haciendo ahí fuera a estas horas?

Hablaban en murmullos.

—Estaba solo poniéndome al día con algunos trabajos en el taller.

—A medianoche.

—Bueno, tú estás despierta. —Y a pesar de lo guapa que era, se notaba que probablemente llevaba varios días sin dormir. Llevaba la pechera del delantal manchada y tenía ojeras moradas.

—Pero yo estoy trabajando.

—Yo también estaba trabajando. —Lo que Cole le estaba contando era una verdad a medias y él sabía que ella se había dado cuenta. No tenía ningún trabajo que rematar estos días, pero había venido al pueblo porque estaba harto y nervioso de tanto mirar al techo de su dormitorio. Igual que Susannah, llevaba semanas sin dormir una noche entera. Su cuñada tenía un buen motivo; él no estaba seguro del suyo. Esta noche, en vez de dar vueltas y vueltas en la cama hasta que las sábanas no fuesen más que una maraña a los pies del colchón, había decidido vestirse e ir al taller.

Ella indagó en su cara, en busca de una explicación mejor. Cuando estaban juntos, Jess siempre había sido capaz de adivinar cuándo le ocultaba algo. Él no sabía si lo hacía por intuición

femenina o por la sensibilidad de su vocación. O simplemente porque lo conocía muy bien. Apartó la vista de su mirada inquisitiva y se acomodó en una silla; Jess se sentó también, en un acuerdo tácito de mantener el ambiente de velatorio.

—¿Ha enfermado más gente? —preguntó Cole.

—Algunos, pero ninguno tan grave como Eddie. Por ahora.

—¿Crees que empeorarán las cosas?

Ella asintió.

—Por eso seguí la recomendación de la Cruz Roja de prohibir las reuniones públicas. Amy se disgustó bastante por eso. —Suspiró—. También se disgustó conmigo.

—Lo sé. —Se quitó el sombrero mojado y empezó a darle vueltas entre las manos—. Me contó que llegó a ir al despacho de Cookson a pedirle que hiciese una excepción únicamente con el comité de bonos Liberty y el restaurante del hotel.

—¿Ah, sí?

—Pasó por el taller ayer por la tarde para contármelo.

—¿Qué dijo el alcalde?

—Se negó. Imagino que lo convenciste para que siguiera en sus trece.

—Amy me ha contado que lleva tiempo esperando a que tú, bueno... —Había una pregunta implícita en su voz, una que pedía una explicación que Cole no estaba dispuesto a dar.

—Sí, lo sé. —Cambió de postura en la silla y cruzó el tobillo por encima de la rodilla, claramente incómodo—. Entre una cosa y otra con todo este asunto de la guerra...

—Eso me dijo. Y de algún modo me sorprendió.

—¿El qué?

—Para ser un hombre con tantas ganas de casarse, esperaba que a estas alturas ya se lo hubieses pedido. —Sus ojos verdes brillaron un instante.

No se había olvidado de lo directa que podía ser Jess, pero había perdido la costumbre y le sentó mal que lo pusiera en aquel aprieto, así que se defendió con otro ataque. Descruzó las piernas y se inclinó hacia delante, con los codos en las rodillas.

—¿Ah, sí? Hace un tiempo, tú también tenías muchas ganas de casarte. ¿Cómo es que no eres capaz de explicar la razón por la que no volviste?

—No le veo ningún sentido a discutir eso ahora. —Metió la barbilla hacia dentro, como una tortuga escondiéndose en su caparazón, y jugueteó con el cuello de la camisa.

—Creo que por lo menos me debes una explicación, ¿tú no?

—No te debo nada. —Se sentó un poco más erguida—. Tampoco a mí me pediste nunca que nos casáramos. Y fuiste tú el que cambió... todo.

A Cole lo martirizaba una pregunta que lo quemaba por dentro, una que su orgullo herido jamás le había permitido formular. Una que Amy le había insinuado, pero que nunca había llegado a expresar. Pero ahora, con la muerte a la espera de cobrarse una vida en la planta de arriba, quizá a la espera de cobrarse otras, Cole refrenó su ego.

—¿Hubo otro hombre? —Si ya estaban hablando en voz baja, esta pregunta sonó como un susurro.

—¿Qué? —Se quedó mirándolo, con la boca abierta.

—Amy me dijo que le contaste que habías conocido al hijo de un médico. Alguien llamado Stafford, Stanton...

—¿El doctor Stavers? Sí, lo conocí a él y a su familia. Tuvieron la amabilidad de invitarme a cenar a su casa. Fui al teatro con ellos unas cuantas veces.

—¿Y el hijo?

—¿Andrew?

—¿Entonces? —Se echó hacia atrás en la silla y la estudió—. ¿Qué significaba él para ti? ¿Es la razón por la que no regresaste?

Ella apoyó la frente contra la palma de la mano. Metió la mano en el bolsillo del delantal sucio y sacó un pañuelo para secarse las lágrimas. Él no sabía si estaba riendo o llorando.

—Ay, Dios, nunca hubo otro hombre —dijo finalmente—. Hubo pobreza. Hubo miseria. Y sufrimiento y marginación. Traté a mujeres inmigrantes agotadas por el hambre y los embarazos. Hubo niños que murieron de algo tan simple como un resfriado porque no tenían las fuerzas para combatir contra la infección. —Las palabras le salían a trompicones y su rostro reflejaba rabia e impotencia—. Vi mordiscos de rata en bebés demasiado débiles para mamar y mujeres con los ojos negros y la cara rota por las palizas de sus maridos borrachos o de los clientes con los que se encontraban en oscuros callejones. Visité a ancianos abandonados a su suerte que se morían en rincones de habitaciones llenas de mugre y sin ventilación en las que apenas había sitio para cuatro personas, pero se hacinaban hasta doce. Muchas de las habitaciones no tenían ventana porque las habían dividido de otras habitaciones con un tabique para que los dueños avariciosos de aquellas trampas mortales en caso de incendio pudiesen ganar aún más dinero. No eran más que contenedores oscuros y fétidos de sufrimiento inhumano.

Él escuchó sin rechistar, pero apretando tanto la mandíbula que sintió que le temblaba un músculo.

—Si no lo has visto con tus propios ojos ni lo has vivido, no lo puedes entender. —Con las manos, prensaba el pañuelo en un nudo apretado—. Los perros de tu rancho llevan una vida mejor que la de esas personas. Por eso me quedé. ¿Cómo podía darles la espalda?

—Pero al final lo hiciste —dijo por fin, con la garganta casi cerrada—. ¿Por qué?

Jess giró la cabeza y miró al ramo de lirios sobre la mesita que había entre ellos. No contestó. En medio del silencio, roto tan solo por el suave golpeteo de la lluvia, oyeron un llanto mudo y ahogado que provenía de arriba.

—Ay... cariño...

Cole miró hacia arriba y escuchó.

—Se acabó.

Jess asintió y se levantó de la silla.

—Lo mantendré aquí hasta que amanezca. Para entonces, Fred Hustad habrá abierto y los Cookson podrán ir a encargarle los preparativos. Aún regenta el negocio fúnebre desde la parte trasera de su tienda de muebles, ¿no?

—Sí. ¿Necesitas algo de mí? —Quería ayudarla si estaba en su mano, quería hacer algo.

Para Jessica, era una pregunta cargada de implicaciones. Podía haberle pedido una decena de cosas, pero ya no tenía derecho a pedir las. «Sí, por favor, sí, abrázame, consuélame, líbrame de estos recuerdos de pesadilla, ayúdame a sentirme viva otra vez, hazme reír de nuevo, como solías hacer.»

Ella se dio cuenta de que se estaba inclinando hacia él, intentado salvar la distancia que los separaba y mirando hacia su boca. Él también se dobló hacia ella, como si unas manos invisibles los empujaran a ambos desde atrás. El campo de visión de ella se llenó con la cara de él, la nariz recta, los labios que no eran ni demasiado carnosos ni demasiado finos, la mandíbula cuadrada y los ojos perfilados por aquellas pestañas que siempre había envidiado. Olía a cuero...

El sonido de otro sollozo quebró la calma de golpe y porrazo, rompiendo el peligroso encantamiento, y ella se echó atrás.

—No, estoy bien —mintió.



Adam Jacobsen presidió el entierro para dar el último adiós a Eddie al día siguiente, con la única presencia de sus padres. Jessica quería asistir, pero estaba ocupada atendiendo a otros pacientes de gripe y aquellos que aún estaban sanos habían optado por encerrarse en sus casas

todo lo que podían. Casi tan pronto como le puso sábanas limpias al colchón de la planta de arriba, ya tenía otro paciente para ocuparlo, un niño de seis años, y a su madre en la otra cama de la habitación.

Con la ayuda de Amy, colgó una tela entre las camas, con la intención de reducir el riesgo de contagio. Pero Anna Warneke lloró con tanta pena por no poder ver a su hijo Philip que la volvieron a quitar. Jess reconoció que tampoco esa sábana habría servido de mucho.

Esa noche la pasó velándolos a los dos, echando alguna cabezada cuando podía. Aunque Philip estaba enfermo, parecía llevarlo mejor que su debilitada madre y esto desconcertaba a Jessica. Se sabía que la gripe abatía a los más jóvenes y a los ancianos, pero no a personas fuertes y en la flor de la vida.

Anna aún no había cumplido los treinta.

Eddie solo tenía dieciocho.

Al día siguiente, a la hora de comer, Amy y Jess se sentaron en la mesita de la cocina para devorar rápidamente unos sándwiches y unas tazas de café.

—Toma —dijo Jess, ofreciendo una jarrita de nata a su hermana.

—¿De dónde has conseguido sacar esto? —preguntó Amy, completamente extasiada ante la visión de la nata. Se sirvió una cantidad suficiente de aquel bien de lujo prohibido como para volver su café de color beis claro.

—Horace Cookson. Me dijo que me traería nata y un poco de mantequilla de su lechería todos los días. Está agradecido porque me ocupé de Eddie, pero, después de lo ocurrido, no estoy segura de merecerlo.

—Acéptalo de todas formas —dijo Amy, sorbiendo el café con una expresión de felicidad absoluta—. Tú hiciste todo lo que pudiste. Y es solo un detalle. Probablemente le hace sentir mejor.

Abajo, la puerta se abrió, haciendo sonar la campana que colgaba en lo alto, pero las dos mujeres no necesitaban ninguna señal. La tos del visitante era lo bastante fuerte como para anunciar su llegada. Jess comenzó a levantarse, pero Amy le puso la mano en el brazo y fue al descansillo. Jessica oyó cómo Amy decía:

—Oh, señor Driscoll, la doctora Layton estará con usted enseguida. Siéntese, por favor.

Antes de que Amy volviese a sentarse, volvió a sonar la campana.

—La doctora Layton bajará en un segundo, señora Lester. —Regresó a la mesa y dijo en voz baja—: Tienes que comer, Jessica. Pareces agotada.

Parecía y estaba agotada. Había transformado su consulta en una clínica abierta las veinticuatro horas. Algunas personas habían llamado por teléfono, rogándole que los atendiera en casa, pero visitarlas a domicilio no era práctico. No tenía forma de desplazarse y, cuando alguien iba a recogerla, a la vuelta se encontraba con pacientes esperándola. Acudían de día y de noche. Y hasta cuando lograba acostarse unas horas, las pesadillas de pacientes indigentes de rostro gris y los sueños con Cole no la dejaban dormir.

Se sirvió una rápida cucharada de nata en la taza.

—Amy, Dios sabe bien cuánto agradezco tu ayuda, pero esto no va a funcionar. Nosotras dos solas no podemos tratar a todos estos pacientes y, además, necesitamos más espacio. Hay personas que no tienen en casa a nadie que se ocupe de ellas y no se las puede abandonar a su suerte. Necesitan a alguien que les dé de comer, las lave y las cuide. Tengo que hacer algo más. ¿Se sabe algo de Pearson?

—Que yo sepa, nada de nada —respondió Amy negando con la cabeza mientras tragaba.

—La Cruz Roja me ofreció una enfermera hace unos días y les dije que todavía no la necesitaba. Ahora ya es tarde, me quiero morir por haber rechazado la oferta. He llamado a la oficina en Portland y también tienen ya su propia epidemia en ciernes. No están dispuestos a prescindir de nadie. ¿Les podrías preguntar a todas las mujeres que conozcas si pueden echar una mano?

—Sí, aunque supongo que muchas tienen que cuidar a sus propias familias, que ya están enfermas. Odio proponer esto, pero... —comenzó Amy, dejando la frase sin acabar.

—¿Qué?

—Ahora que está clausurado por orden del alcalde, la abuela Mae no tiene que llevar el café. Quizá ella esté disponible. —Con delicadeza, Amy mordisqueó la última corteza de su sándwich.

—Lo sé —concedió Amy, apoyando la frente sobre la palma de la mano—. Ya se me ha pasado por la cabeza. No estoy en condiciones de descartar la idea, pero no sé si aceptaría trabajar conmigo.

—Oh, yo creo que sí.

—¿Te refieres a que probablemente estaría encantada de tener la oportunidad de intentar dejarme en evidencia? —expuso Jessica, mirando hacia arriba.

—Bueno, sí, probablemente. —Una sombra de desilusión se cernió sobre el rostro de Amy.

—Pues me da igual. Me tiene que dar igual. Es el menor de mis problemas.

—De todas formas, sé que ya está viendo a algunas personas que se habían acostumbrado a acudir a ella cuando necesitaban atención médica. También podríais unir vuestras fuerzas —apuntó Amy mientras echaba otro chorro de nata en su taza.

Las toses que provenían de la planta de abajo y del otro lado del pasillo obligaron a Jess a beberse el café templado de un trago, algo poco propio de una dama. Tenía trabajo por hacer.

—Iré a hablar con ella en cuanto tenga un segundo libre. —Se levantó y fue hasta el fregadero a enjuagar su taza—. Solo espero que a la vieja no le dé por regodearse.



Era ya bien entrada la tarde cuando Adam Jacobsen, ramo de lirios y caja de bombones en mano, se puso en camino hacia la calle principal y la consulta de Jessica Layton. Las flores eran las últimas de su jardín y Nettie Stark las había recogido para la mesa del comedor. Adam Jacobsen las había agarrado directamente del jarrón.

Se preguntó por un segundo si regalar bombones podría parecer demasiado directo, como si estuviese precipitando los acontecimientos. Después de todo, le había llevado a Jessica el primer ramo hacía solo un par de días. Otro ramo probablemente estaba bien, pero ¿era demasiado pronto para pasar a los dulces? No tenía mucha práctica en frecuentar a damas. Sí sabía que la estancia de Jessica en Powell Springs sería corta, si no conseguía conquistarla y hacer que se quedase permanentemente... como su esposa. En última instancia, había ido a la tienda de Bright, que tenía permitido seguir abierta al público, y había comprado un surtido de bombones Whitman's Sampler. Al ver el ramo que llevaba Adam, Roland Bright había hecho alguna que otra pregunta perspicaz, deseoso de saber para quién eran los regalos. Adam había eludido su curiosidad.

Mientras caminaba, le fue dando vueltas al procedimiento de cortejo de Jessica, imaginándose el futuro con ella. Powell Springs era un pueblo de casas ordenadas y grandes jardines, con árboles que habían crecido lo bastante como para dar sombra en verano. Era un buen lugar para formar una familia. Claro está que si conseguía la mano de Jessica, ella tendría que renunciar a su profesión. Una mujer no podía dedicarse a su marido y a sus hijos y a la vez mantener un puesto de trabajo que exigía tanto como el que tenía ahora. De todas formas, para entonces, Pearson ya habría llegado.

Algunos niños, por las vacaciones imprevistas en el nuevo curso académico, jugaban en sus jardines o en las calles mojadas. Lo saludaban con la mano al pasar y él les devolvía el saludo. Las nubes grises se deslizaban rápidamente por el cielo y una brisa recia hacía susurrar las hojas de los robles, los arces y las acacias, que habían empezado a girar y a caer hacia la tierra. Era lo que ocurría siempre por estas fechas, aquello formaba parte del ciclo de la vida.

Pero este año, el cambio le parecía un mal augurio. Se respiraba cierto terror en el ambiente.

Algunas casas estaban en calma, con las persianas cerradas a cal y canto, a pesar de que aún no era tan tarde. Adam sabía sin necesidad de que se lo dijeran que la enfermedad yacía tras las puertas cerradas. Su padre habría dicho que este azote era el castigo divino a un mundo ignominioso. Suponía que era verdad, pero estas eran las áreas de pensamiento en las que la convicción de Adam a veces daba ligeras muestras de flaqueza. Su padre se había mantenido inquebrantable en su certeza sobre los planes de Dios. ¿Pero qué pecado había cometido Eddie Cookson para merecer el castigo de una muerte prematura y agonizante? ¿Cómo se elegía a los culpables? Quizá ellos fueran los elegidos. Le dio una patada a una piedra en el camino. Puede que algunas almas fuesen capturadas por la red barredora de Dios sin importar si eran culpables o inocentes, igual que algunos insectos desprevenidos eran aplastados sin ser vistos bajo una bota inconsciente.

La idea no era solo deprimente sino aterradoramente sacrílega, así que se la quitó de la cabeza. A pesar de sus dudas ocasionales, mantenía una fe incondicional en la promesa del cielo y de que el paraíso era la recompensa de los justos. Con el mismo fervor, creía que los pecadores habían de ser y serían condenados, de forma inamovible y como merecían, con el castigo eterno.

Cuando llegó a la consulta de Jessica, notó que había algunos carros y uno o dos automóviles aparcados delante. Para asegurarse de llevar la corbata recta, echó un vistazo rápido a su reflejo en el cristal de la ventana y abrió la puerta. En la sala de espera, encontró una escena para la que no estaba preparado.

El pequeño espacio estaba abarrotado de personas enfermas, al menos diez o quince. Todos los asientos, y había más de los que recordaba haber visto, estaban ocupados. Había incluso algunos pacientes tumbados en el suelo, bajo finas mantas. Otros, al no tener fuerzas ni para sentarse erguidos, estaban recostados en las sillas. Todos tiritaban y tosían violentamente.

Atónito, Adam dejó caer el ramo a un lado.

—Señor Jacobsen —lo llamó un hombre desde un asiento en un rincón. Adam vio a Wilson Dreyer, sentado al lado de su esposa, Lily, apoyada sobre él. Era la bibliotecaria de Powell Springs. Adam casi no la reconoció, tenía un aspecto tan terrible como probablemente se sentía—. No estará enfermo usted también, ¿verdad?

—Bueno, no, señor Dreyer. Yo solo iba... —¿Iba a qué? ¿Cómo podía justificar su llegada, cargado con la parafernalia de un hombre decidido a hacer la corte, sobre todo en estas circunstancias?

Otras personas que se habían percatado de su presencia lo miraron con ojos vidriosos y brillantes por la fiebre.

—Si está esperando para ver a la doctora, póngase en cola. Yo ya llevo una hora aquí —le advirtió otro hombre que Adam no conocía—, pero yo voy delante de ellos —apuntó indicando a dos que estaban en el suelo.

El hombre parecía un vagabundo, llevaba ropa harapienta, barba de varios días y tenía los ojos enrojecidos y una mirada sospechosa. Un lado de su mandíbula estaba considerablemente hinchado. Adam tomó nota mental de él; con la guerra, toda precaución con los forasteros era poca. Los espías, les decía a sus miembros la Liga Protectora Americana, estaban en todas partes.

—Tenga modales. Es nuestro pastor —le espetó Wilson Dreyer—. Y no sé quién es usted.

—Por mí como si es el rey de Inglaterra. Puede esperar, igual que los demás. Tengo un diente podrido que me tienen que sacar, el dentista no está y el barbero no quiere ni tocarlo.

Por encima del jaleo, oyó pisadas entrecortadas sobre el suelo de madera. Jessica apareció desde la habitación de atrás, parecía agobiada pero mantenía un gran dominio de sí misma. Llevaba las mangas subidas, lo que dejaba ver sus brazos pálidos y delgados, y un desgastado

delantal, parecido a los que usaban los tenderos y los empleados de tiendas de refrescos. Un estetoscopio le colgaba del cuello. Pero incluso en medio de este caos, resultaba seductora.

—Ay, Adam, eres tú. Me pareció oír la campana. —Eché un vistazo a la sala de espera—. Tienes mucha gente delante.

—No, no, no estoy enfermo. Yo... bueno... —Señaló vagamente a las flores y los bombones, intentando ser discreto—. No sabía que estabas tan ocupada.

Al ver los regalos, sus mejillas de sonrojaron ligeramente.

—Qué detalle, pero... —Se detuvo y se quedó mirándolo—. Ven, pasa.

—Vaya... ¿Y qué pasa con mi muela a la virulé? Yo estaba antes —se quejó el hombre andrajoso, sacudiendo la cabeza hacia Adam.

—Sí, y estaré con todos ustedes lo antes que pueda. —Se dio la vuelta y señaló hacia la parte de atrás de la consulta.

—Lo siento —se disculpó Adam una vez que estuvieron donde nadie podía oírlos—. Supongo que esto no es demasiado apropiado. —Levantó los bombones y las flores. Ella los tomó y los puso en la mesa de trabajo.

—No es que no aprecie el gesto, Adam —le dijo sonriendo—. Es solo que, bueno, ha sido un... un día muy duro. Tuve que enviar a Amy a casa. Me es de gran ayuda, pero no está acostumbrada a enfrentarse con esta locura.

Se sintió alentado al ver que no parecía haberla ofendido. En ese momento, desde lo alto, le llegó el grito débil de un niño. Miró hacia arriba.

—Tengo dos pacientes en las camas de arriba, pero necesito más espacio. No puedo utilizar esta consulta para tratar a todas las personas que me van a necesitar. Y no puedo desplazarme a sus casas.

—Necesitas un hospital.

Ella asintió.

—Sí, sería lo ideal, y a Powell Springs le falta uno. También necesito más ayuda, pero ya me estoy encargando de eso. Tú estás en el consejo municipal. ¿Sabes si hay disponible un espacio más grande cerca de aquí, como... como el auditorio o alguna sala de reuniones?

Él reflexionó un instante.

—¿Y el gimnasio de la escuela? De todas formas, las escuelas están cerradas.

—¡Sería perfecto! —Jessica le lanzó una mirada tan llena de agradecimiento que por un momento Adam sintió que levitaba—. Odio tener que molestar al alcalde Cookson con esto... ¿Podría actuar el consejo sin necesidad de molestarlo? ¿Crees que podrías encargarte de eso?

—No te preocupes. Ya me ocupo yo. —Alentado por la atención de Jessica, Adam se creía capaz de cualquier cosa.



—Bueno, bueno. Así que ahora quiere mi ayuda, ¿eh, *doctora* Layton?

¿Cómo era que algunas personas eran capaces de hacer que el tratamiento de doctora sonase como un apelativo sucio?, se preguntó Jessica. Se había empapado bajo la lluvia hasta alcanzar las escaleras de Mae Rumsteadt y las había subido con cierto temor. No tardó en darse cuenta de que su inquietud no era infundada. No pudo más que apretar la mandíbula en medio del salón de aquella mujer, al sentir que su presencia estaba totalmente fuera de lugar. Mae vivía en la planta situada encima del restaurante, un espacio que ella tenía atestado de muebles de lo más variopinto y montañas de periódicos. En la cocinita, Jess vio colgada toda una cuerda de tender de la que pendían ramilletes de hierbas y otras plantas puestas a secar. Olía sobre todo a romero y a salvia.

—Necesito todas las manos con las que pueda contar —explicó—. La gente está enfermando y busco voluntarias. Necesito mujeres que hagan de enfermeras. —Jess era una persona práctica,

pero no dejaba de lado su orgullo... No quería dar a la abuela Mae la impresión de que era la única que podía ayudar.

Mae tenía los orificios nasales levantados, lo que le daba el aspecto de alguien con una expresión de desdén permanente, y justo en este instante, Jess habría jurado que, a través de su nariz, era capaz de verle hasta el cerebro. Su mandíbula apretada y su expresión engreída hicieron que Jess se arrepintiese de haber ido hasta allí.

—Pues no sé —dijo arrastrando las sílabas y disfrutando claramente de su posición—. Yo ya me estoy ocupando de algunos enfermos. No es que tú te estés encargando de todos los pacientes del pueblo, ya lo sabes. —Cruzó los brazos huesudos delante del pecho plano.

—Adam, quiero decir, el señor Jacobsen —continuó Jess pasando por alto sus evasivas— está haciendo las gestiones para que pueda utilizar el gimnasio de la escuela como sanatorio temporal. Necesitamos el espacio y será más fácil tratar a la gente si están agrupados en un único lugar. Solo nos hace falta que haya gente que nos ayude a organizarlo.

Mae se alisó las mangas de su desteñida bata y dio un repaso al delantal.

—Supongo que podría funcionar, pero no estoy diciendo que lo vaya a hacer, cuidado. Sigo sin tragarme muchas de esas sandeces que emplean ustedes, los médicos con estudios. Solo porque no te hayan hablado de algo en la universidad o no lo hayas leído en un libro médico no significa que no funcione. En toda mi vida yo ya he visto muchas enfermedades y curas y yo también tengo libros, libros que heredé de mi abuela y mi bisabuela. Muchos de esos remedios provienen directamente de los indios, que saben muchísimo de curas y remedios naturales. Como dice la Biblia: «El Señor hizo brotar las plantas medicinales y el hombre prudente no las desprecia». Por algo se llama así la hierbabuena ¡y tantas otras! No beber más que agua fría corta la diarrea. Y un baño en orina cura la tiña. Les repetí lo mismo a tu padre y a Cyrus Vandermeer, una y otra vez, ¿pero escucharon una sola palabra de lo que les decía? Ah, no, simplemente... —Y así siguió un buen rato.

Jessica se tocaba la frente con los dedos. No podía más del cansancio, ni siquiera la había invitado a sentarse, y la mujer continuaba con la misma cansina diatriba que Jess ya había escuchado tantas veces antes. Bajó la mano de un manotazo, con el brazo rígido, y captó la mirada de apagados ojos azules de Mae con la misma seguridad que si hubiese agarrado a la anciana por las solapas.

—¡Abuela Mae Rumsteadt, en nombre de la humanidad! Necesito ayuda, no alguien con ganas de discutir quién tiene razón y quién no. He dejado a cinco pacientes en la sala de espera para venir hasta aquí, personas a las que ni siquiera he examinado aún. —Uno de ellos era Bert Bauer, el vagabundo que había visto por primera vez en la taberna de Tilly y había contado la historia del hombre que le sangraba la nariz. En su momento, pensó que se trataba de una mentira infame, inventada con el único propósito de gorronear bebidas gratis. Ahora sabía que no era así—. La gente de este pueblo está enfermando y muchos, muchísimos, morirán. Antes de venir hasta aquí, comprobé cómo estaba Anna Warneke... ha ocupado el lugar de Eddie Cookson en la cama que hay encima de mi consulta. Se ha puesto tan azul como unos vaqueros Levi Strauss nuevos y está sangrando por la nariz...

—¿Le metiste un penique en la boca? Todo el mundo sabe que un penique en la boca para las hemorragias nasales.

—Oh, ¿de verdad? ¿Y para los ojos que supuran sangre? ¿Tiene un remedio para eso en uno de los malditos libros de su bisabuela?

Mae se quedó con la boca abierta, en mitad de su perorata. Parecía que Jessica por fin había conseguido impresionarla.

—¿Está... está sangrando por los ojos?

Desesperada y con la paciencia agotada, Jessica continuó, llena de rabia e indignación.

—Si no me quiere ayudar a cuidar de los enfermos, ¿al menos cocinaría para ellos? Necesitan sopa y comida fácil de digerir. Hasta yo necesito comer.

Los ángulos y contornos afilados de la cara de la anciana se suavizaron un poco.

—Ya, ya veo que estás un poco paliducha. —Bajando la cabeza, dijo—: De acuerdo, iré. Y también cocinaré. Abajo tengo ahora mismo unos huesos de ternera hirviendo a fuego lento en la olla.

Jess cerró los ojos por un instante y respiró lenta y profundamente.

—Gracias —contestó con la voz quebrada.

CAPÍTULO DOCE

—Vamos a descargar estos pertrechos —ordenó Adam Jacobsen desde detrás de una mascarilla de gasa blanca—. Cuidado con el instrumental médico.

«Pertrechos», refunfuñó Cole para dentro. Menuda ridiculez.

Bajo un cielo cargado de nubes negras, Cole se vio de nuevo ayudando a trasladar el instrumental de Jessica de un sitio para otro, esta vez a la escuela, a tres manzanas de su consulta. Jacobsen se había erigido en capataz de la operación, y a Cole le hervía la sangre por la arrogancia de aquel hombre. Estaba plantado en la entrada principal de la escuela, dándose importancia, con su tablilla, en la que de vez en cuando garabateaba alguna nota, debajo del brazo. Había un automóvil y varios carros estacionados delante de la escuela, cargados de suministros.

No era que a Cole le molestase echar una mano. De hecho, estaba impresionado por lo rápido que Jessica había logrado movilizar a todo el pueblo y conseguir donaciones de camas, colchones y otro material necesario. Además, había muchísimos voluntarios colaborando en el traslado. Hasta Susannah y la malhumorada Mae Rumsteadt habían arrimado el hombro; Amy, sin embargo, estaba en casa, aquejada de dolor de cabeza.

Lo que a Cole le molestaba era la mera presencia de Adam. Que un hombre se pasease por las calles de Powell Springs con un ramo de flores y una caja de bombones causaba el mismo efecto que si se pusiera a gritar «¡Fuego, fuego!» o a pegar tiros. La gente se asomaba a las ventanas para curiosear. Empezaban a circular los rumores.

Y el rumor que circulaba esta vez era que a pesar de la agitación por la enfermedad y sus víctimas, Adam Jacobsen había sacado tiempo para empezar a cortejar a Jessica. Más de una persona, incluido su padre, se había tomado la molestia de comentárselo a Cole. Él sabía que debería darle igual, que aquello no era asunto suyo, pero la mera idea le escocía como el alcohol sobre una herida abierta, Jacobsen siempre le había causado ese efecto. Si bien la epidemia estaba haciendo que se tambaleasen los mismísimos cimientos del pueblo, o puede que a causa de ello, la gente se mostraba más que dispuesta a hablar sobre el último idilio de Powell Springs. Había causado el asombro de algunos, pero en su mayoría, la gente parecía aprobar la relación.

—Cole, por-fa-vor... Usa la mascarilla que te he dado —le gritó Jessica desde la entrada, antes de volver a meterse dentro.

—Eso, Braddock, ponte la mascarilla —insistió Jacobsen.

Cole le lanzó una mirada emponzoñada. Jacobsen fue el primero en apartar la suya, fingiendo revolver entre sus papeles, para enorme regocijo de Cole. Sabía que su reacción era infantil. Daba igual, le encantaría quedarse cinco minutos a solas con aquel santito presumido y engreído.

Las mascarillas de gasa blancas habían llegado el día anterior y las estaban repartiendo por todo Powell Springs. Casi todos los que estaban en el sanatorio llevaban ya algo para cubrirse la nariz y la boca, ya fuesen mascarillas o pañuelos, pero Cole no estaba convencido de que aquello sirviese de algo. Para tener la fiesta en paz, se metió la mano en el bolsillo de la camisa, sacó la mascarilla y se la ató. Luego, desde la parte de atrás de su camioneta se echó al hombro una caja de sábanas y subió las escaleras de entrada al centro.

Atravesó el pasillo que llevaba hasta el gimnasio, un camino que ya había recorrido varias veces. La gran sala, que apenas había sido utilizada desde junio, olía a la cera con la que habían brillantado el suelo durante el verano. Ahora bullía de actividad: había gente instalando somieres, haciendo camas y desempaquetando suministros. Jessica supervisaba las labores.

—¿Dónde quieres que ponga estas sábanas? —preguntó Cole.

Ella estaba de pie sobre la madera reluciente, al lado de una mesa del profesor que le habían puesto allí para que la usase. Los artículos deportivos que normalmente albergaba este espacio estaban arrinconados contra la pared.

—Dáselo a esas señoras de allí —contestó, señalando a un grupo de mujeres que se encontraba en el otro extremo del gimnasio—. Están organizando la ropa de cama. —Mirándolo por encima de la mascarilla, prosiguió—: Te agradezco muchísimo que estés aquí, Cole. Has sido... de gran ayuda durante todo este tiempo.

Él soltó la caja y la llevó hasta un rincón tranquilo.

—He oído que Jacobsen también te ha sido de gran ayuda. Todo el mundo parece estar al tanto de la ayuda que ha prestado.

La mirada de Jessica se desvió repentinamente de la de él... Qué raro le resultaba intentar hablar con ella cuando todo lo que veía eran sus ojos.

—Sí, Adam se encargó de conseguirme este espacio.

—No me estoy refiriendo al consejo municipal, y lo sabes. —Su voz descendió hasta un tono bajo e irritado—. ¿Qué haces con él? No nos gustaba cuando estábamos en el colegio. No le gustaba a nadie y tampoco es que haya escalado posiciones en las preferencias de nadie. ¿Y tú vas y le permites que te lleve flores y bombones? —La agarró por el codo y el calor de su piel le traspasó la manga.

—No le he permitido que haga nada y no lo he alentado. No fue más que un regalo inocente. —Movié el brazo, zafándose de él.

—Tontería, Jess. Un regalo nunca será inocente si proviene de él. Sigue siendo un chivato y un figón y ahora también lo es para el Gobierno.

Ella se quitó la mascarilla, dejando ver unos labios carnosos de suave color coral, y los ojos se le entrecerraron.

—¡De verdad, Cole! ¿Me estás insinuando que me ha seducido con bombones para sonsacarme algún tipo de información? ¿Para que delate a mis pacientes?

—¡Qué dices! No, no he querido decir...

Él notó cómo se le encendía la cara. Las cejas de ella se fruncieron al instante.

—¿Te das cuenta de lo ridículo y francamente insultante que suena lo que has dicho? ¿Que ni siquiera es sincero en su gentileza conmigo? ¿Y que yo me prestaría tan fácilmente a ese tipo de estratagemas?

—¡No es eso lo que quería decir! —El sudor y el aire viciado se acumularon detrás del trozo de gasa que le tapaba la cara y se lo quitó de un tirón. Sin la mascarilla, a pesar de los olores antisépticos, olía el fuerte perfume de su pelo y su piel. Le resultaba tan familiar. Había soñado con él tantas veces... también recientemente.

—¿No? ¿Entonces de qué hablas?

Un nudo de frustración y celos feroces le quemaba en la garganta como si fuese ácido.

—La gente va diciendo que te está cortejando. —Lo martirizaba tan solo pronunciar aquellas palabras.

Ella se llevó la mano a la garganta fingiendo estar horrorizada y lo miró con los ojos abiertos como platos.

—¡Oh, cielo santo! ¡Rayos y centellas! ¡Qué vergüenza! Un pastor de la Iglesia cortejando a una mujer respetable. ¿Dónde vamos a ir a parar?

—¿Es cierto?

—¿Y a ti qué te importa? —lo interpeló, dejando caer la mano.

—Es solo que no entiendo —dijo frunciendo el ceño— por qué querrías tener nada que ver con ese meapilas.

Ella apretó los labios formando una línea tensa y remilgada antes de contestar.

—Mi vida personal no te incumbe en absoluto. Ya no, y tú sabes por qué. Cielo santo, cada día te pareces más a Shaw.

Desconcertado por la comparación con su padre, a punto estuvo de seguir metiendo la pata si no llega a ser porque Susannah se acercó e interrumpió la escena. Jessica y ella intercambiaron miradas. Los rizos largos y oscuros de Susannah estaban recogidos en una frondosa cola. Llevaba una falda pantalón campera y botas, Cole dedujo que había pasado las primeras horas del alba trabajando con los caballos.

—Cole, ¿has traído la ropa de cama? La estamos colocando aquí. —Susannah señaló hacia un grupo de vitrinas que estaban utilizando para almacenarla. Cada una llevaba un letrero que decía «Por gentileza de Muebles y Menaje Hustad».

Maldiciendo por lo bajini, se dio la vuelta bruscamente y se alejó, preguntándose por qué demonios la vida se había hecho tan complicada.



Más tarde, los pacientes empezaron a ocupar las camas del gimnasio. Los voluntarios colgaron sábanas para separar la sección femenina de la masculina, había pacientes a ambos lados. Como había prometido, la abuela Mae trajo del café una olla de caldo de ternera y la dejaron calentándose en un hornillo de leña dentro de una de las aulas, lista para alimentar a los hambrientos.

Pero la mayoría de los pacientes de Jess estaban demasiado enfermos como para comer. Los vecinos de Powell Springs con peor estado de salud fueron entrando poco a poco en el sanatorio improvisado, después de ser trasladados hasta allí en la parte trasera de carros y automóviles. Un par de ellos incluso llegaron a pie, tambaleándose. Y todos mostraban una pasmosa variedad de síntomas. Algunos, creía Jessica, eran los síntomas propios de la gripe. Otros eran particularmente espantosos y desconcertantes: hemorragias nasales, bucales y oculares, petequias —lesiones parecidas a hematomas bajo la piel—, tímpanos perforados y, por supuesto, el terrible augurio de la cianosis, que se presentaba en un abanico de colores que iba del gris azulado al azul añil. Los sonidos de toses, gemidos, arcadas y voces incoherentes retumbaban en el techo y las paredes de la gran sala abierta. Todas las noticias que le iban llegando informaban de que se trataba de la gripe y de que estaba segando la vida de miles de personas en todo el planeta, pero ella estaba convencida de que algunos de los síntomas se parecían a los del tifus o el cólera. Jamás había visto algo así.

En cuanto al resto del mundo, bueno, el propio mundo de Jessica se había visto reducido a este, el pueblo de Powell Springs.

Al caer la noche, Jessica se sentó un instante en la mesa del profesor que estaba en un rincón y se masajeó las sienes, contemplando el desolado panorama de camas y padecimiento.

La abuela Mae, con la mascarilla puesta obedientemente, estaba sentada sobre un taburete junto al pequeño Philip Warneke, de seis años, que no dejaba de tiritar, y le ponía paños húmedos en la frente.

—Mamá —llamó el niño débilmente, con el pelo negro empapado y los ojos vidriosos por la fiebre—. Mamá, ven.

—Chsss, tranquilo, jovencito. Tu mamá está descansando y eso es lo que tú también tienes que hacer —lo calmó la abuela Mae.

Jess quiso pensar que lo que Mae le había dicho al pequeño no era del todo mentira. Anna Warneke estaba «descansando» en el guardarropa, envuelta en una sábana y etiquetada, esperando junto a otras dos víctimas a que las llevaran hasta la funeraria de Fred Hustad. Había muerto poco después de que la trasladasen a la escuela. Philip se había quedado huérfano. El pasado mes de junio su padre había muerto en combate en Francia.

Conmovida por las penosas circunstancias del niño, Mae se había hecho cargo de él. Del cuello le colgaba una bolsa de asafétida que contenía un misterioso mejunje de lo más hediondo y que muchas personas usaban desde tiempos inmemoriales para ahuyentar las enfermedades. Jessica no se atrevía ni a preguntar qué había dentro, pero se sentía afortunada por llevar la mascarilla, que le servía para impedir que se filtrase nada. Si no necesitase tan acuciantemente la ayuda de Mae, la habría obligado a que se quitase aquel invento del diablo y lo enterrase detrás de la escuela, pero sabía que eso daría lugar a una discusión y a la posibilidad de que la mujer se marchase, cosa que Jess no se podía permitir.

Por el momento se conformaba con la precaria tregua que existía entre ella y la implacable anciana, aunque cuánto duraría era algo que aún no había tenido tiempo de plantearse. El resto de sus voluntarios enmascarados, temerosos aunque dóciles, seguían sus instrucciones sin cuestionarlas demasiado. Habían ungido abundantemente con Vicks VapoRub el pecho de todos y cada uno de los pacientes, se lo habían cubierto con un trozo de paño pegado al ungüento —según la abuela Mae para que penetrase mejor hasta los pulmones— y les habían suministrado una dosis de pastillas de morfina preparadas por el boticario.

Con armas tan endebles, ¿qué más podía hacer Jess por esta gente? Se sentía como si luchase contra una plaga de langostas con un matamoscas. Nada en su formación ni en su experiencia la había preparado para esto, aunque ¿qué médico moderno había tenido que enfrentarse con una peste en los últimos tiempos?

Después de todo lo que había leído y de todo lo que había visto aquí con sus propios ojos, no le quedaba otra que admitir que esta gripe era algo más que una epidemia.

Se trataba efectivamente de una peste.



Eran casi las ocho cuando Jess volvió caminando a su consulta. Aunque Powell Springs era de por sí un lugar tranquilo por la noche, ahora parecía prácticamente abandonado, como si todos se hubiesen marchado de repente para huir de un invasor invisible e inminente. Se subió el cuello del abrigo e intentó aligerar el paso cansado mientras un viento frío gemía entre los árboles y arremolinaba las hojas muertas a su alrededor. Las escasas farolas aportaban poca iluminación para disipar la sensación de lúgubre vacío que se cernía sobre el pueblo.

La fragua de Cole por fin apareció ante su vista y, a su lado, la consulta. Agotó las pocas fuerzas que le quedaban, como si azotase a un caballo exhausto hacia la línea de meta, y llegó hasta la puerta. Sin aliento y con el corazón latándole violentamente, rebuscó en su bolsillo hasta encontrar la llave. Tan pronto como estuvo dentro echó la llave de nuevo y, cuando se disponía a subir las escaleras, oyó que alguien llamaba a la puerta.

—Ay, no, por favor —masculló. Por un momento estuvo tentada de esconderse entre las sombras y después subir de puntillas hasta arriba, donde nadie pudiera verla.

Volieron a llamar. Con un suspiro de agotamiento, se dio la vuelta y bajó las escaleras. En la oscuridad solo se veía la silueta de un hombre más bien alto a través del cristal de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Jessica, soy Adam. Te traigo algo de cena.

Giró el interruptor que encendía la luz y abrió la puerta. Allí estaba Adam, con una cesta de mimbre en las manos. Por encima de su hombro, pudo distinguir un poco más lejos su caballo y su calesa amarrados a una argolla junto al bordillo de la acera.

—¡Qué detalle por tu parte! —Rápidamente se le vino a la cabeza un fragmento de la conversación que había tenido con Cole, pero consiguió apartarla. Tenía hambre y estaba cansada y era Adam quien le había llevado algo para comer, no Cole—. Por favor... pasa. Acabo de llegar y le estaba temiendo a la idea de ponerme a cocinar. No se me da bien ni tan siquiera en mis días buenos.

Él entró y cerró la puerta, trayendo consigo el olor a comida recién hecha. A Jessica se le hizo la boca agua.

—He pasado antes por la escuela, pero ya te habías marchado. —Levantó un lado de la tapa y husmeó dentro de la cesta—. La señora Stark ha preparado esto. Creo que es rosbif. Y conociéndola, seguro que ha metido otras cosas. Espero que aún esté caliente.

—Me da igual si está frío, huele de maravilla. Llevo sin comer nada desde esta mañana temprano. Gracias y, por favor, dale a ella las gracias de mi parte. Ha sido un día muy largo y difícil. Supongo que para ti también, ¿no? —Se quitó el abrigo y él se apresuró a soltar el canasto para ayudarla, rozando la parte baja de su espalda al hacerlo. Él colgó la prenda en el perchero.

—He visitado a un par de familias. Tienen miedo y lo están pasando muy mal.

Lo entendía. Ella también estaba asustada, aunque no se atrevía a mostrarlo delante de los que dependían de ella.

—Les he ofrecido todo el consuelo que he podido —le explicó—. He intentado con todas mis fuerzas hacerles comprender que cuando Dios se lleva a nuestros seres queridos, lo hace por una buena razón que no debemos cuestionar.

Sí, menudo consuelo, pensó Jess con acritud. Seguro que hacía sentirse mucho mejor a Philip Warneke después de haberse quedado huérfano. Adam le había traído la cena, así que no verbalizó su comentario, pero siempre la había ofendido ese tipo de religión que era la que proclamaba el padre de Adam y que no dejaba lugar para las indagaciones, las excepciones o las interpretaciones. A pesar de que Adam no parecía tan estricto como Ephraim Jacobsen, detectó notables similitudes en sus ideas.

Jessica levantó la tapa de la cesta y sacó un plato de filetes de rosbif cubierto por una servilleta.

—¿Querías acompañarme?

—No, no, lo he traído para ti.

Siguió investigando y encontró platos, cubiertos y servilletas.

—Mmm... Creo que la señora Stark pensó otra cosa. Hay cubiertos para dos y un montón de comida. Hasta un crujiente de melocotón con una jarrita de nata fresca.

—Supongo que recordó que yo aún no he cenado —admitió con expresión azorada.

—Pues entonces supongo que deberías hacerlo —sentenció, mirándolo con las cejas levantadas. Era una estratagema tan transparente que a ella no se le ocurrió otra respuesta.

—De acuerdo —aceptó sonriendo y colocándose la corbata.

Le parecía impensable invitar a Adam a que subiera a la mesa de la cocina, así que llevaron algunos muebles desde la sala de espera hasta la consulta trasera para crear una pequeña zona de comedor con una mesita y dos sillas.

—No te hemos dejado gran cosa, ¿verdad? —comentó Adam.

Esta parte de la casa se había quedado casi vacía y destartalada, ya que se habían llevado a la escuela parte de su material y uno de los armarios.

—De todas formas, pasaré casi todo el tiempo en el sanatorio.

Jess tuvo que controlarse para no abalanzarse sobre la comida y destrozar a mordiscos un trozo de ternera, pero devoró los tiernos trozos cortados cuidadosamente con los cubiertos de plata, engulló una montaña del maravilloso puré de patatas de la señora Stark y saboreó un bollito de leche. Cuando el hambre por fin empezó a remitir, se relajó y surgió entre ambos una conversación más trivial que fue pasando a temas más concretos.

—¿Llegó alguien más al sanatorio después de que me marchara? —la interrogó Adam, con la servilleta remetida por dentro del cuello de la camisa.

—Sí, varias personas, muy, muy enfermas. Me sentí culpable por dejarlas allí.

—¿Quiénes eran?

Ella dejó el tenedor y, de nuevo, la acusación llena de enfado de Cole reapareció en su pensamiento y sin querer se puso en guardia.

—Adam, sabes que no te puedo contar eso. Estaría violando la confidencialidad entre paciente y médico.

Él se acabó un panecillo que chorreaba de mantequilla derretida. Jess se percató por un instante de que Adam no se había impuesto las mismas restricciones en la dieta que se esperaba que soportase el resto del país. Nata, mantequilla, ternera... muchas personas estaban prescindiendo de todo eso.

—No era consciente de que fuese un secreto. Yo mismo vi a algunas de esas personas antes de irme.

En sentido estricto, era cierto. Sí que había visto a algunos de sus pacientes y, por su trabajo, conocía a muchos de los que habían sucumbido.

—Lo sé —admitió Jess asintiendo—, pero es parte de mi formación y no puedo pasarlo por alto. Igual que tú no me contarías nada si alguien acudiese a ti y, pongamos por caso, te confesase que ha cometido adulterio.

—No. —Adam desvió la mirada de la de Jess y se movió inquieto en la silla—. No, claro que no. Aunque no creo que haya ni punto de comparación entre los dos casos.

—Supongo que no, pero aun así se trata de información confidencial.

—Háblame de tu trabajo —le dijo cambiando de tema—. Sé que planeas mudarte a Seattle. Imagino que después de Nueva York, Powell Springs te debe de parecer bastante insulso y atrasado.

Mientras Jess servía el crujiente de melocotón, él hacía lo propio con el café que había en el termo que la señora Stark había incluido en la cesta. Jess se puso una servilleta sobre el regazo.

—Creo que mucha gente piensa eso, pero no es cierto. No es un sitio atrasado. —Por un instante, se le difuminaron las ideas y recordó la belleza de la región—. Nueva York es un lugar solitario. Echaba de menos el ritmo de vida más sosegado que hay aquí, el espectáculo de las ondulantes tierras de cultivo preparándose para el invierno o despertando en primavera, la paz. De hecho, en otras circunstancias, preferiría estar aquí antes que en ningún otro lugar.

La respuesta se le escapó de los labios antes de que tuviese la oportunidad de reprimirla. Ni siquiera se lo había reconocido a sí misma, aunque sabía que era verdad. Nada la había llevado hasta esa conclusión de forma más conmovedora que las noches suaves y serenas, incluso las que había pasado en vela junto a sus pacientes.

Adam se inclinó hacia delante con entusiasmo. Estaba tan cerca de ella que Jess se echó hacia atrás en la silla.

—¿De verdad? ¿Y qué haría falta para que te quedases?

De entre todas las personas del mundo, no iba a ser a él a quien revelase los secretos de su corazón. Parecía bastante agradable, pero...

—Nada. El trabajo me espera. En cuanto esta epidemia de gripe esté bajo control o en cuanto aparezca el doctor Pearson, tendré que irme. Me esperan y me necesitan en Seattle.

Él cubrió la mano de ella con la suya, sobre el brazo de la silla. Tenía la palma algo húmeda.

—Aquí también te necesitan.

—Ya he discutido este tema con varias personas, Adam. También lo he hablado con Horace Cookson. Estoy segura de que el doctor Pearson hará un buen trabajo en Powell Springs. En cuanto a la abuela Mae, siempre ha tenido sus seguidores, y están en su derecho de acudir a ella si es lo que quieren.

Él aferró su mano con más fuerza.

—No hablo de que te quedes como médico. —Respiró profundamente y exhaló sobre la cara de Jessica un aliento rancio a rosbif y a café—. Hablo de una vida distinta, casada y con hijos. La vida de una mujer.

—Adam, ¿qué...? —comenzó Jessica, y notó cómo los ojos se le abrían cada vez más. En ese momento, se abrió la puerta de la entrada, con el sonido de la campanilla, y se volvió a cerrar. El sonido de las botas sobre el suelo de madera indicaba la presencia de un hombre.

—¿Jessica?

No podía ser...

Cole entró en la sala donde estaban, trayendo consigo el aroma limpio de la noche. Al aparecer bajo el marco de la puerta, la atmósfera de la habitación cambió por completo. Jess dio un respingo y Adam apretó sus dedos sobre los de ella. Cole llevaba un pequeño cajón de madera.

—¿Jessica? Vi luz encendida... —Sus ojos se fijaron en Adam y en la escena íntima de la cena, y su gesto se endureció—. Lo siento. No sabía que tenías visita.

—Adam ha tenido la amabilidad de traerme la cena.

Dándose cuenta de que Adam seguía agarrándole la mano, se zafó de la suya, no sin dificultad; tenía la columna igual de rígida que un alzacuellos. Cole miraba a Adam. La tenue luz del techo le ensombrecía los ojos.

—Ajá. Parece que tus buenas acciones no conocen límites, Adam. Susannah tuvo la misma idea. Bueno, no exactamente la misma idea, ya que lo único acaramelado que mencionó ella fue el budín de pan que hay aquí dentro.

—¿No te han enseñado a llamar antes de irrumpir en una habitación? —lo interpeló Adam.

—No era consciente de interrumpir nada. Me imagino que tu calesa es la que hay aparcada en la calle algo más allá, ¿no? ¿Temes que alguien la reconozca?

Molesta, Jess retorció la servilleta, pero Adam se levantó.

—¿Qué insinúas, Braddock?

La sonrisa de Cole era sardónica.

—¿Yo? Nada de nada, hombre. Vengo enviado por Susannah, a traer chuletas de cerdo y budín. Eso es todo por mi parte, pero ¿y por la tuya?

—Siempre has tenido la mente sucia, ¿verdad? —lo increpó Adam, con el rostro rojo como un tomate—. Cuando éramos niños, y ahora también, siendo ya un hombre adulto, sigues...

A pesar de que Cole lo estaba incitando, a Jess le sorprendió la súbita y desagradable ira de Adam.

—Se acabó, ¡vosotros dos! No tengo por qué soportar vuestras riñas. El día ya ha sido bastante duro.

Adam se volvió a sentar, intentando claramente recuperar la compostura.

—Discúlpame, Jessica.

Cole le dedicó a Jessica una mirada tranquila que le hacía la misma pregunta que le había formulado hacía unas horas. «¿Qué haces con él?» Pero se limitó a dejar la caja sobre la mesa de trabajo y a decir:

—Susannah estaba preocupada por ti.

—Y se lo agradezco. Díselo de mi parte.

Cole se tiró levemente del borde de su sombrero de vaquero y se dio la vuelta para marcharse.

—Hasta la vista.

Se quedó mirando a Adam unos segundos, pero no dijo nada más. Al sonido de sus pasos al retirarse hacia la sala de espera, lo siguió el de la puerta al abrirse y cerrarse.

—A veces me pregunto cómo puede tu hermana tener una relación con un hombre así, tan primitivo y lujurioso.

Sus miradas se encontraron y él pareció recordar que también Jess había tenido una relación con Cole. El recuerdo de aquel bochornoso día de verano junto al río, hacía tanto tiempo, seguía suspendido entre ellos, como una fotografía. Aquel dulce y ardiente día de verano...

Después de un incómodo instante de silencio, Jessica empezó a recoger los platos. La comunicación relativamente agradable entre ellos se había esfumado y Jess no deseaba otra cosa que librarse de Adam para poder irse arriba.

—Los lavaré antes de que se los lleves a la señora Stark.

—No, no —se negó Adam, quitándole los platos y metiéndolos en la cesta—. No hace falta. No sería una invitación si tuvieses que trabajar para ganártela.

—Gracias. Todavía me quedan unos historiales de pacientes que terminar.

—Entonces te dejaré tranquila. —Recogió la cesta y Jessica lo acompañó hasta la puerta. Frente a ella, en la entrada, se pasaba la cesta de una mano a la otra—. Jessica, sobre lo que dije antes... sobre que te quedaras en Powell Springs...

—Ay, Adam, no creo que...

Antes de que ella pudiera acabar la frase, él la atrajo hacía sí con la mano que tenía libre y le plantó un apasionado beso en la boca con sabor a ternera y café. La lengua de él buscó la de ella; Jessica emitió un ruido ahogado y se las arregló para librarse de él.

—¡Adam!

—Lo siento, pero yo... tú... —Se embolsó, ante la posibilidad de que perdiese el valor o de que ella lo interrumpiese antes de poder decirle lo que quería. Bajo la luz tenue, su cara estaba más animada de lo que ella jamás la había visto—. No sabes cuánto tiempo llevo pensando en ti, deseándote. Cada vez que regresabas al pueblo, lo pensaba, tenía la esperanza, pero siempre, siempre estaba Braddock. Ahora... —Soltó la cesta con gran estrépito de platos—. Jessica, no soy rico, los pastores no están destinados a ser ricos, pero sería un buen marido y un buen cabeza de familia para ti y para nuestros hijos. Tú podrías seguir sirviendo a Dios y a la humanidad, pero de una forma totalmente nueva. Como mi esposa.

Tras la declaración, se quedó casi sin resuello. Jess lo miraba desconcertada. Se imaginaba que la había estado cortejando, con las flores y los bombones, pero no había previsto una pedida de mano tan abrupta. De hecho, con la cantidad de cosas que habían ocurrido, no se había parado a pensar en aquello ni siquiera un segundo. No estaba segura de cómo rechazarlo sin ser absolutamente desconsiderada. ¿Casarse con Adam Jacobsen?

—Es muy mal momento —empezó Jess.

Él asintió.

—Sé que esto te debe de parecer muy repentino y, dadas las circunstancias actuales, quizá poco apropiado.

Aquello era quedarse corto.

—Pero Jessica, querida Jessica. —Le acarició el pelo con el dorso de los dedos—. Esta epidemia solo hace la situación más apremiante. ¿Y si... y si esto es el final?

—El final. ¿De qué? —Un escalofrío le recorrió la espalda.

—¿Y si el mundo tal como lo conocemos está exhalando el último suspiro? Ya tenemos la guerra y la pestilencia.

«El final. No, no, eso significaría que no queda ninguna esperanza. Que todo lo que estoy haciendo aquí, todo lo que he hecho en mi vida, es en vano. Que nada de lo que haga cambiará las cosas.»

Empezó a notar cómo el pulso se le aceleraba en las sienes e imágenes de espantapájaros humanos harapientos y enfermos, alojados en diminutas habitaciones sin aire —los mismos fantasmas que la obsesionaban en sueños— se le agolpaban en la mente. Apenas oía lo que Adam le estaba diciendo.

— ... hambruna... y querría que estuvieses a mi lado. Incluso si no es el final, no quiero que te marches de Powell Springs. Quiero pasar el resto de mi vida a tu lado. No tienes que darme una respuesta ahora mismo, pero, por favor, prométeme que al menos te lo pensarás.

Muda de asombro y aturdida por las crudas imágenes que desfilaban por su mente, a Jess no se le ocurría hacer otra cosa más que quedarse mirando con la boca abierta. Él sonrió y se inclinó para besarla de nuevo, pero ella retrocedió.

—Está bien. Te dejaré tranquila. Mañana pasaré por el sanatorio a verte y a consolar a los enfermos.

Jess observó cómo se alejaba, aterrorizada, no por su espantoso relato sobre la cercanía del fin del mundo, ni siquiera por su propuesta de matrimonio. Lo que le desgarraba el corazón era el terror a que esta pestilencia, como la había llamado él, pudiera cebarse con más vidas de las que nadie podría imaginar.

Y puede que hasta con su propia cordura.

CAPÍTULO TRECE

—¿Otro *whisky*, Cole? —preguntó Virgil Tilly, sujetando una botella cuadrada del líquido color ámbar.

—Uno corto.

Cole estaba de pie al final de la barra, a barlovento de Winks Lamont. Al lado de Winks estaba Bert Bauer, encorvado sobre la barra y sujetando una cerveza. Shaw Braddock estaba en una mesa junto a la estufa, echando una partida al solitario y estudiando las cartas con el ceño fruncido. Cuando creyó que nadie lo observaba, miró a hurtadillas debajo de los siete montoncitos bocabajo para ver qué cartas escondían.

—¿Con qué cuento le has ido a Cookson para que no te cierre el negocio, Virgil? —dijo Winks, agarrando el vaso con las dos manos—. Luego está Bridal Veil, donde han cortado el grifo porque han querido. —Se estremeció, como si solo de pensarlo se le pusieran los pelos de punta—. Casi todos los sitios están cerrados a cal y canto, todos excepto la tienda de Bright y la botica de la calle principal.

Virgil jugueteaba con un expositor de puros baratos que había en la barra, cerca del grifo de cerveza, con su inseparable paño colgándole del hombro.

—El pobre de Horace anda como alma en pena desde que se le murió el hijo. No ha dicho nada de cerrarme el local y no seré yo quien vaya a decírselo. No vayamos a empeorar las cosas. Solo me ha pedido que no sirva comida. —Después prosiguió haciendo el recuento de las personas que habían muerto en los últimos días.

Por muy crítica que fuese la situación, poco le importaba todo aquello a Cole, que miraba fijamente al vaso y veía la imagen de Adam Jacobsen cenando felizmente con Jess. Los dos se habían quedado petrificados, como dos mapaches sorprendidos por los faros de su camioneta, cuando entró y se los encontró. Además, por el amor de Dios, Jacobsen se había puesto a la defensiva, como si lo hubiese pillado con la mujer de otro.

Cole había ido directamente a ver a Amy después, con la esperanza de calmar su indignación, pero aún le duraba el dolor de cabeza que llevaba dos días padeciendo y aquello no hizo más que darle otro motivo de preocupación. Había estado trabajando demasiado y estaba agotada. La gripe atacaba a las personas cuando estaban agotadas. La señora Donaldson le había hecho prometer que iría a ver a Jessica a la mañana siguiente y la había obligado a quedarse tumbada en un sillón del salón con un paño frío sobre la frente. La mujer no dejaba de cloquear a su alrededor y darle mimos, por lo que Cole sabía que estaba en buenas manos.

Aunque lo peor, ahora, era que con Amy se sentía más incómodo que nunca y le daba la sensación de que ella lo notaba. Ella lo penetraba con la mirada, como si con su intuición femenina —esa misteriosa capacidad incomprensible para todo hombre— pudiera leerle el pensamiento.

Él no tenía por qué sentirse incómodo. Todos querían a Amy. Todos menos...

—Cole, ¿por qué andas con esa cara de pena? —saltó su padre.

Esa era la eterna pregunta. Ojalá pudiese liberarse de la sensación de haber cometido una terrible equivocación, un error garrafal que lamentaría el resto de sus días. ¿Cómo podía el viejo leerle el pensamiento como si fuera un libro abierto cuando a la vez parecía conocerlo tan poco? Cole se escondió tras una buena excusa, una que hasta él mismo acabó creyéndose.

—Están muriendo personas que conocemos, papá, personas que conocemos desde hace años, y cualquiera puede ser el siguiente. ¡Maldita sea! Supongo que es razón suficiente para verlo todo negro.

Para variar, Shaw no hizo ningún comentario falto de tacto. Asintió con aire de gravedad y siguió con sus trampas y su solitario.

—Tienes que ir a ver a tu mujer. Eso te hará sentir mejor. —El consejo procedía de Bauer, aunque nadie le había dado vela en el entierro. El hombre se había mostrado bastante

silencioso y reservado desde que apareció en el pueblo. Pero había algo en él que echaba para atrás a Cole—. Ponnos un par de cervezas más, Tilly —ordenó Bauer.

Virgil señaló al cartel que advertía de que no se fiaba.

—¿Tienes más de cinco centavos para pagar la cerveza que ya has pedido?

Bauer arrojó un dólar sobre la barra. Tilly les lanzó una mirada de desconfianza a él y a Winks.

—Vosotros dos, ¿de dónde estáis sacando el dinero? No estoy al tanto de que nadie esté contratando trabajadores por aquí.

—Pues entonces supongo que no estás al tanto de todo. Winks y yo hemos conseguido trabajo.

—¿Ah, sí? ¿Haciendo qué?

—Cavando tumbas en el cementerio que hay detrás de la escuela. Setenta y cinco céntimos por cada una —puntualizó con un gesto de suficiencia.

Todos en la taberna se quedaron mirándolo, como esperando que dijese que no era más que un chiste malo. Hasta las cabezas de alces disecadas parecían contemplar la escena con sus ojos de cristal. Bauer levantó las cejas y el borde de su sombrero raído.

—¿Qué? Fred Hustad me contrató para que ayudase a Winks. Hay que enterrar a esos amigos vuestros que se están muriendo y el enterrador tiene más faena de la que puede hacer. Es un trabajo duro de verdad, creedme. Algunos de esos fiambres, incluso a través de los ataúdes, huelen peor que este Winks. Por lo menos el cementerio nos queda cerca. Solo tenemos que sacarlos del sanatorio. A Hustad no le da tiempo ni a embalsamarlos a todos. Le llegan unos cinco o seis al día.

—Dios mío —murmuró Cole, indignado. Detestaba la idea de que alguien que conociese fuese enterrado por Bauer. Por lo menos Winks tuvo la decencia de quedarse mirando su cerveza y no añadió nada a la conversación.

—Ah, conque ahora sois millonarios, ¿eh? —comentó Virgil con un deje de burla, y llenó dos vasos del grifo—. ¿Ahora encendéis los puros con billetes de diez dólares y bebéis champán en zapatos de mujer de piel de cocodrilo?

Como era de esperar, la indirecta encendió la imaginación de Bauer.

—Hablando de mujeres —continuó explayándose—, ¿hay por aquí alguna que sepa cómo hacer que un hombre se divierta?

Virgil puso las dos rubias colmadas de espuma sobre la barra.

—Sí, hay una, al final del camino de Butler, pero te resultará difícil encontrar la casa por la noche. Será mejor que vayas de día.

—¿Cómo se llega hasta allí?

Cole conocía a Em y creía que no se merecía tener que aguantar a un tarado como Bauer, con sus ojos de mezquino inyectados de sangre y su cara afilada de rata, pero eso se lo guardó para sí. Mientras que Virgil le daba indicaciones a Bauer para llegar a la casa de Emmaline, Cole se acabó su *whisky* y se dirigió hacia su padre. No estaba de humor para aguantar más al bocazas de Bauer y no tardaría mucho en soltarle un puñetazo en la boca.

—Venga, papá. Vámonos a casa. Por hoy ya está bien.

—¿Ahora? —refunfuñó el viejo—. ¡Maldita sea! Voy ganando esta mano.

—No te preocupes, también ganarás en casa si haces las mismas trampas.

—¡Trampas! —Shaw se puso un poco gallito, pero enseguida enderezó sus crujientes articulaciones y se levantó sin volver a rechistar.



A primera hora de la mañana siguiente, mientras un frío viento del este dirigía las gotas de lluvia contra los muros del edificio, Jessica se afanaba en la habitación que había detrás de su consulta por reunir algunos botes de medicinas y meterlos en su maletín de médico. Sonó la campana de la entrada principal y oyó la voz de Amy.

—¿Jessica?

Gracias a Dios su hermana estaba mejor, pensó Jess. Necesitaba su ayuda y Frederick Pearson seguía siendo un mero nombre sin presencia tangible.

—Estoy aquí atrás, Amy, a punto de salir para el sanatorio. Queda café en la cafetera que hay sobre el hornillo.

Pero cuando Amy apareció por la puerta, con una mera ojeada Jess comprendió que no estaba mejor. En absoluto.

—No puedes trabajar así. Tienes un aspecto terrible.

A pesar de ser una mujer que prestaba siempre muchísima atención a su aspecto, hoy Amy llevaba el pelo empapado y recogido en una cola desgreñada con un lazo arrugado a la altura del cuello. Se había envuelto en un viejo chal, llevaba el vestido con que hacía las tareas más duras, como la colada o la limpieza de la casa, y tenía las medias llenas de carreras. Las manchas oscuras en torno a los ojos les daban un aire hundido y lleno de amargura. En contraste con su vestido raído, lucía un par de pendientes camafeo que parecían caros. Amy cayó sobre una silla de respaldo recto y se quedó mirándose los zapatos con la mirada fija y perdida.

—No he venido a trabajar.

Jessica frunció el ceño. El aspecto de su hermana no podía ser más alarmante. Se acercó y le agarró la muñeca entre los dedos para tomarle el pulso.

—¿Cómo te sientes?

—Me duele la cabeza, pero sobre todo me siento muy cansada. Casi no he dormido esta noche. Jess sacó un termómetro del bolso y se lo metió a Amy en la boca.

—Y no me sorprende. Lo más probable es que estés al borde del colapso —le dijo Jess—. Has estado liadísima con tus comités y ayudándome. Todo esto ha podido contigo.

—No. —Amy se quitó el termómetro—. Podía con todo lo que hacía, pero lo que me ha abatido son las preocupaciones. He venido a decirte lo que pienso.

—¿Lo que piensas? —preguntó Jess desconcertada—. ¿Qué es lo que te preocupa?

—Cole. Y tú —confesó su hermana, mirándola de soslayo.

—¿Por qué? —Sintió una sensación gélida en el estómago.

—Anoche vino a verme. Le molesta que Adam Jacobsen esté intentando conquistarte.

—Ya, bueno —explicó Jess, sintiendo un gran alivio—, ya sabes que nunca se han caído bien.

—No, Jessica. Era algo más que eso.

Se quedó mirando a su hermana y cruzó los brazos delante del pecho.

—¿Entonces qué?

—Sé que tiene celos de Adam.

—¡Celos! —La sensación gélida regresó—. Oh, vamos, Amy, no lo creo. Nosotros... él... —Le fastidiaba que Cole la hubiese puesto en esta situación—. Fue Cole quien tomó la decisión de poner fin a nuestro «entendimiento», no yo.

—Lo sé, pero creo que se arrepiente de su decisión. Y yo sé que tú también... he visto la forma en que lo miras. Tenía la esperanza de que lo vuestro se hubiese acabado. —Sus ojos, que brillaban tanto por la fiebre como por la rabia, se redujeron a meras rendijas de rencor.

Estupefacta por las acusaciones y la indignación de Amy, Jess apretó los labios hasta convertirlos en una tensa línea.

—Se acabó. Puso fin a lo nuestro y empezó a cortejarte a ti. Tu imaginación te está jugando una mala pasada porque estás enferma. Por favor, vuelve a ponerte el termómetro en la boca.

—Tú siempre has conseguido lo que has querido, ¿verdad? —prosiguió Amy, haciendo caso omiso de la orden de Jessica. El tono de su voz se hizo muy agudo por la agitación—. Papá te dedicaba todo su tiempo y su atención. Yo era la hija aburrida con intereses más domésticos. Os recuerdo a los dos en su despacho, observando a través del microscopio, durante lo que a

mí me parecían horas, cualquier mancha asquerosa sobre el portaobjetos. Para él, yo no era más que alguien que vivía bajo el mismo techo. Cuando mamá murió, podría haber sido perfectamente otro mueble más. Estaba orgulloso de ti, alardeó de ti hasta el día de su muerte, pero, cuando te fuiste, Cole se cansó de esperarte y por fin se fijó en mí. Se dio cuenta de cuánto más podía ofrecerle yo como esposa. O por lo menos yo creía que era así. —Un resentimiento corrosivo supuraba de Amy como el de una infección fermentada durante mucho tiempo procedente de un forúnculo purulento—. Debería haberme imaginado que intentarías alejarlo de mí, a pesar de ¡quererlo desde los doce años!

El corazón de Jessica le latía a mil por hora, provocándole una sensación de náuseas y falta de aire. Tenía la boca seca por la impresión. Esta mujer no era su hermana. Jamás había oído a Amy hablar mal de nada ni de nadie.

—Puede que Cole no esté hecho para casarse con nadie —respondió Jessica con frialdad, intentando mantener la compostura—. ¿No se te ha pasado eso por la cabeza?

—¡No! No es cierto. Tiene que casarse conmigo. ¡Me regaló estos pendientes! Desearía que no hubieses regresado jamás.

—No me cabe la menor duda, pero tú no pasaste ninguna noche en vela preocupada por mis sentimientos antes de llamar a la puerta de Cole. —Jessica no tenía intención de echarle eso en cara, pero no iba a dejar que Amy la utilizase como blanco de todos sus golpes.

Amy se levantó y tiró el termómetro al suelo. Esquirlas de cristal y gotas relucientes de mercurio salieron despedidas a sus pies.

—Tú no lo merecías. Tú te fuiste y lo abandonaste. Yo le di la oportunidad de comprender cómo se debe comportar una esposa de verdad, una esposa obediente que le dé cariño y lo adore.

—Una esposa de verdad —repitió Jess cargada de acritud.

—Me voy a casa. —Un súbito ataque de tos interrumpió la diatriba de Amy. Cuando recobró el aliento, añadió—: La señora Donaldson no es de mi sangre, pero preferiría que me cuidase ella a que lo hiciese alguien de mi estirpe.

—Amy, espera. —Jessica intentó detenerla—. Por lo menos quiero acompañarte a...

—No, gracias —respondió zafándose de la mano de Jessica—. Me las arreglaré yo sola. — Aunque los extremos le colgaban dispares y torcidos, se recompuso el chal como una reina se ajusta su atuendo y salió de la sala de espera.

—Amy, no seas tonta —la llamó Jess, yendo tras ella—. Puede que estés enferma y no quiero que camines sola hasta casa con la que está cayendo.

Una extraña de ojos vidriosos y pelo enmarañado se dio la vuelta y se enfrentó a ella.

—No te debo nada, Jessica. Nadie me dice lo que tengo que hacer.

Destrozada e insultada, Jess observó cómo su hermana abría la puerta y se alejaba por la calle hacia la casa de la señora Donaldson.



Emmaline oyó que llamaban a la puerta y se echó un vistazo rápido en su sucio espejo antes de ir a abrirla. No es que a ellos les importase su aspecto. Lo único que hacían era tirar su dinero en la cómoda o en la mesa de la cocina, poca atención le prestaban como persona. La verdad es que ella a ellos tampoco, a menos que fuesen demasiado horribles como para borrarlos de su mente. O a menos que mereciese la pena recordarlos, como Frank Meadows, o Cole Braddock, que no había vuelto a visitarla desde el breve intervalo que hubo entre hermana y hermana. Pero en un rinconcito de su corazón, en la parte que permanecía intacta después de todo lo que le había pasado, aún conservaba su orgullo. Se arregló la cinta que mantenía cerrada su desgastada bata y bajó los párpados en un gesto aprendido de seducción.

Cuando giró el pomo y abrió la puerta, los ojos se le pusieron como platos. El hombre que había en el porche tenía una cara que jamás olvidaría. Una cara que jamás habría esperado ni querido volver a ver.

—Hola, muchachita. Me han dicho que recibes a caballeros. —Allí estaba Lambert Bauer, de pie, en la entrada, sonriéndole con una estúpida mirada lasciva que ella imaginaba que él consideraría irresistiblemente viril.

—¡Caballero! ¡Tú...! ¿Tú un caballero, Lambert?

La miró detenidamente, con la boca abierta por la sorpresa, parecía ir como una cuba. Llevaba la ropa llena de barro y una barba desigual de varios días poblaba su cara estrecha y angulosa. El paso del tiempo no había mejorado sus rasgos. Después de quedarse unos segundos mirándola boquiabierto, recuperó la voz.

—¿Emmaline? Pero, por Dios, ¡Tilly no me contó que me estaba mandando en busca de mi propia mujer para echar un polvo! ¿Qué te crees que estás haciendo? ¿Una mujer casada metida a puta? Te he estado buscando por activa y por pasiva.

—¿Por qué?

—¡Que por qué! —La pregunta pareció asombrarle—. Pues porque sí. Eres mi mujer. Y eso basta —le contestó, de la misma forma que le podía haber dicho que era su sierra o su navaja, una posesión como cualquier otra. La agarró del brazo con la mano sucia.

—¿Quieres con ello decir que te van mal las cosas y vuelves a estar sin blanca?

—No, no quiero decir eso —repuso con voz quejica e imitándola, sus palabras rezumaban sarcasmo, pero aun así ella sabía cómo interpretarlo—. De todas formas, ¿quién eres tú para hablar? —Con un gesto la señaló a ella y a su pequeña choza—. ¿De qué leches te crees que vas, convirtiéndote en fulana?

—Una mujer abandonada tiene que buscarse la vida. No se ha muerto nadie que me haya dejado una mina de oro ni una gran herencia.

Él no parecía avergonzarse en absoluto por no caer en la cuenta de que algo tenía él que ver con las circunstancias actuales de ella.

—Bueno, lo que está claro es que no voy a pagar por mis derechos como marido. —Empezó a empujarla hacia dentro—. Me pienso llevar lo que vengo buscando, así que métete ahí y...

En un instante, ella se recuperó de la parálisis y liberó su brazo. La asaltaron los recuerdos de palizas e infidelidades, de peleas y humillaciones, de amenazas e intimidaciones. En un arrebato de rabia, miedo y asombro, agarró la escopeta cargada que guardaba al lado de la puerta. Y tenía buena puntería. Viviendo en este lugar tan apartado, si un cliente se ponía desagradable o se le metía un coyote en su diminuto gallinero, nadie iba a ir a salvarla.

—Lárgate de mi porche y no vuelvas, Lambert —le ordenó apuntándole con el doble cañón—. Ya no soy tu esposa. Me maltrataste durante años y luego me abandonaste en Parkridge. Nuestro matrimonio acabó ese día. Hace mucho que terminé contigo.

—¿Eso crees? —Se irguió, lleno de indignación moral. Demasiada para un hombre delante de la boca de un fusil—. Vaya, pues tengo noticias para ti, señorita. No puedes decidir así como así...

Ella se llevó el arma al hombro y apuntó a su jeta de rata.

—¡Largo de aquí! Y ni se te ocurra volver.

Con los ojos fuera de sus órbitas, finalmente retrocedió descendiendo los dos escalones desvencijados que conducían a la puerta y se quedó ahí fuera. El rostro mezquino le ardía de rabia, pero no perdía de vista los cañones de la escopeta.

—Conozco mis derechos. A mí no me han llegado ningunos papeles de ningún *divorcio* y sigues siendo mi mujer. Apuesto a que esa cosa ni siquiera está cargada.

Con un pulso mucho más sereno que sus adentros, Emmaline apuntó a una piña que colgaba de una rama de pino amarillo por encima de la cabeza de él y apretó el gatillo. El disparo espantó a

decenas de pájaros y un humo azul de azufre coloreó el aire. Una lluvia de semillas pulverizadas le cayó encima y le hicieron saltar como si lo hubiese fulminado un rayo.

—¡Maldita sea! —Danzaba de un sitio para otro como si hubiese pisado un nido de avispas—. ¿Estás loca?

—¿Quieres que ahora te reviente el sombrero?

—Te has vuelto bastante fresca en estos últimos años. Que sepas que esto no acaba aquí, ¡Emmaline! —Se dio un golpe en el pecho con el dedo índice—. Volveré y traeré conmigo al *sheriff* del condado.

—¿Whitney Gannon? Vino a verme el mes pasado. Dale recuerdos de mi parte. —Hizo volar otra rama del mismo árbol, que no le dio por un pelo al estrellarse contra el suelo. Lambert le soltó un montón de improperios y ella disfrutó de lo lindo viendo sus patas flacuchas largarse dando saltos por la vereda que llevaba al carril principal.

—¡Esto no acaba aquí! —volvió a gritar desde la linde de la parcela. Lanzó esta última amenaza, protegido por la seguridad de las zarzamoras y la maleza abandonada, antes de marcharse camino abajo.

Em dio un portazo, echó el cerrojo y se hundió en la silla de la cocina que tenía más cerca. El corazón le golpeaba el pecho tan fuerte y tan rápido que sintió cómo las costillas hacían todo lo posible por que no se le saliese. Las manos se le pusieron frías y temblorosas. Las sacudidas llegaron hasta las extremidades y se estremeció en la dura silla. Un leve ataque de náuseas se apoderó de ella. Dios mío, ay, Dios mío...

Alcanzó el paquete de Lucky Strike que había sobre la mesa —uno de los pocos lujos que se permitía— y encendió un cigarrillo con la mano trémula que sostenía el fósforo. Trató de calmar sus desquiciados nervios aspirando con fuerza el tabaco.

Lambert Bauer.

¿Cómo... por qué... después de todo este tiempo, por qué volvía a aparecer por aquí? ¿Por qué no se había acabado? ¿Qué podía querer de ella ahora? Y maldito era ese Virgil Tilly por mandárselo a casa. Aunque claro, él no conocía el vínculo entre ella y Lambert.

¿Y los niños? Lambert ni siquiera los había mencionado. ¿Sabía qué había sido de los niños? Se pasó una mano temblorosa por el pelo. No, era imposible. Nadie lo sabía. Solo ella y una única otra persona sabían dónde estaban. No es que Lambert hubiese sido jamás un padre para ellos. ¿Qué tipo de hombre era capaz de abandonar a una mujer con dos niños pequeños y aun así seguir llamándose padre?

Fue el episodio más amargo al que jamás se había enfrentado, dejar que se marcharan, pero era una decisión que había tomado por amor. Casi todo lo que ganaba iba a parar a una cuenta en un banco de Twelve Mile para pagar su manutención. A veces fantaseaba con la idea de que en el futuro los tres volverían a estar juntos, pero si algo era Em, era realista. No era probable que ocurriese, y engañarse fingiendo que un día ocurriría solo hacía que el dolor fuese aún más fuerte.

Se quedó mirando la hundida cama de hierro al otro lado de la habitación. Cuántas veces había hecho esa cama. Y había aprendido a mentir tumbada en ella.



Durante los días que siguieron, Jessica probó todos los remedios que se le ocurrieron para tratar a sus pacientes. Desesperada, empleó yeso, elixires, tónicos, extractos y destilados de diversas clases. También administró aspirinas, en contra de las objeciones de Mae, que afirmaba que eran venenosas. Si bien todos recibieron el mismo solícito tratamiento e idénticos cuidados diligentes, algunos vivían, pero muchos morían. Por mucha formación y experiencia que tuviese, Jessica no lograba comprender el porqué. Nunca había visto nada parecido, pero se tomaba muy a pecho cada vida que se salvaba o se perdía.

Por cada uno que se aferraba a la vida, ella lo celebraba en silencio, un triunfo sobre la muerte. Por cada uno que no sobrevivía, aumentaba su sensación pesimista de derrota. La muerte la vencía con frecuencia.

Adam pasaba gran parte de su tiempo en el sanatorio, visitando el lecho de cada enfermo, ofreciendo consuelo y oraciones a los afligidos. Lo oyó recitar el salmo 23 tantas veces que parecía haber rayado un surco en su cerebro cansado. En cualquier caso, muchas veces, cuando levantaba la vista lo descubría observándola con expectación, como a la espera de que ella aceptase su propuesta de matrimonio, en ese preciso lugar y en ese preciso instante. En medio de este pandemónium, cada día llegaba con algún detalle para ella: un pañuelo, un libro de poesía, un tapete de encaje que había sido de su madre. Ninguno era demasiado personal, pero, dadas las circunstancias, encontró su atención molesta e inapropiada.

Además de todo esto, la asaltaba el recuerdo de la desagradable conversación que había tenido recientemente con Amy. Jess trataba de consolarse razonando que su hermana había lanzado aquellas palabras sin pensar y presa de la agitación, pero ni siquiera eso le servía de mucho consuelo.

Un día, avanzada la tarde, decidió que tenía que salir de allí unos minutos, lejos de las filas de camas llenas de enfermos que se estremecían y deliraban. En los últimos tres días, no había dormido más de cinco horas en total.

—Estaré fuera —le dijo a Mae en voz baja.

La anciana asintió mientras le ponía paños húmedos en la frente a Helen Cookson. Horace la había llevado hasta allí en el carro después de que se desplomase en casa. Mae quiso ocuparse de ella. A Jess no le importó. Ya tenía pacientes de sobra. En cualquier caso, parte de la hostilidad de Mae se había suavizado después de ver con sus propios ojos los efectos devastadores de la gripe en aquellos cuerpos: los tímpanos perforados, las costillas rotas, las hemorragias, la palidez color añil.

Con el delantal lleno de manchas todavía puesto, Jess salió por la puerta de atrás de la escuela. Se masajeó los tensos músculos de la nuca y se quitó la máscara para respirar el aire limpio y frío e intentar liberar la nariz y los pulmones del hedor de la sala llena de enfermos. Durante el día había dejado de llover y ahora el cielo era de un nítido azul cristalino, un color que solo se daba en otoño. En la zona verde a su izquierda, había ollas hirviendo con la colada, llenas de ropa de cama y camisones sucios. A su derecha, en un depósito de chapa galvanizada ardía el contenido de los orinales que se sacaban fuera y se quemaban con keroseno.

Pero el universo seguía su curso, el sol salía y surcaba los cielos y la Tierra se preparaba para la paz del invierno, totalmente ajena a la actividad de los humanos que vivían y morían sobre ella. Poco le importaba a la luna que hubiese hombres combatiendo cuerpo a cuerpo en las trincheras de Francia.

A las estrellas que aparecerían dentro de unas horas no les preocupaban las vidas que un organismo que no era visible a través de ningún microscopio estaba extinguiendo como si fuesen llamas de velas.

Mientras estaba allí de pie, deseó haber ido a la entrada principal en vez de a la trasera. Desde aquí se veía el viejo cementerio, que ya estaba allí antes de que se construyera la escuela. Los separaba solo un campo de béisbol y la verja de hierro forjado que rodeaba el lugar en el que tantas personas estaban recibiendo sepultura. Todos los miembros de su familia que había perdido en su vida yacían bajo aquella hierba: sus abuelos, su madre y su padre, que había sido su apoyo y su inspiración. Jamás había sido consciente de que Amy tuviese tantos celos...

Como si la atrajese una mano invisible, Jess se fue del porche trasero y paseó por la zona cubierta de hierba en dirección al cementerio. En otra parte lejana y menos poblada del terreno, reconoció a Winks Lamont y a aquel espantoso Bauer; ambos empuñaban palas para mover montones de tierra junto a un gran sauce. Solo era visible la parte superior de sus torsos

mientras trabajaban dentro de las tumbas que excavaban. En las cercanías yacían tres ataúdes, a la espera.

Los funerales tradicionales, con sus dolientes y sus ceremonias pomposas y señoriales, se habían convertido por necesidad en una suerte de cadena de montaje. Las familias que deseaban que se les dedicasen unas palabras de despedida a sus seres queridos a menudo no podían asistir por estar ellos mismos enfermos. Había que enterrar a los fallecidos lo antes posible porque era muy fácil que se les amontonasen, como había sucedido en otras ciudades. Así que se les daba sepultura y se tomaba nota de la ubicación; los planes para rituales más formales quedaban postergados hasta algún momento futuro.

Jess apartó la mirada y se dirigió a través de las filas hacia una lápida de granito más reciente que muchas de las que había allí. Solo tenía dos años.

Doctor D. Benjamin Andrew Latyon.

Nacido el 3 de julio de 1960.

Fallecido el 15 de enero de 1916.

Al lado de su tumba estaba la de su madre. La echaba de menos, con su ironía y su tierno sentido común, pero la pérdida de su padre era la que más había afectado a Jessica. Las hojas caídas revoloteaban sobre las tumbas, empujadas por el viento fresco, y deseó más que nunca poder hablar con él. ¿Qué haría él si tuviese que enfrentarse a esta catástrofe? ¿Existía algún tratamiento, alguna cura que ella había pasado por alto? Hundida por las responsabilidades y sin nadie a quien recurrir, jamás en la vida se había sentido tan sola.

Con las piernas temblándole por el cansancio, Jessica cayó de rodillas junto a la tumba de su padre.

—Papá —murmuró, tocando su lápida como si fuese un hombro—. Papá, no sé qué hacer. No sé cómo ayudar a esta gente. Están sufriendo unas muertes terribles, intente lo que intente. — Le estuvo hablando unos minutos, contándole su calvario con la epidemia. Después, con la voz más entrecortada, le susurró los secretos de su corazón. Apoyó la frente en la mano que se aferraba a la piedra y, mientras hablaba en voz muy baja y casi como si rezara, las lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—Odio a Cole por haber renunciado a mí, pero, que Dios me ayude, porque aún siento algo por él.

Eso era. Amy no se había equivocado. Jess lo había reconocido, aunque solo fuese ante el silencio de una tumba, pero, por más que tampoco le ofrecería el consejo que tan desesperadamente buscaba, se había confesado a su padre porque no tenía a nadie a quien contarle sus secretos.

—¡Jessica!

Deprisa, se limpió las lágrimas con el reverso de la manga y miró hacia arriba. No otro sino Cole acercándose con rapidez hacia ella, a grandes zancadas. Ella frunció el ceño. ¿No se daba cuenta de que estaba transgrediendo su intimidad? Aunque tuviera otros defectos, no era propio de él tener tan pocas luces. Cuando estuvo a menos distancia, sin embargo, vio que tenía la cara del color de la ceniza fría. Se detuvo al otro lado de la lápida de su padre.

—Es Amy. La he traído en la camioneta. La tiene, Jess, tiene la gripe.

CAPÍTULO CATORCE

Cole caminaba de un lado a otro del extremo delantero del gimnasio mientras Jessica y un par de enfermeras voluntarias cuidadosas y atentas ponían a Amy en una cama que se había liberado recientemente. Aunque las paredes y los techos altos retumbaban con las toses violentas y espasmódicas de los pacientes que languidecían tras la zona separada por una cortina, a oídos de Cole los ataques de tos de Amy sonaban más fuertes y más graves que el resto.

No había vuelto aquí desde la mañana en que había ayudado a Jessica a trasladarse. Ahora, lleno hasta la bandera de enfermos y moribundos, el lugar tenía el aspecto de una pesadilla real. Dios, solo el olor a enfermedad, desinfectante, alcanfor y eucalipto bastaban para echar a cualquiera fuera de allí. Se había atado el pañuelo cubriéndose la cara, más para filtrar los olores que para proteger su salud. Y junto con las toses oía el mismo sonido terrible que había oído la mañana que murió Eddie Cookson, un peculiar crujido que los pacientes hacían al moverse. Antes de haber enfermado ella misma, Amy le había contado que aquello se debía al aire que quedaba atrapado en los tejidos de los pacientes.

—... restaura mi alma...

La voz de Adam Jacobsen llegó hasta él como un sonido lejano captado en un día de viento.

—... de sombra de muerte...

Cole se estremeció ante aquellas palabras.

—... me has puesto en la fosa más profunda... me has afligido...

Maldita sea, ¿por qué Jacobsen no invitaba directamente a la muerte a que se pasara por allí y se llevase a cualquier otro que estuviera en las últimas?, se preguntaba Cole, indignado por las oraciones que aquel hombre había elegido. Se frotó los músculos tensos de la nuca. Si alguno aún no estaba muerto, escuchar a Jacobsen podría empujarlo hacia el precipicio.

Lo irritaba su sensación de impotencia. No iba con él quedarse sentado frente a los problemas. Siempre había tomado cartas en el asunto, resuelto a hacer algo, incluso aunque la jugada le acabase saliendo mal. Desde su limitada perspectiva, aguardaba a que Jessica saliese del cubículo de Amy, con la culpa y el arrepentimiento haciendo mella en su determinación por mantener la sangre fría.

Amy se pondría bien. Tenía que ponerse bien. Si no...

No, se pondría bien. Y, después, ¿qué?



Jessica miraba fijamente a la forma casi sin vida de Amy, que parecía igual de magullada y desfigurada que una flor aplastada bajo la rueda de un carro. En un instante así, tan terrible, el tiempo se detuvo y toda su formación y su experiencia la abandonaron, dejándola tan estupefacta y horrorizada como cualquier persona que contemplase a un ser querido al borde de la muerte.

Y lo que era peor, toda esa formación parecía no servir de nada, al no saber qué hacer para salvar a su hermana. Aquella delicada niña, compañera de la infancia y a la vez tan distinta de ella, yacía ahora aquí, devastada por una enfermedad sobre la que Jess no tenía ningún poder. Apretó las manos formando un único puño y se lo llevó a la boca.

—Ay, Dios mío... ¿por qué? ¿Por qué Amy?

—Harás todo lo que esté en tus manos, Jess. Igual que has hecho por todas las demás personas que están aquí.

Con los ojos ardiendo y la garganta dolorida por las lágrimas que estaba conteniendo, Jessica se había olvidado de que Cole estaba de pie al otro lado de la cama hasta que habló. Se había quitado el pañuelo de la cara y su voz era grave y ronca por la emoción.

Dirigió la mirada hacia él y creyó ver su propia culpa y su desdicha reflejadas en sus ojos. Su primer impulso fue recurrir a él en este momento de calamidad inefable.

—Debí haberla obligado a venir aquí en cuanto sospeché que estaba enferma, pero dejé que mi orgullo y mis sentimientos heridos se interpusieran, a sabiendas de que era un error. Discutimos sobre... —Al darse cuenta de con quién estaba hablando, se detuvo, y su rabia cambió de blanco.

—¿Sobre qué?

—Sobre ti —le espetó.

—¡Sobre mí!

—Me dijo que habías cambiado de parecer respecto a tus sentimientos por ella y que era culpa mía. ¡Mía! Ambos sabemos que la razón es que eres incapaz de entregarle tu corazón ¡a nadie! Necesitaba arremeter contra alguien por lo injusto que era todo: los errores garrafales y las decisiones equivocadas, tan humanas, los caprichos del destino y las vueltas que había dado la vida para acabar abocándolos a los tres, inextricablemente unidos, a esta situación. Era muchísimo más fácil arrojar la culpa que aceptar lo impensable.

Funcionó. El poco color que quedaba en la cara demacrada de Cole se esfumó, enfatizando su rala barba incipiente de color rojizo. Parecía como si ella hubiese extendido la mano hasta el otro lado de la cama y lo hubiese abofeteado. Pero Jessica no se sintió mejor después de su arrebató. Más bien socavó las pocas fuerzas que le quedaban. Justo cuando él abrió la boca para contestarle, su efímera rabia se apagó, cayó de rodillas junto a Amy y agarró su mano caliente. Un sollozo confuso intentó abrirse camino a través de la garganta de Jessica, pero se quedó allí, sin llegar a brotar.

—Doctora Layton. —Adam Jacobsen apareció desde detrás de las cortinas de separación—. Todo el mundo os está oyendo —dijo en un susurro de desaprobación— y estoy seguro de que no queréis montar una escena. —Fulminó con la mirada a Cole, que ni se inmutó. Ella notó cómo Adam la agarraba por los hombros, tirando de ella para que se levantase—. No hay nada más que puedas hacer por Amy. Deberías irte a casa.

Él intentó separarla de la cama, pero Jess, con una idea fija en la cabeza, se resistía con fuerza.

—¿Estás loco? ¡No puedo dejarla ni a ella ni a todas estas personas!

Todo —la sala, la escena, incluso el color de las cosas— tenía un aire irreal, onírico.

—Ahora mismo tampoco hay nada más que puedas hacer por ellos. Te acompañaré a tu consulta. Necesitas descansar.

Jess intentaba zafarse de él, pero sus manos la apretaban. Su tacto no le producía ningún consuelo. De hecho lo rehuía, también su ofrecimiento de ayuda.

—Adam, suéltame. No quiero descansar.

—No puedes pensar con claridad.

—Adam... —Ella intentó zafarse de nuevo.

Cole se acercó a su lado de la cama y liberó a Jess de las garras de aquel hombre.

—¿Quién está montando una escena ahora, Jacobsen? La señora ha dicho no. Vuelve a tu misión conduciendo a la gente hasta el valle de la muerte, o lo que quiera que sea que haces, y no te metas donde no te llaman. Es un asunto de familia.

La cara de Adam se enrojeció de rencor y su nariz en forma de flecha pareció más que nunca estar a punto de tocarle la boca.

—Tú no eres de la familia.

—Lo mires como lo mires, soy más cercano que tú. ¡Así que largo! —Cole no levantó la voz, pero iba cargada con una autoridad contra la que no se podía discutir. A pesar de que las emociones de Jessica eran una maraña de terror y enfado, tras la intervención de Cole experimentó una sensación de alivio.

Un músculo saltó en la mandíbula apretada de Adam. Aplastó un labio contra el otro hasta formar una línea blanca y tensa y después se dio la vuelta y se alejó. Cuando ya no los podía oír, Cole dijo:

—Jess, necesitas y tienes que irte a casa, aunque sea un rato. Las mujeres se ocuparán de Amy. Tú misma has dicho que lo que más falta le hace a estas personas son buenos cuidados.

Ella miró a su hermana, que gemía en su delirio. Era una decisión difícil, pero estaba cansada.

—Sí, supongo que debo descansar, pero solo una o dos horas.

Por un instante fugaz se apoyó en él, agradecida por su fortaleza. Después vio a Fred Hustad y a Bert Bauer entrar por la puerta trasera para recoger los cadáveres del guardarropa que habían convertido en morgue. Sabía que había cinco cuerpos envueltos en sábanas. Se recompuso ante el panorama y le susurró a Cole:

—Cole, por favor... si... pase lo que pase, por favor no dejes que ese monstruo de Bauer la toque. He visto como trata a los... por favor... no lo dejes... y Winks es tan... —Movi6 la cabeza, incapaz de terminar la frase.

Le habían llegado rumores de gente que había visto a Bert Bauer en tabernas de Twelve Mile y Fairdale pagando las bebidas con joyas que afirmaba haber «encontrado». No cabían demasiadas dudas respecto al origen de esos bienes, aunque realmente nadie se había presentado para identificar una reliquia de la familia que debería haberse enterrado junto a su dueño o devuelto a los familiares.

La mirada de Cole acompañó a la de Jess mientras observaban cómo sacaban un cadáver.

—No llegará ese momento. Se pondrá mejor.

Ella le apretó la muñeca con más fuerza de la que él habría creído que tenía.

—No. Prométemelo. Necesito que me hagas la promesa y no la rompas.

Él la miró directamente a los ojos.

—Yo... No te preocupes. Me encargaré yo. —Su voz sonó igual de tensa que ella notaba sus nervios.

Satisfecha, volvió a apoyarse en él, solo un instante. En la torpe confusión de Jess, creyó notar que los labios de Cole le rozaban la frente. El mundo se había convertido en una pesadilla... en la que tenía que contemplar que fuese Cole quien enterrase a su hermana porque, si no fuese él, las únicas personas disponibles para hacerlo eran un morbosos codicioso y un alcohólico simplón.

Él la condujo entre los cubículos y las camas de los enfermos.

—Mae, Jess se va a ir un rato a casa.

La anciana empujaba un carrito de servicio en el que llevaba cuencos de sopa y una gran olla de caldo para los que tenían fuerzas suficientes para comer.

Jessica notó que las demás voluntarias posaban sobre ella sus miradas y después la apartaban, como si no supiesen qué decir. O quizá les preocupaba que el sufrimiento de Jessica buscase su compañía en la enfermedad de sus propios familiares.

—Yo vigilaré a Amy —dijo Mae—, no te preocupes. Nos las arreglaremos hasta que vuelvas. —

Le entregó a Jessica un paquetito envuelto en una servilleta—. Te he preparado un sándwich de pollo. Igual no tienes hambre, pero espero que te lo comas. Tienes que conservar las fuerzas.

A Jess le alegraba ver que ella y la abuela hubiesen logrado mantener una tregua provisional durante los últimos días y noches. Había acabado por confiar en el tenaz sentido práctico y la calma imperturbable de Mae en momentos de emergencia. Cuando tanto en la tienda de Bright como en la botica se agotó el Vicks VapoRub, lo que reflejaba la escasez a nivel nacional debido a la epidemia, Mae decidió preparar un sucedáneo bastante aceptable mezclando sus propios aceites esenciales con vaselina.

Jessica creía que gracias a su dedicación y duro trabajo se había ido ganando, aunque a regañadientes, el respeto de Mae, quien llegó incluso a admitir que no todos sus conocimientos

médicos eran bobadas. A veces, Jess había notado cómo la anciana la observaba. Sabía que Mae estaba buscando la oportunidad de criticar o sacar partido a lo que ella pensase que fuera un error, pero, al menos, cuando la había cuestionado, había escuchado las explicaciones de Jess.

—Corre y descansa un rato. Te buscaremos si hay alguna emergencia —le dijo Mae mientras miraba a Amy con los ojos húmedos.

—Yo te llevo —se ofreció Cole.

Aceptando el sándwich de pollo, Jess titubeó y después suspiró.

—De acuerdo.

Pasó por su mesa para quitarse el delantal y recoger su bolso, reticente a dejar tras de sí el maletín de cuero. Mientras salían del edificio, a Jessica no le pasó desapercibida la fría mirada que les dedicaba Adam.

Después hizo una anotación sobre su tablilla.



—Cuéntame cosas sobre mis chicos. ¿Cómo están? ¿Están bien?

Emmaline estaba sentada delante de la mesa coja de su cocina y tenía en frente a Tanner Grenfell, el hombre que, cada dos o tres meses, recorría el camino de Butler para contarle cómo seguían Wade y Joshua. Ella no sabía si aquello era una suerte o una desgracia, porque escuchar lo que le contaba solo contribuía a que los echase aún más de menos, pero le costaría la vida obligarse a decirle a Tanner que dejara de ir.

La leña verde que ardía en la estufa provocaba un fuego humeante. El olor lo penetraba todo, pero ahuyentaba el frío. A pesar de vivir bastante aislada aquí arriba, estaba enterada de la epidemia. No dejaría entrar por la puerta a ningún cliente que tosiera ni una sola vez o pareciera mínimamente enfermo, pero no podía permitirse dejar de trabajar. El número de clientes ya había caído de por sí, por lo que hoy llevaba puesto un vestido de casa estampado y descolorido en vez de su descolorido salto de cama.

—Están bien, Em, no paran de crecer. Las escuelas están cerradas, así que allí no se van a contagiar.

—¿Van bien en las clases?

—Sí. Sé que quieres que reciban educación. En eso no puedo ayudar mucho, pero la señorita Susannah se encarga de que no dejen de lado los estudios. Aunque desde que ha estado echando una mano en el hospital no nos deja entrar en su cocina ni a mí ni a los niños. Vamos tirando con lo que yo cocino en la barraca. —Se sonrió—. Los fogones tampoco se me dan muy bien, creo. Josh dice que está harto de comer panceta y patatas, pero no nos morimos de hambre. Y yo sé que ella está solo siendo precavida.

—¿Todavía no sabe... bueno, lo mío?

—No que yo sepa. Estoy seguro de que los chicos no saben nada.

—¿Preguntan por mí alguna vez?

—Ya no tanto —respondió, claramente incómodo y mirando hacia otro lado.

Ella apoyó la barbilla sobre la mano y jugueteó con su paquete de Lucky Strike sobre la mesa.

—Después de tres años me imagino que pensarán que los he abandonado, como los abandonó su despreciable padre.

—No, no es cierto. Les he contado lo que querías, que soy su tío y tú estás en un sanatorio para tuberculosos en Colorado. —Se encogió de hombros—. Eso deja la puerta abierta si llega el día en que te los quieras volver a llevar contigo.

—¡Maldita sea! ¡Tú sabes de sobra que los quiero a mi lado! —exclamó Em poniéndose derecha—. Pero no puedo... Tanner, lo sabes mejor que nadie. Fuiste tú quien me encontró aquella noche vagando por las calles en Parkridge, en busca de un médico después de que

Lambert me partiese la cara. Por mucho que lo odiase, cuando nos abandonó, no supe qué hacer.

—Lo sé, lo sé—la detuvo levantando la mano—, no te pongas hecha una furia. Me he expresado mal, lo siento. Sé cuánto los quieres. —Se echó hacia delante, con los codos en las rodillas, y la miró a los ojos—, pero podríamos haberlo hecho de otra manera, tú podrías haberte venido conmigo y yo me habría hecho cargo de ti y de los chicos.

Sí, podría haber aceptado su oferta. Era joven, unos diez años más que ella, y amable, recatado y reservado en sus formas. Un buen hombre. Incluso guapo. Su pelo rubio rojizo y sus ojos grises como el mar le recordaban a un paciente caballo de tiro, pero daba igual. Nada la habría hecho cambiar de opinión.

—Ay, Tanner, ya hemos hablado de eso. Hiciste más de lo necesario quedándote con los niños. No sé qué habría sido de Joshua y de Wade si no llega a ser por ti, pero Lambert te estafó y te sacó un montón de dinero con ese chanchullo del ganado. No creía que fuese justo hacerte cargar también con su mujer. —Con aire ausente, se quedó mirando una de las vigas desnudas del techo—. Además, después de él, no quería tener que depender de nadie.

Tanner estiró su larga figura y rodeó con un brazo el respaldo de la silla.

—No hace falta que te diga que ojalá jamás hubiese conocido a ese hijo de perra. Se llevó hasta el último centavo que tenía ahorrado y yo fui lo bastante ingenuo y necio como para dejarme embaucar. Aunque me imagino que el plan le salió redondo porque me crucé con él en el momento adecuado.

Ella bajó la mirada del techo y la dirigió hacia sus afables ojos.

—Está en Powell Springs, lo sabes, ¿verdad?

—Eso he oído. Si no fuese por Josh y por Wade, iría tras él y le daría una buena tunda por todo lo que nos hizo. Por mucho que le guste hacer creer, no es un tipo tan duro.

Ella notó el deje de amargura en su voz y sintió un terror frío dentro.

—Pero no lo harás, ¿verdad? Porque seguro que daría con ellos. Ahora no creo que sepa dónde están.

—Deja de preocuparte. He dicho si no fuese por los niños. Se merecen que los críen como es debido y él no es la persona más apropiada.

Ella relajó la columna de nuevo y dejó escapar un suspiro.

—Ojalá se marche. No me preocupo tanto por mí misma como por los niños...

—No creo que vaya a irse a ningún sitio por ahora. Últimamente está cavando tumbas para el enterrador y va alardeando de todo el dinero que está ganando.

—Dios —dijo Em estremeciéndose—, algo así es tan propio de él, es un canalla rastrero. Vino hasta aquí, pero...

—¿Aquí? —De inmediato Tanner se puso tenso como un gato espantado—. ¿Te ha encontrado?

—Sí, pero le mostré los cañones de mi escopeta y puso pies en polvorosa. Tienes razón... A la hora de la verdad, Lambert no es más que un cobarde y un gallina. Le pegué un tiro a la rama que tenía sobre la cabeza y salió corriendo como alma que lleva el diablo.

—Cuánto me habría gustado ver eso —dijo él entre risas.

Ella siguió describiendo el resto de la visita de Lambert y las amenazas que le había lanzado desde la seguridad del seto de las zarzamoras. Tanner no paraba de reír.

—Quizá vuelva, pero Lambert nunca quiso tener nada que ver con la justicia, al menos no de forma voluntaria. En cualquier caso, le conté que tengo relación con Whit Gannon. —No le dijo que se había pasado horas temblando en la oscuridad después de que Lambert se marchase, intentando recobrar la calma y el valor.

—De todas formas, ten mucho cuidado con él. Nunca se sabe de qué sería capaz. —La expresión de Tanner se volvió más grave—. Tienes muchas agallas, Emmaline.

Ella hizo un gesto quitándole importancia.

—Qué demonios, simplemente hago lo que haga falta para salir adelante, pero está claro que esta no es la vida que me veía llevando hace veinte años.

Volvió a mirar hacia el tablero de la mesa, incapaz de soportar la bondad que se reflejaba en el rostro de Tanner. Si le hacía demasiado caso, acabaría por desconchar el frágil muro que había construido alrededor de su corazón. El silencio se hizo entre ellos y en toda la choza. Fuera, un arrendajo, probablemente el último de la estación, dejó escapar un fuerte graznido bajo la tenue luz de la tarde. Em se aclaró la garganta.

—Mira, Tanner, no tengo palabras para expresarte cuánto te agradezco lo que llevas haciendo por mis hijos todo este tiempo. Yo... bueno, a estas horas de la tarde, ya no espero a nadie, así que si quisieras... —Dejó la frase inconclusa y con un gesto de la cabeza señaló hacia la cama, perfumada con agua de rosas barata. Era la primera vez que le hacía tal proposición.

Él se tambaleó erguido sobre la silla, como si le hubiesen pinchado con un cable pelado cargado de electricidad. Se le subieron los colores.

—Oh, por Dios, ¡no, mujer! Vamos, que no es que no te lo agradezca... Em, no podría hacerte eso... —Tartamudeaba y se atrancaba al hablar, hasta que ella le puso la mano en el brazo.

—Está bien. Solo quería darte las gracias. —Suspiró levemente—. Es todo lo que te puedo ofrecer.

Fugazmente, él cubrió la mano de ella antes de apartarla.

—No valgo tanto.

Ella lo estudió por un instante.

—Vales muchísimo más.



Jessica y Cole no hablaron durante el corto trayecto hasta la consulta. Su silencio solo se veía interrumpido por los resoplidos del motor del Ford y los chirridos de queja de sus juntas. El único limpiaparabrisas barría el cristal de forma intermitente mientras la lluvia pulverizaba finas gotas sobre el parabrisas. Al oeste, sobre el horizonte, una franja brillante de los últimos rayos de sol del día desafiaba al cielo gris plomizo antes de que cayese la noche cerrada.

A Cole se le revolvían las tripas por el sentimiento de culpa y, de forma imprecisa, de deshonra. Aparte de su fracaso en el intento de alistarse en el Ejército, la deshonra era una inmoralidad que le resultaba ajena. Shaw Braddock no toleraría ningún comportamiento en sus hijos, más allá de las típicas bromas de muchachos, que lo mancillase a él o a su apellido.

Aunque esto... quizá el viejo no lo viese como una vergüenza, pero Cole sí: le había dicho a Amy una mentira, una gran mentira. No había sido su intención, pero lo había hecho y no sabía cómo arreglarlo. Encima de eso, mezclado con la culpa, estaba el hecho de que ella tenía todos los motivos para creer que él le pediría matrimonio y se casaría con ella, pero él no había sabido encontrar el momento adecuado.

Ahora Dios o el destino se estaban vengando haciendo que Amy enfermase con la gripe. No era más que una víctima adorable e inocente de su corazón inconstante.

Jessica se desplomó en el asiento a su lado cuando pararon delante de la consulta. Él echó el freno de mano y le preguntó:

—¿Tienes algo más para comer aparte de ese sándwich que te dio Mae?

—No. Tal vez. No sé —contestó mirando el paquetito que aún llevaba en la mano.

—¿Tienes café? —La estudió a la luz del anochecer que avanzaba.

—Sí, y Horace me sigue trayendo nata fresca.

—Pues venga. —Saltó de la camioneta—. Puede que no sepa mucho de cocina, pero todo domador de caballos que se precie sabe preparar café.

—Cole, ¿para qué? —Suspiró—. No tenemos nada más que decirnos.

Él escrutó su cara cansada. No estaba de acuerdo, pero este no era el momento de decirlo. Había tantas cosas por decir.

—Escucha, Jess, ahora mismo no puedo hacer demasiado por ayudarte y no se me da nada bien sentirme tan inútil. Si me dejases ayudarte, me lo tomaría como un favor.

Ella cerró los ojos por un instante, dubitativa.

—De acuerdo.

Salió de la camioneta sin esperar a que él la ayudase a hacerlo y cruzó la acera hasta su consulta. Rebuscó la llave en los bolsillos, pero Cole sacó la suya primero.

—La tengo. —Giró el pomo y le abrió la puerta. Una vez dentro, volvió a echar la llave.

—La nata y el café están arriba.

Jess encendió la luz del techo. La bombilla incandescente proyectaba duras sombras sobre su cara, lo que le confería un aspecto de mayor cansancio aún. Subió las escaleras hasta su apartamento, sin molestarse en comprobar si Cole iba detrás de ella. Obviamente esperaba que la siguiese. A pesar de que la falda estaba impregnada de los olores del hospital del que acababan de salir, Cole detectó la leve fragancia que siempre había asociado a ella: madera oscura y especias.

Nada parecido a la vainilla.

En la cocinita del apartamento, él tomó las riendas.

—Tú siéntate —le ordenó, conduciéndola hasta una silla junto a la mesa. Él encendió el hornillo y pronto el húmedo frío otoñal huyó hasta las esquinas de la habitación—. ¿Dónde está el café? Ella se dejó caer en una silla e hizo un gesto general hacia la cocina.

—En el mueble, en el armario de arriba a la derecha.

Cole encontró el café, molió los granos y acto seguido la habitación se llenó de su delicioso perfume mientras se filtraba. Sin ayuda, también dio con las tazas, la nata y las cucharas. Buscó algo para acompañar al café; la abuela Mae tenía razón, debían comer. Lo mejor que encontró fue un pan y un trozo de mantequilla en un platito. Jessica no se había equivocado en cuanto a su falta de comida.

Pero, vaya, tal y como Amy siempre le había recordado, Jess nunca había tenido muchas dotes en la cocina.

A él nunca le había importado.

Aunque el pan acabó pareciendo más bien migajas después de untarlo, se alegraba de poder distraerse con algo. Sentía los ojos de Jessica sobre su espalda mientras iba y venía.

—Cómete el sándwich —dijo de espaldas a ella—. El café está casi listo.

Contento por verla mordisqueando el pollo, puso en equilibrio las tazas, la cafetera y todo lo demás para llevarlo hasta la mesa. Él tampoco había tenido nunca demasiadas dotes en la cocina.

—Lo siento por el pan —murmuró, dejándolo sobre la mesa.

Jessica miró los pedazos desiguales de pan que había cortado y sonrió.

—Y tendría el mismo aspecto si lo hubiese hecho yo.

El sándwich de Mae estaba bueno, pero lo engulló mecánicamente, tan solo porque sabía que tenía que hacerlo. Él sirvió el café en las tazas. Después se sentó en la silla frente a ella y salpicó su café con una gota de nata.

—¿Cuánto tiempo tiene que pasar para saber... cómo sabremos...?

—¿Cómo sabremos si Amy sobrevivirá? —La interpretación de Jessica de su pregunta a trompicones sonó rotunda y clínica incluso a sus propios oídos.

—Sí. —Suspiró.

—Ojalá lo supiera. Algunas de las personas con más posibilidades de morir parecen resistirse por mera voluntad o por lo que yo llamo suerte. Otras que espero que mejoren no sobreviven. Algunas personas que han estado expuestas una y otra vez dan la impresión de ser inmunes,

pero también me han llegado casos de granjas muy distantes donde no han tenido visitas de nadie. —Dejó el sándwich y se frotó las sienes—. Tú hablas de sentirse inútil... la palabra se queda corta para describir cómo me siento yo.

Cole le dio un toquecito con la bota a su pie bajo la mesa.

—Nunca he visto a una persona inútil trabajar tanto como tú.

—No es difícil parecer ocupada cuando vas corriendo de un lado para otro como una gallina sin cabeza.

—¿Entonces no estás ocupada de verdad?

—Claro que sí, pero también estoy asustada.

—¿Tú? Jess, no creo que nada en la vida te haya dado realmente miedo —declaró, no como un cumplido, sino como una constatación de los hechos.

—¿Se puede saber de dónde sacas eso?

—Has llevado a cabo tareas que tumbarían a algunos hombres. Y de todas ellas has salido airosa.

—Está claro que no me escuchabas cuanto te contaba algunas cosas.

—Créeme, las he oído todas. —Se quedó mirando su taza.

De repente un cúmulo de brea explotó en el hornillo de leña y sonó tan fuerte como un disparo en la tranquila habitación. Jessica se estremeció. Cole soltó una risa, lo que la sobresaltó aún más.

—Hey, ¿te acuerdas de aquella noche de Halloween que nos colamos en la casa de los Leonard? Aquella noche no estabas asustada.

En ese momento ella sonrió y la nube de pesimismo que amenazaba sobre ella de repente se iluminó.

—¡No me había acordado de eso en años! Tenías esos petardos que habían sobrado de las celebraciones del 4 de Julio. ¡Qué miedo pasé!

La sonrisa de Cole le marcaba aún más los hoyuelos que a ella siempre le habían parecido infinitamente fascinantes y atractivos.

—Amy nos oyó tramándolo y nos obligó a llevarla con nosotros bajo la amenaza de chivarse a tu padre si no lo hacíamos. La utilizamos de centinela, pero estaba tan nerviosa y acelerada que yo creía que nos descubrirían antes ni siquiera de empezar.

Jess removió el café.

—Sí, nunca fue muy amante de la aventura y por aquel entonces no tendría más de diez u once años. Cuando escalaste por la espaldera de la enredadera y llegaste a lo alto del tejado de los Leonard, hasta yo estaba sudando. Por la ventana veía a toda la familia reunida, rezando una especie de oración en el salón. Después tiraste los petardos por la chimenea...

Llegados a este punto, ya estaban ambos desternillándose, con esa risa desesperada, feliz e histérica que a veces se apodera de las personas en los momentos más terribles. A Jessica le resbalaban las lágrimas por las mejillas.

—Pum, pum, bang, bang, bang... —Cole imitaba el ruido de los petardos.

—Ay, los tenías que haber visto. Te lo perdiste todo allí arriba en el tejado. Salieron saltando en todas las direcciones, tirando las sillas, lanzando los libros de oraciones. El viejo Leonard agarró la escopeta y japuntó a la chimenea! La pobre Dolly se escondió bajo la mesa del comedor con los niños.

Continuaron a carcajadas hasta quedarse sin resuello, después tomaron aliento y volvieron las risotadas. Cole dio varios manotazos a la mesa, desgañitándose hasta que no le quedó aire en los pulmones. A Jess le dio un calambre en el costado. Cualquiera que los hubiese visto, habría pensado que habían perdido completamente la cabeza.

—Debió de esperar que el diablo saltara desde las llamas hasta el salón, armado con un tridente —dijo Cole con la cara roja por la exaltación—, pero entonces me quedé colgado en su

espaldera de rosas medio podrida al intentar bajar. Todo el invento se vino abajo. Fue entonces cuando el viejo salió. Prácticamente arrancó el quicio de la puerta.

—Creí que se me paraba el corazón en aquel momento —comentó Jess con fingida seriedad—. Menos mal que aquella noche no había luna o te habría descubierto allí, tirado en el arriate. Y Amy, escondida en el seto de aligustre, atacada de los nervios y llorando. —Volvió a deshacerse en risitas agudas.

—¡Por Dios! Habría disparado a la primera cosa que se moviera. Lo único que podía hacer era quedarme allí quieto sin mover ni un músculo hasta que diese la vuelta a la casa en la dirección contraria.

—Y luego salimos pitando. No sabía que podía correr tan rápido. Tuve que agarrar a Amy y tirar de ella, se habría quedado escondida en esos arbustos toda la noche.

—Yo acabé lleno de arañazos de los rosales. Tenían unas espinas que parecían puntas de lanza. —Se miró los brazos desnudos, que salían de la camisa de cuadros arremangada. Ya no se veían las cicatrices, solo los músculos y la fuerza de un hombre después de años de duro trabajo.

—Tuviste suerte de no romperte la crisma.

—Tuvimos suerte los tres de que no nos pillaran. Estaba convencido de que Amy se iría de la lengua.

—La verdad es que yo también. Miente muy mal. Pero nunca nos descubrió nadie.

—Estaba muerto de miedo por si nos descubrían.

—Aquella noche me dijiste que no tenías miedo —dijo Jess levantando una ceja.

—Sí, bueno, no te podías enterar —intentó restar importancia al comentario—. Tenía que proteger mi ego de chico de dieciséis años. Pero el viejo Leonard me habría atado a un poste en su jardín trasero para que los perros me devorasen. Vaya cascarrabias amargado está hecho. Sus risas se fueron calmando poco a poco, como una mecedora que se ha balanceado hasta pararse con suavidad, dejando un silencio elocuente.

—Lo pasábamos bien entonces, ¿verdad? —observó Cole, con un temblor agrídulce en la voz. Era mucho más que eso. Tenían una historia común que comenzaba en la infancia.

—Y tanto. Antes de que todo se... complicara.

Mordió la corteza del sándwich, pero se había secado, así que la dejó a un lado.

—Jess, ojalá hubieses vuelto para quedarte cuando murió tu padre, en vez de volverte enseguida a Nueva York.

—A veces yo también lo pienso. Aprendí mucho en Nueva York, pero no tengo claro que aquello me hiciese mejor persona. Lo pagué con mi tranquilidad mental. Todavía tengo pesadillas por las cosas que vi.

La mirada de él atrapó la de ella, dejándola clavada a la silla.

—No, me refiero a que ojalá hubieses vuelto para quedarte... conmigo.

Jessica notó que el corazón se le encogía dentro del pecho y la garganta se le secaba, parecía que se hubiese tragado un cactus.

—¿Cómo puedes sacar ese tema ahora?

Para absoluta sorpresa de Jess, Cole se bajó de la silla y se inclinó a su lado con una rodilla en el suelo. Con los ojos aún clavados en los de ella, acercó la mano, áspera tras tantos años de trabajo, y le apartó los mechones de pelo suelto que le caían por la cara. El dorso de sus dedos le rozó la mejilla y todo su cuerpo se erizó, con la piel de gallina, provocándole un delicioso escalofrío. Luego su mano se abrió camino hasta llegar a la nuca de ella y atrajo su rostro hacia el de él. Ella sintió su aliento cálido, olió su fragancia y se vio incapaz de detenerlo.

No quería detenerlo.

Los labios de Cole tocaron los suyos, tímidamente, solícitos. Durante ese instante, desaparecieron como por arte de magia todos los años y el dolor y las traiciones. Este era Cole

Braddock, el hombre que había amado siempre. Recordaba sus besos muy bien, pero también sentía que esta fuese la primera vez.

Ella se echó atrás, con la respiración acelerada.

—No podemos hacer esto —le advirtió.

—Lo sé.

Después volvió a besarla.

CAPÍTULO QUINCE

Adam Jacobsen estaba sentado delante de su escritorio con una hoja de papel en blanco frente a él. Últimamente no había muchos sermones que preparar. Esta noche se concentraría en redactar otro tipo de escrito.

Fuera, la noche del mes de octubre había caído sobre un cielo despejado, que confería a la oscuridad el color del terciopelo negro. La lámpara sobre su escritorio era la única luz que iluminaba la casa; se había puesto manos a la obra en cuanto regresó. Nettie Stark se había marchado hacía ya varias horas.

Sacó su pluma, la mojó en el tintero de su padre y con trazo firme remitió una carta al lugarteniente de su sección de la LPA. Sentía especial admiración por la Liga Protectora Americana, con su jerarquía cuidadosamente organizada de capitanes y compañías, lugartenientes y secciones. A veces incluso envidiaba a las ciudades de mayor tamaño con sus grandes empresas financieras e industriales. La mayoría de los trabajadores solían ser miembros e informaban a sus superiores en el trabajo. Como Powell Springs no era más que una pequeña población, Adam era el único agente del pueblo. Su superior, un banquero de East Portland, supervisaba también a los agentes de los pueblos vecinos.

Adam no se molestaba en proclamar su pertenencia a la asociación: un agente no debería revelar que era miembro ni mostrar su placa, pero la mayoría de los lugareños lo sabían y él estaba seguro de que este cargo le confería un estatus que no tendría en calidad de simple eclesiástico. Que hubiese un pastor en la organización podría no ser común, pero tampoco debía de ser el único.

Así que se sentó cómodo para redactar las líneas de su informe semanal. Por lo general identificaba a todo aquel que él consideraba antipatriótico: insumisos, desertores o aquellas personas que no compraban bonos Liberty o no seguían el sistema de racionamiento recomendado. Tomaba nota de conversaciones oídas al pasar que tan siquiera insinuasen una posible sedición o quejas sobre la guerra. Cualquiera cuyo patriotismo se pusiese mínimamente en tela de juicio era susceptible de ser investigado. De hecho, había mencionado a Mae Rumsteadt en un par de informes previos por una doble infracción: negarse a comprar bonos y no respetar ninguna de las exigencias de racionamiento de alimentos. Los forasteros y los extranjeros ocupaban los puestos más altos de la lista de personas que había que observar, aunque no hubiese ningún extranjero en la zona.

Tenía un fajo de notas en las que trabajar esta semana, pero había un nombre que se le venía a la cabeza constantemente.

Cole Braddock.

No tenía acusaciones concretas que imputar a Braddock. Que se hubiese librado de ser llamado a filas era un tema espinoso para Adam, pero aceptable para el Gobierno. Pero tenía que haber algo. Con su propia actitud, Braddock le había dado muestras de hostilidad y desprecio hacia su persona una y otra vez. A Adam no le gustaba, era cierto, pero sabía que no lo movían el orgullo ni la envidia ni tan siquiera una animadversión a nivel personal. No, en absoluto. Había algo antipatriótico en Cole Braddock y él iba a descubrir qué era.

Adam siempre trabajaba por el bien del país. Y aunque no formase parte de las Fuerzas Expedicionarias, él era un buen soldado del ejército de Dios.

Se sentó hacia delante, volvió a mojar la pluma y comenzó a escribir.



Jessica empujaba a Cole para alejarlo de ella.

—Para —le exigía, sintiendo en el rostro el cosquilleo por el roce de su barba—. ¡No podemos hacer esto!

Él se echó hacia atrás, quedándose en cuclillas sobre los talones y mirándola. Sus ojos oscuros reflejaban una emoción que ella no sabía reconocer: más fuerte que el deseo, más intensa que la lujuria. Él respiraba dando cortas bocanadas entrecortadas y a ella le latía el corazón como si tuviese truenos que le retumbasen dentro de la caja torácica. Con una mano temblorosa, ella le apartó el pelo de la cara.

—Amy, mi hermana, tu futura, yace en una cama en el gimnasio de la escuela y su vida pende de un hilo y tú... yo... —Jessica farfulló hasta detenerse, y después añadió—: ¿Cómo te atreves? Frunciendo el ceño, Cole se levantó. Llenaba todo el reducido espacio con su presencia y la ira palpitaba entre ellos.

—¿Por qué no volviste? Te lo he preguntado muchísimas veces, pero nunca me has dado una respuesta clara. Me prometiste que regresarías y te casarías conmigo. En vez de eso, me diste falsas esperanzas durante más de un año y, después, de buenas a primeras, recibo de ti ese maldito telegrama diciéndome que no siguiese esperando. ¿Por qué? Y no me vengas con ese rollo de los pobres y los enfermos. ¿Tan ocupada estabas intentando reparar el corazón roto del mundo que nunca se te ocurrió pensar en el de nadie más?

Jessica se quedó mirándolo fijamente.

—¿De buenas a primeras? ¡De buenas a primeras!

Saltó de la silla y fue dando zancadas hasta el dormitorio, donde rebuscó dentro de un baúl. Lanzó prendas de ropa aquí y allá, cosas del equipaje que aún no había deshecho, hasta que dio con lo que buscaba: un fajo de cartas atadas con un lazo y, encima de todas, el telegrama que había recibido de él antes de que ella enviase su respuesta. Lo separó del montón e irrumpió de nuevo en la cocinita. Él se había puesto a recorrer de un lado para otro la pequeña estancia, como un animal salvaje dentro de una jaula, conteniendo a duras penas su evidente ira. Le puso el sobre delante de las narices.

—¡Toma! ¿Te suena de algo?

—¿Qué es esto? —preguntó, arrebatárselo de la mano.

—Es el telegrama que me llegó de ti. No decía nada que me hiciese querer volver a casa. Con todo lo que significábamos el uno para el otro, no te puedes hacer una idea de lo traicionada que me sentí. Y luego, pocas semanas después, recibo una alegre carta de Amy, contándome que la estabas cortejando, ¡a ella! —Las lágrimas le resbalaron por la cara y, llena de rabia, se las limpió con el dorso de la mano—. Por Dios, Cole, no sé cómo después de eso tienes el valor de comportarte como el pretendiente insultado al que han dejado plantado.

Él sacó el mensaje del sobre y lo leyó. Después la miró a ella, con un gesto de perplejidad casi convincente.

—Es la primera vez en mi vida que veo esto.

—¿Qué...? ¿Qué...? —Se le volvió a trabar la lengua por la frustración y la incredulidad. Sacó un pañuelo del bolsillo de la falda y se sonó la nariz violentamente—. No intentes hacer que me trague esa ridiculez. Tú lo escribiste. Tiene tu firma. Se envió desde la oficina de telégrafos del pueblo. En serio, ¿vas a caer tan bajo como para recurrir a un repentino ataque de amnesia...?

Él agitó la nota de color ocre delante de ella.

—Te digo que yo no envié esto. No lo escribí.

Se metió el pañuelo en el bolsillo de cualquier manera y le arrancó el papel de las manos para leerlo en voz alta.

—«Jessica, quise que fueras mi esposa pero me niego a esperar ni un día más. Lo siento.» Si no lo enviaste tú, ¿quién lo hizo?

Cole se sintió como si observase el reflejo de su vida en un espejo, como esa niña llamada Alicia que aparecía en un libro que Susannah le había leído a los sobrinos de Tanner Grenfell. Nada tenía sentido, todo parecía estar al revés. Sabía que no había enviado ese telegrama, pero ahí estaba, negro sobre ocre.

—Así que recibiste esto —recapituló, volviendo a quitarle aquel papel— y después me respondiste con otro telegrama en el que me decías que no te esperase.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —Su voz tenía un tono de derrota, se sentó de golpe.

Él recordaba aquel día de abril. Como si fuese ayer. Se había refugiado en el bar de Tilly y se había emborrachado tanto que Virgil Tilly lo tuvo que sacar por la puerta trasera de la taberna con una manta y un cubo. O al menos ese era el lugar donde había recobrado la conciencia al día siguiente, con una resaca que habría matado a un búfalo. Había llovido en algún momento de la noche, la manta pesaba y estaba empapada y él presentaba un estado totalmente lamentable y abatido. Por si fuese poco, además de la resaca, se sentía como si le hubiesen dado una patada en el pecho. Una patada en el corazón.

—Alguien nos ha gastado una broma de muy mal gusto, Jess.

—Eso es absurdo. —Puso los ojos en blanco—. ¿Quién haría algo así?

—No sé quién ni por qué, pero eso es lo que ocurrió. —Veía el dolor y la certeza de la traición en los ojos de ella. También veía que no se estaba creyendo ni una palabra de lo que le decía—. Jamás debí... Jamás habría empezado a cortejar a Amy si no hubieses enviado ese telegrama.

—¿Así que ahora es mi culpa? —Recogió las cortezas de pan seco y, en un arrebato pueril, se las lanzó. Él hizo caso omiso.

—No, no he dicho eso, pero voy a llegar hasta lo más profundo de este asunto. —Dobló el telegrama y lo guardó en el bolsillo de la camisa—. Necesito quedarme con esto durante un tiempo.

—No, es mío. Devuélvemelo —le exhortó desconfiada y extendiéndole la mano.

—¿No quieres separar un conjunto indivisible, eh?

—¿Qué insinúas? —Alargó la mano aún más, pero él se echó hacia atrás, cubriéndose el bolsillo con la mano.

—Este mensaje y el rencor que me tienes. Quieres guardarlos juntos y no deshacerte de ninguno de ellos.

Ella bajó el brazo, herida por la verdad que acababa de revelar.

—¿Para qué lo quieres? ¿Qué vas a hacer con él?

—Todavía no estoy seguro. —Se alejó hasta la ventana y miró a la calle, hacia la oficina de telégrafos. Se le pasaron por la cabeza un abanico de posibles culpables. Su padre: nunca le había hecho demasiada gracia la idea de que Cole y Jess se casaran. Jacobsen: quizá, pero no tenía mucho sentido; no había mostrado verdadero interés por Jess hasta hacía poco tiempo—. Ya te contaré cuando me entere de algo.

—Es todo muy rocambolesco, Cole.

—No soy perfecto y he hecho cosas en la vida que daría lo que fuera por volver a hacer de otra manera —admitió con serenidad—, pero nunca te he mentado. Ni antes ni ahora.

—Puede que no. —La vehemencia había ido desapareciendo de su voz, haciendo que sus palabras sonasen huecas y hastiadas. Él se volvió hacia ella. Tenía el mismo aspecto que su voz: vacía, agotada—. En cualquier caso, eso es agua pasada y lo pasado pasado está. No puedo seguir dándole vueltas a esto esta noche. He venido a descansar, luego tengo que regresar.

—Ve a echar una cabezada. Te esperaré aquí sentado. Cuando estés lista, te acercaré en la camioneta.

—No me parece que sea una buena... —se opuso moviendo la cabeza.

—Por favor. —Volvió a inclinarse sobre una rodilla, le tomó la mano y le dio un efusivo beso en la palma—. Déjame que haga esto por ti.

Los ojos cerrados de Jess se agitaron un momento y suspiró. Después le dedicó aquella mirada inquisitiva que siempre le había hecho sentir como si pudiese ver dentro de su corazón.

—Supongo que no es mala idea. Dame una hora.

—Creo que sería mejor que fuesen dos. —Le apretó la mano, le encantaba sentirla dentro de la suya.

—De acuerdo. Dos horas —accedió dedicándole una sonrisa leve y cansada.

—No me moveré de aquí. —Con la mano que tenía libre, sacó su reloj de bolsillo.



Poco después de dos horas más tarde, Cole la dejaba en el sanatorio. Jess se quedó observando desde la puerta cómo el Ford desaparecía en la oscuridad. En su apartamento, había dormido sin soñar hasta que sintió su mano sobre el hombro, empujándola suavemente para que se despertase.

Habían llegado hasta allí casi sin dirigirse la palabra, evitando por todos los medios referirse a la caja de Pandora que habían abierto hacía un rato: los besos, sus sentimientos reprimidos, el telegrama. ¿Y si era verdad? ¿Y si otra persona había enviado aquel mensaje? ¿Y quién demonios haría algo tan turbio y retorcido? La mente de Jessica daba vueltas a lo que aquello podía suponer.

Obligándose a concentrarse en la emergencia que vivían los vecinos, se dio la vuelta y entró. Los olores que la obsesionaban en sueños y le impregnaban la ropa y el pelo la asaltaron de nuevo. La situación general era prácticamente la misma que había dejado hacía un rato. Después de echar mano al estetoscopio que llevaba en el bolso, pasó entre las filas de camas de enfermos y se dirigió directamente hasta Amy. Encontró a la señora Donaldson sentada a su lado.

—Ay, gracias a Dios, Jessica, menos mal que estás aquí. Mi pobre niña, pobrecita. —Laura Donaldson movió la cabeza y lloró y estrujó su pañuelo como si Amy ya estuviese muerta.

Alarmada, Jessica tomó la muñeca de su hermana e inspeccionó su rostro, rojo por la fiebre. Su estado no había mejorado, pero al menos tampoco había empeorado. Algunas personas se deterioraban tan rápidamente que sus vidas parecían escapárseles ante los propios ojos de Jessica.

—Señora Donaldson, ¿será usted tan amable de ir a buscar un paño frío para aplicárselo en la cabeza? Me gustaría examinarla un instante.

—Claro, claro, ¡faltaría más!

La mujer, a cuyos ojos les faltaba algo de color por haberse roto la nariz recientemente, saltó del taburete junto a la cama de Amy. Ocupando su lugar, Jess le puso el estetoscopio sobre el pecho y escuchó el sonido empapado y crujiente de sus pulmones congestionados. Se parecía al ruido que se hace al beber un batido con pajita. Suspiró profundamente y cubrió la mano de Amy con la suya. El cabello de su hermana era una maraña de mechones color miel sobre la almohada y tenues manchas azuladas le recalcan los ojos cerrados, pero seguía llevando los pendientes que Cole le había regalado.

—Oh, Amy —entonó Jess, casi hablando para sí.

Amy pestañeó y abrió los ojos.

—Jessie.

Era el apelativo cariñoso que empleaba su madre cuando era niña. Nadie la había llamado así en años. La garganta de Jess se tensó, pero consiguió reprimir las lágrimas que le quemaban bajo los párpados. Estrujó la mano de Amy.

—Sí, estoy aquí, Amy. A tu lado.

—Jessie... Me siento muy mal... —Sacudida por la tos y la infección, la voz de Amy era poco más que un graznido.

—Lo sé, cariño. Estamos haciendo todo lo que podemos para que te mejores.

—No... Me refiero a que hice algo... algo malvado... Prométeme... Prométeme que no se lo dirás a nadie. Si me muero... quiero que lo sepas...

—¿Qué... qué hiciste?

—No se lo dirás...

—No, te lo prometo. Te lo juro por mi vida.

—Aquel plato de porcelana... el de Inglaterra con los pájaros azules... El favorito de mamá.

Jessica esperó, desconcertada.

—¿Un plato?

—Le dije... que lo había roto el gato, pero fui yo... por favor... no se lo cuentes. Se lo tomará... —

Un ataque de tos interrumpió su confesión.

—No importa. Ahora no importa. —Jessica no pudo ocultar el temblor en su voz. Sabía que era inútil intentar razonar con un paciente que delira. Podía considerarse afortunada porque al menos Amy la había reconocido.

La señora Donaldson reapareció con un paño húmedo.

—¿Cómo está? —susurró, y le puso el paño a Amy sobre la frente.

—Sigue con nosotros. Es todo lo que puedo decir por ahora. Cree que es una niña pequeña.

—Lo sé. —La cara de la mujer se contrajo en una mueca de pena y las lágrimas recomenzaron—.

Me habló de cuánto le gusta Cole, pero él no se fija en ella porque está demasiado ocupado con sus «cosas de chicos». Seguramente ya en aquella época estaba enamorada de él. Es tan romántico, tan trágico.

Jess se movió nerviosa en el taburete, con el recuerdo culpable del beso de Cole ocupando un lugar predominante en sus pensamientos, pero por muy infantil e insignificante que pudiese parecer, una respuesta cortante le punzaba en la punta de la lengua, una que consiguió ahogar antes de que saliese por su boca.

«Yo lo amaba antes.

Yo lo amo ahora.»



—¡Maldita sea! ¡Vamos, cavad más rápido! —gritaba el teniente Collier.

La descarga de artillería alemana les llovía desde el cielo y los proyectiles estallaban en torno a Riley y sus compañeros en el frío amanecer. Cavaban sin parar, atrapados en este manzanar del bosque de Argonne, en tierra de nadie. Él y algunos otros, como Stoney, Kansas Pete y Bob Tompkins, hundían las palas de combate en el terreno. Menos mal que se había desabrochado los botones superiores del abrigo hacía un rato: trabajando hacía calor, pero lo peor era tener que llevar aquellas guerreras ajustadas. La tierra salía despedida de sus herramientas y les llovía encima cuando los obuses impactaban lo bastante cerca como para resultar tan inquietantes como ensordecedores. Cuántas veces había visto ya Riley el daño que este fuego de artillería podía infligir en un cuerpo humano, lanzando sus partes en distintas direcciones. Bajo este tipo de combate aniquilador, los cascos de acero no los protegían más que si hubiesen sido sombreros de papel de periódico en forma de barco. No se atrevía a desviar la atención de su tarea, pero una vez miró hacia arriba. A través de la pesada cortina de humo, la tierra pulverizada y el sudor que le empañaba la vista, a pocos metros de él, vio a hombres caer igual que la cebada bajo una tormenta de granizo. De entre la cortina de polvo y carbón apareció Whippy, esquivando de alguna forma las balas como si realmente las viese venir y supiese hacia dónde correr. Viraba a través de tierra de nadie, en dirección al refugio subterráneo; a Riley le recordaba a un futbolista moviéndose en zigzag hacia la línea de meta. Justo a la izquierda de Whippy, un soldado francés recibió un disparo en la garganta y cayó al suelo.

—¡Whippy! ¡Venga! —gritó Riley.

Otro soldado alzó los brazos como en señal de rendición y se tambaleó hacia delante; lo habían alcanzado por la espalda.

«Cava más rápido, cava más rápido o el próximo serás tú.»

Riley agachó la cabeza y encorvó los hombros. Cuando era joven, había limpiado la porquería de los establos muchas veces y, desde que llegara aquí, había escarbado otros agujeros, pero hasta entonces no había manejado una pala de esta manera. El corazón le palpitaba en el pecho por el esfuerzo, pero por fin terminaron un refugio decente y se lanzaron dentro. El miedo le inundó las venas.

—¡Gas! ¡Gas!

Oh, Dios mío, otra vez gas. Buscó a tientas en el morral que le colgaba del cuello que contenía la máscara de gas. Se la consiguió ajustar justo a tiempo para ver como flotaba hacia ellos la amenazadora nube opaca, acompañada por las sacudidas de las explosiones. Por encima del borde de su zanja, vio a un hombre a menos de diez metros que ya había sido alcanzado por aquel veneno que quemaba los ojos y levantaba ampollas en los pulmones. El soldado daba boqueadas y rebotaba de un lado a otro, como un pez arponeado. Emitía ese horrible y familiar grito sofocado que por un instante sonaba más fuerte que todas las metralletas y las bombas. Cuando volvió la cabeza, sus ojos se encontraron: los del otro soldado llorosos y ensangrentados, los de Riley nublados pero protegidos por la visera de la máscara.

—¡Whip! —gritó Riley con una voz apagada y llena de terror. Temblando, se quedó mirando a Whip, que se retorció entre convulsiones sobre la tierra batida. Habían gaseado a Fournier. Aquellos hijos de puta habían matado al cortés, despreocupado y refinado Fournier. Alguien volvió a meter a Riley de un empujón dentro de la zanja, fuera del alcance de la línea de fuego.

—Maldita sea, Braddock, ¿quieres que te vuelen la tapa de los sesos?

Sin que le costase ningún esfuerzo, Riley apretó una mano contra el bolsillo donde guardaba la fotografía de Susannah, después agarró su fusil con la otra y se volvió a poner de pie de un salto. Presa de una furia irracional que nunca había sentido, Riley estaba decidido a matar a los cabrones que le habían arrancado literalmente la vida a Remy Whipperton Fournier III.

Saltó de la zanja que había tardado tanto en cavar y se sumergió en la nube de gas, blasfemando a voz en grito algo incomprensible y disparando el fusil automático a su paso. Su primer objetivo era recuperar a Fournier. Riley no podía abandonarlo ahí fuera para que los malditos teutones lo utilizaran como blanco de prácticas. Whip moriría junto a sus hombres, fuera del campo de tiro, no acribillado y hecho un colador. Corrió hasta él y se agachó para agarrar su brazo. Ciego y agonizante, Whip tosía sangre y extendió de golpe una mano. Cerró el puño alrededor de la placa de identificación de aluminio de Riley, que le colgaba de la cadena, y se aferró a ella como si fuese un salvavidas.

—No te preocupes, Fournier. ¡No te voy a dejar aquí fuera!

Empezó a arrastrarlo de vuelta a la zanja. Un impacto repentino alcanzó la pierna de Riley y lo notó como si lo hubiese golpeado un saco de harina de cincuenta kilos. Lo lanzó volando y apareció sentado al lado de Whip, aturdido y confundido.

Ya no olía el gas venenoso ni el carbón de su máscara de gas sino el perfume a corteza de cerezo y almendra.

Ya no veía el paisaje de muerte y desolación del campo de batalla bombardeado sino los prados amplios y verdes de Powell Springs.

El último ruido que oyó Riley en medio del caos de gritos de hombres y proyectiles que estallaban fue la cercana explosión de la bala que perforó su endeble casco.

CAPÍTULO DIECISÉIS

—¿Seguimos sin noticias de Francia? —preguntó Shaw, que presidía la mesa de los Braddock durante el desayuno. Una vez hechas la mayoría de las tareas domésticas de primera hora de la mañana, Susannah hizo sonar el triángulo.

En esta ocasión solo tres —Susannah, Cole y su padre— compartían los huevos, las tortitas y las patatas fritas que había cocinado. Tanner y los chicos aún estaban desterrados en la barraca por su propia seguridad. En secreto, Cole pensaba que las precauciones de Susannah no servían de mucho; todos trabajaban juntos día tras día. No creía que hacerles comer en un lugar distinto cambiase las cosas. Por lo que había visto, cualquiera podía contagiarse de la gripe.

—Sin noticias de Francia —respondió Cole, evitando la mirada de ojos hundidos de Susannah mientras le pasaba la bandeja de los huevos fritos. Un claro entre las nubes dejó que el sol entrase a través de las ventanas, violento y deslumbrante, haciendo un corte a lo largo de la mesa—. Pasé por el local de Bright ayer antes de venir a casa, pero todo lo que había era lo de siempre: catálogos de piensos y un par de revistas de ganadería.

No habían recibido ningún correo de Riley desde hacía casi tres semanas y eso no era propio de él. Siempre se las había ingeniado para escribir al menos una vez a la semana, dependiendo de cómo se fuese desarrollando el combate, aunque nunca sabían realmente dónde estaba. Lo único que les permitían contar era que estaban «en algún lugar de Francia». A veces todo lo que recibían era una tarjeta tipo, una postal preimpresa con mensajes como «Estoy bastante bien» o «Estoy hospitalizado». Se utilizaban cuando los soldados estaban combatiendo para evitar revelar ningún detalle relativo a su ubicación. Riley tachaba las frases que no procedían y firmaba con su nombre. Pero últimamente ni siquiera habían recibido ninguna de estas.

—Bah, tu hermano estará ocupado dándoles su merecido a los teutones. Ya oíste que las tropas aliadas han penetrado las fortificaciones alemanas de la línea de Hindenburg. Por Dios, ojalá pudiese estar allí. —Shaw había construido un fuerte de tortitas y huevos y después inundó la edificación con un río de sirope.

—Estoy convencida de que escribiré en cuanto tenga una oportunidad —apuntó Susannah, con una seguridad forzada—. ¿Cómo está la pobre de Amy? Tenía un aspecto terrible cuando la vi. —A pesar de lo ocupada que estaba, sacaba tiempo para echar una mano en el sanatorio de vez en cuando.

Cole pinchó con el tenedor en un huevo y observó cómo la yema chorreaba desde el centro. Susannah era una cocinera buenísima, pero a él casi se le había quitado el apetito desde que se enteró del maldito asunto del telegrama.

—Ahí sigue. No se da cuenta de que estoy allí cuando voy a verla.

—¿Y Jessica y tú?

Levantó la cabeza. ¿Por qué tenía que mencionarlos juntos de aquella manera?, se preguntó.

—Está... bien, cansada. Y preocupada por su hermana. ¿Cómo quieres que esté? —¿Qué podía decir? ¿Que seguía estando tan hermosa y atractiva y elegante y cien calificativos más que no le hacían justicia?—. Y yo estoy más o menos igual de bien que tú —le espetó a Susannah.

Ella se mordió el labio y bajó la mirada al plato. Él se sintió como un canalla por haber sido tan brusco, pero fue incapaz de disculparse. Había dormido poco. Había pasado la noche dando vueltas en la cama y mirando al techo del dormitorio. Cuando consiguió conciliar el sueño, acabó envuelto por las sábanas, como uno de los cuerpos que quedaban a la espera de los servicios de Fred Hustad. Se había despertado transpirando y empapado, con el corazón latiéndole tan fuerte que parecía que se le iba a salir del pecho.

Se hizo un silencio breve e incómodo entre ellos que finalmente interrumpió Shaw al seguir cacareando sobre algo a lo que Cole no prestó ninguna atención. No lograba sacarse aquel telegrama de la cabeza. Tenía que descubrir quién lo había enviado, tenía que enterarse de quién había querido interponerse entre Jess y él.

Cuando Susannah empezó a recoger la mesa, Shaw se levantó a medias de la silla haciendo un gran esfuerzo y emitiendo un dramático quejido.

—Dios, tengo las rodillas más tiesas que un par de pantalones vaqueros nuevos.

—Espera un segundo, papá —le pidió Cole, y aguardó a que los pasos de su cuñada se perdiesen hasta la cocina—. Quiero hablar contigo de un asunto.

El hombre se soltó de los brazos de la silla y se volvió a dejar caer sobre su asiento.

—¿Qué? ¿Te sigue dando problemas esa yegua con moquillo?

—No, ya está mejor.

—Eso espero, es una de nuestras mejores yeguas de cría. Esa infección en la mandíbula podría matarla.

No hacía falta que se lo recordase. Durante un tiempo los síntomas del animal habían sido tan parecidos a los que había visto en los enfermos de gripe que Cole había empezado a preguntarse si no acabarían muriendo todos de la misma enfermedad.

—Sigue con dieta blanda y paños calientes. Tanner se está ocupando de ella.

—¿Entonces qué?

Esto iba a ser más difícil de lo que Cole se había imaginado.

—Papá, sé que nunca te gustó demasiado la idea de que me casara con Jessica.

La mirada de su padre se quedó clavada en él y repitió una vez más su manido análisis.

—Es bastante guapa, pero más lista de lo que le conviene.

Cole echó un vistazo en dirección a la cocina y bajó la voz.

—¿Habrías... alguna vez pensaste en intentar detenernos?

—¿Deteneros? Muchacho, ¿de qué va todo esto?

Cole quería evitar la pregunta directa. Si le contaba al viejo el asunto del telegrama que Jess le había enseñado, iría con el cuento a todos los clientes de Tilly y Cole perdería la ventaja de mantenerlo en secreto.

—¿Habrías intentando convencerme para que no me casara con ella?

—¡Por los clavos de Cristo que lo intenté! Te dije lo que pensaba. ¿Es que nadie en esta casa escucha lo que digo? Un hombre de mi edad debería ser tratado con respeto en su propia casa y...

Esto no llevaba a Cole a ninguna parte.

—¿Puede que hicieras alguna cosa más, como enviar un telegrama? —concluyó exasperado.

Su padre parecía igual de exasperado y totalmente desconcertado. Miró a Cole con los ojos entrecerrados y bramó con fuerza:

—¿Por qué narices haría algo así? ¡Vivimos bajo el mismo techo! ¿Crees que haría todo el camino hasta el pueblo a caballo, con las articulaciones chirriándome como un molinillo oxidado, para mandarte un maldito telegrama cuando puedo echarte el sermón a la cara y gratis? —Se volvió a apoyar para levantarse de la silla, dando claramente por concluida la conversación—. Si no te conociera como te conozco, pensaría que se te está yendo la cabeza. —Se fue tambaleándose, murmurando y artrítico, hasta su sillón en el salón, cruzándose con Susannah mientras regresaba a recoger más platos.

Cole descartó a su padre de la lista de sospechosos. Puede que el viejo fuese un cascarrabias dogmático, pero las argucias no eran lo suyo. La sutilidad no era su fuerte.

—¿Te lo vas a comer? —le preguntó Susannah.

—Ya comeré algo más tarde —respondió mirando a los huevos y las tortitas a medio acabar.

Ella asintió y, en el momento en que estuvo frente a él para retirarle el plato, Cole le tiró de la manga con suavidad.

—Antes no quise gritarte de esa manera. Todos estamos preocupados por Riley.

Ella se sentó, como si las piernas no le respondiesen. Hasta sus largos y oscuros tirabuzones, que se rizaban de forma natural, parecían lacios.

—¿Cuánto más podremos soportar? —Lo miró a los ojos, con una expresión seria e inquisitiva, como si él tuviera una respuesta—. Primero la guerra, luego la gripe. Ahora no sé dónde está mi marido y Amy está enferma. —Las lágrimas le brotaron y pasó la yema del dedo por una hendidura sobre la superficie de la mesa, como si pudiese borrar la marca.

Cole había estado tan inmerso en sus propias preocupaciones y problemas que no se le había ocurrido que la enfermedad de Amy pudiese suponer un duro golpe para Susannah.

—Jess la está cuidando mucho.

—Ay, Cole, parece tan frágil e indefensa allí tumbada en esa cama. La quiero tanto. Desde que Riley se marchó, Amy me ha hecho mucha compañía y, después de morir su padre, hemos pasado muchísimo tiempo juntas.

Era cierto. De un modo u otro, las dos mujeres se habían hecho amigas justo en la época en que la familia se enteró de que Jessica tardaría en regresar de Nueva York. Aunque Cole conocía a Amy desde que eran niños, no se había fijado en ella hasta ese momento.

¿Había llegado Susannah a la conclusión de que Amy sería una mejor elección como esposa? ¿Estaba tan convencida como para enviar un telegrama falsificado? Dios, aquello se le estaba yendo de las manos. Empezaba a sospechar de todo el mundo.

—No sé qué voy a hacer si no se cura. No sé qué voy a hacer si Riley... Es que no lo sé... —La voz se le fue apagando.

Él le apretó el hombro, pero no respondió. Él mismo se sentía como si cada día que pasaba entendiese menos de nada.



Jessica estaba sentada delante de su escritorio del sanatorio, intentando ponerse al día con las montañas de fichas de pacientes que había reunido. Su sistema de organización era como mucho sintético; el tiempo y la falta de ayuda no le permitían otra cosa. Tenía tres montones de papeles para tres tipos de pacientes: enfermos graves, convalecientes y fallecidos. En el montón «convalecientes» solo había unas cuantas hojas. Los tres estaban sujetos por piedras del tamaño de un puño que servían de pisapapeles poco elegantes.

Hasta el momento, Powell Springs había perdido trescientos vecinos por culpa de la gripe. En algunas ciudades, cada día moría ese mismo número de personas, pero la población de esta región en tiempos de guerra apenas alcanzaba las cuatro mil personas. Y la epidemia seguía sin mostrar signos de haber llegado a su punto crítico.

La mano le tembló un poco al escribir «Fallecida» en el informe de Helen Cookson. ¿Llegaría el día en que pudiese entregar algún bebé recién nacido en los brazos de su madre o quizá incluso descubrir un tratamiento que aliviase este tipo de sufrimiento? Sus pesadillas con las casas de vecinos de Nueva York se intercalaban con rostros que se volvían casi negros por la falta de oxígeno y la tos.

Siempre la tos.

Había conseguido aprovechar otras cinco horas de sueño acostándose en la cama vacía que había junto a la de Amy, pero hasta dormida Jess estaba pendiente de la tos de su hermana. Mientras garabateaba con su pluma sobre el papel, se volvió a preguntar si Frederick Pearson llegaría algún día.

Habían recibido un telegrama suyo a principios de la semana, seguido de una carta en la que explicaba que se había quedado atrapado en Omaha, donde lo habían reclutado, literalmente, del tren para ayudar con la epidemia. Un inspector de salud pública había subido al tren durante una parada para preguntar si había algún médico entre los pasajeros. El hombre que viajaba sentado junto a Pearson desde Chicago había informado de su identidad. No sabía con seguridad cuándo llegaría a Powell Springs; él estaba prácticamente en la misma situación que

Jessica. Seattle le enviaba un telegrama al menos una vez a la semana para preguntarle cuándo llegaría. No les podía dar una fecha.

Pero incluso si Pearson entrase por la puerta en ese mismo instante, no podría marcharse. Había demasiado trabajo para que una sola persona pudiese hacerse cargo y además lo hiciera bien. Tal y como estaban las cosas, no le quedaba otra que seguir adelante con un mínimo de sueño y la ayuda de sus voluntarias para cubrir los huecos. Había que alimentar, lavar, vestir y atender a los pacientes. Ya solo lavar la ropa era de por sí un trabajo monumental.

Y lo que era peor, aunque intentase no pensar en eso, el miedo a caer enferma también la acechaba en todo momento. Si ocurriese... No, no podía pasar.

Estaba anotando la temperatura de un paciente en un historial cuando una sombra se proyectó sobre su escritorio. Esperando que fuese Nettie Stark, la abuela Mae, Iris Delaney o algunas de las demás enfermeras voluntarias, cuál fue su disgusto al encontrarse con Adam Jacobsen de pie delante de ella. Sus caminos no se habían cruzado desde la noche anterior, cuando Cole la había acompañado a la puerta.

Y de la noche a la mañana, habían cambiado las cosas entre todos ellos.

Su traje era especialmente sobrio y lóbrego. Cada pelo estaba en su sitio, como si no se atreviesen a desafiar a su peine, y su expresión era más seria de lo habitual.

—Adam... ¿has oficiado otro funeral hoy?

—No, pero tengo uno esta tarde. —La miró fijamente y con expresión elocuente por encima del borde superior de su mascarilla—. ¿Cómo sigue Amy? —Levantó la barbilla y dirigió la mirada hacia el cubículo de Amy, lleno de flores y notas de gente preocupada que le deseaba una pronta recuperación. De hecho, había recibido más regalos que cualquier otra persona con vida del sanatorio.

—La verdad es que no está mejor, pero tampoco está peor. —Jess dejó la pluma y cruzó las manos con fuerza—. Tengo la esperanza de que se va a recuperar. Está evolucionando mejor de lo que creía.

—Eso es una buena noticia. ¿Y cómo estás tú?

—Supongo que todo lo bien que puedo estar... dadas las circunstancias.

—Ya, verás, me gustaría hablar contigo sobre eso. ¿Tienes un momento?

—Por supuesto, Adam —respondió, aunque no le gustaba cómo sonaba aquello—. Siéntate. —Hizo un gesto con la cabeza hacia la silla que había al lado de su escritorio.

—Si no te importa —repuso echando un vistazo a la sala grande y concurrida—, ¿podemos salir fuera?

—Mmm..., no es una buena... Como ves, estoy inmersa en este papeleo y... —Señaló hacia las camas con un amplio movimiento del brazo.

—Por favor. No te robaré mucho tiempo y creo que esto es importante. —Su tono era severo a la par que implorante.

Jess no quería ceder, pero no se le ocurría otra excusa razonablemente cortés. Con la que había probado no había funcionado.

—De acuerdo.

Retiró la silla de la mesa y se levantó. Mientras caminaban hacia el porche, a pesar de no estar tocándola, habría jurado que notaba el calor de la mano de él sobre su cintura.

Él le abrió la puerta y se quitó la mascarilla. Se quedaron en lo alto de la escalinata, donde el aire de finales de octubre estaba perfumado de hojas caídas y humo de leña. Ella también se quitó la mascarilla y esperó a que él hablara.

Adam le tomó la mano y la puso entre las suyas, ella luchó contra el impulso de arrebatársela.

—Quiero pedirte disculpas por lo sucedido anoche.

Un cuervo negro se posó, cual pájaro de mal agüero, sobre la rama de un árbol cercano y dio un graznido. Por un instante, pensó que el ave y Adam se parecían: vestidos de oscuro e imponentes.

—¿Por qué? —Frunció el ceño ligeramente.

—Nunca debí dejar que Cole Braddock te llevase a casa. Al fin y al cabo, fue algo muy indecoroso, por lo de Amy y los esponsales y todo.

Jessica lo estudió entrecerrando los ojos levemente y todas las cosas que le habían desagradado siempre en él le volvieron de golpe a la mente.

—No hubo nada indecoroso. Estaba cansada y preocupada, él se ofreció y yo acepté. ¿De qué esponsales hablas?

—De los suyos. Y yo te he pedido que seas mi esposa. No te deben ver yendo de aquí para allá en la camioneta de Braddock y sin acompañante. Deberías haberme permitido a mí que te llevase a casa.

Ahora sí que apartó su mano de las de él. Su posesiva insolencia y su mentalidad pueblerina la dejaron estupefacta.

—Yo no acepté tu propuesta, Adam.

—Pero es casi como si estuviésemos comprometidos.

—¡No! No lo estamos. —Dio dos pasos atrás—. Los regalos fueron todo un detalle, pero un ramo de flores y una caja de bombones no constituyen un compromiso. Por lo menos no en este país.

—Ah, naturalmente. Querrás un anillo. —El cuello se le puso tan rojo como un tomate maduro.

—No quiero ningún anillo —le espetó, molesta porque la hubiese malinterpretado—. No quiero nada de ti.

Él se estremeció, como si le hubiese soltado algún improperio.

—Puedo hacerte la vida más fácil, Jessica. —Y estirándose todo lo que pudo, añadió—: Y más difícil a otros. Tengo contactos influyentes.

Ella levantó las cejas e hizo un esfuerzo por contener la risa.

—¿Le vas a pedir a Dios que lluevan sapos sobre mí o que me parta un rayo si no accedo? De verdad, Adam...

—No es de eso de lo que hablo.

—¿Entonces a qué te refieres?

—Recientemente, Cole Braddock ha conseguido atraer, digámoslo así, una atención que no le favorece. Una atención en la que ciertas personas con autoridad podrían estar interesadas.

Jessica se notó el estómago tan pesado como si se hubiese tragado un ancla. ¿Caería Adam tan bajo como para hacer que la Liga Protectora Americana desatase su ira sobre Cole? ¿Y con qué finalidad? El tono de Jessica se enfrió casi hasta hacerse glacial.

—¿Es esto algún tipo de amenaza, reverendo Jacobsen? Porque si lo es, no acabo de entenderlo. ¿Castigarías a Susannah, a Cole y a Shaw por un asunto entre tú y yo? ¿Y qué pasa con Amy? ¿Te olvidas de ella?

—No... No, claro que no. —Pareció desinflarse por un instante, como si lo hubiesen puesto entre la espada y la pared.

—Tengo trabajo que hacer. Se acabó tu «momento», Adam. —El miedo y la rabia hicieron que a Jessica le hirviese la sangre en las venas. Se dio la vuelta y abrió la puerta de un tirón.

—Jessica, espera. —La agarró por el brazo.

Lanzó una mirada más que significativa a la mano de él, no quería más que escapar de él. Jacobsen la soltó.

—Lo siento. Por favor no te enfades. No... no lo dejes así.

—¿Así cómo? —Seguía manteniendo con firmeza la mano en el tirador de la puerta—. No tenemos nada más que discutir.

—Jessica, por favor. —Un fino brillo de sudor le apareció en la frente—. Te he hecho una propuesta de matrimonio sincera y honesta. Sé que no es el mejor momento, ¿pero no podrías darme una respuesta?

Volvió a cerrar la puerta y cruzó los brazos delante del pecho.

—Adam, ¿por qué quieres casarte conmigo? No me parezco en nada al tipo de mujer a la que tú deberías aspirar como esposa. ¿De verdad que puedes imaginarme organizando ventas benéficas de repostería o un comité femenino de ayuda? Casi no sé ni hervir agua. Y por si fuera poco, a pesar de que somos viejos conocidos desde hace mucho, la verdad es que tú y yo no nos conocemos en absoluto. —Se abstuvo de añadir que lo que sí conocía de él no le gustaba.

Adam miró a la mujer irritada y hostil en quien había depositado sus esperanzas de futuro. ¿Por qué quería casarse con ella? Tenía dos motivos, reconoció, y ninguno de ellos era particularmente ético ni romántico, pero no se atrevía a revelarlos. De hacerlo, lo más probable era que la hiciesen alejarse de él para siempre. Así que eligió otro, uno que todas las mujeres querían oír. En su sentido más amplio, tampoco era mentira. Tragó saliva y tomó aliento.

—Deseo que seas mi esposa porque te quiero.



Cole salió a tropezones de la oficina de telégrafos con el mensaje que Jessica le había dado arrugado dentro del puño. En el bolsillo del pantalón llevaba enrollada una nota escrita por Leroy Fenton en la que daba fe de que lo que acababa de contar a Cole era la verdad. Leroy lo llamó cuando lo vio salir, pero no estaba seguro de lo que decía. Tal vez le preguntaba si estaba bien.

No, no estaba bien.

El sol de la tarde, bajo y de una claridad meridiana, era cegador, pero su campo de visión parecía haberse reducido al ancho de un túnel. Volvió caminando por mitad de la calle a la herrería, asqueado y aturdido, avanzando a duras penas entre los charcos de la última lluvia. Cuando llegó frente a las grandes y desgastadas puertas dobles, tenía los vaqueros empapados hasta las rodillas y el estómago revuelto. Apoyándose con una mano en el marco de la puerta, vomitó el almuerzo en el barro.

Temblando y bañado en sudor frío, se dejó caer sobre un taburete viejo que había justo a la entrada, tan atónito y jadeante como si lo acabasen de lanzar desde un caballo mecánico. Allí sentado, con la espalda apoyada contra un poste y las piernas totalmente estiradas, reconsideró la verdad de la que acababa de enterarse a través de Leroy Fenton, aquello que muy en sus adentros ya sabía de antemano aunque sin pruebas.

Ahora se daba cuenta, con la perfecta nitidez de la retrospectiva, de que el envío del telegrama falsificado a Jessica no había sido más que el último paso de un esfuerzo sistemático por abrir una brecha entre ellos. Y también de que había funcionado. Habían sido meros títeres involuntarios del plan.

Una cosa estaba clara. Jessica tenía que saberlo y no era una tarea que él deseara hacer. Pero habría que hacerlo. Aunque no ahora. No sería hoy.

Hoy no.

Respiró hondo y esperó a que se le pasara la sensación de tener las piernas de goma. Después se puso de pie y salió en dirección a la camioneta.

CAPÍTULO DIECISIETE

Jessica se apoyó en la cama de Amy y le puso el estetoscopio sobre el pecho. De los pulmones provenía el ruido sibilante de los estertores, pero, milagrosamente, de alguna forma, la fiebre había empezado a remitir. Seguía estando febril, sin duda, pero después de más de una semana enferma, la temperatura rondaba los 37 o 38 grados. Jess interpretó aquello como un primer paso esperanzador. La recuperación de Amy sería larga: en los partes médicos que le llegaban había leído que quienes sobrevivían a menudo tardaban hasta un mes en empezar a recobrar las fuerzas. Algunos, más tiempo. De otros se decía que aún no habían salido de un estado de semiinvalidez.

En cualquier caso, Amy no había llegado a adquirir la tez temible y oscura de la cianosis. Ningún tinte azulado la había marcado, como había marcado a tantos otros. Sorprendentemente, Amy parecía haber sufrido una forma más leve de la enfermedad. Si era cierto que las oraciones y los buenos deseos tenían algún poder, tal vez habrían funcionado con su hermana. De hecho, Jessica se había visto obligada a ordenar que sacasen casi todas las flores y los regalos del cubículo. Ocupaban tanto espacio que a las enfermeras les resultaba difícil moverse entre sus limitados confines.

Los ojos de Amy pestañearon hasta abrirse y giró la cabeza sobre la almohada para mirarla. A pesar de que las enfermeras habían hecho todo lo posible por cepillárselo cada día, tenía el pelo hecho una maraña, todo enredado y despeinado.

—Jessica —la llamó con voz débil y suave.

—¡Amy! ¿Cómo te sientes, cariño? —murmuró sonriendo.

—Ay... Me pesan mucho los brazos y las piernas. Y me duelen los ojos. —Movié el brazo lentamente y se tocó el pecho—. Me siento como si no pudiese llenar de aire los pulmones.

—No, seguramente todavía no puedes. —Un prudente optimismo dominó a Jessica. Aquellas eran las primeras palabras lúcidas y conscientes que pronunciaba Amy desde que la trajera Cole—. Pero estás mejorando muchísimo.

Amy echó una ojeada a su cuartito sin apenas mover la cabeza.

—¿Ah, sí? ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

Jessica se sentía tan agradecida por la clara mejora de su hermana que la dureza de las últimas palabras que habían intercambiado no era ahora más que un recuerdo lejano y sin importancia.

—Ocho días. Has estado muy enferma.

—¿Cole?

Jess se sentó en el taburete que había junto a la cama y se sintió invadida por un ligero desasosiego. No había olvidado el tacto de los labios de Cole sobre los suyos de nuevo, el roce de la barba en su mejilla. Ni su asombrosa declaración de inocencia respecto al telegrama. Volvió a forzar otra sonrisa.

—Ha estado aquí casi todos los días.

—¿Ah, sí? —En su cara se reflejaron la confusión y el desconcierto—. Él... No lo recuerdo.

Lo cierto era que «casi todos los días» solo se aplicaba a los tres primeros días en que Amy había estado enferma. Jessica no lo había vuelto a ver desde «aquella» noche. Le habían dicho que se había pasado por allí en otro par de ocasiones, pero siempre cuando ella no estaba y siempre se había quedado solo unos minutos. Aunque a veces lo oía trabajar en el taller cuando ella estaba en el apartamento, ni siquiera había alcanzado a verlo de pasada.

—Ahora que estás mejor seguro que recordarás su próxima visita.

—¿Cuándo... cuándo va a venir otra vez?

—Pronto. —Jessica quería evitar el tema a toda costa. Le acarició la mano a Amy.

Justo en ese momento se acercó la abuela Mae con su carrito cargado con la olla de la sopa y los tazones.

—Vaya, ¡mira quién vuelve a estar entre nosotros! —exclamó la mujer, con una sonrisa amplia que dejaba entrever unos dientes tan amarillos como los de un caballo viejo—. ¿Te apetece un caldito, Amy?

—Caldito —repitió Amy como un loro.

Jess asintió y le hizo un gesto a Mae para que le sirviese sopa. Con un cucharón, Mae vertió una pequeña cantidad en un cuenco de cerámica de su restaurante y se lo pasó a Jessica con una cuchara. Jess le dio la sopa a cucharadas a su hermana, secándole los labios y la barbilla con un paño. Aquello era como dar de comer a un pajarillo.

Después de varios buenos sorbos, Jess se levantó y dejó el cuenco en la caja de frutas puesta en vertical que hacía las veces de mesita de noche junto a cada cama.

—Creo que por ahora es suficiente. Todavía necesitas descansar. La conversación puede cansar mucho a un paciente convaleciente.

—Sí, estoy cansada. —Las palabras de Amy sonaban lentas y adormiladas y los ojos se le volvieron a cerrar.

Jessica se detuvo en otro par de camas y luego, por casualidad, miró por la ventana. El atardecer avanzaba y las cosas aquí parecían bajo control. Podría escaparse unas cuantas horas para darse un baño y también para dormir.

Mientras ordenaba los papeles, se alegró de que Adam no hubiese venido esta noche ni estuviese esperándola para llevarla a casa. Desde que hiciera su extraña declaración, todas las noches había hecho lo mismo. Él era consciente de que la había enfadado, también de que decirle que la quería no había mejorado precisamente las cosas. Nada de aquello le encajaba, pero tampoco lo imaginaba capaz de mentir en algo así. Con tal de aprovecharse de una mujer y conseguir favores que ella no debería conceder, algunos hombres mentían, pero ese no parecía en absoluto el caso de Adam. Durante el día, cuando iba a visitar a los pacientes, mantenía una actitud profesional y afectuosa hacia todo el mundo, incluida Jess. No había vuelto a mencionar su proposición, aunque aparentemente estaba intentando conquistarla con sus atenciones y su amabilidad. Con su insistencia no había logrado más que hacerse más molesto.

Sin embargo, por mucho que lo intentase, no se le ocurría ninguna forma de deshacerse de él sin ser grosera. A estas alturas no le habría importado mandarlo directamente a tomar viento. De hecho, le habría encantado hacerlo, tan cansada y agotada por el trabajo y preocupada por todo estaba ella, pero la amenaza implícita de denunciar a Cole ante la Liga Protectora Americana la obligaba a reprimir aquel impulso. En vez de reaccionar así, le había dicho que no era necesario que la acompañase. Él había insistido en que en estos tiempos inciertos una mujer no debía caminar sola por la noche.

Jess agarró su abrigo de lana gris del perchero que había junto a la entrada y metió los brazos en las mangas. Adam había aparecido hacía un rato, pero se había marchado a oficiar un funeral. Tal vez podría escabullirse y correr a casa antes de que regresara.

Estaba oscureciendo. Acercándose sigilosamente a la puerta, bolso negro en mano, se asomó a través del cristal para comprobar si Adam andaba por allí. Inesperadamente, la puerta se abrió de golpe y lo vio allí de pie. Dio un salto hacia atrás y se le escapó un chillido por el sobresalto.

—¡Adam! ¡Me has dado un susto de muerte apareciendo de esa manera!

—Oh, lo siento. No quería que pensaras que no había venido a acompañarte a casa.

No quisiera Dios que ella pensase eso, se dijo Jess con acritud. Consideró la idea de mentirle y decirle que solo se disponía a dar una bocanada de aire, pero llevaba el bolso. Y, la verdad, incluso si no lo hubiera llevado, la excusa no habría servido de nada. Era como una mosca pesada, una que no era capaz de espantar. Deseó con todas las fuerzas que le quedaban en su alma cansada no haber aceptado jamás lo que ella había interpretado como atenciones y regalos inocentes.

—A decir verdad, eso no me preocupaba —dijo Jess con frialdad.

Pero su falta de entusiasmo no lo disuadió un ápice. Sonreía de oreja a oreja, con la nariz en forma de flecha apuntando a su sonrisa.

—Me alegro. Espero con impaciencia nuestros paseítos. Me gusta hablar con alguien que entiende cuál es el sentido de esta batalla —observó mientras la acompañaba escaleras abajo.

—¿A qué batalla te refieres?

—A la gripe, naturalmente.

Pasaron delante de una casa tras otra, todas con las luces apagadas; en circunstancias normales, a estas horas habría gente cenando y las cocinas estarían iluminadas con una calidez que se extendería por el resto de estancias. Esta noche, solo un puñado de ventanas resplandecía con una luz tenue, como si proviniese de las lámparas de las habitaciones de los enfermos. Algunas casas estaban completamente a oscuras.

—¿Qué sentido crees tú que tiene todo esto? —le preguntó, curiosa por ver qué diría.

—Lo he pensado mucho desde que empezó. Como te comenté en su momento, reconozco que al principio me dio miedo, pero ahora creo que son los designios de Dios. Es cierto que ha mandado llamar a algunos justos, pero principalmente ha estado desterrando a los pecadores. Eso es lo que nos dice el Libro de las Revelaciones.

—¿Y crees que comparto tu opinión? —puntualizó Jessica, parándose en seco, horrorizada.

Él se detuvo también, unos pasos por delante de ella, y se dio la vuelta. Desde lo alto, una farola proyectaba sombras oscuras sobre su cara.

—¿Ah, no? Tú ves cómo trabaja la mano de Dios día tras día, expulsando a aquellos que lo irritan. Mira Nate Pellings, por ejemplo. Intenté hacerle reconocer que era un pecador miserable por su afición a la bebida y el juego hasta el momento en que murió. Le dije que pagaría muy caros sus pecados y fechorías si no se arrepentía. Él se negó. Ayer dirigí su funeral. —Parecía casi contento.

Jessica llegó a la conclusión de que estaba loco, horrorizada al enterarse de que estaba acosando a sus pacientes mientras agonizaban en sus lechos de muerte. Loco y arrogantemente despiadado.

—No estoy en absoluto de acuerdo contigo —le lanzó, incapaz de aguantar su compañía un segundo más.

Apresuró el paso dejándolo atrás, con la intención de refugiarse en su apartamento.

—¡Jessica! —gritó, mientras acortaba la distancia entre ambos.

Jessica casi corría para mantener la ventaja, impaciente por librarse de él, pero era más alto y su zancada muy larga en comparación con la de ella, así que reapareció a su lado. A la altura de la herrería de Braddock, la agarró por el brazo.

—¿Se puede saber qué te sucede?

—Adam, deja que me vaya. —Se paró de nuevo, inmovilizada por su mano.

—¿Por qué estás tan enfadada? —la interpeló, con el ceño fruncido—. Me has preguntado lo que pensaba y te lo he dicho. ¿Puedes afirmar con sinceridad que esta epidemia no es una prueba de la presencia de Dios en la Tierra?

Ella tiró con fuerza sin conseguir liberar su muñeca de la mano que la tenía bien sujeta.

—Desgraciadamente, no te puedo impedir que vengas al sanatorio, pero, si estuviese enferma y temiese por mi vida, ¡serías la última persona a la que querría ver rondando por mi cama! —Se le aceleraron la respiración y los latidos como a un pura sangre, pero la ira hizo que por fin se le soltara la lengua—. Eres igual que la muerte con la guadaña, ansiosa por llevarse nuestras almas. Solo te falta la guadaña y una capucha negra. ¡No representas ni a Dios ni al cielo ni a nada que tenga que ver con la caridad ni la bondad! Sigues siendo el mismo mocosito mequetrefe y soplón que nos acusaba a todos cuando éramos niños. Salvo que ahora tu juicio recae sobre gente inocente: aquellos que sencillamente no te gustan o que son una amenaza

para la imagen pretenciosa que tienes de ti mismo. ¡No alcanzo a comprender ni a concebir las razones que se esconden detrás de tu crueldad!

Él se quedó mirándola en la penumbra, con la boca ligeramente abierta; su rostro reflejaba el asombro y la ira de su supuesta superioridad moral.

—Permíteme aconsejarte que pienses lo que dices. Y a quién se lo dices.

—Y esto es lo que obtengo de un hombre que afirma que me quiere: más amenazas. ¿Qué me vas a hacer, Adam? —lo provocó—. ¿Qué harás para que...?

—Jess, ¿algún problema?

Como de la nada, apareció Cole. A Jessica nunca le había alegrado tanto verlo. Su presencia era imponente: alto, con el pelo mojado y sudoroso a pesar del frío, llevaba puesto el delantal de cuero y blandía un martillo de hierro. Ella se dio cuenta de que estaban justo delante de las puertas de su taller y él debía de estar dentro trabajando.

—Cole...

—Esto no es asunto tuyo, Braddock —le espetó Adam.

—Mmm... Y a mí me da la impresión de que sí. —Cole movió la cabeza con escepticismo—. Te estás comportando como un imbécil maleducado con una mujer que es amiga mía desde hace mucho tiempo. Y es la segunda vez que te tengo que parar los pies por estar tratándola mal. Estas no son formas para un pastor, ¿no crees? —De un golpe separó la mano de Adam de la muñeca de Jessica sin ningún esfuerzo. Después, con tono amenazador, añadió—: Y hasta yo estoy más que harto de ti.

—Jessica, no permitas... —empezó a decir Adam.

—¿Has acabado? —Cole se volvió hacia ella.

—Sí, desde luego. —Jessica se frotó las muñecas y miró con desdén al hombre que se creía su prometido, su juez y su guía espiritual.

—Largo de aquí ahora mismo, antes de que cambie de opinión y te enseñe los modales que nunca aprendiste —lo amenazó Cole, chocando su pecho contra el de Adam.

—Te arrepentirás de esto, Braddock. —La cara moteada de Adam se le contrajo con una rabia desafiante, apretaba los labios formando una tensa línea—. Y tú también —añadió para Jessica—. Después se dio la vuelta y se dirigió hacia su casa a toda prisa.

Cole lo observó hasta que se hubo alejado un par de manzanas.

—Maldita sea, no soporto a ese tarado —declaró Cole—. ¿Estás bien? —le preguntó a Jessica.

—Sí. —Relajó los hombros, pero todavía le bullían dentro el miedo y la rabia—. Gracias por tu ayuda. Siento que hayas tenido que volver a rescatarme.

—Ya, bueno, me disgusta tener que decirte que ya te lo advertí.

—Entonces no lo hagas —dijo de forma inexpresiva—. Llevo varios días intentando disuadirlo, pero no se da por aludido. —A lo lejos vislumbró a Adam en retirada, ya apenas una mancha a la luz del anochecer—. Imagino que ya ha captado la indirecta, pero me preocupan las repercusiones que esto nos pueda acarrear.

—Siempre creí que no era más que un meapilas soplón. Aunque es mucho más mezquino de lo que podamos imaginar. Y sé que me la tiene guardada desde hace mucho tiempo.

Se levantó una fresca brisa de atardecer que le abrió a Jess la parte delantera del abrigo, y le sobrevino un escalofrío.

—No eres el único en su lista.

—¿Cómo está Amy? —preguntó repentinamente.

—Está mejorando, gracias a Dios.

—Bien. —Con un gesto de la cabeza señaló hacia el taller—. Escucha, tengo que ocuparme de un par de cosas. Tardaré más o menos una hora, pero después me gustaría acercarme para hablar contigo.

Ella recordó la última vez que se había acercado para «hablar» y lo que había ocurrido después.

—Ay, Cole, no sé. Puede que no sea una buena idea.
—Escúchame, Jess. —La miró a los ojos—. Es importante. He mantenido la distancia contigo mientras Amy ha estado enferma porque me dije que ya tenías bastante a tus espaldas, pero me he enterado de algo que tienes que saber.
—No es sobre el telegrama, ¿verdad? —Tragó saliva.
—Sí.
—¿Y realmente importa ahora, después de todo este tiempo?
—Más de lo que te imaginas.
—De acuerdo. —Suspiró y después siguió caminando hasta su propia puerta.



Un mal presentimiento se apoderó de Jessica mientras ordenaba el apartamento, fregaba un par de platos en la cocina y llenaba la bañera.

Como Cole llegaría pronto, no tendría tiempo de disfrutar del largo baño que había planeado, pero al menos estaría limpia. Teniendo en cuenta el ajetreo de estos días, con eso se daba más que por satisfecha. No le quedaba otra. Mientras el agua caía, desenvolvió la última pastilla de Crème Simone y se recreó en su dulce aroma. Nunca le había resultado difícil encontrar el jabón francés en cualquier droguería o grandes almacenes de Nueva York. En Powell Springs, el señor Bright tendría que encargarlo expresamente y, con la guerra, no se podía saber cuánto tardaría en llegar. Cuando este espantoso conflicto por fin acabase... entonces no le resultaría tan difícil. Entonces...

Se detuvo, viendo hacia dónde se dirigían sus pensamientos. No se iba a quedar aquí. Aquello era algo temporal, totalmente temporal. Inclinandose sobre la bañera, cerró los grifos, se quitó la bata y se sumergió en el agua caliente. Ya no había lugar para ella en Powell Springs, así se lo recordó a sí misma. A pesar del caos de la epidemia, le sorprendía cuántas veces había sentido haber vuelto para quedarse.

Aunque el vapor y el calor le aliviaban la tensión de los hombros, su mente seguía discurriendo. Si aquí no había lugar para ella, ¿por qué se sentía como si lo hubiese? Las preguntas la asediaban. Sumergió la cabeza para mojarle el pelo y se lavó los mechones con la espuma. Se frotó con fuerza, como si intentara ahogar aquellas preguntas, pero volvían a salir a flote. Sospechaba que Cole iba a contarle algo que perturbaría su inestable equilibrio emocional. Quizá hubiese descubierto una pista sobre el remitente del telegrama y eso quizá la obligaría a abandonar el rencor que él la había acusado de albergar. Ese rencor la había acompañado tanto tiempo que se había convertido en una especie de escudo frente a él y frente al mundo en general. Sin ese rencor, por muy tonto que pareciera, ¿qué le quedaba? Habría perdido su última y endeble coraza.

Finalmente salió del agua y se secó. Cole no tardaría en llegar y no quería que la encontrase vestida solo con la bata. Después de desenredarse el pelo, lo entretejió en una trenza con manos torpes y nerviosas y se puso una falda y una blusa sencillas de color gris. Aún estaba delante del espejo de la cómoda, luchando con un corchete del escote, cuando oyó que llamaba a la puerta principal.

Después de asegurarse de que las puertas del dormitorio y el cuarto de baño estaban cerradas, se apresuró a bajar las escaleras. Percibió su silueta a través de la ventana y se dio cuenta de que lo conocía tan bien que habría reconocido su figura de hombros anchos y su sombrero de vaquero en cualquier lugar.

Abrió la puerta, intentado reprimir el sobresalto en el pecho y la inoportuna ola de placer que le provocó verlo. Parecía cansado, como si no hubiese dormido mucho más que ella, pero seguía siendo el hombre más guapo que jamás hubiese visto aquí o en cualquier otro lugar. También se había lavado, se había peinado el cabello largo hacia atrás con agua y se había

puesto unos vaqueros y una camisa limpios. En la mano llevaba un hatillo envuelto con una servilleta.

—Pasa. No tengo nada de comer, pero puedo poner la cafetera.

—Jacobsen no ha vuelto, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza. Él le ofreció el paquetito.

—Bien. Pasé por la taberna y le pedí a Tilly que me hiciera unos sándwiches. Supuse que no habrías comido.

—Creía que no había ningún sitio en el pueblo con permiso para servir comida.

—Y así es, pero Tilly guarda provisiones para él en el almacén. Tenía rosbif y dos o tres patatas.

—Y todavía me queda algo de mantequilla. Gracias, Cole, te lo agradezco muchísimo. Tienes razón, llevo sin comer desde esta mañana. —Agarró los sándwiches y notó algo pesado envuelto entre ellos. Lo sopesó un par de veces y preguntó—: ¿Qué más hay aquí?

—Una botella de *whisky*.

—Ah, vaya. —Se ruborizó—. No creo que deba beber y menos algo tan fuerte.

Cole se quitó el abrigo y el sombrero y los colgó en el perchero que había junto a la puerta.

—Puede que cambies de idea cuando sepas de lo que me he enterado.

El mal presentimiento que había tenido hacía un momento volvió a aparecer y ahora le pesaba como una bola de plomo sobre los hombros.

—¿Qué... qué es?

—Espera... Será mejor que comamos antes.

—De acuerdo. Pasa.

Lo condujo hasta el salón-comedor del piso de arriba y señaló hacia la mesa.

—Siéntate, por favor.

Mientras él desenvolvía la comida, ella fue a buscar platos y cubiertos del armario Hoosier y un poco de la mantequilla de Horace Cookson.

—Lo siento, en cuanto a cristalería no tengo gran cosa. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la botella de *whisky*.

—No te preocupes, esto no es lo que se diría una fiesta de alto copete.

Ella sacó dos vasos normales y llenó el suyo con agua del grifo.

—Siéntate —la invitó Cole, empujando la otra silla con el pie.

Jessica se sentó y comieron, hablaron poco y se limitaron a los temas más triviales y superficiales. Ella se interesó por la granja y por su familia. Él le preguntó si creía que lo peor de la epidemia de gripe había pasado ya.

—Aún no acabo de estar segura —respondió Jessica, pinchando con el tenedor su último trozo de patata—. Quizá el ritmo de contagios sí esté disminuyendo. Esta semana he tenido menos casos en el sanatorio, pero no puedo afirmar que sea una tendencia. Con lo que pase la semana que viene me podré hacer una idea. Nunca se sabe con estas cosas.

Empezó a describir la posible evolución de cualquier epidemia, citando la información que le había llegado desde el este. En un momento dado, él le dirigió aquella mirada penetrante y azul suya y ella se dio cuenta de que no estaba más que parloteando sin ton ni son, intentando postergar el motivo ineludible de su visita.

Cole hizo su plato a un lado y, tras extraer el corcho de la botella de *whisky*, se sirvió un buen vaso del líquido color ámbar. Tragó la mitad de una vez, aspiró aire a través de los dientes y puso el vaso en la mesa. Después metió la mano en el bolsillo de la camisa. Sacó el telegrama doblado, que ella reconoció de inmediato, lo abrió y lo dejó sobre la mesa, entre ellos, como un pescado que llevase varios días muerto. Finalmente Cole le clavó el dedo índice encima.

—Yo no te envié esto.

Ella lo miró y después se entretuvo en alisar la servilleta que tenía sobre el regazo.

—Eso me dijiste.

Los ojos de Cole no vacilaban; aunque ella la dirigiese hacia otro lado, Jess sentía su mirada.

—Fui a ver a Leroy Fenton para averiguar quién lo hizo.

—Ah —observó con una leve risa forzada—, seguro que el pobre de Leroy no se acordaba de algo así después de todo este tiempo. Ya está mayor.

—Lo recordaba perfectamente. Me preguntó si no sería yo quien tenía problemas de memoria. —Cole continuó narrándole el encuentro—. Después me contó quién le había llevado el mensaje, en un sobre sellado, y había pagado el envío.

—¿Y? —Jessica se inclinó hacia delante.

Él agarró el vaso y bebió el resto de licor que quedaba.

—Fue Amy.

—¡Amy! —Ella se levantó de un salto con tal violencia que tiró la silla—. Cole, ¿esperas que me crea eso? ¿Cómo te atreves a venir hasta aquí con una mentira tan rastrera sobre mi propia hermana?

Él no levantó la voz. Simplemente se acomodó en la silla y la miró.

—Me imaginaba que dirías eso, pero no es ninguna mentira. Créeme, cuando me lo dijo, pensé que Leroy había perdido la chaveta. Después describió aquel día con tal lujo de detalles que supe que decía la verdad. Y tenía sentido. He pasado días y noches dándole vueltas.

—¡No tiene ningún sentido!

Él se quedó sentado sin inmutarse, igual de impassible que si hubiese estado hablando del tiempo. Mientras tanto, la respiración de Jess se empezó a entrecortar y la sangre le bombeaba con fuerza en los oídos.

—¿Cómo puedes quedarte ahí sentado, tomando *whisky* tranquilamente, mientras me cuentas esto, esta horrible fábula, como si estuvieses en la taberna dándole al pico sobre el precio del grano? —lo increpó Jessica.

—No es ninguna fábula —contestó frunciendo el ceño— y no estoy tranquilo. Me ha estado corroyendo por dentro. Vomité cuando me enteré y de noche casi no duermo. —Se volvió a meter la mano en el bolsillo y le mostró otro papel, que Jessica reconoció como un formulario en blanco de Western Union—. Lee esto. —Lo empujó hasta el otro lado de la mesa y ella lo agarró de un manotazo.



Yo, Leroy Fenton, juro que di curso a un mensaje para la señorita Jessica Layton, firmado por el señor Cole Braddock, que recibí en un sobre sellado de manos de Amy, la hermana de la señorita Layton, con fecha de 20 de mayo de 1916.



Tras la declaración escrita a mano con letra apretada, figuraban la firma de Leroy y la fecha de la semana anterior.

—¿Qué es esto? ¿Le has ido con el cuento de nuestros asuntos privados?

—No —le respondió dedicándole una mirada áspera—, pero supuse que no me creerías. Lo único que hice fue pedirle que escribiese lo que supiera en esta nota. Al principio se negó porque yo no le conté para qué lo quería, solo que se trataba de algo importante. A cambio tuve que jurar que esto no tenía nada que ver con él ni con su trabajo, ni con Western Union ni con la Liga Protectora Americana. Gracias a Dios, confió en mí.

Cole se levantó y se acercó hasta la silla de ella. Ella lo miraba fijamente y todo su ser latía por la furia y el agravio. Él no se movió, simplemente le devolvió la mirada, agarró la silla y esperó, ordenándole sin palabras que volviera a sentarse. Finalmente ella accedió y se dejó caer; él regresó a su propio asiento. Levantó la botella de *whisky* y la volcó hacia el vaso de ella. Ella asintió y él le sirvió lo suficiente como para colorear el agua. Pasándose la mano por el pelo casi seco, vertió otro par de dedos de licor en su vaso.

—Pero sabía que sería una canallada decirte esto con Amy a las puertas de la muerte. Ahora que ya está mejor, tenía que contártelo... todo. En primer lugar, que no debe resultar demasiado sorprendente que no me vaya a casar con ella. Y, en segundo, que quiero que comprendas que lo que te voy a relatar es la verdad que yo conozco. No estoy intentando ponerte en contra de tu hermana, pero tampoco me voy a andar con rodeos y no voy a cargar con la culpa de algo en lo que no tuve nada que ver. Nuestras vidas se han visto alteradas por cosas que hizo Amy. Lo que tú hagas con esta información es asunto tuyo.

Jess seguía sentada rígida como un palo de escoba y con la boca fruncida.

—Como te decía, he tenido tiempo de reflexionar sobre esto y creo que lo he acabado entendiendo casi todo. Cuando tu padre murió, Amy se quedó algo desubicada. Sé que no se sentía especialmente cercana a él, pero tú no estabas y ella tuvo que marcharse de la casa en la que había crecido.

—¡Tuve que venderla para pagar los impuestos por las propiedades y las deudas de mi padre! —se defendió, cansada de justificar las decisiones que había tomado.

—Sí, lo sé.

Llena de resentimiento y sintiéndose utilizada, Jessica se desplomó en la silla y dio un trago a la bebida diluida que él le había preparado.

—La cuestión —siguió Cole— es que se hizo amiga de Susannah. Y aunque crea que Amy la aprecia de verdad, creo que su principal intención era pasar tiempo en la granja para que yo me fijara en ella.

Jess abrió la boca para rebatirlo, pero no dejó que las palabras saliesen. Sabía que podía tener razón. Si viniese de otro hombre, este comentario sonaría como la más vil de las vanidades, pero por mucho que Cole no pasara desapercibido entre las mujeres dondequiera que fuese, jamás había parecido ser consciente de ello ni de su propia belleza arrebatadora.

—Daba la impresión —continuó su explicación Cole— de que pasaba día sí y día también ayudando a Susannah en la cocina y luego se quedaba a cenar. Después Riley o yo la acercábamos al pueblo. A veces se quedaba a dormir. Estaba siempre pendiente de mi padre y él encantado con sus atenciones. Y dejaba caer alguna que otra indirecta sobre ti, diciendo que se te daban tan bien las ciencias que nunca llegaste a aprender a cocinar o a coser o a cuidar de la casa. —Se le torció el gesto—. Mi padre también estaba encantado con eso.

—Sí, estoy segura. —Jess cruzó los brazos sobre el pecho.

—Luego llegó tu carta, diciendo que habías decidido quedarte en Nueva York una temporada. —Dio otro sorbo—. No puedo decirte que aquello me alegrase, eso ya lo sabes. Seguiste estirando el tiempo y ahora que miro hacia atrás, me doy cuenta de que fue en ese momento cuando Amy decidió calentar los fogones.

La imaginación de Jessica se puso en funcionamiento y acudieron a su memoria los momentos que Cole y ella habían compartido en el pasado.

—Calentar los fogones... ¿Cómo? No me imagino a Amy... Vamos, es que no puedo.

—¡Caray, Jess! Cómo funciona tu mente. —Sonrió y levantó las cejas—. No me refería a eso. Amy y yo nunca hemos hecho nada más que darnos un beso.

A Jess se le subieron los colores, avergonzada por su propio error y por las imágenes que involuntariamente se le habían pasado por la cabeza.

—Las palabras que has elegido tampoco ayudaban. —Dio otro sorbo de *whisky* aguado y sus tensas extremidades poco a poco empezaron a relajarse.

—Lo que quiero decir es que comenzó su... campaña, por llamarlo de alguna manera, para captar mi interés. —Se encogió de hombros—. Empezó a deshacerse en atenciones conmigo de la misma forma que había hecho con mi padre. Me decía que era una pena que dieras preferencia a tu trabajo por encima de nuestro futuro compromiso y que me estabas haciendo esperar como a un merluzo...

—¿De verdad dijo eso? —lo interrumpió Jess, incapaz de ocultar el desdén de su voz.

—Sí.

—Y presumo que a ti te pareció bien.

—Ya te he dicho que no estaba precisamente contento con la situación... Y tú no me diste ninguna razón convincente para quedarte allí. Al menos ninguna que me pareciera aceptable.

—No empecemos de nuevo con eso. —Empezó a dar pataditas nerviosas con el pie—. Y, además, no estábamos comprometidos. Lo que teníamos era como mucho un entendimiento.

Cole levantó ligeramente la mano, dándole la razón.

—Después llegó tu telegrama. Pensé en todo lo que había pasado y en lo que Amy me había contado. No volvías a casa y habías conocido a ese hombre, Andrew Stafford.

—Andrew Stavers y yo no...

—Como se llame. Sí, empecé a sentirme como un merluzo.

Ella frunció el ceño, pero esta vez no torció totalmente el gesto. Su exposición de los hechos estaba comenzando a cuajar en su mente y a helarle el corazón.

—Riley se marchó para alistarse en el Ejército y Susannah estaba bastante baja de moral. Igual que yo, dadas las circunstancias. De alguna forma Amy se convirtió en nuestra única alegría. Nos hacía compañía. —Levantó los hombros en señal de impotencia—. Empecé a cortejarla. Y antes de ni siquiera darme cuenta, comprendí que esperaba que nos casáramos.

—No perdiste el tiempo, ¿eh? —observó de manera cortante—. ¿No se te pasó por la cabeza la idea de escribirme pidiéndome explicaciones por el telegrama que recibiste? —Sus palabras seguían teniendo un tono afilado, pero la mirada de él era serena y sin concesiones.

—Un montón de veces, pero no logré decidirme. ¿Se te ocurrió a ti escribirme por el que tú recibiste?

—Sí. —Arqueó una ceja y le dedicó una sonrisa crispada—, pero no creía que la respuesta me fuese a resultar agradable. Me sentía tan herida, tan dolida, que lo único que quería hacer era gritarte. No estoy segura de no seguir enfadada.

Él apuró su vaso.

—Y, sin embargo, aquí estamos, Jess. Al final de un largo camino por el que nunca pensamos que pasaríamos, empujados hasta aquí por alguien que quiso salirse con la suya. Y me imagino que a fin de conseguirlo, le daba igual a quién pudiera hacer daño.

Jess volvió a beber. Las lágrimas le ardían en los ojos y rebuscó entre los bolsillos sin encontrar ningún pañuelo. Creía a Cole, pero le resultaba muy duro aceptarlo, era muy difícil asumir que tu propia hermana te pudiese traicionar de aquella manera.

—Me siento como... es como si estuviésemos hablando de una desconocida. Esta no es la hermana que yo recuerdo. No puede ser. Amy no haría todo eso.

—Eso pensaba yo también. Nos equivocábamos.

—¿La quieres? —Las palabras le salieron como un susurro.

Cole cerró los ojos un instante, tratando de decidir cuál era la mejor respuesta, la verdad o una mentira.

—Intenté convencerme de que la quería.

Ella se secó las comisuras de los ojos con el pulgar.

—Y lo parecía de verdad. Esos pendientes camafeo que me enseñó y que todavía lleva puestos no eran de un amigo cualquiera.

Él se movió incómodo en la silla.

—Se los compré el día que traje tus cosas del hotel hasta aquí. Yo... La verdad es que...

—¿Qué?

—Me sentía culpable. Desde el primer día que llegaste, cuando te vi en casa de Mae, supe que me estaba engañando a mí mismo. Luego cuando enfermó y la vi postrada en aquella cama,

antes de saber lo del telegrama, me sentí como el canalla más grande que habita sobre la faz de la tierra. Al fin y al cabo, todo el mundo quiere a Amy. ¿Por qué no había llegado a quererla yo? —¿Por qué no?

—Porque nunca superé lo nuestro. Y si hubiese creído que serviría de algo, habría pagado al mismísimo demonio el precio que me pidiese por atravesar el infierno por el que pasé con tal de recuperarte.

Otro arrebato de rabia le sobrevino de nuevo a Jess.

—¿De verdad? Tampoco te esforzaste demasiado. En cuanto pensaste que el camino iba a ser duro, saltaste de mí a mi hermana. El daño ya está hecho —sentenció, dando un trago más largo del vaso que sujetaba entre las manos.

—Venga ya, Jessica. ¿Cuánto te esforzaste tú? —Sus ojos parecían esquirlas de hielo azul—. No te voy a negar que me arrepiento de muchísimas cosas, pero si me dices que tú no, no eres la mujer que siempre creí que eras.

—Por supuesto que me arrepiento de cosas. —Sintió como las mejillas se le encendían—. Pero no somos los mismos de antes. Por lo menos yo no, tampoco creo que vuelva a ser aquella mujer.

—Por mi culpa.

—Bueno, no, no solo por tu culpa.

El llanto de los niños, las madres exhaustas, los padres borrachos, los ancianos derrotados y abandonados: sus fantasmas nunca la dejarían.

Se hizo el silencio entre ellos.

—Quizá no seamos los mismos —sentenció Cole finalmente, ya sin un ápice de hostilidad—. Tal vez seamos mejores.

—¿Mejores...? ¿Cómo?

Él apartó la silla y se puso en cuclillas delante de ella.

—Ahora somos más sensatos. Quizá nos valoramos más el uno al otro.

Él estaba muy cerca y su olor le era muy familiar. Ella detectó las finas líneas que le salían en abanico desde las comisuras de los ojos, unas líneas que antes no estaban, la misma mandíbula fuerte y la frente ancha. Nada ni nadie le había llenado el corazón de la forma que él lo había hecho. Incapaz de contenerse, se inclinó hacia él y le rozó el pelo con los dedos. Cole le agarró la mano y se la besó, deteniéndose con los labios en la muñeca.

El sentimiento, tentador a la vez que en cierto modo prohibido, impulsó el encantamiento que crecía alrededor de ambos.

—Cole, no. —Ella intentó liberar sus dedos de las manos de él—. No vamos a hacer esto otra vez. Puede que tú hayas tomado ya una decisión respecto a Amy, pero ella y el resto del mundo aún piensan que sigues siendo su pretendiente. Tienes que esperar a que se mejore y entonces decirle que se acabó. Si no lo haces, no eres... no eres más que un donjuán.

Él la miró desde su mano y los segundos pasaron. Después apretó la frente contra las rodillas de ella.

—No, no soy un donjuán, Jess. Me han engañado y a ti también, pero llevo esperándote demasiado tiempo... años... y ya no quiero seguir esperando ni un minuto más.

Las lágrimas ardían en los ojos de Jess, que continuaba acariciándole el pelo. Amy, su propia hermana, había conspirado y les había mentado a ambos y ahora la verdad yacía allí sobre la mesa, al descubierto.

—Pero piensa que eso hace que nuestras acciones no sean mejores que las de Amy...

Él levantó la cabeza y ella vio la llama furiosa y salvaje que ardía tras su gélida mirada. Su voz era grave y áspera.

—Sandeces. Si continúas por ese peligroso camino, solo conseguirás hacerte daño.

Acercó la mano y deshizo el lazo del extremo de la trenza que le caía delante del hombro. Después la atrajo hacia él desde la silla. Cayeron sobre la alfombra trenzada de forma ovalada que cubría el suelo de pino, con la falda enredada entre las piernas, atrapada bajo él y atrapándola a ella. Los besos de él le caían sobre la cara como gotas de lluvia durante una tormenta de final de verano: húmedos, cálidos e igual de agradables.

Ella, incapaz de resistir un segundo más, lo envolvió con los brazos.

La rabia aún la retorció por dentro, la ira por lo que su hermana había hecho y, a menor escala, hacia Cole por haber recuperado sin esfuerzo aparente su desbaratado romance. Aun así, por encima de todo aquello, estaban el deseo, la atracción hacia él y el amor que había relegado a un rincón de su corazón helado. Cuando los labios de Cole tocaron los suyos, sus objeciones y sus nobles ideales bloqueados por el hielo se derritieron y liberaron ese amor.

Se buscaron el uno al otro con una urgencia impaciente que no experimentaba desde hacía más de dos años. Bajo la tela de la camisa de él, ella sintió sus duros músculos y sus huesos, perfilados por toda una vida de trabajo físico. Su cuerpo irradiaba calor. Su melena le caía hacia delante al mirarla a ella, que estaba debajo de él.

—Jessica —murmuró—, Jess, siempre has sido tú. —Devoró su boca con un beso que la inundó de calor desde dentro, como si sus venas se llenasen de néctar caliente. Sosteniéndole el cuello con una mano, se desabotonó la camisa. Después le agarró la mano y la situó entre la suya y el corazón, que le latía dentro del pecho a toda velocidad—. Siempre aquí dentro.

Jessica no pudo reprimir un suave gemido, suscitado por el tacto de su piel cálida y desnuda y los fuertes golpes de los latidos que sentía bajo la palma de su mano. Sus anteriores relaciones íntimas, exploratorias e interrumpidas, se agolparon para crear un apetito febril, que era a la vez maduro y había tardado años en construirse. Tal y como dictaba la sociedad, quizá en contra de lo que Powell Springs probablemente supuso aquel verano remoto en el que Adam se topó con ella y con Cole al lado del arroyo, Jessica había conservado intacta su virginidad. Durante veintisiete años, superando la tentación de la juventud, los estudios y el trabajo, jamás había deseado ni tan siquiera considerado la idea de entregarse a ningún otro hombre más que a Cole.

Nunca había querido a otro hombre más que a Cole.

Su mano grande se deslizó por Jessica y le cubrió un pecho, la fina blusa no era más que una débil barrera y todo su cuerpo reaccionó al contacto con su piel.

Jessica estaba al tanto de casi todo lo que la experiencia y la ciencia médica moderna tenían que ofrecer acerca del cuerpo humano en cuanto mecanismo. Cómo el corazón bombeaba la sangre, cómo funcionaban sus órganos, cómo se sustentaba y se reproducía, pero en cuanto recipiente de un deseo profundo y movido por la emoción, estaba poco instruida.

Mientras los dedos impacientes de Cole se afanaban en los botones de la blusa y la combinación que llevaba debajo, su lengua y sus labios hacían lo propio con los de ella, calientes, resbaladizos y ávidos. El tiempo y los espectros macabros de la enfermedad y la muerte retrocedieron hasta un rincón lejano de su mente, desterrados por los agasajos de él. Incluyó la cabeza hacia el cuello y la garganta de ella, dejando tras de sí un reguero de besos calientes y húmedos que concentraron sus sentidos con una exquisita intensidad. El perfume de él, a hombre y a *whisky*, con un rastro de aire nocturno que aún perduraba en la ropa, le inundó la mente.

Ella recorrió su cara con la punta de los dedos, sintiendo su incipiente barba, la fortaleza de su mandíbula, la piel suave de su nuca, protegida por el cabello. Sin esfuerzo aparente, la despojó de la blusa y la falda, que quedaron amontonadas a un lado. Acariciándole las piernas se deshizo de las medias y con un empujoncito le quitó los zapatos.

Liberada de las trabas del pudor represor que habría sentido con cualquier otro hombre, enredó los dedos en su pelo y, en respuesta a su callada exigencia de rendición, atrajo de nuevo

los labios de él hacia los suyos. El día de mañana y lo que conllevarse no importaban en este momento; el mundo podía seguir girando sin ellos. Estaban detenidos en un lugar donde ni el tiempo ni las circunstancias podían entrar.

El miembro duro de él, apretado contra el muslo de ella, no dejaba lugar a dudas sobre sus intenciones.

Cole desabotonó y accedió a la combinación de batista blanca de Jessica. Era una sencilla prenda de lencería de mujer que le llegaba hasta las rodillas, pero se abrió solícita, dejando al descubierto toda la extensión de su torso. Su cuerpo suave, perfumado de especias y madera oscura, era exuberante y femenino.

Fuera, dentro de la parcela que rodeaba al taller, *Roscoe*, el perro de Cole, empezó a ladrar. Cole levantó la cabeza y escuchó un instante. *Roscoe* seguía montando tal jaleo que casi le hizo interrumpir la exploración de la perfumada suavidad de Jessica. El animal no solía ladrar así a menos que un extraño se acercase. Las puertas no estaban echadas con llave, pero el cercado quedaba debajo de la ventana del apartamento. Fugazmente, consideró la idea de ir a echar un vistazo, pero bastó una mirada a la tersura que yacía desnuda ante él para que el fuego que le ardía dentro se enfureciera. Desechó la idea. El maldito chucho debía de haber acorralado a algún bicho nocturno. Solo esperaba que no fuese una mofeta.

—Ninguna mujer es tan bella como tú, Jess —pronunció contra su cuello—. Ninguna.

Su mano vagó por encima de su vientre y fue bajando más y más, hasta el lugar que ni siquiera su ropa interior podía esconder de él. Ella se retorció bajo su tacto.

Con un movimiento espectacular, la tomó en brazos y la llevó hasta la habitación cerrada donde estaba la cama. Haciendo equilibrios con ella en volandas, giró el pomo y de una patada abrió la puerta. Una fisura entre las nubes envió un destello gris plateado de luz de luna sobre la colcha, como si les hiciera una señal para que fuesen hasta allí. Al otro lado de la ventana, la luz de la calle proyectaba sobre los muros sombras de árboles de ramas desnudas que se habían despojado de sus hojas.

La puso sobre la cama y se quitó la camisa mientras ella observaba.

—Dímelo —murmuró ella con voz lastimera—. Dímelo otra vez.

Él sabía a lo que se refería. Quitándose las botas de un puntapié, se desabrochó el cinturón y abrió de un tirón la bragueta de los vaqueros. Se quitó los pantalones y se subió a la cama junto a ella, que estaba tumbada, con el cabello como una nube de olas que se desbordaban sobre la almohada.

—Te quiero —le dijo estrechándola de nuevo entre los brazos—. Siempre te he querido.

En medio de todas las cosas que habían salido mal, en el mundo —la guerra, las enfermedades, las muertes y el sufrimiento— y entre ellos, su declaración fue como una afirmación de vida para sus oídos. Un brindis por este momento que llevaba media vida esperando y un homenaje a la mujer que llevaba el mismo tiempo siendo dueña de su corazón.

El roce de los dedos de ella sobre su cadera bombeó sangre a borbotones hacia todas las partes de su cuerpo. Rodó hasta ella, dejando una pierna entre las de ella para acceder con facilidad a su dulzura. La pasión y la urgencia cabalgaban apremiantes por su bajo vientre, exigiendo satisfacción, pero tenía que esperar, tenía que asegurarse de que Jessica quedase satisfecha antes.

Con la mano, fue subiendo por el interior de su terso muslo hasta llegar a la calidez resbaladiza y dulce que lloraba por su tacto. Al mismo tiempo, se metió en la boca la fresa dura de su pezón, lamiéndolo.

Jessica gemía y se arqueaba contra él, entregándose toda a aquel torrente absoluto de sensaciones. Sus exploraciones juveniles no se habían parecido en nada a esto. El deseo no se había parecido en nada a esto. El miedo al descubrimiento y la timidez la habían inhibido. Ahora no sentía ninguno de los dos.

Jessica extendió la mano para envolver el miembro caliente de Cole. Él emitió un quejido contra el cuello de ella, que se deleitó con su reacción. Todo lo que era femenino en ella cobró vida, como si despertara después de años de sueño profundo. Él le apartó la mano y susurró:

—Aún no, cariño, aún no.

Él tocó su piel sensible y resbaladiza con la destreza del más hábil de los músicos al hacer brotar música de un instrumento. Con los nervios tan tensos como las cuerdas de ese instrumento, cada caricia de su mano transmitía vibraciones que estremecían todo su cuerpo, *in crescendo*. Él le susurró al oído algo que ella comprendió solo en parte. Cuando ya no pudo aguantar más, él siguió presionando, conduciéndola hasta un frenesí de sensaciones que nunca había experimentado. Ella presionó la mano de él para recibir la ola de espasmos que la sacudieron. Su grito en la oscuridad fue ahogado por un beso de él.

Cambiando de lado, sin tocarla, pasó por encima de ella a la luz de la luna y después cubrió el cuerpo de ella con el suyo. Ella lo rodeó con los brazos entrelazados y sintió cómo sondeaba certeramente hacia su centro, que incluso ahora seguía estremeciéndose por los efectos secundarios del clímax.

Tuvo que concentrarse con todas las fuerzas de su debilitado autocontrol para evitar hundirse en aquel calor de Jessica que tantísimo lo atraía hacia ella. Había pensado en este momento mil veces desde el instante en que la vio de nuevo, aunque no se le había pasado por la cabeza que pudiese ocurrir. Dio un suave empujoncito dentro de ella y oyó un jadeo leve y agudo.

—Ahora no puedo dar marcha atrás, Jess —la advirtió, respirando de forma irregular.

—No, no... no pares por favor.

—Te prometo que intentaré no hacerte daño...

Pero ella levantó sus caderas para encontrarse con las de él, obligándolo a fundirse en un todo con ella. Ella lo ciñó como un guante cálido, como la vaina de una espada, que no se ajustaría a ninguna otra más que a aquella para la que estaba hecha. Se retiraba y arremetía de nuevo, saboreando la deliciosa agonía que iba creciendo en él. Los movimientos de Jessica se acompañaban con los suyos, arrastrándolos a ambos hasta el filo de un precipicio de deseo. Por fin se lanzaron a un abismo de pasión emocional, de dos corazones y almas unidos, ahora y siempre. La liberación le hizo temblar hasta lo más hondo de su ser.

Apoyó la cabeza sobre el hombro de ella, sin fuerzas y respirando como un caballo sin resuello.

Notó la sonrisa de ella contra su mejilla.

—¿Qué?

—Sí que eres todo un hombre, Cole.

—¿Era lo que esperabas? —Él sonrió también.

Ella lo abrazó y él la hizo rodar para que quedase tumbada sobre él.

—Mejor que en mis sueños. Y he soñado con esto muchas veces.

—Yo también. No podía evitarlo, te quiero.

Ella le puso la mano sobre la mejilla.

—No tanto como yo te quiero a ti.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Jessica estaba tumbada con la cabeza recostada sobre el hombro de Cole y una pierna encima de las de él. Sentía que por fin le podía explicar por qué había abandonado el trabajo que, en última instancia, le había costado sudor y lágrimas.

—Empecé a darme cuenta de que en realidad no estaba cambiando la vida de aquellas personas. Seguía poniendo parches en unas, si sobrevivían, y luchando contra los mismos problemas en otras.

Habían vuelto a hacer el amor y después, exhaustos y saciados, ambos habían caído en un sueño profundo. Ahora la magia de la noche que habían pasado juntos estaba a punto de desvanecerse. En la sala de estar, el reloj dio las seis y media.

—No importaba lo duro que trabajase o cuánto lo intentase —prosiguió Jessica—, eran muchísimos los factores que no podía superar. Al principio no creí que me pudiera marchar, pero luego, a pesar de, bueno, a pesar de todo, entendí que no me podía quedar. El trabajo ya no me daba ninguna alegría. Solo una sensación de absoluta inutilidad. Así que supongo que hui de él. —Le habló del mes en Saratoga Springs y del aislamiento del mundo que se había impuesto a sí misma.

—¿Y ahora? Ya no vas a ir a Seattle, ¿verdad?

Le acarició el brazo desnudo y jugueteó con los dedos de ella mientras se extendían por el pecho de él. Ella giró la cabeza hacia la ventana.

—No me atrevo a pensar más allá de mañana. La responsabilidad que tengo, cuidar de este pueblo, es todavía menos predecible que la misión que tenía en el este. Allí, sabía que estaba combatiendo contra la ignorancia y la inhumanidad. Aquí mi enemigo es un misterio, un desconocido.

Luchando contra su propia voluntad, se desembarazó de la calidez de sus brazos y se sentó en el filo del colchón.

—Jessica, espera. No te vayas todavía.

Aun siendo demasiado alto para la cama, se veía perfecto en ella. A Jessica no le resultaba difícil dejar que su imaginación lo dibujase allí todas las noches y despertarse a su lado todas las mañanas. Al verlo a la luz tenue del amanecer, con el pelo largo y alborotado y su cuerpo grande recostado sobre las almohadas, pensó que nunca había estado tan apuesto y atractivo.

—He de volver al sanatorio —declaró suspirando—. Tengo trabajo que hacer. Mientras esta crisis perdure y yo siga siendo la única médico, continuarán las largas jornadas de trabajo. A pesar de que el ritmo de nuevas infecciones acaba de empezar a disminuir, sigo luchando en una batalla cuesta arriba. Y por lo que sé, podría volver a empeorar.

—Supongo que yo también debo marcharme —anunció mientras se incorporaba y comenzaba a vestirse—. Estamos arreando una manada para subirlos al tren mañana a última hora de la tarde. ¿Vendrás luego a cenar al rancho?

Ella se puso tensa y se detuvo, con un brazo dentro de la blusa que había sacado del armario.

—No es buena idea, Cole. Aún no. Por la vía fácil o por la difícil... Amy tiene que enfrentarse a las consecuencias de sus acciones y tú tienes que explicarle por qué pones fin al noviazgo. Aún no está bien para escuchar eso. —Y Jessica no estaba segura de estar preparada para lo que fuera que viniese después.

—Sí, lo sé —reconoció, y se quedó mirando al poste de la cama un instante. Se puso delante del espejo de la cómoda y con ambas manos se peinó el pelo hacia atrás—. Al menos déjame llevarte a la escuela.

—Eso sí —respondió sonriendo.

Después de que ella se lavase los dientes y se asease en el diminuto cuarto de baño, él tomó prestado su dentífrico en polvo Colgate y utilizó un dedo como cepillo de dientes.

En el salón, Jessica recogió el maletín de cuero negro y ambos bajaron a la planta de abajo. Cole desenganchó su abrigo del perchero y la ayudó a ponérselo antes de recoger el suyo y su sombrero. Salieron caminando hacia las primeras luces de la mañana y se detuvieron un instante en la entrada. La ciudad aún estaba en calma y una neblina suave impregnaba el aire. Las últimas hojas marrones yacían húmedas y vencidas a lo largo de las alcantarillas de la acera y no se oía el canto de ningún pájaro. Delante de la puerta no pasaba nadie, últimamente el tráfico se movía tan lento como un animal herido incluso a mediodía.

Sujetándole la barbilla entre el índice y el pulgar, Cole levantó suavemente la cara de Jessica hacia la suya.

—No podré hacer esto cuando te deje delante de la escuela. Imagina lo que dirían esas voluntarias.

La besó con toda la pasión que había mostrado en su dormitorio aquella misma noche, haciendo tambalear su decisión de mantener la profesionalidad y proteger su ética personal respecto a la relación. El aliento cálido de Cole le acarició la cara y sintió que no le importaría quedarse allí de pie toda la mañana, dejando que sus labios se apoderasen de los suyos. La chispa de pura alegría que él había encendido en su corazón hacía unas horas —la primera que ella sentía en mucho tiempo— ardía un poco más alto, con un poco más de brillo.

Cuando él se apartó, ella miró dentro de sus ojos azules y vio la misma llama salvaje ardiendo allí. Resultaba tan difícil resistirse a él.

—Maldita sea, doctora Layton, será mejor que nos vayamos antes de que cambie de opinión sobre todo esto y te lleve otra vez arriba.

—¿Te refieres a faltar a clase? —bromeó entre risas—. No he hecho eso jamás en la vida.

—Puede que vaya siendo hora de empezar —respondió.

Miró hacia abajo y al darse cuenta de que aún llevaba por fuera uno de los faldones de la camisa, se lo metió por dentro. Jessica se sorprendió a sí misma con un deseo impropio de una dama, el deseo de poder meter la mano de ese modo en la parte delantera de sus pantalones.

Caminaron hasta la camioneta, que esperaba aparcada y cubierta de rocío en el jardín del taller de Cole. Justo cuando estaba a punto de ayudarla a entrar, Jessica oyó una voz masculina.

—¡Fornicadores! ¿No os da vergüenza?

Jess pegó un salto y se asustó al ver acercarse a Adam Jacobsen. Llevaba la ropa arrugada, nada que ver con su impecable aspecto habitual. ¿De dónde había salido?

Al lado de ella, Cole se puso tenso como un lobo encarando a un enemigo.

—¿Qué demonios quieres, Jacobsen? ¿Y cómo es que cada vez que me doy la vuelta siempre estás ahí, ocupándote de los asuntos de todo el mundo excepto de los tuyos?

Adam no respondió a estas preguntas, pero los miró de arriba abajo con aire despectivo, de superioridad moral. El pelo pegado aquí y allá y unos círculos oscuros acentuaban la ira feroz de sus ojos.

—Haber caído tan bajo. Debería haber pensado que vuestros instintos más despreciables volverían a salir a flote. —Lanzó una mirada de odio a Jessica—. Fornicar con el prometido de tu hermana.

Hablaba con una voz melodramática que a Jess le recordaba al padre de Adam en sus momentos más furibundos sobre el púlpito. Se le helaron las manos y el estómago ante este desagradable enfrentamiento.

—Mide tus palabras, Jacobsen. Estás aventurando una conclusión que no puedes demostrar. Haz el favor de desaparecer calle abajo o tendré que ayudarte a que lo hagas —lo advirtió Cole.

—Y tú —continuó Adam, señalando con el dedo a Cole—. En un momento como este, con Amy, una mujer excelente y de buena reputación, un luminoso ejemplo moral para esta comunidad, aún convaleciente e indefensa en una cama de hospital, ¿así es cómo le devuelves su devoción y su confianza en ti?

Cole apartó de un manotazo el dedo índice de Adam.

—No me señales. Y métete en tus propios asuntos —repitió Cole—. No sabes de lo que estás hablando. Si no te largas ahora mismo, por más Biblia que lleves escondida, te voy a dar tal patada que vas a ver las estrellas.

Se acercó un poco más a Adam y le dio un empujoncito con el hombro, haciendo que se tambalease hacia atrás. El rostro contraído de Adam se tornó rojo de la ira, como una olla a punto de estallar. Dio un paso adelante, con la voz trémula por la furia.

—¡No se te ocurra amenazarme! Me encargaré personalmente de que ninguno de los dos podáis volver a ir con la cabeza alta por este pueblo.

Jessica, desconcertada por su comportamiento, casi esperaba que empezase a echar espuma por la boca.

—Y pensar que te pedí que te casaras conmigo. ¡No eres más que una fulana refinada!

Jessica lanzó un grito ahogado ante aquel insulto virulento.

—¡Hijo de puta! —lo increpó Cole.

Después enganchó a Adam por la solapa con una mano y llevó hacia atrás la otra para preparar un gancho, pero Jess lo sujetó y, a pesar de estar a punto de pegarle un puñetazo, ella consiguió disuadirlo de su objetivo.

—¡Cole, no! ¡No merece la pena!

Adam se zafó de las garras de Cole y dio un brinco fuera de su alcance; los ojos le brillaban con un fulgor casi fanático.

—¡Esperad y veréis!

Se dio la vuelta y salió disparado hacia su casa. Miró hacia atrás por encima del hombro un par de veces, como para asegurarse de que Cole no lo perseguía.

—Oh, no —se lamentó Jessica, mientras veía cómo se alejaba—. ¡Ese hombre tan espantoso! Se lo irá contando a todos.

Cole también estaba exaltado; respiró hondo varias veces y después encerró el puño en la otra mano. Observó la retirada de Adam.

—Sé que intentará crear problemas, ¿pero qué va a ir contando? ¿Qué me vio ayudándote a subir a la camioneta? Nosotros sabemos lo que pasó anoche, pero él no. Solo está haciendo suposiciones con su mente sucia. Como siempre.

—Es probable que nos viera besándonos. Quizá. No estoy segura.

Cole se dio la vuelta para mirarla.

—¿De verdad te pidió que te casaras con él?

—Sí —respondió con voz de cansancio e indignación.

—¿Y?

—¿Qué quieres decir con «y»?

—¿Qué le contestaste?

—Supongo que nunca lo rechacé abiertamente, pero le dije que no sería una buena esposa para él. Lo tenía todo planeado... esperaba incluso que fuésemos juntos al cielo. Presuponía que abandonaría la medicina y me dedicaría en cuerpo y alma a su trabajo. ¿Tú me ves organizando reuniones benéficas y círculos de costura?

—No —respondió Cole liberando su puño y emitiendo una risa breve y forzada.

—Le dije que yo tampoco me veía. Y también me di cuenta de que tenías razón respecto a él. — Él le lanzó otra mirada en la que se leía «ya te lo dije», a la que ella respondió levantando las cejas y encogiéndose de hombros con resignación—. Por alguna razón, sin embargo, empezó a presuponer que había aceptado. Eso fue parte de la pelea que interrumpiste ayer por la tarde. Le dije que no estamos comprometidos, pero me pregunto qué diantres hacía aquí fuera a estas horas.

Cole reflexionó un momento y recordó un par de cosas que hicieron que una preocupación latente se apoderase de él. Hizo un gesto con la cabeza hacia el asiento del pasajero de la camioneta y ella se dejó ayudar para ocuparlo.

—Ten cuidado cuando estés cerca de él. —Cole no quería asustarla, pero pensaba que debía hacerla partícipe de sus sospechas—. Creo que se ha pasado la noche aquí, vigilando.

—Pero eso es absurdo. Da... ¡Da escalofríos!

—Ya, bueno, recuerda de quién estamos hablando, Jess. ¿No te has dado cuenta de que llevaba la misma ropa que ayer? Y cuando estábamos arriba, oí a *Roscoe* ladrar como un loco. Tengo la impresión de que ladraba a Jacobsen. Por eso lo vimos aparecer como de la nada. Ya estaba aquí. —Notó cómo Jess se estremecía.

—¿Vigilando?

—Sí. Para ver quién iba y venía y cuándo. O cualquier cosa que pudiese espiar. —Se acercó a la parte delantera de la camioneta y giró con fuerza un par de veces la rígida manivela de arranque, hasta que volvió a la vida con un ruido sordo. Luego se subió y empezó a toquetear el estérter.

—No me da miedo. No puede hacerme daño y no puedo permitir que sus amenazas se interpongan en mi camino.

—De todas formas, ten cuidado. —Miró a través del parabrisas un instante; después le agarró la mano que tenía sobre el regazo—. Jess, si por su culpa o por la de cualquier otra persona se llega a saber algo de lo que pasó anoche, quiero que sepas que estaré a tu lado. No me arrepiento ni me avergüenzo de nada de lo que hicimos.

Jess se dio la vuelta y le estrujó la mano. Una vez más, Cole sabía que ella percibía la sinceridad de sus palabras porque lo miraba directamente al corazón. Por el momento, con eso tendría que bastarle para superar lo que le esperaba.



Para Jessica, los dos días siguientes pasaron prácticamente de la misma forma que habían pasado todos los anteriores desde el inicio de la epidemia. La confusión de pacientes enfermos, pacientes moribundos y pacientes convalecientes le producía la sensación de que el tiempo se había parado. La única indicación real del paso del tiempo procedía de las salidas y las puestas de sol.

No tenía ni idea del paradero de Adam, pero agradecía que se hubiese mantenido alejado del sanatorio desde la terrible mañana en que lo viera por última vez. Si alguien se había percatado de su ausencia, no comentó nada.

A Cole tampoco lo había visto, pero sabía que debía de estar ocupado preparando los caballos para el tren.

Los informes sanitarios que recibía de la Cruz Roja y de otras fuentes hablaban de las enormes dimensiones de la catástrofe, pero la mayoría de los diarios tendía a aligerar su gravedad. Los médicos y las enfermeras caían víctimas con la misma frecuencia que sus pacientes y algunas regiones del país eran abandonadas a su propia suerte. Algunas de las enfermeras voluntarias de Jessica habían acabado ocupando las camas del sanatorio. ¿Qué sería de Powell Springs si ella enfermase?

Una mezcla de culpa y rabia acumulada hacían que Jessica visitara la cama de Amy con la menor frecuencia posible. Al principio no le resultaba difícil porque su hermana estaba dormida casi todo el tiempo y, después de un par de revisiones breves, a Jess le alegró comprobar que Amy estaba recobrando las fuerzas, pero tan pronto como se sintió más fuerte, empezó a hacer preguntas a las enfermeras.

El día después del enfrentamiento con Adam, Jessica estaba atendiendo a un paciente cuando oyó que su hermana preguntaba:

—¿Dónde está Jessica? ¿Por qué no viene a verme? ¿Dónde está Cole?

Se encontraba justo al otro lado de una de las sábanas que habían colocado para separar los distintos cubículos de los enfermos. Como una cobarde, salió corriendo hacia su escritorio antes de que nadie se percatase de su presencia, pero sabía que lo único que hacía era posponer lo inevitable. Sí, la fuerza de la sangre podía ser más importante que cualquier otra cosa, pero la traición de Amy, enmascarada tras lo que Adam había llamado «buena reputación» y «un luminoso ejemplo moral», anulaba su cariño fraternal.

Birdeen Lyons la localizó. Llevaba la cabeza envuelta en una sábana blanca, lo que le daba un aire de enfermera británica.

—Jessica, Amy pregunta por ti.

—Gracias, Birdeen —contestó Jess, mirándola desde los papeles que revolvía sobre su escritorio—. ¿Le podrías decir que iré a verla enseguida?

La mujer asintió y se dirigió serpenteando cubículos hacia la cama de Amy.

Ese mismo día, entrada la tarde, aún seguía retrasando la visita cuando Horace Cookson entró en el sanatorio. Jessica lo distinguió, antes que él a ella, de pie justo en la entrada del hospital provisional, sin querer o sin poder dar un paso más. Jess se apresuró a ir a saludarlo. A pesar de vestir su atuendo de alcalde —la corbata torcida, el chaleco al que le faltaba un botón y la chaqueta del traje arrugada y con las coderas gastadas—, parecía mucho más viejo y tenía la cara tan gris que temió que hubiese acabado sucumbiendo a la enfermedad que ya se había llevado a su esposa y a su hijo.

—Alcalde Cookson —lo llamó en voz muy baja—, ¿está usted bien? —La mirada en sus ojos apagados y demacrados era de tal desconcierto y confusión que le llegó al corazón. Era una pregunta sin sentido, claro que no estaba bien. Lo intentó de nuevo—. ¿Está usted enfermo?

—Jessica —respondió negando con la cabeza—, ¿hay alguna habitación donde podamos hablar?

—Sí, imagi... —Consideró el guardarropa convertido en morgue, pero era una opción impensable—. Busquemos un aula.

Captó la mirada de una de las enfermeras y señaló hacia la puerta para indicar que se ausentaría un instante. Horace y ella caminaron por el pasillo hasta que encontraron un aula de geografía vacía. Las paredes estaban forradas de mapas de Europa, había una bola del mundo sobre la mesa del profesor y en la pizarra aún estaba escrita una tarea de lectura de la última clase que se había impartido allí. Él esperó a que ella se acomodase en la silla del profesor y después se sentó en el borde de la mesa, con una pierna colgando.

Había algo que lo preocupaba, algo que no tenía que ver con sus recientes pérdidas. Para acabar con aquella situación tan extraña, ella dijo:

—Quiero darle las gracias por la mantequilla y la nata que me ha estado enviando. Son un verdadero lujo.

—No es nada —respondió con un gesto de la mano—. Ya sabe, los granjeros consiguen quedarse con parte de lo que producen para alimentar a sus familias y ahora en casa no estoy más que yo.

—Ojalá hubiese podido hacer más. Lo siento mucho... —Su aflicción era sincera.

—Esa no es la razón por la que he venido, Jessica —la interrumpió levantando una mano—. Están sucediendo cosas de las que debería estar al tanto.

Ella jugueteaba con un trozo de tiza que había sobre el escritorio de roble, esperando que continuase.

—Adam Jacobsen solicitó anoche una reunión de emergencia del consejo municipal.

—¿Cómo? —La tiza se le cayó de repente de los dedos.

—Quería que le prohibiésemos a usted seguir practicando la medicina ni un día más en Powell Springs. O por lo menos así es como lo expresó.

Los coloridos mapas de las paredes flotaron ante sus ojos un instante. Miró hacia otro lado y apretó la mandíbula para recobrar la calma.

—Claro. ¿Y quién pretende que se encargue de todas esas personas que hay en la sala?

—Dijo que la abuela Mae podría tomar el relevo hasta que llegue Pearson.

—Ah, sí, el esquivo Pearson. Empiezo a dudar tan siquiera de que exista. —No pudo evitar el matiz de sarcasmo en su voz.

Él se encogió de hombros y, al hacerlo, alzó su ropa ancha y descuidada.

—Mire, no sé lo que ha ocurrido entre usted y Adam o cualquier otra persona. No es asunto mío. Entre usted y yo y estas cuatro paredes, preferiría estar en la granja con mis vacas en vez de estar haciendo esta tarea, pero Adam ha hecho unas acusaciones bastante graves, sobre algo relacionado con su mal... ¿maleza? No, bajeza, eso es, su bajeza moral.

Insultada y asustada, Jessica sintió que le saltaban chispas de los ojos. No podía preguntarle exactamente qué le había dicho Adam.

—Dígame solo cuál fue el resultado de la reunión.

—Votamos en contra, por supuesto. La necesitamos aquí. Está llevando a cabo un trabajo excelente.

En opinión de Jessica, que siguiese pensando eso, después de perder a su esposa y a su hijo, era muy generoso.

—¿Cuento entonces con el apoyo del consejo municipal? ¿Me defenderán frente a esta difamación?

—Claro, para lo que pueda servir. Solo somos dos, Roland Bright y yo. Adam es el tercer miembro del consejo.

Jessica se frotó la frente con la mano, con la impresión una vez más de soportar el peso del mundo sobre sus hombros.

—Me disgusta decirlo... —continuó el alcalde—. Powell Springs es un buen pueblo, pero a la gente le encanta este tipo de cosas. Supongo que está en la naturaleza humana. Es muy probable que esto salga a la luz. Especialmente en estos momentos. Les dará algo en lo que pensar que no sea la guerra y la enfermedad. Hay algo más que debería saber. Como Adam no consiguió lo que buscaba, se irritó bastante. Amenazó con hacer otra cosa para que la... bueno...

Ella lo miró y se aferró al borde del escritorio con tanta fuerza que las puntas de los dedos se le pusieron blancas y rosas.

—¿Me expulsen de la ciudad colgada de los pies? ¿O me linchen? ¿O quiere que me ejecuten al amanecer? ¿Qué quiere que haga, alcalde?

Él suspiró, como si esta fuese la última cosa de la que quisiera ocuparse.

—Yo solo creí que debía estar informada sobre lo que sucede. Que tenga relación con la Liga Protectora Americana solo hace que el asunto sea más peliagudo.

Jessica se temía que Adam les acabaría dando algún tipo de problema, pero no se imaginaba que sería algo tan grave.

—Gracias por avisarme. —Levantándose de la silla con toda la dignidad de la que pudo hacer acopio, añadió—: Siento que se haya visto envuelto en un asunto personal que Adam ha decidido hacer público. Sé que ya tiene bastante de lo que preocuparse. De hecho, a mí me sucede lo mismo.

—¿Cómo sigue su hermana? —Cambió de tema y se levantó también.

—Está recobrando las fuerzas.

—Apenas hay ninguna familia que se haya escapado de esta... esta cosa. Que su hermana se esté recuperando es una buena noticia.

—Sí, lo es. —Jessica miró de soslayo al agotado alcalde—. No veo el momento de que esté del todo recuperada.



En una vía muerta cerca del depósito de locomotoras, cinco vagones de ganado esperaban bajo el cielo gris vespertino. Las nubes bajas y tenues rozaban las colinas y los cerros de alrededor, tan cercanas que parecían poder tocarse con la mano. Las lluvias de octubre habían reavivado Powell Creek, cubriendo el cauce del arroyo con una rápida corriente de agua junto a las vías. Cole, Susannah, Tanner y sus sobrinos, todos, trabajaban a una con el objetivo de cargar los caballos de los Braddock. Ya llevaban horas haciéndolo y notaban el cansancio y el hambre. Una marea agitada de caballos grises y pardos entrechocaba por encontrar su sitio, se enganchaban unos a otros por el cuello, encabritándose y resistiéndose a moverse. Al menos ya se vislumbraba el final de aquel trabajo.

—¡Pero maldita sea! ¡Sujetad a ese pardo castrado de ahí! —se desgañitaba Shaw desde la montura sobre el lomo de *Muley*.

Cole deseó que el viejo se hubiese quedado en casa. Entre él y Tanner tenían la situación bajo control y lo único que conseguían las órdenes que vociferaba su padre era que los caballos se pusieran más nerviosos de lo que ya estaban. El resto mostraba un gesto de fastidio. Susannah lanzó a Shaw una mirada exasperada.

—Me voy a la oficina de la estación —le gritó a Cole.

Él asintió y le acercó su yegua a la parte de atrás de la vía. Ella llevaba el manifiesto y los demás documentos que tenían que acompañar al envío. Mientras tanto, Cole y Tanner condujeron al último de los animales para que subiera la rampa hasta el vagón y cerraron la puerta tras él. Cole saltó y apartó la rampa.

—Jesús, me alegro de haber acabado por fin —declaró a Tanner.

Tanner asintió y se dirigió a los muchachos, ya subidos a sus propias monturas.

—Vamos, chicos, volvemos a la granja. Aún queda trabajo por hacer.

—¿Y no podemos quedarnos un rato en el pueblo y comernos un helado, tío Tanner? —preguntó Wade.

—Hoy no, hijo. Y no es que vosotros dos no os lo hayáis ganado, pero está todo cerrado por la gripe. Cuando lleguemos a casa intentaré improvisar algo que os guste mucho para comer.

Wade y Josh se dirigieron una mirada de soslayo que no se le escapó a Cole. Había oído que a Tanner cocinar no se le daba precisamente bien.

—Tengo una idea mejor —intervino Cole, desatando del poste su propia montura, *Sage*—. Vamos al local de Tilly a tomar un par de rondas. Invito yo. Papá, ¿te animas?

—Si eres tú el que invita, yo me animo siempre —contestó el viejo.

Cole soltó una risita.

—Vosotros, muchachos, quedaos aquí esperando a la señorita Susannah y decidle dónde estamos. Después volved con ella a la granja. Seguro que en la cocina encuentra algunas galletas que daros.

—¿Qué os parece eso? —le preguntó Tanner. Wade sonrió y Tanner le alborotó el pelo rojo—. Bien, eso pensaba yo.

Los tres hombres se dirigieron hacia la taberna de Tilly. Mientras cabalgaban junto a los vagones del tren, Cole se dio cuenta de que su padre parecía casi meditabundo, algo muy poco propio de él.

—¿Te preocupa algo, papá?

—Veintisiete de nuestros mejores caballos van camino del extranjero. Todos son hermosos y fuertes —declaró Shaw, echando la vista atrás hacia los vagones. En su voz ronca resonaba un eco nostálgico de pena—. De verdad espero que alguien los cuide como merecen.

—Eso espero yo también —recalcó Cole dedicándole una mirada penetrante. Era la primera vez que oía a su padre expresar su preocupación por los animales que enviaban a Europa—. Los

hombres se hacen la guerra unos a otros. Los animales no piden participar. Qué demonios, la mayoría de los hombres tampoco pide participar.

Como si diese por sentado que había mostrado una parte poco masculina y blanda de sí mismo, Shaw se recompuso todo lo que le permitía su espalda artrítica y el momento se esfumó.

—Bueno, se acabaron las sensiblerías. La guerra es asunto de hombres y los hombres hacen lo que tienen que hacer sin tanto lloriqueo. Cueste lo que cueste.

A Cole no se le escapó la pulla, pero decidió no morder el anzuelo. Era el tipo de reacción que había aprendido a esperar de su padre hacía ya mucho tiempo.

Se cruzaron con muy pocas personas caminando por las aceras mientras cabalgaban por el pueblo. Powell Springs era solo un espantapájaros ondeando al viento, una sombra renqueante de lo que había sido antaño, escondiéndose de un depredador invisible. La única persona que se erigía entre esto y el desastre total era Jessica, la fuerte, apasionada y buena de Jess, que no dejaría que nada se interpusiera entre ella y su causa: cuidar a la gente del pueblo. Ni Adam. Ni Amy. Ni tan siquiera sus sentimientos por Cole.

Los tres hombres se adentraron, sedientos, haciendo sonar sus espuelas entre los confines cargados de humo de la taberna de Tilly. Parecía no importar qué catástrofes o acontecimientos asolasen el mundo. Con sus cabezas de alces disecados, sus cuadros y su propietario con un paño echado por encima del hombro, la taberna era una constante. Solo el calendario de cerveza Olympia cambiaba anualmente y, de vez en cuando, también cambiaban los carteles de la pared, en función de quién ocupase la Casa Blanca en Washington.

Cole pidió una botella de *whisky* y tres vasos mientras Tanner y Shaw se acomodaron en una mesa. Esta tarde el lugar estaba bastante tranquilo, solo estaban allí Bert Bauer y Elvin Fowler. Las muletas de Elvin estaban apoyadas contra la mesa a la que estaba sentado. Cole no sabía exactamente cómo se las arreglaba para llegar hasta el pueblo, aunque había oído que se estaba convirtiendo en uno de los mejores clientes de Tilly. Pobre desgraciado, pensó Cole. Entendía perfectamente por qué el hombre se había dado a la bebida.

Se dio cuenta de que Tanner se puso tenso al ver a Bauer, pero no le sorprendió. A ese ladrón de tumbas no le faltaban rasgos de persona de dudosa reputación como para ofender casi a todo el mundo. Cole repartió los vasos sobre la mesa y sirvió un poco en cada uno.

—Oye, Shaw —lo llamó Tilly desde detrás de la barra—. Eres justo el hombre que nos hace falta para resolver una apuesta que tenemos entre manos.

—¿Ah, sí? ¿Qué tipo de apuesta?

—Estamos intentando decidir quién es más inteligente, si un cerdo o un caballo. Yo digo que el caballo, pero Elvin apuesta por el cerdo, y Bert también.

—No me extraña —murmuró Tanner para sí.

—Venga ya, muchachos, eso está más claro que el agua. Todo el mundo sabe que un caballo es más inteligente que un cerdo —declaró Shaw.

—En una ocasión conocí a un hombre que tenía un cerdo de caza —anunció Elvin—. Ese puerco era tan bueno cazando como cualquier pointer. Es por su sentido del olfato.

—Yo vi uno en una feria del condado que era capaz de elegir cartas de una baraja —metió baza Bauer—. Acertaba la carta todas las malditas veces. Tráeme un caballo capaz de hacer eso. —Le hizo una señal a Tilly para que le pusiera otra cerveza.

—Bueno, esos cerdos no te van a llevar a casa una noche sin luna cuando estés tan borracho que no puedas ni agarrarte el culo con las dos manos. Un caballo siempre conoce el camino de vuelta. Si te rompes la pierna en la sierra, ningún cerdo va a ir a rescatarte.

—Una vez vi un pollo que tocaba un piano diminuto con el pico y...

—Venga ya, Elvin, no estamos hablando de pollos. Estamos hablando de caballos inteligentes y de cerdos.

El absurdo debate comenzó a calentarse, y Cole sabía que su padre se encontraba en su elemento. Todos tenían una historia que contar, un ejemplo que sacar a colación. Hasta Tanner se metió en la conversación y eso que solía ser un hombre tranquilo e introvertido. Cole se aisló del vocerío y pensó en Jessica, hermosa y enardecida por la pasión, entre sus brazos.

Mañana iría al hospital a visitar a Amy. No precisamente porque quisiera sino porque sabía que debía hacerlo. Y al hacerlo comprobaría por sí mismo su evolución. En este momento intentaba no pensar en la asquerosa jugarreta que les había hecho. A la vez, aquello le hacía preguntarse si en algún momento la había conocido de verdad. Después de las últimas noticias, pensaba que pegaba mucho más con una serpiente como Jacobsen. Ambos fingían ser quienes no eran. Se bebió la mitad de su trago y se sentó para aliviar la tensión de la espalda.

Los demás continuaron debatiendo durante una hora las diferentes virtudes de cerdos y caballos. Perdido en sus propios pensamientos, Cole dejó que la conversación continuase a su alrededor como quien oye llover. Cuando se molestó en volver a escuchar, se dio cuenta de que habían cambiado de tema, ahora hablaban sobre la alopecia.

—¿Alguna vez has visto un indio calvo? —preguntó Shaw, poniendo el codo en la mesa—. Muchachos, ¿alguna vez habéis visto un indio calvo? —repitió para Cole y Tanner—. ¡No señor! ¿Y sabéis por qué? —No esperaba ninguna respuesta—. Porque no se lavan el pelo. Esos jefes indios, ellos sí que saben de qué va la cosa. Si no queréis quedaros calvos, ¡no os lavéis el pelo!

—No sé, Shaw, no me suena del todo bien —terció Tilly, lanzándose el paño de la barra por encima del hombro.

Shaw se sirvió otro trago y dio un puñetazo en la mesa.

—Toro Sentado, ese sí que es un buen ejemplo. Lo mataron a tiros, pero murió con todos los pelos de las trenzas.

Cole soltó una carcajada, dio un manotazo en la mesa y meneó la cabeza.

—Eso no son más que un montón de estupideces.

—¿Qué? —Shaw se encrespó—. ¿Que no me crees? Pues date un paseo por la biblioteca y echa un vistazo a la fotografía que tienen colgada en la pared. ¿Crees que Buffalo Bill pondría en su espectáculo a un indio calvo?

—Yo no digo eso —contestó Cole.

—He visto esa fotografía —intervino Tanner—. Sí que tiene trenzas.

Cole volvió a reír ante la absurdidad de todo el asunto.

—Tienes toda la razón, maldita sea. Claro que las tiene —insistió Shaw—. Ese Bill Cody era un artista de primera, como Annie Oakley y todos los demás.

—Sí, intentaste hacerlo en casa y Susannah te cantó las cuarenta por poner las fundas de las almohadas negras por el pelo sucio. Después te obligó a frotarte la cabeza hasta que se te puso rosa.

—Me sorprende que aún me quede un pelo en el coco después de eso —admitió Shaw con el ceño fruncido.

—Tienes un montón.

—Bueno, las mujeres se lavan el pelo y no parece que se queden calvas —señaló Elvin.

—No, y eso que algunas se lo lavan dos veces a la semana —añadió Bauer— o incluso más.

Se abrió la puerta de la taberna dejando entrar una ráfaga de aire húmedo y, Cole tenía la esperanza, un giro a esta estúpida conversación, pero cuando alzó la vista, se encontró a Susannah allí de pie. Aún llevaba puestos la falda de montar y los guantes de trabajo.

—Puede que lavarse no tenga nada que ver —asintió Elvin, quien, percatándose de su presencia, cerró la boca.

Nadie más volvió a articular palabra. Dos mujeres en el negocio de Tilly en dos meses: se trataba de algo inaudito.

Cole se puso de pie tirando la silla. Algo iba mal. Mal en todos los sentidos. Un escalofrío inexplicable lo atravesó como un rayo, erizándole todos los vellos del cuerpo. Al otro lado de la mesa, Tanner también se puso de pie, de repente tan tenso como un arco.

Cole solo tenía ojos para la cara blanca como la pared de Susannah. Caminó los pocos metros que los separaban.

—¿Qué ocurre?

Ella lo miró como si alguien la hubiese golpeado por la espalda, un ataque sorpresa que no había previsto. Su boca se movió, pero sin articular palabra.

—¡Susannah! —Extendió el brazo y le agarró la muñeca.

Finalmente, ella le tendió un trozo de papel arrugado. Dudando por un instante, se lo arrebató y lo alisó. Era un telegrama. Ay, Dios mío, pensó, los telegramas nunca traían buenas noticias. Nunca. Leyó el texto dos veces, después lo volvió a leer.

SEÑORA SUSANNAH BRADDOCK

RTE3

Powell Springs ORE

LAMENTAMOS TENER QUE INFORMARLA DE QUE EL SARGENTO DE INFANTERÍA RILEY BRADDOCK HA SIDO DECLARADO OFICIALMENTE MUERTO EN COMBATE 11 OCTUBRE M MORRIS AYUDANTE GENERAL INTERINO

Cole le dio la vuelta a la hoja, como si en el reverso pudiese haber una explicación más satisfactoria del mensaje, alguna prueba de que no se trataba más que de una broma cruel y terrible, pero no encontró nada.

—Ay, Dios mío. —Cole notó la garganta igual de tirante y seca que un viejo guante de cuero. Los ojos le ardían al contemplar aquellas impersonales palabras impresas por el telegrafista—. Por Dios.

—¿Dónde están los chicos? —preguntó Tanner, y miró en dirección a Bauer.

—En casa. —La voz de Susannah no era más que un graznido. Bajó la cabeza de tal modo que el rocío sobre su pelo relució como pequeñas cuentas de cristal bajo la luz de gas del salón. Un sollozo que la ahogaba luchaba por abrirse camino en su pecho.

—A ver, ¿de qué se trata ahora? —preguntó Shaw—. No te lo habrán puesto difícil en la estación, ¿verdad?

Cole miró a su padre, que los observaba desconcertado y aún protegido por la ignorancia. Sintiéndose igual de rígido e inerte que una plancha de acero, Cole le echó el brazo por encima a Susannah e hizo una señal a su padre y a Tanner para que salieran.

—Tenemos que irnos. Ahora mismo. —Su tono brusco no dejaba lugar para réplicas.

«La guerra es asunto de hombres y los hombres hacen lo que tienen que hacer.»

Sin venir al caso, se preguntó si la filosofía fanfarrona de su padre seguiría siendo la misma cuando se enterase de que su hijo mayor había muerto en Francia en el campo de batalla.

CAPÍTULO DIECINUEVE

La noticia de la muerte de Riley Braddock se extendió por Powell Springs como las alas oscuras de una noche espeluznante y sin luna. Corrió de un vecino a otro, atravesó las puertas traseras y las mosquiteras de los porches y circuló por cables telefónicos a pesar de la epidemia que aún tenía postrada a gran parte de los habitantes. El *Powell Springs Star* publicó la necrológica en la portada. Era el tercer soldado de Powell Springs que fallecía, aunque Eddie Cookson, que había muerto a manos de un enemigo distinto, no había abandonado el noroeste del Pacífico.

Jessica estaba comprobando las existencias de sábanas limpias en una vitrina hecha de madera de arce que hacía las veces de armario de provisiones cuando Cole llegó a la enfermería. Ya estaba al corriente de la horrible noticia sobre Riley y, al no saber qué otra cosa hacer en tales circunstancias, había enviado de inmediato una nota de condolencia muy sentida a la granja de los Braddock.

Cuando se volvió y lo vio junto a su escritorio, observándola como un sonámbulo, pálido, con la barba de dos días y los ojos hundidos e inyectados en sangre, se asustó. Se dirigió hacia él enseguida.

—Cole —dijo en voz baja y le agarró las manos.

Él no dijo nada, pero la abrazó y apoyó la cabeza en su hombro unos segundos. Jessica percibió su suspiro, un suspiro que parecía contener toda la pena del mundo. La gente que los rodeaba los observó boquiabiertos y luego apartó la mirada. Jessica también fue presa del dolor y le devolvió el abrazo.

Finalmente Cole se recompuso.

—¿Cómo está Amy?

—Mucho mejor de lo que esperaba. De hecho, le daré el alta mañana para que regrese con la señora Donaldson.

—¿Sabe lo que le ha sucedido a Ri... mi hermano? —Parecía incapaz de pronunciar el nombre.

—Sí. Todo el mundo lo sabe ya. ¿Cómo estás?

—Estoy... No es fácil para ninguno. Desde que hace dos días recibimos el telegrama, Susannah no ha dormido en su cama. Se queda sentada junto a una ventana, en el salón, como si estuviera esperando que apareciese de un momento a otro por la carretera. Cocina y yo la ayudo, pero hemos perdido el apetito. Lo estamos pasando muy mal.

Jessica le señaló una silla que había junto a su escritorio y ella tomó asiento en la suya.

—Imagino que no podréis recuperar el cuerpo de Riley... —Le pareció poco probable, Francia estaba llena de hectáreas y hectáreas de tumbas.

Cole negó y agachó la cabeza, incapaz de mirarla a los ojos.

—He hablado con Horace Cookson. Conoce a un par de personas en Washington. Entierran a los hombres en cuanto pueden y cerca del lugar en el que han caído. Y a los caballos. —Le tembló la voz, tragó saliva y la miró—. Dios, están enterrando a los caballos...

—Cole —susurró Jess—, ¿no deberías estar en casa? ¿Hay alguien de tu familia que necesite un médico? ¿Tu padre? Podrías haberme enviado un mensaje... Habría encontrado a alguien que me llevara hasta allí.

—No, no he venido aquí a buscar un médico. —Se irguió y pareció que se despejaba—. Tengo que hablar con Amy.

Jessica le cubrió las manos con las suyas.

—Ah, pero ella comprende que no puedes venir a verla.

Cole negó con la cabeza y se levantó para recorrer el pasillo cubierto de sábanas en el que se encontraba la cama de Amy. Jess lo siguió con las manos entrelazadas con fuerza. La preocupación le provocó escalofríos.

Cole entró en el cubículo de Amy y la encontró sentada, leyendo un libro. Tenía mucho mejor aspecto que cuando había ingresado. Llevaba una sencilla chaquetita de punto y tenía el pelo

recogido en dos trenzas muy bien hechas, como las de una niña. Salvo por la leve delgadez que mostraban sus mejillas, parecía tener buen aspecto.

—¡Cole, ay, Cole! —exclamó con felicidad—. ¡Cuánto me alegro de verte! Pero siento mucho lo de Riley. Qué tragedia. —Le ofreció la mejilla para que se la besara, pero Cole no aceptó la invitación.

Se sentó en el taburete que había junto a la cama. Sentía unas fuertes punzadas de dolor en la cabeza debido al *whisky* que había bebido en los dos últimos días, pero estaba sobrio. Y había tomado una firme decisión.

—Hola, Amy. ¿Te sientes mejor?

Ella señaló con un trozo de papel la página del libro en la que había abandonado la lectura.

—¡Ah, sí! Siento haberos asustado tanto. Jessica me ha dicho que estuve bastante grave durante unos días. Esta mañana he dado la vuelta al gimnasio. Cuando he acabado, me notaba un poco débil, pero hago todo lo que puedo para recuperar las fuerzas.

—Bien.

—Jessica me ha dicho que podré irme a casa mañana. A la de la señora Donaldson, vamos. Hasta que haya pasado el tiempo necesario, tendremos que esperar. —Remató la frase con una sonrisa de compasión.

—Tranquila, decidas lo que decidas hacer con ella, podrás seguir adelante con tu vida.

—¿Qué? —Le lanzó una mirada de desconcierto que le recordó la que ponía *Roscoe* cuando el perro intentaba entenderlo.

Sin embargo, se alegraba de que se hubiera recuperado para escucharlo. Se llevó la mano al bolsillo de la camisa y sacó de nuevo el telegrama que Jess había recibido firmado con su nombre. Se lo había llevado de su mesa en un descuido la misma noche en que le había dicho quién era el remitente real. También sacó la declaración jurada que había escrito Leroy.

—Tengo que mostrarte algo.

A Amy no se le alteró la expresión del rostro.

—Oh, Cole, pobrecito. Sé que esto debe de ser horrible para ti, para todos. —Quizá no fuera justo, pero ya no podía creer nada de lo que le dijera, por muy sincera que pareciese—. Pero te lo digo de verdad, no es necesario que pases por el mal trago de mostrarme el telegrama de la muerte de Riley.

Desplegó el mensaje y se lo enseñó para que pudiera verlo.

—No es sobre mi hermano. Este es el telegrama que hace un año Jessica recibió de mí. En teoría yo era el remitente, pero no fui yo quien se lo envió.

Sus delicadas cejas se arrugaron y formaron un ceño. Juntó las manos sobre el libro.

—No te entiendo.

—Ajá. Tal vez esto te ayude —dijo y le mostró la nota del telegrafista—. Es una declaración escrita por Leroy Fenton en la que dice quién le entregó el mensaje que debía enviar. —Le tendió las hojas.

Ella las tomó y leyó ambas. Los músculos de su rostro se crisparon y no lo miró a los ojos.

—No te lo irás a creer, ¿verdad?

No quería escuchar otro cuento sobre su inocencia inmaculada y su corazón puro. Jessica ya lo había intentado antes de que él la convenciese de la verdad. Cole se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas, un gesto que obligó a Amy a mirarlo a la cara.

—Amy, no voy a casarme contigo —le dijo con voz baja y un tono contenido—. No te quiero. —Ella lo miró boquiabierta—. Siempre he querido a Jessica y tú nos tendiste una trampa vil y sucia. Intentaste separarnos y acepto mi parte de culpa, yo no debería haber empezado a cortejarte. Ojalá hubiera sido más fuerte, pero, como no lo fui, te debo una disculpa. Sin embargo, por suerte, descubrí tus artimañas y no fui consciente de tu plan hasta que ya era demasiado tarde. La muerte de mi hermano me ha hecho ver que la vida es muy breve como

para echarla a perder con decisiones equivocadas. Tú eres libre de vivir tu vida como quieras, pero no lo harás conmigo.

Le arrebató los papeles, se puso en pie y se marchó, pero antes fue a ver a Jessica, que esperaba no muy lejos de allí, con una expresión inescrutable. La besó en la mejilla.

—Vendré a hablar contigo dentro de un día o dos.

Mae pasó junto a ellos cargada de toallas. Los miró fijamente pero no dijo nada.

Del cubículo de Amy surgió un grito agudo.

—¡Coooooole! ¡Vuelve aquí! —Todos los que lo oyeron se volvieron para mirarlo, pero él no se detuvo.

Abrió las puertas y salió a la calle, donde lo esperaba *Sage* pacientemente, atado al poste. A pesar de la pérdida de Riley y de todo lo que había sucedido, haberse quitado ese gran peso de encima le dio una extraña sensación de libertad. Montó en su caballo y dio media vuelta para regresar a casa.

Dentro, Jessica se acercó a la cama de su hermana. Ahora que Cole se había enfrentado a ella, creía que también le había llegado el turno de hacerlo. Encontró a Amy con un pie en el suelo, a punto de levantarse.

—Creo que deberías guardar cama un poco más.

Amy no se vio capaz de llevarle la contraria, se dejó caer, tratando de recobrar el aliento, pero una expresión de hostilidad le ensombreció el rostro al ver a su hermana. A Jessica le vino a la cabeza el último encontronazo que habían tenido en su oficina, cuando la gripe había empezado a hacer mella en Amy. Con la cara llena de manchas y bañada en lágrimas de ira. Jessica casi esperaba que le empezaran a rechinar los dientes en cualquier momento.

—Y tú estarás... Sí, tú estarás encantada. Has vuelto a salirte con la tuya. Espero que estés contenta.

Jessica se sentó en el taburete que Cole había ocupado hacía tan solo unos instantes y cruzó los brazos.

—No estoy contenta en absoluto. He descubierto que mi hermana, la única familia, carne de mi carne y sangre de mi sangre, que me queda en este mundo me ha engañado y me ha causado un gran daño. Cuando Cole me contó lo que habías hecho, me negué a creerlo. Me parecía imposible que la chica con la que me había criado, la hermana por la que tanto me había preocupado y a la que le había enviado dinero mientras estuve fuera, pudiera ser tan desleal conmigo. Estaba dispuesta hasta a pagarte la boda —sus palabras rezumaban ironía—. Te preguntaría por qué lo hiciste, pero no creo que sirviera de nada lo que pudieras decir.

Amy intentó incorporarse de nuevo.

—Ya te dije el porqué. ¡Porque tú no merecías a Cole!

Jess se preguntó si su hermana había sido siempre ese monstruo egoísta que tenía ahí delante. ¿Acaso no tenía ningún remordimiento de conciencia?

—¿Y quién te dio derecho a decidirlo? ¿No tienes sentimiento de culpa, remordimientos?

Amy entornó los ojos y la miró.

—¿Tú tenías algún sentimiento de culpa por monopolizar siempre a papá?

Fue como si una persona atterradoramente distinta asomara bajo la máscara de buena samaritana de Amy. La situación despertó un amargo resentimiento en Jessica y, aunque logró no levantar su voz temblorosa en aquel lugar, fue incapaz de refrenar la ira.

—De modo que decidiste que eras tú quien debía casarse con Cole. Nos hiciste creer a ambos que el otro había roto el compromiso...

—No estabais comprometidos. Al menos no oficialmente.

—... A pesar de que sabías que nos queríamos desde que éramos niños —prosiguió Jess, que no hizo caso de la interrupción de Amy—. Nos contaste mentiras imperdonables, a nosotros, a quienes tanto decías que querías. No estoy dispuesta a aguantar esto, ¡ni de ti ni de nadie! —Se

levantó del taburete—. ¿Crees que no merezco a Cole? Pues deja que te diga una cosa, Amy. Creo que Cole no merece a una embustera traidora como tú.

Amy reaccionó al insulto con un grito entrecortado y un ataque de tos, pero Jessica no se quedó ahí para escucharla.



Una lluvia constante azotaba las ventanas del comedor de la granja Braddock. Solo Cole y su padre estaban sentados a la mesa.

Susannah había regresado a la silla que había junto a la ventana del salón y los chicos dormían en la planta de arriba. Como Susannah había dejado de ir a la enfermería, habían decidido que la cuarentena en la barraca, lejos del rancho, podía acabar. Los chicos eran los únicos que aún comían con las ganas propias de la inocencia infantil. Cole sabía que presentían que algo no iba bien, percibían el comportamiento extraño de los adultos. Su tío Tanner les había dicho que el marido de la señorita Susannah no regresaría de la guerra, pero sus propios padres los habían abandonado y tampoco regresarían a por ellos. Eso había sido peor.

Tanner estaba sentado en el salón leyendo una revista agrícola. Cole había caído en la cuenta de que Tanner se había mostrado especialmente atento con Susannah desde que habían tenido conocimiento de la muerte de Riley. Le gustaba aquel empleado. Hacía su trabajo, era discreto y competente y se portaba bien con sus sobrinos.

Cole recogió su taza esmaltada azul antes de ir a la cocina.

—¿Quieres más, papá?

—Creo que sí. —Empujó la taza hacia su hijo.

Cole fue a la cocina y regresó con dos tazas de café humeante. Ambos hombres habían sufrido el duro castigo impuesto por el *whisky* que habían bebido. Ahora volvían a tomar café.

—Tengo que contarte algo.

Su padre le dirigió una mirada de temor.

—¿Ah, sí?

Cole asintió y le explicó por qué había dejado a Amy.

Su padre se quedó mirándolo.

—¿Estás seguro de todo eso?

Cole mostró las pruebas por tercera vez y se las dejó en la mesa. El anciano tomó ambos mensajes y estiró el brazo para descifrarlos.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Voy a pedirle a Jessica que se case conmigo y se quede en Powell Springs.

Su padre cerró los ojos.

—Dios, esa doctorcita de nuevo.

—Venga, papá, admítelo. Amy intentó engañarnos a todos con sus artimañas. Jessica nunca ha hecho nada de eso, siempre ha sido... bueno, ha sido Jessica. Sin embargo, Amy... —Se estremeció—. Sinceramente, no sé quién es Amy. Jess tampoco lo sabe. Pero no es una de esas cosas que quieras averiguar después de decir «sí quiero».

El anciano levantó una mano artrítica para darle la razón.

—Nos la ha dado pero bien, de eso no hay duda.

—Sí. ¿Quieres eso de una nuera?

El padre lanzó un suspiro y se pasó la mano por su pelo corto y blanco. No respondió de inmediato. Parecía mayor de lo que Cole recordaba, como si esa chispa, ese fuego interno que lo convertía en un hombre combativo y cascarrabias se hubiera apagado.

—A veces creo que ya he vivido demasiados años —dijo al final—. Todo está patas arriba. Uno ya no sabe de qué fiarse. —Con movimientos lentos y rígidos sacó una petaca del bolsillo de la cadera y añadió un chorro de *whisky* a la taza—. Cuando murió tu madre, salí adelante porque

tenía que criaros a los dos y sabía que ella confiaba en que lo haría bien. —Miró a Cole—. Pero nunca he estado seguro del todo de haberlo conseguido.

Cole jugueteaba con la cucharilla. El arrebató de sinceridad de su padre lo había pillado desprevenido y enseguida se puso a la defensiva.

—¿Por qué? ¿Porque no fui el hijo que esperabas que fuera?

Su padre lo miró.

—¿Acaso he dicho yo eso?

—A veces. No directamente, pero sí.

—¿Cómo? —preguntó el anciano—. ¿Cómo lo he hecho?

Cole no estaba de humor para resucitar antiguas rencillas ni dimes y diretes.

—Ahora no importa. Digamos que a menudo sentí que yo era el motivo de tus preocupaciones. —El dolor y la ira por la pérdida de Riley hicieron que se dejara llevar más de lo que habría hecho en circunstancias normales—. Fui yo quien no hizo lo que tú esperabas.

—¿Porque quería que fueras a la guerra con Riley? —insistió el padre, que apoyó los codos en la mesa y se inclinó ligeramente hacia delante—. Bueno, deja que te diga algo. En su momento me pareció que era lo correcto. Ahora...

—¿Y ahora?

Cole no sabía qué esperaba. Acaso aprobación, un elogio, un comentario sin ninguna crítica implícita, pero nada de eso sucedió.

El anciano hizo un gesto con la mano y se levantó de la silla con un gruñido.

—Yo me voy a la cama.

Cole lo observó alejarse arrastrando los pies. Lanzó un suspiro y dirigió la mirada a las ventanas azotadas por la lluvia y la neblina que se extendía al otro lado.



A primera hora de la mañana siguiente, Amy regresó a casa de Laura Donaldson para continuar con su recuperación. Ello significaba que la enfermería dejaría de contar con la ayuda de la mujer, pero, teniendo en cuenta su personalidad, Jess no creía que la pérdida fuera muy grande. Jessica decidió quedarse en su despacho ocupándose del papeleo hasta que supo que su hermana se había ido. La escena pública del día anterior había sido desagradable y, lo que es peor aún, Jess percibía la sutil división de partidarios entre el personal de la enfermería. Algunos apoyaban a Jessica, otros a Amy. A Jess no le importaba el bando que eligiera la gente, pero la situación le resultaba muy embarazosa. Ojalá Cole hubiera abierto la caja de Pandora en un momento más oportuno.

Sentada al escritorio de su consulta, se dio cuenta de que estaba esperando señales de actividad en el taller. El sonido del martillo al batir contra el metal, el olor de la forja, el relincho de los caballos. Pero solo había silencio.

Esa tarde, tras regresar de la escuela, estaba auscultando los pulmones llenos de líquido de Jeremy Easton, temiéndose lo peor, cuando oyó alboroto en la calle. Intentó no hacer caso del ruido y concentrarse en el paciente. Le tocó la cara y notó que estaba ardiendo. «Por favor —pensó—, Jeremy no.»

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Mae desde el otro extremo de la sala cavernosa.

Jessica levantó la mirada y vio a Mae y a Iris Delaney junto a la ventana.

—¿Qué sucede ahí fuera?

—No lo sé, pero Adam Jacobsen ha reunido a un grupo de gente y vienen hacia aquí.

Una sensación de pánico le heló el corazón a Jessica. Adam no había aparecido por allí desde la mañana en que los había increpado a Cole y a ella, señalándolos con un dedo acusador como si fuera un ángel vengador. Se acercó a la ventana, junto a Mae, y se quitó la mascarilla, horrorizada por lo que vio fuera.

Adam Jacobsen y un grupo variopinto de personas que incluía a Laura Donaldson, James Leonard y Dolly, con gesto reticente, se habían reunido en los escalones de la escuela. James Leonard llevaba un cartel mal escrito.

¡DIOS JUZGARÁ A LOS FORNICADORES
Y A LOS ADÚLTEROS!

A través del cristal, Jess oyó la perorata de Adam.

—¿Acaso queréis que vuestros seres queridos queden en manos de una ramera inmoral que se oculta tras una profesión honrada?

Una oleada de «noes» recorrió el grupo, como una brisa que barriese un campo de trigo en verano.

—La doctora Layton podría haber traído esta plaga con ella. Hasta su llegada no teníamos este problema —dijo Adam.

—¡Sí, eso es verdad!

—Tiene razón, señor Jacobsen.

—El ayuntamiento se ha negado a expulsarla, se ha negado a admitir que tengo razón, que no es la persona adecuada para ejercer la medicina. La abuela Mae puede cuidar de los nuestros. La doctora Layton ya no es una ciudadana de Powell Springs.

Un murmullo se extendió entre el grupo y un par de personas lanzaron una mirada de odio y desdén a Jessica, que se apartó de la ventana.

—Pero podemos hacer algo —prosiguió Adam, que hablaba a voz en grito—. El proceso democrático que nos ha convertido en una gran nación hará que nos impongamos. Firmad las peticiones que os he dado. Hacédselas llegar a todos vuestros conocidos. Si ello significa ir a esa taberna que hay al final de la calle en la que sirven ron demoníaco, ¡amén! Sé que es donde van a beber los hombres que se acuestan con rameras, pero todas las firmas son importantes. Haced lo que sea necesario. ¡Dios está de nuestra parte! —Señaló la puerta doble de la escuela—. ¡La ramera está dentro!

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Iris.

—Esto es horrible —dijo Jessica, con el corazón desbocado—. Los está incitando a la violencia. Hay que avisar a Cole.

Mae observó el alboroto. Tenía el moño canoso ligeramente torcido.

—Parece que tienes un enemigo. Y peligroso. Esa comadreja ya me ha denunciado dos veces a la Liga Protectora Americana.

Jessica lanzó un suspiro y entrelazó las manos bajo la barbilla, formando una torre frente a los labios con los dedos índices. ¿Por qué, ay, por qué no había hecho caso de la advertencia de Cole sobre Adam? No solo estaba trastornado sino que era una auténtica víbora. Sugerir que había llevado el virus de la gripe a Powell Springs... Era un hombre lleno de odio. No le habría sorprendido ver a Amy en el grupo, pero sabía que aún estaba muy débil como para poder participar en un acto tan agotador. Y una pequeña parte de ella se negaba a creer que su hermana, a pesar de lo que ya hubiera hecho, fuese a llegar tan lejos como la gente que había ahí fuera.

—Si esto empeora, tendré que llamar al *sheriff* Gannon para que venga —dijo Jessica—. Esa gente podría atacar el sanatorio y, con todos los pacientes que tenemos a nuestro cuidado, seríamos una presa fácil.

Mientras esperaba a que la multitud se dispersara, Winks Lamont y Bert Bauer entraron por la puerta trasera para recoger los dos cuerpos que esperaban su entierro en el guardarropa. Bauer, con su rostro de rata, lanzó una mirada lasciva a Jessica que la hizo estremecerse.

Al final, Adam y sus acólitos se fueron, convencidos de su superioridad moral y con la firme determinación de cumplir con los deseos de su pastor. Cuando Jessica se aseguró de que se habían marchado, regresó a la oficina para llamar por teléfono a Cole.

—Me alegro de encontrarte en casa.

—He venido a comer algo. Estaba en el granero recogiendo heno. ¿Qué sucede? —preguntó. Sabiendo de sobra que las operadoras y otros trabajadores solían escuchar las conversaciones, Jessica se contuvo.

—Algo importante. No puedo hablar ahora. Tengo que contártelo en persona.

—En persona... ¿Quién más está ahí contigo?

—Solo Birdeen —respondió, impaciente y asustada.

Se oyó un grito ahogado claramente femenino que no era de Jessica, seguido de un clic.

—¿Lo ves?

—De acuerdo, enseguida voy.

Jess se puso a dar vueltas por la oficina de la planta baja y de vez en cuando se acercaba a la ventana para ver si había señales de peligro o si ya había llegado Cole. Mientras caminaba se masajeaba el cuello. Después de todo lo que había ocurrido, empezó a preguntarse, ¿qué sentido tenía aquello? ¿Por qué debía seguir trabajando en la medicina?

Al final oyó el motor de la camioneta y se acercó a la ventana.

—Gracias a Dios —dijo en voz alta al ver que Cole ya estaba aparcando enfrente del taller. Abrió la puerta de la calle y él le lanzó una sonrisa. El mero hecho de verlo le produjo un gran alivio. Aunque todavía estaba un poco demacrado, su aspecto había mejorado.

—Jess. —Cole entró y cerró la puerta. La abrazó y le dio un beso rápido. La soltó y le dijo—: Lo siento, supongo que no huelo a flores. —Oía a sudor limpio y a heno y a caballos, pero era una fragancia muy masculina y apetecible, una diferencia muy agradable en comparación con el traje oscuro que olía a moho y el tufo a aceite para el pelo que siempre desprendía Adam. Jessica se dio cuenta de que Cole llevaba un cinturón y un revólver de cañón largo en la pistolera.

Los hombres de Nueva York no llevaban pistolas, pero aquí las cosas eran distintas. Aún era el salvaje Oeste.

—Me alegro de que hayas venido.

—He salido nada más colgar. ¿Estás bien?

—No. —No solía ser tan franca, la gente estaba acostumbrada a oír que estaba bien, pasara lo que pasara, pero ahora no era así y, como a él también le afectaba el asunto, tenía que saberlo—. Ven y siéntate. Ojalá hubieras traído esa botella de *whisky*. —Lanzó una mirada rápida a la ventana y cerró la puerta con llave. Le hizo un gesto para que la acompañara al almacén.

Cole frunció el ceño al ver lo nerviosa que estaba.

—¿Qué pasa? Esto parece grave.

—Lo es.

Se sentaron en las únicas dos sillas que quedaban allí y Jess le contó lo sucedido. A Cole se le ensombreció el rostro como una nube de tormenta.

—¡Maldito hijo de puta! Sabía que tendría que haberle dado un puñetazo cuando tuve la oportunidad.

Ella negó con la cabeza.

—Cole, no, no lo entiendes. Ambos somos vulnerables. Si lo hubieras golpeado, ahora tendría más munición para usarla contra nosotros. Es obvio que va a arruinar mi reputación. Quizá... hasta cabe la posibilidad de que Amy lo ayude. —Le tembló la voz y los ojos se le anegaron en lágrimas—. No creas que no estás en su lista negra. —Apoyó la frente en la mano.

Cole dio un manotazo en el reposabrazos de la silla.

—Maldita sea, ojalá no lo hubieras dejado entrar aquí.

Jessica se mordió los labios y agachó la cabeza, presa de una sensación de culpa, como una niña a la que habían pillado robando.

Cole estiró el brazo y le acarició la rodilla.

—No te estoy echando la culpa, Jess. Es que no habría tenido la posibilidad de crear todos estos problemas si no hubiera estado tan cerca de ti. —Se sentó hacia delante—. Pero ¿qué puede hacerme a mí? ¿Acusarme de no estar preparado para criar caballos? Eres tú quien me preocupa.

—Puede hacer que nos detengan...

—Ah, claro. Estoy deseando que lo intente. —Soltó una breve carcajada—. ¡Detenernos! ¿De qué nos acusarían?

—Últimamente los motivos no importan. La LPA anima a la gente a delatar a sus vecinos, a sus amigos, a todo el mundo. Esto se ha convertido en una caza de brujas.

Alguien llamó a la puerta con una serie de golpes muy rápidos e interrumpió su conversación. Jessica se acercó al cristal y vio a Mae, sin resuello. Abrió la puerta y la dejó entrar. Cole se acercó a ellas.

—¿Qué sucede, Mae? —preguntó él.

—¿Hay alguien en estado crítico? —Se apresuró Jess.

Mae levantó la mano y se la llevó al pecho.

—Dejadme recuperar el aliento. —Tras respirar hondo un par de veces, dijo—: La turba viene hacia aquí. Encabezada por James Leonard.

—¿Qué? ¿Por qué? —se sorprendió Cole.

—¿Han herido a los pacientes?

Mae negó con la cabeza.

—No. Han entrado en el gimnasio buscándote. No les he dicho dónde estabas, pero he oído que James decía que venían hacia aquí.

—¿Jacobsen está con ellos?

—Claro que no, es un cobarde —contestó la anciana.

Justo entonces oyeron un estrépito de cristales rotos en la parte delantera. Unos gritos furiosos y atropellados parecían reproducir los chillidos de un grupo de animales salvajes, alborotados y furiosos. Jess dejó escapar un grito.

Cole se levantó de un salto de la silla y fue corriendo a la sala de espera, seguido de Jessica. En el suelo había una piedra del tamaño de una pelota de béisbol. La recogió.

—Ay, Dios mío. ¡Están atacando la consulta! —exclamó Jess.

Cole miró por las ventanas y vio que algunas de las personas de las que le había hablado se habían congregado justo enfrente. Se caló el sombrero. Furioso, abrió la puerta y se enfrentó a ellos. Jessica hizo el ademán de seguirlo, pero él se lo impidió y la obligó a regresar junto a Mae, que estaba detrás de ella.

—¡Ahí está el fornicador, ahí mismo, en la escena del crimen! —bramó James Leonard, blandiendo la pancarta. Su mujer, Dolly, se quedó algo más rezagada, con cara de pena, una participante resignada más.

—¿De qué hablas, Leonard? ¿Y en qué pruebas se sustentan tus acusaciones?

Llevaba una fina barba que le recorría la mandíbula inferior y un sombrero negro de fieltro.

—Me basta con la palabra del reverendo Jacobsen.

Cole lanzó la piedra al aire y la atrapó después.

—Cuando te denuncie por vandalismo y destrucción de propiedad ajena al *sheriff* del condado, te enfrentarás al juez del distrito. A mí también casi me bastará con eso, pero cuando te condene a ir a la cárcel, no cabré en mí de gozo.

Leonard se hinchó como un sapo furioso.

—Yo no he lanzado la piedra.

—¿Ah, no? Pero aquí estás, en la escena del crimen.

—Queremos que Jessica Layton deje de ejercer la medicina en Powell Springs y que abandone el pueblo. Ya no es bienvenida.

Cole dejó caer la piedra y acercó la mano a la pistola que llevaba sobre la cadera.

—Ahora escuchadme todos, alborotadores: salid de esta propiedad ahora mismo o juro por Dios que llamaré a Whit Gannon tan rápido que esta noche ya estaréis todos encerrados en una celda del condado.

Mae apareció sigilosamente detrás de Cole, que al contemplar a la furiosa turba y decidió que dada su actitud furibunda, la anciana podía salir malparada. Le cortó el paso con el brazo, pero la mujer no estaba dispuesta a regresar adentro y lanzó una mirada fulminante a cada uno de los dóciles acólitos de Leonard.

—Lo sabéis, a algunos de vosotros os he visto en el sanatorio cuando estabais tan graves que no sabíamos si ibais a sobrevivir. La doctora Layton cuidó de vosotros y de vuestras familias: esposas, hermanos, hermanas e hijos. Y nunca os pidió nada a cambio. Este hombre —dijo en referencia a Cole—, os transportó en carros el día que abrimos. Tampoco os pidió nada. Su hermano acaba de morir en Francia, su familia está de duelo y ¿así es como se lo pagáis? ¿Con vuestras sucias suposiciones? —Lanzó un gruñido de desdén y asco que provocó un murmullo entre la multitud—. Ahora haced lo que ha dicho Cole. Volved a casa, preocupaos de vuestros asuntos y dejad de molestar a la gente que no os ha hecho nada.

La gente empezó a dispersarse, pero Leonard insistió:

—No vamos a retirar la petición. Nos libramos de esa mujer.

Los tres, Cole, Jessica y Mae, permanecieron en el porche hasta que el grupo se marchó. Jessica fue la primera en hablar, con una sonrisa en la boca.

—Mae Rumsteadt, me sorprendes.

La anciana levantó el mentón y Jess vio cómo se le hinchaban las narices.

—No soporto a los matones. Tu padre y yo tuvimos nuestras diferencias, pero era un buen hombre, Jessica. Tu padre también lo es, Cole. Terco como una mula, como yo, pero es una buena persona. —Esbozó una sonrisa que hizo que Cole se preguntara si su comentario escondía algo más—. Y algunos de sus hijos son tan buenos como ellos. —Tuvo el tacto de dejar a Amy fuera de la conversación.

—Pero esto aún no ha acabado —dijo Jessica.

—Seguramente no, pero de momento sí —contestó Cole.

—Tengo que atender a Jeremy. Debo regresar a la enfermería.

—¿Jeremy tiene la gripe? —preguntó Cole con un rostro inexpresivo.

Jess asintió.

—Cuidaremos de él —dijo Mae—. Creo que ya has trabajado bastante por hoy. Si ocurre algo, te avisaremos.

Cole levantó el sombrero a modo de despedida y volvió a ponérselo. Los efectos de la adrenalina que le corría por las venas empezaban a desvanecerse.

—Jess, no salgas de ahí. Mae, si quieres, te llevo a la escuela. Luego volveré y tapiaré la ventana rota.

Le ofreció el brazo a Mae, que se sujetó a él hasta llegar a la camioneta.

CAPÍTULO VEINTE

Winks Lamont irrumpió por la puerta trasera del gimnasio.

—¡Está aquí! ¡Está aquí, lo he visto yo mismo!

—¿Qué pretendes? ¿Despertar a los muertos? ¡Ja, ja, ja! —Desde el escritorio, Jess oyó la broma de mal gusto de Bert Bauer, seguida de una risotada. Apretó los dientes mientras escribía una nota en el historial de Jeremy Easton—. Teniendo en cuenta el tiempo que llevo aquí esperándote, más te vale que hayas visto a Jesús. Tenemos que descargar estos fiambres. Jess respiró hondo y apretó tan fuerte la pluma en el papel que dejó un borrón de tinta.

—No he visto a Jesús sino a ese tal Pearson que está esperando todo el mundo. Acaba de bajar del tren.

Jess se levantó de un salto y se dirigió al guardarropa, donde esperaban los tres cuerpos envueltos en sábanas. Ya debería haberse acostumbrado al olor, pero todavía le hacía estremecerse. Y la falta de higiene personal de Winks Lamont no ayudaba a mejorar la situación. Hizo caso omiso de la mirada lasciva de Bauer.

—Winks, ¿ha dicho que el doctor Pearson ya está aquí? ¿Está usted seguro?

—Sí, señora. Está en la estación, buscando a alguien que le lleve las cosas al hotel.

—¿Ha ido alguien a recibirlo? ¿Horace Cookson? ¿Roland Bright?

—No, señora. No que yo sepa.

—Por el amor de Dios —murmuró Jess, desatándose el mandil. ¿No había enviado un telegrama a alguien para avisar de su llegada? Si lo había hecho y nadie había ido a recibirlo a la estación, Powell Springs no iba a causar una buena impresión al hombre que había viajado desde tan lejos para ayudarlos.

Desde el incidente que había tenido lugar frente al porche de Jessica el día anterior, Cole se había trasladado a vivir al taller y se había paseado varias veces por allí, todavía armado y, ahora, con una placa. Había llamado a Whit Gannon para contarle lo sucedido, pero el *sheriff* había tenido que desplazarse al tribunal del condado de Multnomah, en Portland, a veinticinco kilómetros de distancia. Tardaría un par de días en volver. Con los tres ayudantes de baja, Whit había nombrado a Cole ayudante temporal para que actuara en su ausencia.

Jessica pensó que debía esperarlo para que la acompañara a la estación, pero no podía dejar solo al doctor Pearson. Quería que empezara a trabajar cuanto antes. Ya se había enfrentado totalmente sola a los peores barrios de Nueva York y más de una vez se había visto obligada a saltar de tejado en tejado para ahorrar tiempo y escaleras.

Se quitó la mascarilla, harta de llevarla y de respirar a través de ella.

—Iris, voy a salir un momento —le dijo a Iris Delaney, mientras la anciana atendía a Gladys Zachary, una mujer con tres hijos cuyo marido estaba luchando en Europa.

—Jessica, espera.

Iris, una mujer soltera y con el pelo cano, era menuda y vivaracha, con un carácter dulce y alegre, lo que la había convertido en una de las voluntarias favoritas de Jessica. Siempre se mostraba más dispuesta a ayudar que a poner trabas, al contrario que alguna de las otras mujeres; Iris hacía su trabajo y se reservaba sus opiniones para sí misma.

Jess echó a andar hacia ella, pero Iris señaló la parte delantera de la sala, lejos de las camas.

—¿Ha empeorado el estado de Gladys? —le preguntó Jess cuando llegó junto a ella.

—No, sigue más o menos igual. —Iris bajó la voz—. No he tenido la oportunidad de hablar contigo desde... bueno, desde ese horrible altercado que se produjo aquí fuera ayer.

Jessica apretó los dientes y tensó los músculos de la mandíbula a la espera de una reprimenda.

—Solo quiero que sepas que pienso que Adam Jacobsen y los hombres de su calaña son una vergüenza. Dicen que son personas buenas y rectas, pero no es verdad. —Su voz se convirtió en un susurro—. Me da igual que su acusación sea cierta o no. No es asunto de nadie lo que hagas en tu vida personal. Sobre todo en lo que tenga que ver con asuntos del corazón. No es ningún

secreto que Cole y tú os queréis desde niños. La vida es demasiado corta para vivir arrepentidos y suspirar por lo que podría haber sido. Créeme, sé de lo que hablo. No permitas que te ocurra. Jess vio que sus ojos castaños refulgían con las lágrimas que no había derramado y entonces recordó que Iris siempre había estado enamorada de Roland Bright. No entendía por qué Roland nunca había hecho nada para que esa joya de mujer fuera suya. Jess reaccionó impulsiva y le dio un rápido beso en la mejilla a la anciana.

—Gracias, Iris. Tu apoyo es muy importante para mí.

Jess se puso el abrigo y salió a la calle, donde recibió el embate del frío de principios de noviembre. Miró a izquierda y derecha para comprobar que no había nadie que pudiera causarle problemas.

¿Cómo había podido llegar la situación hasta ese extremo?, se preguntó mientras caminaba por la calle principal. Hacía poco más de un mes que había regresado a Powell Springs para hacer una visita breve a su hermana y, desde entonces, se había enfrentado a la peste, a una traición inconcebible y a un intento de difamación. Había redescubierto la posibilidad, aunque remota, de volver a conocer el amor, había llorado por cada paciente perdido y había sido testigo de nuevo de los efectos que podían tener en los demás la crueldad y la intolerancia de algunos. Mientras pasaba frente a los escaparates de las tiendas cerradas, veía su reflejo en ellos. Se dio cuenta de que había vuelto a perder los efectos beneficiosos del descanso y el aspecto sano que había recuperado durante el periodo sabático que había pasado en Saratoga. Llevaba la ropa arrugada y, desde que había cerrado la lavandería de Wegner, se la lavaba ella misma en el fregadero de la cocina. El matrimonio Wegner también había enfermado, pero ambos habían logrado permanecer en el apartamento que tenían sobre el negocio, cuidando el uno del otro.

No andaba con el mismo paso enérgico que tenía a su llegada, pero avanzaba por la acera en dirección a la estación, con la esperanza de encontrar al doctor Pearson y tener la oportunidad de darle la bienvenida que merecía. Mientras caminaba por la calle vio a dos niños que avanzaban hacia ella. Uno de ellos iba en bicicleta y el otro arrastraba un palo y miraba hacia atrás para ver el rastro que dejaba en el barro. Jess calculó que debían de tener unos diez años.

—Eh, esa es la doctora mala de la que hablaba mi padre —le dijo uno al otro, señalando a Jessica. El pequeño no se molestó en bajar la voz.

El chico del palo la miró.

—Sí, yo también he oído hablar de ella. Mis padres hablaron de Cole Braddock y de ella en la cocina ayer por la mañana. Mi madre decía que no permitiría que le quitara ni una astilla de la mano después de lo que ha hecho. También decía que el señor Braddock no es mucho mejor. Cuando me vieron, cerraron la boca.

A Jessica le ardían las mejillas y no apartó la mirada de las colinas boscosas, pero notó que la miraban como si fuera un banco o un objeto inanimado. Hablaban de ella como si estuviera sorda.

—¿Por qué? ¿Qué han hecho?

—No lo sé, pero debió de ser algo muy malo. A mí me riñeron solo por preguntar. Mi padre la llamó «ramera» y yo le pregunté si era porque se colgaba de los árboles o porque vendía ramos de flores. Me zurró solo por pronunciar la palabra, así que no volveré a preguntar.

Pasaron junto a ella y Jess tragó saliva, no se le ocurrió nada que decirles hasta que ya fue demasiado tarde. Sabía que los niños podían ser muy crueles y que solían aprender sus modales, buenos o malos, en casa.

Después de la única noche que habían pasado juntos, una noche que incluso ahora lograba sonrojarla de placer y pudor, Cole le había pedido que se quedara en Powell Springs. Ella había intentado quitarle la idea de la cabeza, principalmente por las complicaciones de su relación, pero ahora, a pesar del consejo de Iris, ¿cómo iba a quedarse? Aunque no hubiese otro médico

en el pueblo, no tendría pacientes. Gracias a Adam y a su detestable petición, nadie acudiría a ella para recibir tratamiento.

Adam Jacobsen. El simple nombre le producía náuseas. Y pensar que le había dejado sus babas asquerosas en los labios tras su burdo intento de conquistarla. Sin embargo, en ningún momento había previsto que al rechazarlo tendría que enfrentarse a esta tempestad que amenazaba con arruinar su reputación y poner en peligro su carrera.

Se ciñó el abrigo con fuerza al notar la embestida del viendo del este. Por el momento tenía que quitarse esos problemas de la cabeza. A fin de cuentas, estaba a punto de conocer al hombre que le garantizaría poder escapar del pueblo.



Cuando Jessica llegó a la estación, encontró a Frederick Pearson dentro, enfrascado en una tensa conversación con Abner Willets, el jefe de estación.

—Señor Willets, ¿debo entender que no hay nadie, ni un solo mozo disponible en esta... aldea para llevar mis pertenencias al hotel?

El doctor Pearson hablaba con un acento entrecortado de Nueva Inglaterra que probablemente nadie en Powell Springs había oído nunca. Era un hombre alto y joven, con una apariencia y una forma de hablar que hacían pensar que había llevado una vida privilegiada. Su cabello castaño empezaba a clarear y ya lucía entradas y, por su aspecto, se diría que no se saltaba ninguna comida. Los modales altivos y la elegante indumentaria hecha a medida, no obstante, no parecían causar ninguna impresión en Abner.

—Mire, señor Price...

—Querrá decir doctor Pearson.

Abner prosiguió, sin inmutarse.

—Si no se ha dado cuenta, estamos en guerra. La gripe, por otro lado, ha dejado el pueblo patas arriba. El Ejército se llevó a mis mozos más jóvenes y el viejo que me queda está en su casa guardando cama.

Jessica aprovechó la oportunidad para intervenir. Cruzó el suelo de tablones de pino para presentarse.

—Doctor Pearson, soy Jessica Layton. —Tendió la mano y él la estrechó—. Disculpe que no haya venido nadie a recibirlo antes. ¿Le comunicó a alguien la noticia de su llegada?

—No tuve tiempo. Me las ingenié para escapar de la patrulla de reclutamiento que prácticamente me secuestró en el tren en Omaha para servir en el hospital. —El tono de su voz transmitía su indignación y su cansancio—. Intenté explicar que me esperaban aquí y, por supuesto, eso les resultó irrelevante.

Jessica asintió.

—Creo entender su desesperación. Llevo las últimas semanas ocupándome de los pacientes de aquí sin más ayuda que la de voluntarios, así que me alegro sinceramente de verlo. Y descuide, encontraré a alguien que le ayude con sus baúles y su equipaje.

—Aleluya, por fin tendré una enfermera pasablemente competente.

—Bueno, yo soy médico. —Jessica le dedicó una tensa media sonrisa.

—Por favor. Una «mujer» médico. —Su tono dejaba claro que consideraba tal ocurrencia como una aberración de la naturaleza. A ella no le gustó, pero ya estaba acostumbrada—. ¿Y dónde recibió su formación en medicina?

—En la Facultad de Medicina para Mujeres de Philadelphia.

—Claro. Qué lástima que no pudiese ir a una facultad más grande. Tengo entendido que las materias científicas en esas facultades para mujeres no están ni de lejos a la altura de universidades con más renombre, como Harvard o Dartmouth.

—Sí, doctor, sí que lo están. —Aquello empezaba a agotar la paciencia de Jess, ya de por sí minada. La descarada condescendencia de Pearson hacía mella en sus desgastados nervios—. No recuerdo que el alcalde Cookson mencionase dónde recibió usted su educación.

—Estudié en Yale —anunció Pearson levantando la barbilla.

—¿No en Johns Hopkins? —Jessica sonrió—. Una pérdida para dicha institución, sin duda.

Él enrojeció y asintió con una leve inclinación de la cabeza, resistiendo la estocada.

—Si se dirige al hotel, haré que trasladen sus pertenencias hasta allí. Sería de gran ayuda que pasara por el sanatorio después, me gustaría que viese lo que estamos haciendo.

—Si es usted tan amable de indicarme cómo llegar, eso haré, señora.

—Le enviaré a un par de hombres que me están ayudando. Recogerán su equipaje y después le indicarán el camino.

—Así que contaré con usted y con varios empleados. Una noticia de algún modo reconfortante. —Parecía satisfecho.

Jessica miró fijamente al arrogante médico. ¿Dónde se creía que estaba?

—No son «empleados». Son sepultureros.



Frederick Pearson se sentó en la chirriante cama de hierro, con su descolorida colcha de *patchwork*, y echó un vistazo a su habitación de hotel. Si se podía llamar hotel a aquel establecimiento. Por Dios, ¿cómo se había visto él, el primogénito de una familia de rancio abolengo, reducido a este... este exilio? Claro está que conocía la respuesta, lo que no hacía que sus circunstancias resultasen más fáciles de soportar.

Un golpe repentino en la puerta lo sacó de sus cavilaciones. Quizá esa enfermera con pretensiones, Jessica Layton, hubiese conseguido llevar a cabo la tarea de hacer que le llevasen su equipaje. Sin duda esperaba que así fuera. Se levantó de la silla y al abrir la puerta se encontró cara a cara con dos gañanes rebozados en barro. Uno era un espécimen escuálido, de cara afilada y ojos inyectados de sangre que le recordaba a una comadreja. El otro era mayor, despedía un olor a cerveza rancia y a llevar varios meses sin lavarse y le dio la impresión de no tener más de dos o tres dientes cuando se quedó mirándolo con la boca abierta.

—¿Es usted el médico, Fred Pearson? —preguntó cara de comadreja mirándolo de arriba abajo, como si estuviera sopesando si tenía algún objeto de valor que mereciese la pena robar.

—Sí, es él. Es el que vi en la estación —confirmó el cretino maloliente.

—Querrá decir el doctor Pearson. Y mi nombre de pila es Frederick, no Fred. —¿Por qué tenía que recordar siempre a todo el mundo las fórmulas más básicas de cortesía cuando se dirigían a él?—. ¿Y ustedes son?

—¿Ves? —le reprochó cara de comadreja a su compañero, haciendo caso omiso de la pregunta de Pearson—. Te dije que esta era la habitación.

—Vale, pero yo pensaba que era en la otra punta del pasillo. —Y volviéndose a Pearson, el enclenque dijo—: Tenemos sus bártulos abajo. No viaja ligero, ¿verdad, doctor? ¿Qué lleva en esas cajas, todas sus pertenencias?

De hecho, así era. El traje de etiqueta que jamás se pondría en este pueblo, la indumentaria para jugar al tenis, al golf y para montar a caballo... y todo aquello se iba a quedar metido en las maletas. Apretó los dientes, deseando tener sus maletas consigo y deshacerse de aquellos... ¿Qué había dicho la enfermera que eran esos hombres? ¿Sepultureros?

—Eso les importa a ustedes bien poco. Limítense a subir el equipaje, por favor.

Cara de comadreja, más irreverente y más gallito que nadie, le dedicó un saludo de burla.

—Lo que usted diga, Su Alteza. La señora médico nos dijo que usted vendría con nosotros.

Él y su compañero se dieron la vuelta y deshicieron el camino por el pasillo hacia las escaleras. Frederick sintió que le subía el calor por el rostro, hasta las cejas, ante la insolencia de aquel

bárbaro, y volvió malhumorado a sentarse en la cama. La pareja regresó enseguida, dando golpes a sus caros baúles de cuero por las escaleras y contra las paredes, sin ninguna consideración por su contenido.

—¿Podrían por favor ser cuidadosos con esos? —les espetó—. Contienen objetos frágiles.

Los bárbaros hicieron caso omiso y se quejaron del equipaje blasfemando como carreteros. Cuando por fin habían dejado todo en la habitación, el hombre con rasgos de roedor dijo:

—De acuerdo, doctor, vámonos.

Con un último quejido proveniente de los muelles de la cama, se levantó y se marchó con ellos. Lo guiaron por la calle y pasaron por delante de un par de manzanas hasta llegar a un edificio que no se parecía en nada a un centro médico. Entonces vio la inscripción encima de la entrada. «Escuela de Powell Springs.»

Pearson se detuvo a los pies de las escaleras de cemento.

—¿Qué es este lugar? —preguntó.

—El sanatorio —respondió cara de comadreja, cuyo nombre había podido por fin deducir que era Bert.

—¿Dónde está el hospital?

—El hospital... es esto. La gente se va de aquí de una de dos maneras, por sus propios medios o por la puerta de atrás con Winks y conmigo hasta el cementerio que hay detrás del edificio.

El viejo borrachín de nombre Winks asintió dándole la razón y mostrando sus tres dientes en una media sonrisa.

Las cosas empeoraban por minutos. Pearson siguió a sus guías escaleras arriba y a través de las puertas oscilantes. Lo llevaron hasta el gimnasio, donde de inmediato reconoció el olor a sala llena de enfermos de gripe.

Jessica estaba saliendo del cubículo de Jeremy cuando vio a Frederick Pearson, aún vestido con su traje caro, de pie en la entrada y boquiabierto mirando todo aquello. Estaba asimilando las filas de camas, los aros de baloncesto y los improvisados botiquines de provisiones con los letreros que recordaban a todo el mundo que se trataba de un préstamo de Muebles y Menaje Hustad. Su cara de asombro casi hizo reír a Jessica.

—Doctor, veo que nos ha encontrado.

—¿No tienen hospital? ¡Hasta en Omaha tenían un hospital!

—Powell Springs no es Omaha. Es un pueblo pequeño. Antes de que se desatase esta epidemia, no había pacientes suficientes como para justificar un hospital. Debido a la emergencia, el consejo municipal dispuso que utilizara este gimnasio.

—¿No hay quirófanos ni laboratorio ni camilleros ni enfermeras calificadas?

Jess entrelazó los dedos como un *maître* cordial, encantada de tener el control por un momento.

—En su correspondencia con el alcalde Cookson, ¿le mencionó que teníamos todo eso?

Seguía con la boca abierta mientras giraba la cabeza para inspeccionar cuanto le rodeaba.

—No expresamente, pero me dio la impresión de que Powell Springs era algo más que el lugar atrasado que parece ser. De hecho, creo que se han exagerado terriblemente sus virtudes. No cuenta con ninguno de los modernos avances médicos de los que gozaba en la Costa Este.

—No, ¿verdad? Yo misma trabajé en Nueva York durante un tiempo, pero he aprendido a adaptarme. Tuve que hacerlo.

—¿Cómo está alimentando a todas estas personas? ¿Aseándolas? ¿Lavando la ropa?

—Lo mejor que podemos. —En pocas palabras lo puso al corriente de la cocina de la abuela Mae, y de su papel como especialista en medicina y esporádicamente en veterinaria, para los vecinos del pueblo. También le habló del fuego donde se quemaba el contenido de los orinales y las ollas de agua donde hervían las sábanas—. La abuela Mae prefiere los remedios tradicionales a la ciencia, pero se ha vuelto un poco menos rígida. Y, aunque me negué en

redondo a que depositase azufre en los zapatos de los pacientes para «quemar» la enfermedad que llevan dentro, algunos de sus consejos han resultado bastante útiles.

Él seguía mirando sin pestañear, con horror. Jessica no quería ahuyentarlo, pero estaba encantada de ver cómo se le bajaban los humos a aquel impertinente.

—Obviamente, esta epidemia de gripe es una situación insólita. Una vez que pase —si pasa, pensó—, las cosas volverán a la normalidad.

—La normalidad... ¿Y qué me dice de intervenciones quirúrgicas, como colecistectomías u obstrucciones intestinales? ¿Emergencias de verdad?

Jessica se permitió esbozar una sonrisa, disfrutando de lo lindo cada segundo de esta escena.

—Ah, bueno, de eso se puede ocupar en el almacén de la consulta. No hay mesa de operaciones, pero seguro que puede encargarse una. Mi padre era el médico del pueblo antes de morir y a veces practicaba partos por cesárea y cosas por el estilo sobre una mesa de cocina si los pacientes no podían desplazarse hasta la consulta.

El rostro de Frederick Pearson enrojeció y se descompuso tanto que Jess pensó que parecía haberse tragado una caja de alumbre o que le había dado un ataque.

—¿Está bien, doctor?

Emitió un sonido incomprensible.

—Deduzco que no está acostumbrado a la práctica de la medicina de forma tan modesta.

—Pues no. —Parecía haberse quedado sin palabras.

—Ah, acabo de recordar —anunció ella animada—, hay un teléfono en la consulta médica. Por desgracia, la mayoría de los demás habitantes no tiene y solo está operativo durante el día.

—Mmm.... —Él logró esbozar una sonrisa muy agria.

—Me ofrecería para hacer una ronda y ponerle al día sobre el estado actual de los pacientes, pero estoy segura de que estará cansado después de un viaje tan largo. ¿Prefiere que nos encontremos aquí de nuevo mañana por la mañana?

—Sí... mañana. Será mejor.



Frederick Pearson regresó al hotel arrastrando los pies y subió hasta la segunda planta, donde estaba situada su habitación. Una vez dentro, plantó su generoso trasero sobre el cojín desgastado del sillón orejero, deseando con todas sus fuerzas desaparecer de esta provinciana mancha de grasa sobre el mapa.

Se sentía tan ofendido y escandalizado por lo que había visto y oído hasta el momento que creyó que la cabeza le iba a estallar. No cabía duda de que Caronte lo había transportado hasta la otra orilla del Aqueronte, en el primer nivel del infierno de Dante.

Deseó una vez más no haberse visto jamás obligado a abandonar su civilizada Connecticut por las salvajes y rudas tierras inexploradas que se extendían más allá de la Costa Este. Añoraba a más no poder la mansión de los Pearson en Hartford, con sus terrenos amplios y cuidados, sus criados deferentes y eficientes y otros servicios básicos semejantes que no había vuelto a ver desde su precipitada partida.

Anhelaba los agradables veranos en el *cottage* de los Pearson de Newport, en Rhode Island. *Cottage* era el término ingenuo aunque simpático para referirse a las grandiosas casas de mármol blanco y dorado propiedad de las mejores familias, donde había disfrutado de la amena compañía de otros veraneantes como los Vanderbilt, los Berwind y los Astor. El invierno traía los conciertos y el teatro, las elegantes veladas navideñas, las selectas cenas y cócteles semanales y las excursiones a Nueva York. Aquella vida cómoda y refinada no era ahora más que un recuerdo, un recuerdo que deseaba fervientemente que volviese a hacerse realidad. Y parecía que cuanto más al oeste viajaba, más primitivo se hacía el país. No le sorprendería ver a

indios y a vaqueros dando gritos por las calles embarradas a las que daban las ventanas del hotel.

Se puso de pie, fue hasta el perchero y tomó su chaqueta. Del bolsillo interior sacó una petaca plateada que contenía los restos del coñac que había llevado consigo por todo el país. Registró la habitación, pero no encontró siquiera un simple vaso de cristal, así que no le quedó otra que beber el exquisito coñac francés directamente de la petaca. Cabizbajo, se dejó caer en el resbaladizo sillón orejero de tejido de crin que había visto tiempos mucho mejores.

Aunque no iba con la naturaleza de Frederick ver el lado positivo de las situaciones irremediables, reconocía que gracias a los contactos políticos de su padre un senador le había permitido que se librase de ir al Ejército y, por tanto, a la guerra, así que por lo menos no estaba en ningún hospital de campaña francés, trabajando en condiciones aún peores que las que le ofrecía Powell Springs.

Claro que quien algo quiere algo le cuesta. Para su desgracia, no se había percatado de que a cambio de este gran favor, se esperaba que aceptase en matrimonio la mano de la hija mayor y más extraña del senador. Tan poco agraciada y atractiva era esta fémina, a pesar de una larga serie de tutores, profesores de baile y colegios privados para señoritas y un número incalculable de pretendientes que habían logrado escapar, que a sus veintiocho años seguía sin haberse casado. La buena mujer del senador había llegado hasta el punto de «dejarle caer» el compromiso con la solterona, algo que por supuesto Pearson juzgó intolerable. Después de una desagradable escena que incluyó una amenaza renovada del servicio militar como soldado de infantería, Frederick Pearson accedió a marcharse del este para ocupar cualquier puesto disponible en un remoto escenario estadounidense.

Las cartas del alcalde Cookson le habían hecho creer que Powell Springs era una población floreciente exactamente colindante con Portland, donde los acaudalados industriales madereros y los magnates de la prensa llevaban el lujoso estilo de vida al que él estaba acostumbrado. Sin embargo, Willets, el pueblerino jefe de estación, le había explicado que la ciudad quedaba a unos buenos veinticinco o treinta kilómetros al oeste, con poco más en el camino que no fueran tierras de labranza y unos cuantos pueblos iguales a Powell Springs. Por lo poco que había visto, Powell Springs en sí no era más que una aldea en mitad del campo.

—«Oh, vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza», musitó.

Después bebió de la petaca el último trago de coñac, dejando que las gotas le corriesen por la lengua hasta agotarse.



Adam Jacobsen estaba sentado en una mecedora del salón de Laura Donaldson, frente a Amy Layton. Sostenía en equilibrio sobre la rodilla la tablilla con la que sujetaba un fajo de papeles. Había hecho esta visita para conseguir la firma de la anciana para su petición. Ella había contribuido con mucho gusto y lo había invitado a almorzar.

—¿Crees que cuentas con firmas suficientes? —le preguntó Amy.

Aunque vestida, estaba recostada en un sillón mullido, con los pies apoyados en un taburete bordado. Llevaba un amplio mantón celeste alrededor de los hombros y presentaba el aspecto de una mujer convaleciente.

—Quizá aún no. —Daba golpecitos sobre las páginas de nombres—. Pero esta noche recogeré más en la asamblea y estoy seguro de que allí conseguiremos más de las que necesitamos. De todas formas, ahora que el doctor Pearson ya está aquí, no debería ser más que un mero trámite administrativo.

Había recibido la visita de Whitney Gannon en relación con los daños a la propiedad ocasionados en la consulta médica. Por supuesto, él no podía aprobar ese tipo de violencia y le había molestado que James Leonard hiciese algo tan estúpido. Aquello no haría otra cosa que

perjudicar su causa, no contribuiría en absoluto a ella. Le había asegurado al *sheriff* Gannon que haría todo lo posible por impedir que sus seguidores cometiesen ningún otro acto de vandalismo. A cambio, Gannon le dijo que no arrestaría a Leonard, solo lo multaría, con la condición de que pagase la reparación. Además, esa consulta pronto sería ocupada por el doctor Pearson, ¿y de qué serviría romper las ventanas?

—Es una vergüenza que tu propia hermana, una mujer de buena familia, haya demostrado ser tan inmoral y desleal—declaró Adam con cara apesadumbrada—. Todo esto te debe de resultar muy angustiante, Amy, sobre todo ahora que aún estás recuperándote de la enfermedad. Descubrir que Jessica y Braddock se han aliado a tus espaldas mientras estabas postrada en cama... Bueno, me imagino que ha sido un duro golpe.

—Y las mentiras de las que me acusaron... enviar un telegrama falsificado a Jess para robarle a Cole. —Se presionó la frente con la palma de la mano—. No puedes hacerte una idea de lo destrozada que me he quedado. Y, además, también jugó sucio contigo. No alcanzo a entender qué le ha pasado a la hermana que recuerdo. Esos años en el este han debido de cambiarla. Eso me dijo ella misma... pero yo no me di cuenta de hasta qué punto.

La sobreprotectora señora Donaldson entró en ese momento, con una bandeja de té y sándwiches perfectos de dos pisos y sin cortezas.

—Os he traído algo para almorzar. Imagino que desde que Nettie se marchó, no disfruta de mucha comida casera, señor Jacobsen.

—Hago lo que puedo, señora Donaldson, pero le agradezco la amabilidad. Nettie Stark trabajó para nosotros tanto tiempo que jamás se me pasó por la cabeza que pudiera ponerse en mi contra en un asunto como este. Ser el pastor de la grey del Señor puede resultar a veces un trabajo solitario.

La señora Donaldson puso la bandeja en una mesita entre él y Amy y le pasó un plato con dos sándwiches de huevo y una taza de té.

—Nada, no se preocupe, sabe que aquí siempre será bienvenido. Y sin duda Amy siempre agradecerá sus visitas.

—Ah, ¡y tanto! —exclamó Amy ajustando los pliegues del mantón de lana—. Me temo que aún no me he recuperado del todo, pero sé que pronto volveré a ser la de siempre. La señora Donaldson se preocupa tanto por mí. —Tomó la taza de té que la mujer le puso en las manos y removió dos cucharadas de azúcar en la bebida color ámbar oscuro—. De hecho, si alguien pudiese acercarme al ayuntamiento, me gustaría asistir a la asamblea de esta noche.

Adam se quedó mirándola, sorprendido. Ni siquiera le había pedido que firmase la petición; su firma sería más de lo que podría esperar.

—¿Está segura? Después de todo, se trata de su hermana.

Ella le dedicó una sonrisa dulce.

—Sí, pero puedo amar al pecador y no el pecado, ¿no es cierto? ¿No es eso lo que nos enseñaba, reverendo?

Una sensación de calor le invadió el rostro. A pesar de su palidez seguía siendo una muchacha hermosa.

—Bueno, sí, claro. Esa es la mejor forma de contemplar la realidad.

—Además, quiero que Powell Springs recuerde que aquí están mis raíces y que, aunque Jessica me haya defraudado, me siguen importando las personas que viven aquí.

—¡Qué mujer tan generosa y tan valiente! —Él sonrió también, la señora Donaldson juntó las manos y el rostro se le iluminó—. Puedo venir con la calesa esta tarde, digamos, ¿a las seis y media? Intentaré que no esté fuera hasta tarde.

—Más de una cosa buena puede salir de esto—declaró la señora Donaldson, que seguía esbozando su sonrisa de celestina—. Si de verdad te ves capaz, Amy.

—Creo que me sentará bien salir. Llevo demasiado tiempo encerrada.

Adam devoró los sandwichitos y se bebió el té, ansioso por proseguir con sus asuntos.

—Bueno, pues entonces la pasaré a buscar a las seis y media. Disculpen que me vaya con estas prisas, pero me quedan un par de cosas importantes de las que ocuparme antes de la asamblea. —Dirigiéndose a Laura añadió—: Asegúrese de que Amy descansa esta tarde.

—Oh, sí, sí, claro que sí —respondió asintiendo con entusiasmo.

Amy levantó una mano lánguida para decirle adiós.

—Me alegro mucho de que se haya pasado... Adam.

Él se detuvo, tomó su mano y la besó.

—Entonces, hasta esta tarde.

Después, salió. Era mediodía y hacía frío.



Emmaline estaba sentada en su cama de hierro y daba palmaditas sobre el sitio que había a su lado.

—Vamos, Frank. Ven y siéntate a mi lado.

La epidemia de gripe había disminuido el ritmo de clientes casi a cero y no había podido ingresar ningún dinero para sus niños en el banco. Ganar lo suficiente para comprar comida ya había supuesto todo un reto. Tanner había ido a verla para ponerla al día sobre los chicos y le había dicho que no se preocupase por la cuenta. Había dinero suficiente para sus gastos. Cuando se fue, incluso encontró un billete de cinco dólares que le había dejado escondido, debajo del cuenco de azúcar, sobre la mesa, pero aun así estaba preocupada, por lo que fue todo un alivio volver a ver a Frank Meadows, a pesar de seguir pensando que aquel hombre era un poco extraño.

Ja, como si sus demás clientes no tuviesen sus rarezas. Siempre que no llegasen demasiado borrachos ni le pegasen, estaba dispuesta a aguantar casi todo. Por lo menos Frank se lavaba.

Él sonrió y se acomodó a su lado, desatándose la corbata mientras los muelles de la cama se hundían bajo su peso.

—Hace mucho que no vienes a verme. ¿Cómo van esas ventas de tractores?

—¿Cómo? Ah. —Se encogió de hombros—. Las cosas se han puesto difíciles últimamente. Con sus familias enfermas, los granjeros no están muy interesados en tractores ni en arados.

—Claro, me imagino. Por aquí también hay poco movimiento.

Él se dio la vuelta y acercó la mano hasta meterla dentro de su bata y acariciarle un pecho. Después la empujó sobre el fino colchón y la besó mientras se la ingeniaba para quitarse su propia ropa, que lanzaba de cualquier manera más allá de los pies de la cama. Normalmente se comportaba como una vieja solterona maniática y la dejaba doblada. Ahora ella presentía una urgencia que no había notado antes en él, como si hubiese algo más, además de la lujuria, que lo hubiese llevado hasta allí. Casi rayaba en la violencia.

—Emmaline, hace tanto tiempo —le murmuraba al oído. No perdió el tiempo en preliminares sino que la penetró con un movimiento tan contundente que la sorprendió.

Como una marioneta, Em daba la impresión de participar acompañando sus movimientos para acomodar las caderas que Frank le clavaba, pero sus pensamientos estaban muy lejos. Que fuese capaz de distanciarse de los hombres sudorosos y gruñones que le pagaban por su tiempo y su cuerpo era para ella una bendición. Sin esa capacidad, ya se habría vuelto loca. Así que aunque más allá del hombro de Frank no viese más que sus nalgas blancas y prietas, en su mente se veía a sí misma en medio de un infinito prado verde en la granja donde se había criado. Por encima de su cabeza, el cielo era de un azul intenso, tal y como imaginaba que sería el océano, y una brisa de junio despeinaba la hierba alrededor de sus pies mientras ella...

De repente, la puerta de su choza se abrió de un golpe tan fuerte que el pomo rebotó en la pared. Frank dio un salto y salió de ella, con la erección marchitándosele como una babosa a la

que han rociado con sal. Sin venir al caso, Em se dio cuenta de que aun desnudo seguía llevando los calcetines puestos.

—¡Tú ganas, Gannon! ¿No te dije que aquí se cocía algo que olía mal?

En la entrada, Emmaline vio al canalla sinvergüenza de Lambert Bauer. Whit Gannon estaba detrás de él.

—¡Lambert! —chilló, asustada y furiosa.

Whit, un hombre alto, enjuto y nervudo, de pelo canoso y bigote grande, parecía mortificado por la vergüenza. Su voz le retumbó desde el pecho.

—Maldita sea, Bauer, ¿para esto me has arrastrado hasta la casa de Emmaline? Me dijiste que estaba quebrantando la ley, me lo pintaste como si hubiese asesinado a alguien. ¡Em va a lo suyo, no se mete con nadie y nosotros la dejamos tranquila!

—¡Pero por el amor de Dios, Gannon! ¡Em es mi mujer! Lo que hace no puede ser legal. ¿Te vas a quedar ahí diciéndome que no existe ninguna ley sobre el puterío o algún motivo para arrestarla? ¿Y qué me dices de ese hijo de puta que hay con ella en la cama con la verga colgándole como...? —Lambert detuvo en seco su diatriba y le clavó la mirada a Frank, que se afanaba por cubrirse—. Eh..., eh, tú, espera un segundo. ¡Yo te conozco!

También Whit echó un vistazo más de cerca a Frank e inmediatamente miró para otro lado, avergonzado.

—Mira, Bauer, no voy a continuar con esto y, si sigues causándole problemas a esta mujer, es a ti a quien voy a encerrar treinta días. Esta es mi jurisdicción y me da igual por lo que quieras protestar. Emmaline es amiga mía y no le hace daño a nadie.

—¡El otro día me disparó! ¿Qué me dices de eso? —Lambert estaba casi morado de la rabia.

—Lástima que fallase. Seguro que te lo buscaste. Además, me han llegado rumores sospechosos sobre ti y ciertas joyas que has estado empleando para pagar bebidas. Creo que voy a tener que investigar de dónde las sacas. —Whit lo agarró por el cogote de su cuello flaco y lo empujó para que saliese por la puerta. Con una breve mirada hacia atrás, dijo—: Lo siento por esto, muchachos. No tenía ni idea de por qué Bauer me traía hasta aquí; de lo contrario, jamás habría venido. Emmaline, avísame si te vuelve a molestar. Y yo mismo lo sacaré del condado dándole patadas en el culo.

Cerró la puerta tras de sí. Se oyó un ruido de pisadas que correteaban fuera y después los portazos en el automóvil.

El corazón de Em le latía como el de un pájaro asustado y se sentía como si le faltara el aire.

—Ay, por Dios, Frank. Lo siento mucho. Ese Lambert solo trae problemas. Desde siempre.

Pero Frank, blanco como la pared, ya había salido disparado a vestirse de nuevo.

—Tengo que irme, Em.

—No, por favor, no te vayas. De verdad que lo siento. Hasta te dejaré hacerlo sin pagar, invita la casa. ¡Me siento fatal por esto!

Más allá de las zarzamoras oyó el sonido de un motor al arrancar y después el crujido de la grava bajo las ruedas del vehículo.

Frank llevaba puestos los pantalones, los zapatos y la camisa a medio abotonar y sin remeter. La corbata le colgaba de un brazo y la chaqueta del otro. Si se llegaba a saber algo de esto, del loco de Lambert Bauer abriendo su puerta a patadas y ahuyentando a sus clientes, se le acabaría el negocio y, entonces, ¿qué sería de los chicos? Aunque nunca volviese a verlos, ellos eran todo lo que le quedaba en este asqueroso mundo.

Frank abrió la puerta de par en par y huyó corriendo, sin molestarse siquiera en cerrarla. Un instante después, el caballo y la calesa salieron de su jardín dando bandazos a toda velocidad.

Emmaline se obligó a salir de la cama y, con una mano apoyada en el quicio de la puerta, vio cómo se marchaba Frank Meadows.

Maldito era aquel despreciable Lambert Bauer. Si hubiese sido al menos la mitad de hombre de lo que debería ser, sus hijos estarían seguros y ella no tendría que preocuparse por llevar esa vida degradante.

Por primera vez en muchísimo tiempo, apretó su rostro contra el brazo y lloró.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Jessica se acercó al espejo que había sobre el lavabo del cuarto de baño para recogerse algunos mechones de pelo que se le escapaban. Por la mañana, había tenido que volver a encontrarse con el doctor Pearson en el sanatorio para hablar sobre los pacientes allí ingresados y hacerle entrega de sus informes. En una profesión dominada por hombres, ya había tenido que soportar su desdén altanero en muchas ocasiones, pero, dadas las circunstancias, la actitud de Pearson era especialmente mortificante. Irradiaba un desprecio silencioso por todo lo que ella le mostraba en las instalaciones: al parecer, nada estaba a su altura ni a la de sus expectativas. Después de hacer una ronda por el sanatorio, lo había vuelto a llevar a la consulta y le había mostrado el apartamento de la planta de arriba, con las dos habitaciones, que podían resultar muy prácticas para los pacientes que necesitasen cuidados las veinticuatro horas del día, como en los casos de cirugía más comunes o en los de aquellos pacientes demasiado enfermos como para regresar a sus hogares de inmediato. No cabía duda de que lo encontraba todo muy deficiente.

Cuando se hubo marchado, volvió a subir las escaleras a zancadas, en busca de un momento de calma en el que poder empezar a hacer las maletas, aún furiosa con aquel hombre insufrible. Eran momentos de urgencia, momentos que requerían la cooperación y la voluntad de trabajar hacia un objetivo común: salvar vidas. Los egos y los prejuicios no servían más que para obstaculizar esos esfuerzos. No, el gimnasio de la escuela no era el hospital Bellevue, pero no les quedaba otra que arreglárselas con las instalaciones y el equipamiento que tenían.

Al entrar al salón, miró a su alrededor y supo que este lugar, incluida la consulta de abajo, pasarían a pertenecer a Pearson en cuanto ella se marchase. Su nombre estaba incluso en el letrero que colgaba bajo el soporte de hierro en la fachada del edificio.

En la planta baja oyó el ruido del pomo de la puerta y el corazón le dio un vuelco. Ahora se había acostumbrado a cerrar la puerta con llave en todo momento. Se le vinieron a la mente imágenes de Adam Jacobsen, con los ojos ardiendo y relucientes de odio o de nuevos episodios de acoso por parte de sus seguidores. Incluso las personas que no estaban de acuerdo con él se sentían obligadas a susurrar cuando hablaban de él, por miedo a que cayese sobre sus cabezas la tiranía de la Liga Protectora Americana. Hacía un rato, el chico de los recados de Leroy Fenton le había llevado otro telegrama del hospital de Seattle, preguntándole por su situación. Se oyó a alguien llamar a la puerta. Jess se movió sigilosamente hasta el rellano, pero desde ahí no veía quién estaba al otro lado del cristal. Volvieron a llamar.

—¿Jessica?

Reconoció la voz de Cole y soltó el aliento que había contenido antes de bajar corriendo las escaleras.

—¡Voy, Cole!

Cuando llegó al último peldaño, se apresuró hasta la entrada para abrir la puerta de par en par. Viéndolo allí, alto y fuerte, con su placa plateada prendida en la chaqueta y el cinturón del revólver cayéndole sobre la cadera, se sintió más segura. Representaba la única seguridad que había conocido estos días. Se hizo a un lado para dejarlo entrar. Él le dio un beso en la boca y otro en cada mejilla. Era un gesto tan cariñoso y entrañable que notó cómo la garganta se le cerraba por la emoción.

—¿Has tenido más problemas? —preguntó Cole.

—No, pero ya no me quedo tranquila si no echo la llave.

Él asintió.

—Sí, probablemente es mejor que eches el cerrojo. Pasé por la escuela, pero la abuela Mae me dijo que habías vuelto aquí. Pearson parecía abrumado.

Jessica puso los ojos en blanco y suspiró.

—No sé cómo le va a salir esto. No creo que Powell Springs, incluso en sus peores momentos, se merezca a alguien así.

Ella hizo un gesto hacia el almacén, donde había café en el hornillo. Él la siguió y se acomodó en una de las sillas, cruzando el tobillo por encima de la rodilla.

—¿Por qué?

Ella comprobó cómo iba el café y recogió con la mano algunos posos sueltos que había esparcido por la mesa de trabajo. Los tiró en la papelera y se sacudió las manos.

—Dejando de lado tanto su forma de ser condescendiente e insultante como que no vea con buenos ojos que haya mujeres médico, me dio la sensación de que aquí se va a sentir como pez fuera del agua. Es de clase muy alta, de Nueva Inglaterra, y bastante engreído. Al menos eso es lo que me pareció a mí.

—Mmm... Eso hará que esta noche sea interesante.

—¿Qué pasa esta noche?

—Adam Jacobsen ha convocado una asamblea local en el ayuntamiento. Quiere dar la bienvenida oficial a Pearson y, bueno... —Miró hacia otro lado un momento.

—Echarme del pueblo. —Jessica cruzó los brazos sobre el pecho.

Cole se retrepó en la silla, sobre las dos patas traseras.

—A mí no me lo han contado así, pero mi cabeza también está en juego. Quiere que Whit Gannon me quite la placa, al menos eso es lo que he oído esta mañana. Vamos, que se puede quedar con la maldita chapa. No es que a mí precisamente me falte trabajo.

Ella se llevó las manos a la cabeza.

—¡No puedo creer que Horace Cookson vaya a permitir esto! A pesar de que la gripe siga activa y las reuniones multitudinarias estén prohibidas.

—Horace no es el mismo desde que murieron su hijo y su mujer. Sé cómo se siente.

Jess bajó las manos y dejó que se le relajasen un poco los hombros.

—¿Vas a asistir a la asamblea?

—Sí, y creo que tú también deberías venir.

Jess estalló.

—¿Entregarme a Adam y a sus secuaces para que me lapiden en la plaza pública sin que ni siquiera tengan que venir a buscarme? Gracias, pero no. —Se acercó a la cafetera y sirvió dos tazas, preparando la de él como recordaba que le gustaba.

—No es eso lo que quiero decir y lo sabes. Deberías enfrentarte y callarle la boca. Es un hombre solo, un hombre asqueroso. La razón por la que tiene tanto poder sobre la gente es porque nadie se ha atrevido a quitárselo. Tú también naciste y te criaste aquí.

—He hecho el trabajo que prometí. Sustituí a Pearson hasta que llegó. Powell Springs vuelve a tener un médico y mi trabajo se ha acabado.

Cole posó las cuatro patas de la silla y se levantó para tomar la taza que ella le ofrecía.

—¿Entonces no vendrás esta noche?

Jess apoyó la cadera contra la mesa de trabajo y sorbió el café.

—Ya viste la mentalidad de esa gente que vino y rompió la ventana. No me cuesta imaginar que esa «asamblea» se acabe convirtiendo en una farsa de juicio. Y en cuanto nos queramos dar cuenta, estén lanzándome al arroyo Powell Creek.

Él se quedó mirándola un buen rato. En el silencio, ella podía oír cómo crujía su cinturón de cuero al respirar.

—Sé que tienes más fe en Powell Springs de la que dices. Siempre has sido una luchadora, Jess.

—Quizá, pero hay demasiados frentes abiertos y ya no quiero seguir luchando en todos y cada uno de ellos. Algunos son sencillamente insoportables. —En este momento se sentía casi igual de derrotada que cuando se marchó del este.

Él acabó asintiendo, como si comprendiese lo que quería decir. Extendió la mano y le pasó un mechón suelto por detrás de la oreja. El tacto de su piel hizo que a Jess se le pusiera la piel de gallina.

—Pues entonces me enfrentaré yo por ti. Ya he perdido demasiado últimamente como para tirar la toalla ahora. Y no voy a quedarme mirando y permitir que esos hipócritas de moralina nos despellejen a ninguno de los dos.

En un impulso Jess le plantó un beso rápido y arrebatado en la boca.

—Espero que ganes.



A las seis y cuarenta y cinco, la mayoría de ciudadanos de Powell Springs que estaban en condiciones de asistir abarrotaban la sala de juntas del ayuntamiento y se desparramaban por el pasillo. Hasta Virgil Tilly había cerrado el negocio para asistir a este acontecimiento. Roland Bright y Horace Cookson se afanaban por buscar todas las sillas que había en el edificio, pero un montón de gente se tuvo que quedar de pie.

Susannah y Tanner acompañaban a Cole y, en un gesto que lo sorprendió y le agradó a partes iguales, también su padre.

—No permitiré que gente como Jacobsen o Leonard mancillen el nombre de nuestra familia. Cómo se atreven, sobre todo Jacobsen. Recuerdo que no fue capaz ni de decir «mamá» hasta los seis años, pero desde entonces no ha parado de cacarear.

El anciano no mostraba tanta energía desde la llegada del telegrama. Después de haberse enterado de la muerte de Riley y de la traición de Amy, Shaw había perdido buena parte de su bravuconería. Hasta las excursiones a la taberna habían perdido el atractivo de antaño.

Cole actuaba como punta de lanza y avanzaba entre la multitud para acercarse a su familia hasta las primeras filas, desde donde podrían ver el desarrollo de la reunión y oír lo que se dijese. Notaba los ojos de la gente sobre él y que las cabezas se inclinaban para susurrar a su paso. Al mirar alrededor, vio a gente que conocía de toda la vida, gente con la que había hecho negocios, a cuyas bodas había asistido y con la que incluso había compartido tragos en el local de Tilly. Contaba con eso. Quizá lo apoyasen a él y no al hombre que había llegado hasta aquí para destruir su reputación y atacar a su familia y a Jessica.

En un flanco de la sala, James Leonard avanzaba de asistente en asistente, papel y lápiz en mano, recogiendo firmas, Cole imaginó que se trataría de las firmas en apoyo de la petición. En el otro flanco, Adam Jacobsen hacía lo propio. Cuando estaban a punto de dar las siete, se detuvo a charlar con una mujer que estaba sentada en la parte de delante.

—¡Oh, cielo santo! —susurró Susannah, y señaló discretamente a su izquierda.

Los cuatro se volvieron para mirar y vieron a Amy Layton a unos asientos de distancia en su misma fila, con un mantón y la expresión mojigata y resignada de alguien con quien se ha cometido una injusticia atroz. Con un gesto grave y solícito, Adam la tomó de la mano y se inclinó para hablar con ella. Lo que había resultado ser el verdadero motivo de Amy para trabar amistad con Susannah había caído sobre la viuda como un jarro de agua fría. Cole sabía que ella se sentía casi tan traicionada como él. Había llegado a creer que la hermana de Jessica se preocupaba por ella de corazón, pero seguía sin tener noticias de ella. Ni siquiera cuando ya había recuperado las fuerzas suficientes para volver a la casa de la señora Donaldson, había hecho nada por enviarle siquiera un mensaje para transmitir sus condolencias por la pérdida de Riley.

Tras los murmullos preliminares y el trajinar de sillas, los tres miembros del consejo municipal tomaron asiento en la larga mesa de reuniones. Birdeen Lyons estaba sentada en un pequeño escritorio situado a la derecha en calidad de secretaria encargada de las actas. La sala de por sí ya estaba caldeada y el ambiente cargado; las toses esporádicas aún provocaban algunas

miradas suspicaces a los posibles portadores de gérmenes. Unos pocos seguían llevando las mascarillas, pero muchos ya habían dejado de usarlas.

El alcalde Cookson llamó al orden con su mazo y se hizo el silencio en la sala.

—Muy bien, demos comienzo a esta asamblea. Me gustaría dedicar un momento a dar la bienvenida al doctor Fred Pearson a Powell Springs. Creo que todos nos alegramos de verlo después de tantos meses.

Un breve aplauso de cortesía resonó en la sala y algunos cuellos se estiraron para echar un vistazo fugaz al médico que llevaban tanto tiempo esperando conocer. Pearson se puso de pie e hizo una reverencia en todas las direcciones, sin que siquiera un atisbo de sonrisa se reflejase en su rostro severo.

—Querrá decir Frederick Pearson.

En un pueblo en el que la etiqueta se reservaba solo para la iglesia, las bodas y los funerales, su lujoso traje destacaba entre los monos de faena y las telas recias y vaqueras de uso diario.

A Adam, con aspecto tenso, se le cayeron unos papeles y se apresuró a recogerlos. Echando una mirada en dirección a Amy, se alisó la corbata y habló en voz alta.

—Estoy convencido de que el doctor Pearson representará un gran valor para esta población en los años venideros. Yo, por mi parte, he dirigido mis oraciones a Dios para agradecerle que nos envíe a un profesional de la medicina con tan buenas referencias y tan sólidos principios e ideales.

A esto le siguieron más aplausos.

—¿Y cómo sabe eso? —gruñó Shaw, al lado de Cole, en un susurro.

—Caballeros —comenzó Pearson, que seguía de pie—. Aprecio sinceramente sus generosos elogios y comentarios sobre mi persona. Son extremadamente gratificantes, pero lamento desengañarles sobre mi permanencia en Powell Springs, quizá más de lo que lamentaron ustedes darme una falsa impresión sobre la realidad de este pueblo.

Los aplausos se fueron apagando hasta convertirse en un silencio de desconcierto. El doctor Pearson prosiguió.

—Sin embargo, ahora que he tenido la oportunidad de conocer su pueblo de primera mano, me resulta obvio que las virtudes de Powell Springs se exageraron sobremanera en mi correspondencia con este distinguido órgano. —Asintió con la cabeza hacia los tres hombres sentados a la mesa del consejo, costaba pasar por alto su sarcasmo—. No llegaría hasta el punto de decir que se me embaucó deliberadamente, pero salta a la vista que el pueblo tiene una visión de sí mismo mucho más optimista de la que le corresponde.

La gente comenzó a farfullar de indignación, al menos así lo hicieron aquellos que eran capaces de seguir el discurso rimbombante y el monótono acento de Pearson. El resto solo se daba cuenta de que los estaban insultando de alguna manera. Cole agachó la cabeza para ocultar una risa.

—¿Qué está diciendo exactamente, doctor? —lo interpeló Adam.

—Lo que estoy diciendo es que esperaba tomar posesión de una consulta en una ciudad grande y con instalaciones adecuadas. Nada de lo que he visto aquí cumple ni de lejos con esos criterios. No hay ningún hospital ni ninguna clínica apropiada... Sospecho que se podrían incluso requerir mis servicios para traer al mundo un ternero o diagnosticar un cólico a una oveja, es decir, siempre que su vecina herbolaria no esté demasiado ocupada preparando colgantes de asafétida o sacando adelante su cafetería. Resumiendo, damas y caballeros —se volvió para mirar al grupo—, me quedaré aquí solo el tiempo necesario hasta que encuentre un puesto más prometedor en otra ciudad. Sin duda entenderán que un médico licenciado en Yale no quiera permanecer en un lugar donde sus capacidades no serán convenientemente empleadas ni apreciadas. —Por fin sonrió, con la más franca de las sonrisas—. Ahora, si me disculpan, tengo pacientes que me esperan en el gimnasio.

Salió de la sala a grandes zancadas, con la cabeza alta, tan arrogante y engreído como un rey que descendiese de su castillo en la cima de la montaña para mezclarse, por muy desagradable que le resultase, con sus súbditos.

La sala, atónita, estalló en un estruendo de voces furiosas.

—Será mejor que esta noche duerma con un revólver bajo la almohada —vociferó alguien. Cole se inclinaba a pensar lo mismo.

—¿Has oído cosa igual?

—¿Quién demonios se cree este hombre que es? ¿Yale? ¿Y dónde queda eso?

—Si se cree que voy a dejar que le ponga la mano encima a una de mis ovejas, ¡está loco!

Un fatigado Horace Cookson se puso de pie y golpeó con el mazo repetidas veces, llamando al orden con un volumen cada vez mayor. Tres o cuatro minutos después finalmente logró acabar con el barullo.

—¡Que se siente y se calle todo el mundo o desalojaré la sala inmediatamente! —bramó. Y por fin la ruidosa indignación remitió hasta convertirse en un rumor sibilante. Todavía de pie, anunció—: Estamos en un aprieto peor que el anterior. No tenemos médico ni tampoco ningún otro de camino. Jessica Layton me dijo de antemano que un puesto de trabajo la espera en Seattle. Retrasó su traslado para ayudarnos durante esta crisis de gripe.

Si el destino alguna vez le había proporcionado a Cole un momento para actuar, sabía que era este. Se puso de pie.

—Horace, se podría convencer a Jessica de que renuncie a su trabajo en Seattle por quedarse en Powell Springs... —Se quedó mirando a Adam Jacobsen deliberadamente—. Siempre y cuando las personas que se han encargado de insultarla y arruinar su reputación dejen de acosarla y suspendan su campaña de recogida de firmas.

—Alcalde Cookson, con la venia —intervino Adam poniéndose también de pie.

Horace se sentó e hizo un gesto de conformidad sin ningún entusiasmo.

—Adelante, Adam.

El ministro se aclaró la garganta.

—Lo cierto es que no era así como esperaba que se desarrollase esta asamblea. Nos deja con el mismo problema que teníamos antes. —Esta vez fue él quien buscó a Cole y lo miró con odio antes de continuar—. Como casi todo Powell Springs sabe ya, la doctora Jessica Layton fue recientemente sorprendida en una situación moralmente comprometedoramente con Cole Braddock. Permítanme que les recuerde a todos que Braddock ha estado prácticamente comprometido con Amy Layton, hermana de la doctora. Una mujer de moral tan libertina no merece que se le confíe el cuidado de nuestros ciudadanos.

Todo el mundo empezó a hablar, muchos de ellos estaban de acuerdo con Adam. Mientras Horace volvía a aporrear con su mazo, la abuela Mae Rumsteadt, flaca y de pelo gris, se levantó hecha una furia de su asiento, varias filas por detrás de Cole.

—Tú, Adam Jacobsen, estás actuando como un cazador de brujas, no como un hombre de Dios. —Se dio la vuelta y miró a muchas de las caras a su alrededor—. Me siento decepcionada con todos y cada uno de los que habéis firmado la sucia petición de ese hombre. Cuando estabais enfermos en el sanatorio, ¿no estuvo allí la doctora Jessica para ocuparse de vosotros casi cada vez que abríais los ojos? ¿Powell Springs se cree demasiado superior e importante para Jess Layton? Bueno, pues ya habéis visto con vuestros propios ojos lo que piensa el doctor «mírame y no me toques», que Powell Springs es demasiado poco para él. Y, además, Amy Layton y Cole Braddock no están comprometidos.

—Abuela, ¡justed ha perdido la cabeza! —le espetó Adam.

Birdeen se esforzaba por no perder el hilo de aquel diálogo torrencial.

—¡Y una boñiga de vaca, reverendo Jacobsen! —replicó Mae con cierto retintín en la palabra reverendo.

Shaw y Cole estallaron en risas y otros hicieron lo propio. Algunas de las señoras allí presentes soltaron un grito de asombro, pero la abuela Mae no era mujer de andarse con rodeos cuando creía tener la razón, es decir, la mayoría de las veces.

—¿Qué prueba tienes de que lo que afirmas sobre Cole y Jessica sea verdad? —lo interpeló—. Este pueblo va cuesta abajo y sin frenos y lo que pienso es que personas como tú, Adam Jacobsen, y como tú, James Leonard —se dio la vuelta para señalar al hombre que había guiado a la muchedumbre hasta la consulta de Jessica— habéis dado lugar a que nos veamos en esta situación.

Adam, con la cara roja por la frustración, se dirigió a Horace.

—Alcalde Cookson, ¿se va a quedar ahí sentado y va a dejar que esta reunión se convierta en una bronca?

El alcalde se frotó la frente.

—Por el amor de Dios, Adam, Mae, todos. No estamos en un mercadillo, donde se pueden intercambiar chismorreos. Esto es una asamblea municipal. Estamos intentando dar solución a asuntos serios.

—Efectivamente. No votaré a favor de ofrecer este trabajo a Jessica Layton. Vi cómo Cole Braddock salía de su consulta a las cinco y media de la mañana. ¿Qué se imaginan que estaban haciendo allí a esas horas?

—¿Qué hacías tú allí fuera a esas horas, Jacobsen? —preguntó Cole—. Parecía que fueses tú el que hubiese pasado la noche en un almiar.

—Iba de camino al sanatorio, donde he estado dando consuelo a los enfermos —contestó dirigiendo sus comentarios al grupo allí reunido—. Los oí hablar... y era una conversación bastante íntima, la verdad. Y los vi besarse.

—¿Ah, sí? Y yo vi su culo al aire esta tarde en la cama de mi mujer, Jacobsen, dale que te pego encima de ella. Eso es muchísimo peor que solo hablar o besarse en un porche.

Todas las cabezas se giraron para ver quién había hecho una acusación tan grosera y monstruosa. Bert Bauer estaba de pie al final de la sala, con el hombro apoyado en la jamba de la puerta y los brazos cruzados sobre el pecho. A juzgar por la forma en que arrastraba las palabras, bien borracho... y furioso.

La asamblea se sumió en un silencio tan profundo que Cole creyó oír a un caballo relinchar en la calle. Los asistentes parecían congelados en sus sitios, con la boca abierta de par en par.

Después estalló el caos.

Todo el mundo empezó a hablar a la vez. La gente se puso de pie de un salto.

—Ese inútil bastardo —dijo Tanner rechinando los dientes, sin que Cole supiese con seguridad a qué bastardo se refería.

Adam le quitó el mazo de la mano a Horace Cookson y comenzó a golpear la mesa, con los ojos a punto de salirse de las órbitas y la cara brillante del sudor.

—¡Que expulsen a ese mentiroso blasfemo y perverso! ¡Échenlo de aquí! —gritó Adam.

Un par de hombres que estaban cerca de Bauer hicieron por atraparlo y lo arrastraron hacia fuera hasta que vociferó:

—¡No es mentira! ¡Y tampoco soy yo el único que lo dice! Llevaba un testigo conmigo... ¡el *sheriff* Gannon! Él vio a ese mocoso con Emmaline.

Adam, en un ataque de histeria, siguió aporreando con el mazo hasta que se le rompió el mango y la cabeza de madera salió volando por la sala.

A Whit Gannon, de pie junto a la pared de un extremo del recinto, aquello le pilló del todo por sorpresa. Por su cara se deducía que habría deseado estar en cualquier otro lugar.

—¿Es cierto?

—¿*Sheriff*, vio a Jacobsen con Emmaline?

—¿Quién es Emmaline? —se preguntaron varias mujeres.

Cole no daba crédito al drama que se desarrollaba a su alrededor. Se levantó para echar una buena ojeada a Bauer y después se volvió a Jacobsen.

—¿Emmaline está casada? ¿Con Bauer?

—¡Por Dios! —exclamó Shaw.

—¿Quién es Emmaline? —preguntó de nuevo una mujer.

El alcalde Cookson llamó la atención de Whit Gannon y le hizo una seña para que se acercase. Con largas zancadas, el *sheriff* caminó hasta la mesa del consejo. Adam lo observaba y parecía encogerse dentro de su ropa.

—Whit, ¿es cierto lo que dice Bert Bauer? —preguntó Horace—. ¿Encontrasteis al reverendo Jacobsen en una situación comprometedoramente con Em... es decir, con la señora Bauer?

—Sí.

Birdeen empezó a tomar notas.

—¿No había lugar a dudas... no estaban simplemente... hablando?

Whit bajó la barbilla y torció la boca hacia un lado.

—La verdad es que... no, no oí que pronunciasen ni una palabra. —Miró a Adam—. Como testigo, diría que la descripción de Bauer es bastante precisa. Vulgar, pero precisa.

Los folios de la petición salieron revoloteando de las manos de Adam al desplomarse sobre la silla, blanco como la pared y sudando profusamente.



En cuanto la asamblea se dio por concluida, Cole salió corriendo directamente a la consulta de Jessica.

—Ahora dime que no te da pena habértela perdido.

Estaban sentados en el salón de la planta de arriba, rodeados de sus baúles y maletas, y ella lo miraba fijamente.

—Pues no... Bueno, sí, supongo que sí. —No pudo evitar reírse—. Apuesto que Powell Springs jamás ha visto una asamblea municipal como esa.

—Será difícil que se repita, con dos escándalos en una sola noche. Además Whit Gannon se llevó a Bauer detenido, por estado de embriaguez con conducta violenta y bajo sospecha de haber robado probablemente aquellas joyas. —Cole se inclinó hacia delante sobre el sofá—. La cuestión es que Horace y Roland Bright decidieron que te pedirían formalmente que te quedas en el pueblo, de forma permanente, visto que Pearson se cree demasiado bueno para un hatajo de pueblerinos incultos como nosotros. Sugerí que el buen médico podría incluso estar interesado en ocupar tu plaza en Seattle.

—Soy yo la que irá a Seattle. Es mi puesto y me esperan a mí. Hoy me han enviado otro telegrama. —Se levantó y fue hacia la caja que había estado empaquetando para doblar un mantón.

Él también se levantó y la llevó de nuevo al sofá. Después metió la mano en el bolsillo y sacó una cajita desgastada de terciopelo negro.

—Jess, tenemos que arreglar las cosas. Estamos hechos el uno para el otro, tú y yo. Sabía que estabas destinada a ser mi mujer desde que éramos niños. Hemos pasado momentos muy duros en los últimos años, pero no tenemos que seguir arrastrándonos con nosotros el resto de nuestras vidas. Tomé decisiones equivocadas, he perdido a Riley... y casi te pierdo a ti. No quiero tener que arrepentirme de más cosas de las que ya me arrepiento.

Arrepentirse... arrepentirse... Iris Delaney ya le había hablado de aquello, la propia Jess había pensado en aquello y ahora Cole le hablaba de arrepentimiento, pero...

—Cole, las cosas han cambiado. Mucho. Con todo lo de Amy y ahora con esa banda de violentos que nos quiere linchar, ¿qué podemos hacer para arreglarlo? Todo eso no va a

desaparecer solo por deseo de Horace Cookson. No puede obligar a la gente a venir a mi sala de espera. Ayer hasta dos niños en la calle me llamaron ramera.

—Jess —le dijo con un gesto de dolor—, tú me pediste que luchara en esta batalla. Yo he luchado y hemos ganado. El escándalo acabará amainando. Además, esa gente que sigue a Jacobsen y a Leonard no representa a todo el pueblo.

Ella dejó caer el suave mantón sobre su regazo.

—Creo que te lo tomarías de otra forma si fuese a ti a quien hubiesen insultado y hubiesen atacado tu reputación moral. Sabes que a las mujeres, sobre todo a las que nos dedicamos a la medicina, se nos juzga por nuestros actos, sean o no sean evidentes. Me... me siento aplastada por el rechazo. No tendré pacientes. Acabarán yendo a la abuela Mae antes que perdonarme.

—Bueno, quizá podrías abrir una consulta en Twelve Mile. El rancho está más o menos a mitad de camino entre los dos pueblos.

—¿Qué? —Levantó las cejas.

—Podría incluso enseñarte a conducir para que pudieras moverte con más facilidad.

Apoyó una rodilla en el suelo delante de ella y le ofreció la caja de terciopelo negro.

—Jessica, quiero que te cases conmigo. Enseguida. Sin más esperas. —Presionó el cierre de la cajita y la tapa se levantó.

Atónita, Jess vio que contenía un anillo. El engarce era de un estilo poco actual y el diamante estaba tallado de un modo que le recordó a una pieza de anticuario. Él la escrutó y la miró a los ojos con una mirada que le rompió el corazón.

—Era de mi madre.

—Oh, Cole...

—Tienes razón... han pasado muchas cosas, buenas y malas. Si hay algo que tengo claro en este mundo es que te quiero. Siempre te he querido. Quiero que seas mi esposa, como siempre tuvo que ser.

Ella le puso la mano en el brazo.

—Te quiero tanto como tú a mí, pero el hospital de Washington me necesita. —De repente una idea se le pasó por la cabeza, un destello de genialidad en el que deseó haber pensado antes—. Ya sé... ¡Tú podrías venirte conmigo! Seattle es una ciudad en expansión, podrías empezar un negocio nuevo.

Cole se quedó en cuclillas y frunció el ceño como si ella le hubiese sugerido que fuesen hasta la luna en un carro tirado por bueyes.

—¿Cómo voy a abandonar a mi familia? ¿Sobre todo ahora que mi hermano ya no está?

—¿Pero y todos mis estudios? ¿Y todo lo que me ha costado conseguir el título y las referencias...? Si aquí no tengo pacientes, no me servirán de nada. Y está claro que no puedo investigar. En ese hospital por lo menos hago falta. —Con la mirada borrosa, fijó la vista en el dibujo de la alfombra trenzada que se extendía bajo sus pies—. En Powell Springs todos me han abandonado, hasta mi propia hermana.

—Jessica, aquí haces falta. Me haces falta. Si te vas a Seattle, estarás huyendo de nuevo, igual que huiste de Nueva York.

Ella retiró la mano como si le hubiese dado un manotazo.

—¡Es espantoso que digas algo así!

Él se levantó del suelo y se sentó en otra silla, lejos de ella.

—No puedo darles la espalda a mi padre y a Susannah. Son mi hogar, mis raíces. También las tuyas. Igual que este pueblo, para bien o para mal. Tú y yo... juntos podemos con todo.

Ella tendió las manos en un gesto de súplica.

—Cole, podemos empezar de nuevo donde nadie nos conozca. No tendré que ver a Amy todos los días, tampoco a esas personas odiosas que han sido tan crueles conmigo cuando todo lo que yo quería era ayudarles a que se recuperaran. Por favor, ven conmigo.

—¿Y qué? Claro que tendrías que verlos. Yo también. No me avergüenzo de nada de lo que hemos hecho. ¿Tú sí?

—No, pero...

—Y cuando estemos casados, ya no tendrán mucho de lo que hablar. No le interesará a nadie, sobre todo ahora que Jacobsen les ha lanzado otro hueso que roer con el que entretenerse.

—¿Al menos te pensarás venirte conmigo? —insistió Jessica.

La mirada de Cole era fría y penetrante y ella sintió que se alejaba de ella. Le hizo pensar en el día en que volvió al pueblo y Cole llevó a Eddie al café.

—No.

Ella cerró los puños con fuerza sobre el regazo y le tembló la voz por la rabia y la desilusión.

—Por una vez... una sola vez, me gustaría oír de boca de alguien que afirma que me quiere: «Haría cualquier cosa por ti, Jessica». Pero todo el mundo continúa esperando que sea yo quien se ponga en su lugar y haga una excepción por ellos. «Creía que habías roto conmigo, así que empecé a cortejar a tu hermana.» «Decidí que no te merecías a Cole, así que le dije que no ibas a regresar.» «Ramera.» «Médico “mujer”.» «Otra vez vuelves a huir.» Todo el mundo tiene una justificación para lo que me ha hecho o me ha dicho. ¿Cuándo se va a poner alguien de mi parte? —insistió.

Él se levantó y dejó la caja con el anillo sobre la mesa de la cocina.

—Jess, me prometiste hace mucho tiempo que regresarías a Powell Springs y te casarías conmigo. Prometiste que cuidarías de este pueblo y continuarías la labor de tu padre cuando muriese. No todo el pueblo cree a Adam Jacobsen. Hasta la abuela Mae ha salido en tu defensa, dos veces, contra ese puñado de personas. Y sí, aquí también hay chiflados, igual que en todos lados. Si te vas a Seattle también te los encontrarás allí. Gente que no cree que las mujeres puedan ni deban ser médicos, gente que hablará de ti. Unos cuantos, quizá sean pocos, te decepcionarán, pero allí estarás sola. Ningún lugar es perfecto.

Jessica observó cómo se ponía el sombrero y el abrigo de piel de borrego antes de dirigirse hacia las escaleras. Se detuvo en la entrada y se volvió para mirarla.

—Hiciste promesas y, si no las mantienes, no eres la mujer ni la médico que siempre pensé que eras. —Hizo un gesto hacia la caja de terciopelo—. Si decides quedarte, ponte el anillo. Si no... estaré aquí al lado.

Con los ojos escociéndole por las lágrimas, Jessica saltó del sofá y le dijo:

—Como si te lo quieres llevar ahora mismo.

Él la estudió un instante eterno, después volvió hasta la mesa y se guardó la cajita en el bolsillo.

Ella oyó sus pasos pesados galopar escaleras abajo y por la planta baja. Sonó la campanilla de la puerta principal al abrirse y al volver a cerrarse.

Después ya no estaba.



Jessica pasó una noche dura e insomne, reviviendo la escena entre Cole y ella. No solo había atacado su integridad personal sino también su integridad profesional. Lloró durante horas entre profundos sollozos entrecortados, dio puñetazos a la almohada, se levantó dos veces para remeter las sábanas y se tomó un vaso de leche caliente. Nada.

Al final acabó destapándose a patadas, se levantó, se vistió de nuevo y terminó de hacer el equipaje. Llorando y agotada, lanzó las cosas en las maletas sin prestar atención a cómo estarían cuando las volviese a sacar, arrugadas y aplastadas. Saldría de este apartamento y de este pueblo tan pronto como le fuese posible. Pediría que los objetos pesados, como los libros, se los enviaran cuando llegase a Seattle. Dejó una nota dirigida a quienquiera que la leyese en la que indicaba su destino. Y tal vez cuando llegase allí, escribiría cartas a las personas que se merecían una explicación más apropiada de su partida. Con el tiempo, quizá hasta le escribiese

a Amy. Quizá. Por el momento ya había tenido bastante de Powell Springs y todos sus habitantes.

Después de lavar los pocos platos que había en el fregadero, quitar la ropa de cama y ordenar el apartamento, se puso el sombrero y el abrigo delante del espejo. Tenía los ojos hinchados por el llanto e irritados por la falta de sueño. Como de costumbre, no encontraba los guantes, pero ese tipo de cosas eran el menor de sus problemas en ese momento. Se dio la vuelta y echó una última ojeada al espacio en el que había vivido las últimas seis semanas. Finalmente posó la vista en el dormitorio, donde Cole y ella habían hecho el amor y donde durante unas horas por fin se había sentido segura ante el mundo y la montaña de crisis a las que se había enfrentado los dos años anteriores.

La llave de la puerta principal la dejó encima de la mesa de trabajo, sus dedos se detuvieron un instante sobre ella antes de salir y cerrar la puerta tras de sí por última vez.

Con una maleta, su maletín de médico y una cartera, caminó hasta la estación de tren en la oscuridad antelucana, desviando la vista al pasar por la herrería de Cole. Estaba decidida a esperar, si hacía falta, hasta que abriese la estación.

Pero vislumbró el cálido resplandor de las luces provenientes de las ventanas de la estación. Dejó el equipaje fuera y abrió la puerta.

—¡Señorita Jessica! Esto sí que es una sorpresa —la saludó Abner Willets desde la ventanilla. Jessica percibió el olor a café recién hecho tras él—. No sabe la asamblea tan animada que se perdió anoche.

—Eso he oído. Señor Willets, necesito un billete para Seattle, por favor, en el primer tren que pase.

—¿Nos abandona? —El anciano la miró por debajo de la visera, frunciendo ligeramente sus pobladas cejas grises—. Creí que se quedaría, ya que ese tipo, Pierce, se va. —Abner seguía sin pronunciar correctamente el nombre de aquel esnob. Si no se sintiese tan abatida, le habría parecido gracioso—. O al menos así es como lo pintó Cole.

—No —Tragó con fuerza—. Siempre tuve la intención de proseguir hasta Washington en cuanto el doctor llegase.

—Mmm... Pues entonces supongo que volveremos a no tener médico, porque Pierce tampoco se va a quedar.

—¿A qué hora ha dicho que salía el tren? —intervino, tratando de cambiar de tema y de poner fin a la sensación de tener el corazón hinchado como un melón y alojado en la garganta.

Consultó su horario y miró al reloj de la pared.

—Tiene suerte. El próximo debe llegar a las 8:49 h. Por la mañana temprano solo pasan por aquí dos trenes semanales que vayan hasta Portland. Una vez allí, deberá hacer el transbordo hasta Seattle en la Union Station.

Ella asintió y, con las manos ligeramente temblorosas, introdujo el dinero que él le había indicado bajo la rejilla de latón que los separaba. Él se quedó mirándola desde debajo de la visera.

—¿Está bien, señorita Jessica? Sé que no ha dado abasto desde que llegó al pueblo.

—Estaré bien, señor Willets —respondió logrando una débil sonrisa—. Es verdad, las últimas semanas no han sido fáciles.

Él pasó la mano bajo la rejilla y dio una palmadita sobre la de ella, apoyada sobre el mostrador.

—Le agradecemos muchísimo todo lo que ha hecho por nosotros. Si se siente mal por culpa de esos hijos de... esto... agitadores, quédese con esto: la mayoría nos sentimos muy agradecidos de que usted estuviese aquí.

Ella inclinó la cabeza hacia abajo para evitar que él viese sus lágrimas y después caminó hasta uno de los bancos para esperar el tren.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Emmaline estaba sentada a la mesa de la cocina, fumando el último Lucky Strike e inmersa en sus pensamientos, cuando oyó que llamaban a la puerta con suavidad. Desde aquel espantoso día en que Lambert irrumpió de sopetón, siempre tenía echada la llave. Dio un vistazo a la cama para asegurarse de que estaba presentable, por si acaso, se levantó sin hacer ruido y caminó de puntillas hasta la ventana, esperando poder ver a quien estuviese delante de la puerta, pero el ángulo no era bueno.

En silencio, agarró el rifle cargado y apuntó a la puerta.

—¿Quién anda ahí?

—Em, soy yo. Whit Gannon. —Debía de estar muy sumida en sus preocupaciones si ni siquiera lo había oído aparcar el automóvil.

—¿Traes a alguien contigo esta vez?

—No, estoy solo.

Aún empuñando el rifle por el cañón, dio un suspiro de alivio y abrió una rendija de la puerta. Su pelo y su bigote helados por la nieve eran una visión reconfortante. Cuando él vio el arma, sonrió.

—Te prometo que no te haré emplear eso conmigo. —Ella percibió el humor del rugido grave de su voz, pero no acababa de fiarse.

—¿Has venido por temas oficiales, Whit?

—No, no, Em, nada de eso. Ni siquiera estoy aquí por «tu tema». Solo quiero hablar contigo un minuto.

Con cautela, abrió la puerta y miró por encima del hombro de él, también a derecha e izquierda. No vio más que el día gris y húmedo y la maraña de hierbas de su jardín.

—De acuerdo. Venga, pasa.

Su cuerpo alto y larguirucho hizo que la choza pareciese aún más pequeña cuando entró en ella.

—Antes que nada, perdona otra vez por el lío con Bauer. Debería haberme dado cuenta de que me traía hasta aquí para perder el tiempo y marear la perdiz.

Ella devolvió el rifle a su lugar junto a la puerta y lo llevó hasta la mesa.

—No te culpo a ti, Whit. —Sonrió apenas—. O al menos, no del todo. Lambert dijo que me causaría problemas.

Él se acomodó en una silla y puso el tobillo encima de la rodilla.

—Bueno, pues creí que te gustaría saber que no te volverá a molestar en mucho tiempo. Esa misma noche, más tarde, se enfrentó al hombre que tú conocías como Frank Meadows en una asamblea municipal y lo detuve por desorden público y embriaguez, también tenía unas joyas de valor cuya posesión no supo justificar. Se puso bastante violento hasta que se le pasó la borrachera en la celda. Al final reconoció que se las había quitado a los fallecidos antes de enterrarlos. Decía que allá a donde iban no les servirían de nada.

Ella movió la cabeza y cogió el cigarrillo que había dejado consumiéndose en un platillo sobre la mesa.

—Dios, no sé cómo pude tener nada que ver con ese hombre.

—Tardaré un tiempo en determinar a quién pertenece cada cosa, pero llevaba algo que creo que te podría servir. —Ella lo miró, recelosa e inquieta. Él metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes verdes—. Aquí hay unos cien dólares. Tú le darás mejor uso que él.

Ella se quedó mirando el dinero.

—¿Pero esto... es legal? ¿Puedes quedártelos sin más sin meterte en problemas?

—No, no lo es, y sí, sí que puedo. Como dije, esta es mi jurisdicción, y Bauer está con el agua tan hasta el cuello que no creo que vaya a armar un escándalo por este dinero. —Lo empujó sobre el hule descolorido.

Ella aceptó el dinero y sonrió.

—Gracias, Whit.

—Vaya, Emmaline. —Le dedicó una mirada juguetona—. No sabía que tuvieses hoyuelos. Ella agachó la cabeza un instante, con una sonrisa aún más amplia.

—Solo me salen cuando sonrío.

—Pues me alegro de haberte dado una razón para que te saliesen. Ah, y en caso de que te lo estuvieses preguntando, el verdadero nombre de Frank Meadows es Adam Jacobsen. Era el pastor de Powell Springs, pero creo que un montón de gente está encantada de haber presenciado cómo se le bajaban los humos. Los había metido en problemas con el Gobierno. —Jugueteó con la caja de fósforos que había cerca del platillo con el cigarrillo—. Fue Bauer quien lo delató en la reunión del consejo municipal, así que puede que después de todo algo bueno haya salido de aquel día.

—Jacobsen... Me contó que era vendedor de tractores. Siempre pensé que había algo raro. Supuse que estaba casado.

—No, casado no, pero tampoco era el honrado hombre de fe que fingía ser.

—Y la gente piensa que lo que yo hago está mal —declaró Em levantando las cejas.

Whit retiró su silla y se puso de pie.

—Bueno, ya va siendo hora de que vuelva. La gripe casi se ha acabado, pero por estos lares siempre pasan cosas. Pensé que te gustaría saber lo que ocurrió. Y recibir algún dinero por todos los problemas que te ha causado ese marido. Quizá podrías presentar la demanda de divorcio y olvidarte de él de una vez por todas.

Ella sonrió de nuevo.

—Sí, puede que sí. —Lo acompañó hasta la puerta—. Eres un buen amigo, Whit.

Él la besó en la mejilla, haciéndole cosquillas con su gran bigote.

—Tú también, Emmaline. Ya nos veremos una de estas noches.

—Para ti mi puerta siempre está abierta.



Cole se dio cuenta de que *Muley* estaba atada al poste del local de Tilly en cuanto estuvo a una manzana de la taberna. Esquivando charcos bajo el aguacero de la tarde, supuso que aquello podía ser una buena señal. El padre que conocía, el que recordaba de hacía un mes, querría rememorar y charlar largo y tendido sobre la reunión del consejo municipal.

Cole solo quería sentarse en una esquina y emborracharse.

Apenas había dormido, se había pasado la noche dando vueltas en el catre del cuarto de aperos, pensando en Jessica acostada en su propia cama en la casa de al lado. Una decena de veces había estado a punto de levantarse, ponerse los pantalones y acercarse a razonar con ella, pedirle perdón, hacer el amor con ella y echarle una regañina.

De ninguna manera podía abandonar a su familia, pero la sensación de que ella tenía razón, de que nadie jamás la había apoyado de verdad, no lo había dejado tranquilo en toda la noche.

Y ella había hecho promesas que no había cumplido.

Pero eso era porque otros le habían fallado. Incluido él. La había deseado tanto que cuando pensó que ella había roto lo que había entre ellos, se había conformado con lo que creía que era su mejor segunda opción: Amy. Había hecho caso omiso de sus insinuaciones y coqueteos durante meses, pero al final había acabado sucumbiendo.

Esa misma mañana, más tarde, por fin reunió el valor para decirle a Jessica que estaba equivocado y suplicarle que se quedase. Al ver que no contestaba a la puerta, giró el pomo y se encontró con la puerta abierta. Cuando descubrió que se había marchado sin decir nada ni dejar más que una nota impersonal donde decía que haría que le enviasen el resto de sus cosas, se fue al jardín lateral del taller y se puso a cortar madera.

¡Tac! ¿Por qué ella no había querido escuchar su versión de la discusión?

¡Tac! ¿Por qué demonios se había dejado embaucar por la estratagema de Amy?

¡Tac! ¿Cómo había podido perder a la misma mujer dos veces en su vida?

A su alrededor salían volando astillas de madera, algunas no le daban en los ojos de milagro; cuando paró, empapado en sudor y con los músculos extenuados, juraría que había cortado una tonelada de madera de aliso para la forja. Su intención era liberarse del dolor en el pecho y el vacío absoluto que sentía, pero sabía que podía seguir cortando leña hasta el día del juicio final, la desolación no desaparecería. Al menos así había comprendido lo que tenía que hacer.

Cuando Jess finalmente llegase a Seattle y tuviese una dirección, viajaría hasta allí y le pediría que lo perdonase. Le debía eso, como mínimo.

Pero por el momento se tendría que conformar con una botella de *whisky*. Había pensado en comprar una y llevársela al taller; así, si se caía redondo, Virgil Tilly no volvería a dejarlo fuera bajo la lluvia. Cuando llegó a la puerta y la abrió, lo echaron para atrás los olores familiares: el humo de tabaco, la cerveza, aquel salchichón picante que Tilly guardaba en el almacén, la ropa mojada, los huevos en vinagre. Dentro, como presumía, los vejstorios estaban revolucionados por los acontecimientos de la noche anterior. Lo saludaron y siguieron con su conversación, todos hablando a voces por sus problemas de oído.

Sin embargo, Cole se percató de que Shaw estaba sentado solo en una de las mesas de la esquina y casi no participaba de la charla. Su guardapolvo negro para la lluvia colgaba de uno de los ganchos de la pared y goteaba sobre el serrín que cubría el suelo. Cole levantó una mano en señal de saludo y fue a sentarse con él un minuto.

—Me alegro de ver que sales de nuevo, papá. Me imaginaba que con este tiempo te dolerían las articulaciones y querías quedarte en casa junto al fuego.

El anciano movió las manos llenas de nudos.

—La lluvia no ayuda mucho, pero no quería perderme los chismorreos sobre anoche —explicó a Cole, dedicándole una sonrisa que últimamente no veía a menudo—. Ese Jacobsen... Anda que no lo derribó Bauer de un disparo certero. Como acertar a dar a una ardilla a doscientos metros... y, ¡pum!, justo entre los ojos. ¿Quién habría pensado que se estuviese beneficiando a Emmaline?

—Sí, reconozco que no me dio ninguna pena presenciar la escena. —Cole sonreía solo de pensarlo.

—Y la pobre mujer, casada con ese canalla de Bauer... Debe de ser la familia que dijo estar buscando cuando llegó al pueblo. He oído que Gannon interrogó a Winks sobre las joyas que Bauer robó a los muertos. Winks se está prácticamente meando en los pantalones porque Bauer está intentando endilgarle parte de la culpa, pero conozco a Winks. Tiene menos cerebro que un pez, pero no haría algo así. —Se quedó en silencio un instante, contemplando el vaso de *whisky* que tenía delante—. Robar a una persona que ya ha pasado por el infierno... Dios, no puedo ni pensarlo. —Negó con la cabeza.

Cole sabía que su padre no se refería a gente del pueblo.

—¿Sabes? Debes estar orgulloso de lo que hiciste anoche en la asamblea —añadió Shaw tras salir de sus cavilaciones.

—¿Ah, sí? —Cole lo miró, sorprendido.

—Yo lo estoy —asintió su padre.

Cole se echó hacia atrás en la silla y observó boquiabierto a su padre. No recordaba haber recibido jamás un cumplido como aquel de boca de su padre. Le hizo una señal a Virgil Tilly para que les llevase una botella y un vaso. Lo menos que podía hacer era compartir un trago con él antes de irse.

—Gracias, papá.

—Bueno, supongo que tu doctorcita ya tiene trabajo ahora que el estirado de Pearson nos ha mandado prácticamente a freír espárragos.

Cole esperó a que Tilly llevase la botella para responder.

—Se ha ido.

—¡Se ha ido! —vociferó, con los ojos como platos.

Levantó una mano para que el viejo bajara la voz.

—¿Qué quieres decir con que «se ha ido»? —No habló en voz baja, pero los demás clientes continuaron sin prestarles la menor atención.

Cole le contó parte de lo que Jessica le había dicho la noche anterior, que presumía que no tendría pacientes y que Powell Springs nunca la perdonaría.

—¿Sabes cómo dar con ella? —le preguntó su padre, sirviéndose un vaso de la botella de Cole.

—Todavía no, pero en la nota decía que enviaría una dirección tan pronto como la tuviese para que le hiciesen llegar el resto de sus cosas.

Su padre le clavó la misma mirada penetrante que les dedicaba a él y a Riley cuando eran niños.

—Cuando lo haga, más te vale ir a donde sea y traerla de vuelta.

—¿Qué? —Cole no daba crédito a lo que oía. Sí, aunque Cole no lo había dicho, ese era su plan—. ¡Pero si nunca te gustó!

—No dije que no me gustase. Dije que era más lista de lo que le conviene. La cuestión es que no se metió solita en ese lío. Tú estabas con ella, ¿verdad?

Cole miró hacia otro lado, notando cómo el calor le subía por el cuello.

—Bueno, pues ya está —añadió su padre levantando el vaso un instante—. Si esa doctorcita es la mujer que quieres, demuéstraselo. Haz que te crea. Este pueblo no se la va a tener guardada para siempre. Es una buena mujer.

—Creía que te gustaba Amy. —Cole se sirvió un buen vaso esta vez.

—Bah. Demasiado dulce para tragárselo. Nadie es tan perfecto ni tan agradable sin motivo. Al final, siempre tengo razón.

Cole estuvo a punto de echarse a reír. Su padre era torpe a la hora de expresar sus sentimientos, pero, aun así, detrás de su bravuconería, Cole percibió su apoyo y con eso le bastaba.



Con el pañuelo húmedo y arrugado en el puño, Jessica observaba como el paisaje iba quedando atrás desde la ventanilla del tren. De vez en cuando la lluvia amainaba lo suficiente como para poder divisar las hectáreas de tierras de cultivo, los altos sotos de yesca y los últimos colores del otoño en los árboles, pero todo pasaba como una imagen borrosa, nada captaba de verdad su atención. En un intento por ocultarse de las miradas curiosas de los demás pasajeros, mantenía el rostro girado hacia el cristal.

El vagón oscilaba y repiqueteaba sobre los raíles, transportándola aún más al norte, hacia Seattle. Algunos viajeros llevaban las ya corrientes mascarillas de gasa a las que se habían acabado acostumbrando. Ella había usado la suya durante un tiempo, pero le dificultaba tanto limpiarse el constante goteo de la nariz que al final se la había quitado. Unas cuantas personas sentadas cerca de ella la escrutaban con aprensión, pero no tenía el ánimo de explicarles que no tenía la gripe.

Solo estaba llorando.

Las lágrimas la asaltaban a ráfagas, igual que las preguntas implacables que seguían acuciándola. El doloroso vacío que sentía en su interior, sin embargo, era constante.

¿Se había equivocado al marcharse de Powell Springs? ¿Había huido de nuevo, como Cole le había dicho? Y, si había tomado la decisión acertada, ¿por qué se sentía tan desconsolada? Marcharse de Nueva York no había sido tan duro.

Echó una ojeada a su alrededor y deseó ser una de aquellas personas, enfrascadas en la lectura de un libro o en la conversación con sus acompañantes, inmersos en sus asuntos. Un hombre llevaba un ejemplar de un diario de la región con la fecha de hoy, 10 de noviembre, y sin

prestar demasiada atención, se dio cuenta de que en la portada no aparecía ni una palabra sobre los estragos que estaba causando la gripe. La gente seguía enfermado, seguía muriendo y ella sabía que aunque la Costa Oeste no hubiese sido víctima del impactante número de casos que había asolado la Costa Este, la epidemia aún no estaba controlada.

Volviéndose hacia la ventanilla, vio la profunda garganta de un río que se extendía bajo el desfiladero que estaban cruzando, pero era el rostro de Cole lo que se le aparecía una y otra vez en la mente, el recuerdo del tacto de Cole sobre su piel desnuda, cogiéndole la mano, el calor de su cuerpo a través de la camisa.

Nuevas preguntas la seguían acosando. ¿Habría sido capaz de enfrentarse al enfurecido grupito de Powell Springs con Cole a su lado dándole fuerzas? ¿Se lo debía a sus paisanos, quedarse y ocuparse de ellos, en vez de abandonarlos con el altivo doctor Pearson?

Y lo peor de todo, a pesar de lo desconsolada que se sentía, ¿era su propio corazón el que había roto esta vez?

—¡Olympia! —anunció el revisor con voz retumbante—. ¡Diez minutos hasta Olympia, Washington!

Con los nervios a flor de piel, Jessica dio un salto ante la interrupción.

—Disculpe —dijo haciendo una seña al revisor para que se detuviera—. ¿Cuánto queda para Seattle?

El revisor consultó su enorme reloj ferroviario de bolsillo.

—Contando con las paradas, aún quedan unas tres horas, señora.

Ella asintió en señal de agradecimiento y él continuó vociferando su anuncio pasillo adelante.

Aún tres horas más. En la estación de Olympia quizá podría bajar del tren unos instantes para lavarse la cara en el lavabo de señoras y recomponerse. Tenía que hacerlo, pero hasta aquello le costaba. Nunca antes se había sentido tan perdida ni tan sola.



La tarde siguiente, Cole trabajaba en la fragua del taller. Soplaba con el fuelle hasta poner las ascuas al rojo vivo, tan calientes que podrían incinerar un filete en un minuto. En el establo, a la espera de nuevas herraduras, estaba *Morgan*, el precioso caballo castaño del señor Bright que utilizaba para hacer el reparto de comestibles.

No tenía ningunas ganas de estar ahí, pero el trabajo, además del alcohol, era la única vía de escape provisional para las penas que conocía. Aquella tarea constante lo deslomaba y hacía que cada uno de sus músculos pidiese piedad a gritos, pero al menos le permitía caer en la cama con un sueño que rozaba la muerte. La noche anterior había acabado llevándose el *whisky* a casa y lo había dejado sin descorchar sobre la estantería del cuarto de aperos. De la botella entera solo faltaban dos dedos, los que se había bebido con su padre. Emborracharse no habría cambiado nada, solo se habría sentido peor hoy.

Y ya tenía bastante con lo que tenía.

1918 no estaba resultando ser un buen año para nadie, pero, en opinión de Cole, los Braddock ya habían tenido más penas de las que les correspondían. Lo único que podía decir, por el momento, era que gracias a Dios, a la suerte o a lo que fuese que hacía girar el mundo, la familia al completo se había escapado de la epidemia de gripe, y no eran muchos los que podían afirmar lo mismo.

De repente, por encima del sonido de sus propias herramientas, oyó que sonaba la alarma de incendios. Estaba situada junto al ayuntamiento y, cuando sonaba, todo el que pudiese debía dejar lo que fuera que estuviese haciendo y correr en auxilio de los demás. Cole se agachó para soltar las tenazas que tenía en la mano y con las prisas tocó la fragua con el hombro. Maldiciendo, miró hacia abajo y vio un trozo de tela triangular de su camisa de un par de centímetros que había ardido y una marca roja e irritada debajo. El tratamiento por

autonomasia de la abuela Mae para las quemaduras era la orina. ¡Ja!, le gustaría oírlo diciéndole que se orinase sobre esto...

Aún blasfemando e intentando ver la gravedad de la quemadura, caminó hacia la puerta de vaivén. Justo al salir, oyó un extraño griterío procedente de la calle, como si fuese fin de año. Desde la estación del tren llegaba hasta allí el sonido continuo de un silbato de vapor que emitía pitidos largos y agudos.

Por Dios, ¿qué estaba pasando?

La gente abría las puertas y, desde las tiendas que habían retomado la actividad, los clientes y los propietarios salían en masa hacia la calle principal para enterarse de a qué se debía semejante alboroto. Entonces divisó al mozo de Leroy Fenton pedalear en su bicicleta de un lado para otro, agitando un papel y gritando a pleno pulmón.

—¡Se acabó! ¡Se acabó la guerra! ¡Armisticio! Se ha declarado el alto el fuego a las once de la mañana en Francia. ¡Se acabó la guerra!

—¡Qué! ¡Será posible! —dijo Cole en voz alta y riendo. Se apoyó contra el marco de la puerta y observó cómo la gente se abrazaba y lo celebraba. De vez en cuando se miraba la quemadura; le estaba empezando a salir una ampolla. Con los dientes se quitó uno de los pesados guantes de cuero y, con cuidado, rasgó la tela alrededor del agujero de la camisa para ver mejor. Dios, se estaba volviendo tan torpe como Jeremy. Menos mal que el muchacho había sobrevivido a la herida y a la gripe.

—Ay, maldita sea —murmuró.

—¿Necesitas un médico?

La cabeza de Cole se levantó de golpe y vio a Jessica caminando hacia él, con el maletín de médico en la mano. Parecía igual de cansada y agotada que él, pero ella sonreía y, aunque llevase la falda mojada y sucia, con ella parecía haber salido el sol. Olvidó el dolor de la quemadura, olvidó el dolor de todo lo demás y le tendió los brazos abiertos.

Jessica dejó caer el maletín en el barro y corrió los últimos metros hasta sus brazos. Él la cubrió de besos, inhalando su perfume. Sujetándole el rostro entre las manos, le preguntó:

—Jess, ¿eres tú de verdad? ¿Has vuelto a casa?

—Estoy en casa, Cole. He sido una idiota. Nunca debí irme. Tenías razón, aquí está mi sitio, contigo, el amor de mi vida. Me bajé del tren ayer en Olympia y cambié el billete para volver. Tuve que pasar la noche en Portland para hacer el transbordo. El jefe de estación me dijo que estaría en casa antes del amanecer, pero el tren llegó tarde... Union Station estaba abarrotada de gente celebrando la buena noticia.

Él la miró y vio todo el amor que llenaba su propio corazón reflejado en los ojos de ella.

—No importa. Has vuelto. Estás aquí. Se acabó la guerra. ¡Es un día fantástico!

—Es un día maravilloso.

La levantó y la hizo girar a su alrededor, sin parar de reír.

—Guau, espera a que mi padre se entere de esto.

EPÍLOGO

—¿Jessica? ¿Estás lista? —le susurró Susannah, asomando la cabeza por una rendija de la puerta.

Jess esperaba de pie en una pequeña estancia anexa al despacho del alcalde Cookson. Asintió nerviosa. Susannah asintió a su vez al grupito reunido a sus espaldas y luego se coló.

—¿Tienes todo lo que necesitas? ¿Un pañuelo?

Jess respiró hondo.

—Estoy bien. —Extendió la mano y agarró la de Susannah—. Quiero darte las gracias por hacer esto, por ser mi testigo. Después de todo lo que ha pasado, sé que no es el momento más oportuno. Y estás preciosa.

—Para mí es un honor ser tu testigo —contestó—. Así es como siempre tuvo que ser, vosotros dos juntos. Espero que seáis tan felices como Riley y yo... lo fuimos. —Tragó saliva y le brillaron los ojos rebosantes de lágrimas. Jess le apretó la mano—. Toma tu ramo. Se lo encargué a una florista de Portland. El revisor lo llevó en la mano durante los veinticinco kilómetros para que no se estropease.

—Rosas rosas. —Jess cogió las flores y sonrió.

—Es lo que Cole me pidió. Dijo que eran tus favoritas.

Jess asintió, asombrada de que él se hubiese acordado. Habían improvisado la boda en una semana. Jessica no se casaba vestida de blanco, pero, dadas las prisas, demasiado habían hecho. La abuela Mae había preparado toda la comida para el banquete, que se celebraría en la sala de reuniones del consejo municipal.

Lo mejor de todo era que Cole Braddock la esperaba al otro lado de la puerta.

En algún momento de la semana anterior, Amy y Adam se habían marchado del pueblo en mitad de la noche, en un tren con rumbo al este. Eso era todo lo que se sabía. Amy no había dejado ninguna carta para Jessica, que había llegado a la conclusión de que tampoco pasaba nada. Quizá algún día, cuando hubiese pasado suficiente tiempo...

Frederick Pearson efectivamente había viajado hacia el norte para ocupar el puesto de Jessica en el Hospital General de Seattle. Si el doctor Thomas Martin, jefe de personal, acabaría quedándose con aquel odioso hombre era otro tema, pero a ella eso ya no le incumbía.

En este preciso instante, el alcalde Cookson estaba listo para officiar su boda con Cole y eso era todo lo que importaba.

Volvió a sonreír a Susannah.

—De acuerdo.

Susannah abrió la puerta que daba al despacho del alcalde Cookson y la primera persona en la que se posaron los ojos de Jessica fue Cole, vestido tan elegante como ella siempre lo había visto vistiera como vistiera.

Esperándola.

Esperando para llevarla a casa.

ACERCA DE LA AUTORA

La premiada Alexis Harrington es autora de más de una decena de novelas, entre las que destaca el gran éxito de ventas internacional *The Irish Bride*. Después de trabajar doce años para consultorías de ingeniería civil, decide dar un giro a su vida y convertirse en novelista a tiempo completo. Ahora, cuando no escribe, disfruta de la creación de joyas, la costura, el bordado, la cocina y la compañía de sus amigos. Vive en la región que la vio nacer, al noroeste de Estados Unidos, cerca del océano Pacífico y del río Columbia.